

85
1
R. MENÉNDEZ PIDAL

MANUAL GRAMÁTICA HISTÓRICA
ESPAÑOLA

ESPASA-CALPE
MADRID 1985

CAPÍTULO I

IDEA DE LOS ELEMENTOS QUE FORMAN LA LENGUA ESPAÑOLA

1. EL ESPAÑOL ENTRE LAS LENGUAS ROMANCES. — Al desmembrarse el Imperio romano se siguió usando el latín en gran parte de él, sobre todo en el Imperio occidental, la mayoría de cuyas provincias continuaron hablando dicha lengua, a pesar de las muchas invasiones de pueblos extraños que sufrieron; y podemos decir que aun hoy día siguen hablándolo, claro es que muy transformado y de diversa manera en cada una de esas provincias.

Los varios estados de transformación a que en esas provincias llegó el latín hablado, se llaman «lenguas romances o neolatinas». Enumeradas de Oriente a Occidente, son: el RUMANO, hablado en la antigua Dacia, o sea en Rumania, y al sur del Danubio, en parte de Macedonia y Albania; el DALMÁTICO, lengua muerta, hablada antes en parte de las costas de Dalmacia; el LADINO O RETO-ROMANO, hablado en la antigua Retia, esto es, en parte de Suiza y de Italia; el ITALIANO, hablado en Italia; el SARDO, hablado en Cerdeña; el FRANCÉS

y PROVENZAL, hablados en la antigua Galia, y el CATALÁN (1), CASTELLANO y GALLEGO-PORTUGUÉS, hablados en la antigua Hispania. El castellano, por servir de instrumento a una literatura más importante que la de las otras regiones de España, y sobre todo por haber absorbido en sí otros dos romances principales hablados en la Península (el leonés y el navarro-aragonés), recibe más propiamente el nombre de lengua española (2). Propagada a la América, ha venido a ser la lengua romance que ha logrado mayor difusión, pues la hablan más de 100 millones de hombres, mientras el francés es hablado por 42 y el italiano por otros tantos.

Todas estas lenguas son una continuación moderna del latín, no tanto del LATÍN LITERARIO *escrito* (véase § 3) como del LATÍN VULGAR, *hablado* sin preocupación literaria por los legionarios, colonos, magistrados y demás conquistadores que se establecían en las provincias ganadas, los cuales, gracias a su poderío político, a su talento administrativo y a su cultura superior, romanizaban rápidamente las razas

(1) Para el catalán considerado como lengua hispánica véase H. MORR, *Bulletin de Dialectologie Romane*, I, 1909, págs. 3-4, y A. ALONSO, *La subagrupación románica del catalán*, en la *Rev. de Filología Española*, XIII, 1926, págs. 1 y 225.

(2) Esta denominación fué empleada durante la edad media en Castilla (aunque menos que la de lenguaje *castellano*), cuando ciertamente no era muy propia, por no haberse confundido todavía lingüísticamente Castilla y Aragón; en los siglos XVI y XVII fué ya bastante usada por los gramáticos y los autores, alguno de los cuales rechaza expresamente el nombre de *lengua castellana* como inexacto. En el extranjero, desde la edad media, fué siempre general *lengua española*. La Academia empleó ambos nombres, aunque prefiriendo el de *lengua castellana*. Esta preferencia la ha discutido varias veces (v. por ej. *Hispania*, publ. by the American Association of Teachers of Spanish, I, 1918, pág. 3), y al fin fué abandonada por la Academia, adoptando el nombre de *lengua española* para la edición de su Diccionario, que apareció en 1925.

sometidas y les hacían ir olvidando su idioma nativo, que no podía menos de resultar pobre e insuficiente para las complejas necesidades de la nueva vida que la colonización traía consigo. Además, la imposición de una lengua tan difundida como el latín, aunque molestara cariños y vanidades patrióticas, resultaba cómoda y útil para el comercio y la cultura; así que los idiomas nacionales se olvidaron casi del todo, de tal suerte, que de ellos en el español sólo se descubren algunos restos, a veces muy dudosos.

2. EL LATÍN VULGAR O HABLABO.—El fondo primitivo del idioma español, su elemento esencial, es el latín vulgar, propagado en España desde fines del siglo III antes de Cristo, el cual no debe confundirse con el latín que se escribía en la decadencia del Imperio romano, ni menos con el *bajo latín* que se usaba en la Edad Media; aunque estos dos difieran a veces mucho del latín de Cicerón o de Livio, siempre están, al menos en cuanto a las grafías y formas, más próximos del latín clásico que del vulgar, si bien pueden acercarse más a éste en cuanto a la construcción. El latín vulgar no se diferencia del clásico por la fecha, pues es tan antiguo, y más, que el latín literario; vivió siempre al lado de él, aunque no siempre igualmente divorciado de él.

Es difícil el conocimiento del latín vulgar, pues nunca se escribió deliberadamente: el cantero más rudo, al grabar un letrero, se proponía escribir la lengua clásica. Sólo en los escritos menos literarios, sobre todo en las inscripciones, se escapan, gracias a la incultura del escribiente, algunas formas vulgares. También los gramáticos latinos, al condenar ciertas palabras o expresiones, nos dan testimonio de alguna forma interesante; el tratado conocido con el nombre de *Appendix Probi*, escrito probablemente en África hacia

el siglo III de Cristo, es uno de los más ricos en indicaciones sobre tales vulgarismos. Pero fuera de estos escasos restos, la ciencia se tiene que valer, principalmente, de la restitución hipotética de las formas vulgares, por medio de la comparación de los idiomas neolatinos; pues claro es que un fenómeno que se halla a la vez como indígena en todos o en muchos de esos idiomas, provendrá del latín hablado comúnmente antes de la completa disgregación dialectal del Imperio romano. Así, si en vez del clásico *acuñare*, hallamos en español *aguzar*, en portugués *aguçar*, en provenzal *aguzar*, en francés *aiguiser*, en italiano *aguzzare*, etc., podemos asegurar que en el latín vulgar hablado en todos estos países se decía **acutiare*, derivado de *acutus*, participio del clásico *acuñare* (1). Por igual razonamiento se llega a concluir que la *e* latina acentuada se pronunciaba en el latín vulgar con sonido abierto (v. adelante § 8), el cual produjo el diptongo *ie* (v. § 10) en una extensa zona del territorio romanizado; así, en vez del clásico *fērus*, se dice en español e italiano *fiero*, en francés *fier*, y *fēra* en rumano *fiară*, etcétera; lo mismo en vez del clásico *pōdem*, se dice en italiano *piède*, en francés *piéd*, en español *pie*, etc. Este latín vulgar se distingue principalmente en la tendencia a expresar por perífrasis (§ 73) lo que en latín clásico se expresaba por una síntesis gramatical: las preposiciones sustitulan a la declinación clásica que se servía de diversas terminaciones

(1) Estas formas como **acutiare*, deducidas de la comparación de los romances (y en este caso, además, de la existencia del sustantivo *acutiator*), las cuales, por muy seguras que sean, siempre son hipotéticas, se suelen marcar con asterisco, y así se hará en el resto de este Manual. También se marcarán con asterisco las formas hipotéticas del español que se suponga que existieron.

(§ 74), y en vez del genitivo plural sintético *cervorum*, decía el vulgo: de cervos; el comparativo sintético, *grandiores*, se perdió también y se substituyó por la perífrasis *magis grandes* (§ 79); la terminación pasiva, *amabantur*, se olvidó para expresar la idea pasiva con el rodeo *erant amati*; el futuro *cantabo* desapareció ante *cantare habeo* (§ 103).

También por la comparación de los romances llegamos a conocer acepciones propias del léxico vulgar. Por ejemplo, *sērra* para el latín clásico significa la *sierra* del carpintero, pero una metáfora vulgar aplicaba este nombre también a la cadena de montañas, el perfil de cuyas crestas semeja al instrumento citado, atestiguándonos la extensión de esta vieja metáfora el español *sierra*, catalán y portugués *serra*.

Al lado de estos fenómenos generales del latín vulgar, cada región tenía sus particularidades idiomáticas, sin duda escasas en un principio. Pero cuando el Imperio romano se desmembró, constituyéndose las naciones nuevas, cuando el mundo occidental cayó en extrema postración de incultura y de barbarie, cesando las relaciones íntimas entre las antiguas provincias, ahora ocupadas por suevos, visigodos, francos, borgoñones, ostrogodos, etc., las diferencias regionales se hubieron de aumentar considerablemente y cada vez divergió más el latín vulgar hablado en España del hablado en Francia o en Italia; mas como esta divergencia se fué acentuando por lenta evolución, no hay un momento preciso en que se pueda decir que nacieron los idiomas modernos. Cuando éstos empiezan a ser conocidos en escritos de los siglos IX y X, los hallamos ya completamente diversificados unos de otros.

Los hispano-romanos, bajo el dominio visigodo conti-

nuaron hablando el latín; pero es igualmente difícil llegar a conocer el habla usual en la época visigótica, pues tampoco nos quedan monumentos escritos en el lenguaje entonces corriente, ya que no se escribía sino el bajo latín, última degeneración del latín clásico, y muy distinto de la lengua entonces hablada.

Dada la escasez de testimonios escritos, la única fuente copiosa para el conocimiento de algunas particularidades del latín español es la comparación de los romances modernos de España con el latín clásico. Así deducimos que mientras otras provincias romanas usaban el clásico *cāva* (italiano y antiguo provenzal *cava*, etc.), en España, como en otras regiones, se usaba el dialectalismo **cōva*, de donde el español *cueva* (§ 13), el portugués y el catalán *cova*, y el bearnés *cobe*; mientras en general se pronunciaba a lo clásico *nōdus* y *octōber* (italiano *nodo*, *ottobre*; rumano *nod*; provenzal *nots*, *ochoure*, etc.), en España se decía **nūdus* y *octīber*, acaso siguiendo la pronunciación de colonos de la Italia meridional, pues en oscan *laīō es-ū*, por lo cual el español dice *nudo*, *ochubre*, *octubre*; el portugués *outubro* (pero *nōo*, *nō*), y el catalán *nu*, *uytubre*; contra todos los demás casos en que se conserva la *ō* clásica (1). Durante

(1) La forma *octuber* no es hipotética, pues se lee en una inscripción de Pamplona del año 119 y en otras de diversas provincias (véase Carnoy, citado en la nota siguiente, pág. 64). Algunos, para explicar el español *ochubre*, suponen la base **octobrius*, poco aceptable fonéticamente. Salvioni explica la *u* del sardo meridional o campidanés *nuu* por influencia del infinitivo *annuari*, explicación que ciertamente podría extenderse al español; pero este cambio de la *o* protónica en *u* es esporádico, y esporádico también el reformar las formas fuertes del verbo sobre las débiles, por lo cual es difícil admitir esta explicación para la *u* de *nudo*, dada la coincidencia del sardo, catalán y español.

la época Imperial estas diferencias eran escasas en la pronunciación (1) y en la sintaxis, salvó en el vocabulario, como vemos que hoy pasa en diversas provincias de España, que, más que por la pronunciación o la construcción, se diferencian unas de otras por el uso preferente de tales o cuales vocablos y acepciones. Algunos vocablos de uso preferente en el latín vulgar español son señalados por los autores. Plinio menciona una palabra usada especialmente en España, donde, según él, a las paredes las llamaban *formaceos*; y esta voz se conserva todavía en la Península, y no en otros países neolatinos, llamándose en español *hormazo* a la pared hecha de tierra. San Isidoro, de Sevilla, nos da preciosas noticias del vocabulario español en la época visigótica; por ejemplo, el nombre de la lechuga silvestre *serralla* (así llamada, según san Isidoro, «eo quod dorsum ejus in modum serrae est»), de donde derivan el español *cerraja*, el catalán *serralla* y el portugués *serralha*; también nos da san Isidoro el nombre del establo de bueyes, *bostar*, que nosotros decimos hoy igualmente *bostar*, y los portugueses *bosta*; y así otros términos usados después sólo en nuestra Península, y no en los otros países latinos.

Fuera de estos testimonios directos, podemos deducir que el latín español, conforme con el latín de los últimos tiempos, prolongaba con un sufijo muchas voces de la lengua escrita, y por *longāno longanōnis* decía *longancia*, de donde el español *longanza*, catalán *llangonissa*; en vez del sustantivo clásico *illex illicem*, sustantivaba el adjetivo

(1) A. CARNoy, *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions. Étude phonétique*, Bruxelles, 1906. No se halla en este latín rasgo ninguno de los que caracterizan esencialmente el romance español.

Illicina (1), de donde el español *encina* (v. § 54, b), alto aragonés *lecina*, italiano *elcina*, etc.; junto a *calcaneum calcaño*, usaba **calcaneare*, de donde el español *calcañar*, portugués *calcanhar*; en vez de *anethum* decía **anethulum*, de donde se deriva *eneldo* (v. § 57a). Esta tendencia es del latín vulgar general, que al lado de *miscere* decía **misculare*, *mezclar*, italiano *mescolare* y *mischiare*, etcétera; en vez de *spes* decía *sperantia*, *esperanza*, francés *espérance*, etc. Estos incrementos vulgares de las voces clásicas son importantísimos, porque sin ellos es imposible explicar las lenguas romances.

También se puede observar el cambio total del vocablo: el clásico *vespertilio* (que se perpetuó en Italia, *vipistrello*, *pipistrello*) se usó muy poco en España, quizá sólo en Asturias (donde aún se dice *esperteyo* por **vesperteyo*), mientras en el resto de la Península se usaron otros nombres, especialmente *mure caecu*, de donde el portugués *morcego*, español *murciago* o *murciélago* (§ 83₁). El nombre de la *mustela*, conservado en varios romances, entre ellos en catalán (*mustela*), ribagorzano (*mustre(a)*), asturiano y leonés (**mustel-ella*, *mustuliella*, *mostolilla*), fué sustituido en varias regiones por diversos nombres, y en España en especial por un diminutivo de *commater*, **commatercula* (2), de donde *comadreja*.

Este idioma hispano-romano, continuado en su natural evolución, es el mismo que aparece constituido ya como

(1) «ex arbore illicina» en una inscripción romana del siglo I. *Corpus Inscript. Lat.* VI, 2065.

(2) Díez; *Etym. Wörterb.*, 441 supone **commatercula*, que hubiera dado **comadierchā*. Claro es que el diminutivo pudo también ser formado ya en romance, directamente sobre la voz *comadre*.

lengua literaria en el Poema del Cid, el mismo que perfeccionó Alfonso el Sabio, y, sustancialmente, el mismo que escribió Cervantes.

3. EL LATÍN CLÁSICO Y LOS CULTISMOS DEL IDIOMA ESPAÑOL.—Pero si el latín vulgar explica la parte más grande y castiza de la lengua española, no puede explicarla toda. Gran porción de nuestro idioma, como de todos los romances, procede del latín literario.

1] Desde luego sería absurdo suponer que el latín vulgar vivía en completo divorcio del latín clásico o escrito: no se diferenciaban tanto como para eso; y el latín de los libros, como superior en ideas y en perfección, tuvo que influir continuamente sobre el latín ordinario, lo mismo en tiempos de Cicerón, César y Virgilio que en los de Tertuliano, san Jerónimo o san Agustín, y que en el período de orígenes de las lenguas romances. Hay, pues, voces literarias introducidas en el habla vulgar en período muy remoto, y éstas siguieron generalmente en su desarrollo igual proceso que las voces populares. Pero además, después de la formación de las lenguas romances, los pueblos nuevos creados sobre las ruinas del Imperio continuaron usando el latín como lengua escrita y jamás dejaron de estudiar los autores clásicos; sobre todo se generalizó el estudio de éstos con el Renacimiento, en los siglos xv y xvi, así que en todas las épocas fué abundante el influjo del latín escrito sobre el romance hablado.—Las voces literarias de introducción más tardía en el idioma, tomadas de los libros cuando el latín clásico era ya lengua muerta, son las que llamaremos en adelante *voces cultas*, y conviene distinguirlas siempre en el estudio histórico, pues tienen un desarrollo distinto de las voces estrictamente populares. Mientras éstas son producto de una

evolución espontánea y no interrumpida desde los períodos más antiguos, las palabras cultas son introducidas cuando esa evolución popular había terminado o iba muy adelantada en su camino, y por lo tanto no participan de toda la compleja serie de cambios que sufrieron en su evolución las voces primitivas del idioma. En general, las voces cultas apenas sufrieron modificaciones, como se puede observar en cualquiera de las muchas palabras latinas que, después de haber sido usadas y transformadas por el vulgo, fueron segunda vez incorporadas al idioma por los literatos. Por ejemplo: el vulgo hispano-romano usaba el diminutivo *artūculus* en el sentido concreto de *artus* o nudillo del dedo. y de ahí se derivó el vocablo popular *artejo*, según las leyes esenciales del castellano (v. §§ 11, y 57,); pero más tarde los eruditos volvieron a tomar la voz, no de la pronunciación, sino de los libros, y mantuvieron la *i* como *i*, y conservaron la *ŭ* postónica, contra el § 25,; en suma, conservaron toda la palabra tal como la velan escrita, sin alteración: *artículo*; ésta es, pues, una palabra que entró en el idioma por la vista, mientras *artejo* entró por medio del oído. La misma diferencia se puede notar entre el vulgar *heñir* de *ŕingere* y el culto *ŕingir*, pues éste no cumple con los §§ 18, y 47, y sólo modificó la voz latina en la terminación, pasando el verbo de la conjugación en *-er* a la en *-ir*. Intacto también queda el culto *ŕexto*, *ŕexta*, de *ŕextus*, sin cumplir con los §§ 10 y 51, mientras el popular *ŕiesta* sufrió los cambios tradicionales. Igual observación cabe hacer respecto del culto *círculo* y el popular *cercha* (§ 61,), del culto *cátedra* y el popular *cadera* (§§ 6, y 40, n.). Y adviértase de paso, en cuanto a la acepción, que en los casos citados en que un mismo tipo latino produjo una voz en

boca del pueblo y otra en los escritos de los eruditos, la voz popular tiene una significación más concreta y material, mientras la culta la tiene más general, elevada o metafórica.

2] Pero las voces cultas, aunque apenas sufren alteración en su paso al español, no pueden pasar intactas; y daremos aquí una idea de sus mudanzas, para no volvernos a ocupar en ellas. Hemos notado el cambio de conjugación de *ŕingere* en *ŕingir*, y esto es muy corriente (§ 111, n.). Otras terminaciones de voces cultas se asimilaron a las populares, quedando intacto el cuerpo de la palabra. Así, *-latem* se asimiló a la terminación popular *-dad*, y de *amabilitatem* se dijo *amabilidad*; *continuitatem*, *continuidad*. Los adjetivos participiales hacen *d* su *t*: *ducado*, y otras consonantes sordas de la terminación se hacen sonoras: *pértica*, *pértiga*.—Como muchas voces cultas ofrecen grupos de consonantes extraños a la lengua popular, resultan de pronunciación difícil, que se tiende a simplificar. Esta simplificación fué admitida en el habla literaria; los poetas, hasta el siglo xvii hacían consonar *dino* (por *digno*), *malino* y *divino*; *efeto* (por *efecto*), *conceto* (por *concepto*) y *secreto*; *coluna* (por *columna*) y *fortuna*, etc.; así en Gómez Manrique, Garcilaso, Cervantes, Quevedo, Calderón, Solís; pero en el siglo xviii reaccionó el cultismo e impuso la pronunciación de todas las letras latinas, salvo en voces muy divulgadas, como *delito*, *delictum*, *luto* frente a *luctuoso*, *fruto* frente a *fructífero*, *respeto* junto a *respecto*, *sino* junto a *signo* (1).

3] Euera de estos cambios más sencillos que sufren casi

(1) Acerca de los grupos de consonantes en voces cultas véase R. J. Cuervo, *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas*, II, en la *Revue Hispanique*, V.

todas las voces cultas, sufren otros más profundos aquellos cultismos que se introdujeron desde muy remotos tiempos en el romance, y que llamamos **voces semicultas**. Por ejemplo: *títulum* debió ser importado por los doctos en fecha muy antigua, cuando aun habían de regir las leyes de la sonorización de oclusivas sordas (§ 40) y de la pérdida de la vocal postónica interna (§ 26₁), y se llegó a pronunciar en el siglo x *tídulo*, y luego **tídlō*, **tildo*, *tilde*; pero que a pesar de estos cambios bastante profundos, la voz no es popular, lo prueba la vocal acentuada; si *títulum* no hubiera ingresado ya tarde en la evolución popular, si perteneciera al caudal primitivo de la lengua, su *i* breve acentuada hubiera sonado *e* (§ 11₁), como hallamos *TETLU* escrito en una inscripción española; pero este *TETLU* vulgar, usado un tiempo por los hispano-romanos, cayó luego en olvido (que a haberse conservado hubiera producido en romance **tejo*, como *viejo* y *almeja*, citados en el § 57₂) y los letrados tuvieron que importarlo por su cuenta, tomándolo de los libros y no de la pronunciación, por lo que la *i* se mantuvo como *i*. En igual caso que *tilde* están varias otras voces semicultas; v. gr.: *cabildo*, *molde*, etc. (§ 57₂ n.); *peligro*, *regla*, etc. (§ 57₁ y 2. notas); *natlo*, que perdiendo la *v* de *nativum* como las voces populares (§ 43₁), mantiene la *t*, contra el § 40, mientras que si hubiera sido enteramente popular habría resultado **nadlo*. Además, *muslo* *mūscūlu*, *mezclar* *misculare*, y el anticuado *malso* *mascūlu*, que dan al grupo de consonantes *sc/l* tres soluciones diferentes, todas contra el § 61.—Alguna de estas voces semicultas es muy interesante para la cronología fonética, pero las deducciones en este terreno son difíciles y deben apoyarse en múltiples observaciones. Por ejemplo, *saecūlu*, en vez de

producir el popular **sejo* (como *espejo*, § 10₂), dió *sieglo* o *siglo*, y esta forma no nos puede servir por sí sola para creer que la voz hubiese entrado en el idioma cuando ya *c/l* habría cesado de hacerse *j* (§ 57₂), y cuando todavía *ae* podía hacerse *ie* (§ 10₁ y 2), acusándose así la ley del *ie* como posterior a la de la *j*; en el punto siguiente veremos que la explicación debe ser diversa. Por otra parte, el *ie* alcanzó a otros derivados semicultos como el anticuado *piertega* *pörtica* (que no es popular por faltar al § 25₁, tan contravenido por los cultismos) o *viespera*, § 10₂. También, a su vez, se halla *j* en voces semicultas: *clavija* (§ 39₂).

4] Otras veces la voz semiculta no puede decirse que sea de introducción posterior a la popular. El cultismo no consiste siempre en introducir una voz o una acepción antes inexistente. No se puede dudar que la voz *saecūlu* fuese continuamente usada por el clero en la predicación al pueblo, pues tiene un uso frequentísimo en el latín eclesiástico; no pudo ser, pues, de introducción tardía; el pueblo empezó a transformarla en *seglo* **sejo*, y no completó esta evolución porque la pronunciación de los eclesiásticos *seculu*, *seclu*, *seglu*, oída de continuo por el pueblo, detuvo el proceso popular, y se produjo *sieglo*, *siglo*. Otros ejemplos aclararán esto. Es de toda evidencia que muchos nombres de lugar vienen transmitidos oralmente desde la época latina hasta hoy; pero la escritura y pronunciación oficiales estorbaron a veces en ellos la evolución popular. Así, Córdoba, Emerita Mérida, Avēla Ávila, Gallīcūs río Gállego, Fonticūla Ontigola (Toledo), Sabinianīcu Sabiñánigo (Huesca), y otros muchos, faltan al § 25₁; Metellinum Medellín, Anticaria Antequera, faltan al § 24₁; Turgelium, Trujillo, falta al § 53₂, y en igual caso

están nombres de santos por influencia eclesiástica, como Aemilianus *Millán*, etc. Otro caso notable es el de las terminaciones *-cio*, *-icia*, *-ión* (§ 53); así, *codicia* *cūpīditia es voz rigurosamente popular en su primera mitad (§§ 20, y 60); pero la terminación *-icia* se mantuvo culta por la misma presión literaria que mantuvo *justicia* al lado de *justeza*, *malicia* al lado de *maleza*, etc.; el lenguaje eclesiástico, que emplearía a menudo en la predicación la voz cupiditia, fué el que impidió, sin duda, que el derivado totalmente popular fuese **codesa*. En fin, tampoco puede dudarse que la voz *aquila* se usó siempre en el habla vulgar; pero por ser esa ave enseña de las legiones y emblema del imperio que subsistió entre algunos caudillos bárbaros, se detuvo la evolución fonética y la voz tuvo un desarrollo anormal en los romances, diciéndose en español *águila*, contra el § 25. Otros ejemplos, § 26.

§] En el estudio etimológico del idioma hay que conceder muy distinta importancia a estas dos clases de voces. Como las populares hoy usadas son la última fase evolutiva de las que componían el idioma latino vivo, merecen atención preferente por su complicado desarrollo, por ser en ellas donde se manifiestan en modo más completo las leyes fundamentales de la vida del lenguaje y por formar el fondo más rico del español y su herencia patrimonial; las voces cultas, por la pobreza de su desarrollo, no ofrecen interés tan grande para la etimología, y no hablaremos de ellas sino por nota. — Mas por otra parte, en el estudio histórico-cultural del idioma los cultismos tienen una importancia principalísima, siendo lamentable que su conocimiento esté hoy tan atrasado. La ciencia habrá de aplicarse cada vez más intensamente a investigar la fecha, causas de introducción

y destinos ulteriores de cada uno de estos préstamos, para que la historia lingüística adquiera su pleno valor.

4. OTROS ELEMENTOS DEL ESPAÑOL EXTRAÑOS AL LATÍN. — Además de los elementos latinos, entraron a formar parte del idioma español otros muy extraños y en muy diversos tiempos. Ya en el período romano, esto es, antes de la aparición de los romances, se incorporaron al latín elementos de otras lenguas, por ejemplo, lancea *lanza*, voz hispana según Varrón; gūrdus *gordo*, adjetivo que Quintiliano da igualmente por hispánico; cervēsia *cerveza*, que Plinio tiene como propio de la Galla; braca *braga*, céltico también, voz usada por Ovidio, Propertio y otros autores clásicos; camisa *camisa*, vocablo céltico o germánico, empleado primera vez por san Jerónimo. Estas voces, por su antigua introducción, participaron de la misma evolución que las palabras vulgares. Los elementos incorporados al idioma después de su período de formación participan de esa menor mutabilidad que hemos señalado como característica de las voces cultas.

1] La influencia de las lenguas ibéricas, no indoeuropeas, que, salvo el vasco, perecieron con la romanización de España, es aún muy oscura por ser aquéllas poco conocidas (1). Es ciertamente ibérica vaika *vega*, port. *veiga*, del ibero vai 'río' (vasco *bai*, *ibai*), mas el sufixo -ka, 'región del río'; son también vocablos ibéricos *izquierdo*, análogo al vasco *ezquerra*, o los de sufixo -rra, como *pizarra*, *cerro*, *casurro*, *guijarro*, vasco *eguijarria*; en fin, multitud de

(1) E. HÜBNER, *Monumenta linguarum ibericarum*, Berlín, 1893. — H. SCHUCHARDT, *Die iberische Deklination*, Sitzungsber. der K. Ak. Wien, tomo CLVII, 1907; y *Baskisch und Romanisch*, Halle, 1906. — J. SANCHEZ, *Vestiges de phonétique ibérienne en territoire roman*, en la *Revista Internacional de Estudios Vascos*, VII, 1913, págs. 475-497.

nombres de lugar, ora en territorio próximo al vasco, como *Javier* **exa herri*, por *echa berri* 'casa nueva'; ora muy lejos de las provincias vascongadas, como *Araduey* *aratoi* 'tierra de llanuras', nombre ibérico de la que después se llamó «Tierra de Campos» (1), o como *Iliberis* 'ciudad nueva', transformado por etimología popular en *Elvira* (junto a Granada), nombre análogo al de *Iriberry* conservado en las provincias vascas. Uno de los rasgos de la lengua ibérica que pueden señalarse es la carencia de *f* y *v* en ciertos dialectos; la lengua neoibérica conservada, el vasco, carece igualmente de *f*-, y la pierde o la trueca en una oclusiva *p* o *b*, lo mismo en préstamos antiguos del latín (*orma* < forma 'pared'; *urca* < furca; *iko, piko, biko*, < ficu) que en préstamos románicos (*ulain* < fulano, *Paustino* Faustino, *pásporo*), y como los vascones habitaban al norte y sur de los Pirineos, es notable que los romances hablados en Gascuña (=Vasconia, v. abajo, punto 6) y en el centro de España, pierdan la *f*-inicial latina (§ 38), debiendo achacarse esto a influencia ibérica (2).—Además de los iberos, hubo en España una población de procedencia centroeuropea,

(1) Véase R. MENÉNDEZ PIDAL, en la *Revista de Filología Española*, V, 1918, *Sobre las vocales ibéricas q y q en los nombres toponímicos*.

(2) Para esta influencia véase A. MEILLET, en el *Bulletin de la Société de Linguistique*, XXVIII, 1928, pág. 170, y XXIX, pág. 153; V. BERTOLINI, *Problèmes de Substrat*, en el *Bull. de la Soc. de Ling.* XXXII, 1931, página 119, con los demás autores que cita en la nota 3. La idea del influjo del substrato tarda en difundirse. J. ORR, *F > H Phénomène ibère ou roman*, en la *Revue de Linguistique romane*, XII, 1936, págs. 10-35, apoyado principalmente en ingeniosas etimologías toponímicas, cree que *f > h*-es de origen latino y que se practicó en el norte de Galla, lo mismo que en Cantabria y en Gascuña, pero que de allí se desterró por influjos eruditos posteriores. Debe limitarse el problema a los dialectos donde el fenómeno ha tenido viabilidad.

análoga a la ligur, de origen mediterráneo, pero de lengua ya bastante indoeuropeizada, acaso por su mezcla con los ilirios (1). De este pueblo proceden varios toponímicos como *Velasco* en Álava, Logroño, Soria, etc., nombre repetido en el sur de Francia y norte de Italia, probablemente con significado análogo a Corvera, de la voz mediterránea vela 'cuervo' (conservada en el vasco *bela*); *Corconte* (Santander), donde se repite el étnico de los *Kopxóvτοι*, pueblo protoilirio de la Germania Magna; *Carabanzo* (Oviedo), *Carabanchel* (Madrid), *Caravantes* (Soria), que reproducen nombres de persona y de lugar usados en la antigua Iliria, *Caravantius*, *Caravantis*; *Badajos* (Extremadura, Valladolid), análogo a otros toponímicos del sur de Francia y norte de Italia. A esta población centroeuropea se deben algunos nombres comunes como *lama* 'cieno', y *páramo*, tan peculiar de nuestra topografía, voz documentada ya en tiempo de Adriano, en la inscripción votiva de una ara de Diana hallada en León, en la que Tulio ofrece a la diosa la cornamenta de los ciervos que cazó *IN PARAMI AEQUORE* 'en la llanura del Páramo'.

2] Las voces de origen griego son de muy diferentes épocas: ora proceden del primer contacto de los romanos con los griegos de la Magna Grecia y de las otras colonias griegas del Mediterráneo, ora del posterior influjo del helenismo sobre la cultura latina, ora de la dominación bizantina en España hasta Suñtila (624), y del comercio medieval del Occidente con el Oriente del Mediterráneo.—Así, unas voces revelan la pronunciación arcaica de los griegos de Italia y la que el pueblo romano dió generalmente a los so-

(1) Véase R. MENÉNDEZ PIDAL, *Sobre el substrato mediterráneo occidental*, en la *Zeitschrift für romanische Philologie*, LIX, 1938, páginas 189-206.

nidos griegos; la *u* suena *u*, y por lo tanto *ü* (§ 3); la *o* era *o*, y por lo tanto igual a *ö*, *ü*; las fricativas *φ*, *χ*, *θ* se reproducen con las oclusivas *p*, *c*, *t*, y *x* suena *g*; por ejemplo: πορφόρα *pŭrpŭra*, ant. *pŏrpŏla*, aljamiado *polbra*; ὄνυμον *tŭmum* *tom-illo* (el *Appendix Probi* corrige «*lhŷmum*, non *tumum*»), κυβερνᾶν *gubernāre* *governar*, κάμαρος *ga-* y *cammarus* *gd-* y *cámbaro*, κρύπτη *gruta* (lat. *crŷpta*), Κρήτη *greda* (lat. *crēta*), κόλαρος *cōlpus*, de donde el verbo anticuado *colpar* *golpar* y el moderno *golpe* (§ 29, *a*), τόρνος *tŏrnus* (el latino *tŏrnus* hubiera dado **tuerno*), κότιςος *cōdeso* (el clásico *cŷtŷsum* da el culto *cŷtiso*) (1). Los letrados latinos trataron de reproducir más exactamente la pronunciación griega, e imitaron el sonido *u* empleando la *y* (la cual, al pasar al vulgo, fué tratada como otra *i* cualquiera); la *o* la pronunciaron *ö*, y las aspiradas *φ*, *χ*, *θ* se representaron por *ph*, *ch*, *th* confundiéndose la primera con la *f*; por ejemplo: κύμα *cŷma* *cima* (§ 12), γύψος *gŷpsum* *yeso* (§ 11), ὀρφανός *ŏrphānus* *huérfano* (§ 13), σχολή *schōla* *escuela*, χορδή *chōrda* *cuerda*, κύβανος *Estevan* (§ 42). Acostumbrados los iletrados a oír *f* en la pronunciación culta donde ellos pronunciaban *p*, creían pronunciar clásicamente diciendo **gōlfus* por κόλπος, de donde viene *golfo*. — Las voces que provienen del griego moderno se distinguen por el iotacismo de la *η*, y por conservar las consonantes sordas contra el § 40 (en cambio, como *vr* pasa en griego moderno a *vd*, v. gr., ἑνδιβᾶ, tenemos *endibia*, no de *intŷbus*, § 47), ἀποθήκη *botica* (antes *apŏthēca* había

(1) Es raro hallar *u* en *gruta*, *suma*, *humerar*, *pulpo* (Italiano *grotta*, *polpo*; logudorés *grutta*, *pulpu*; piemontés *cruta*, languedociano *pourpre*). Véase MEYER-LÜBKE, *Gram.*, I, § 17.

dado *bodega*), ταχέτιον *tapŷis*, ἀκαδία *acidia* (para σηκία ótra explicación, § 11), κιθάρα *guitarra*. Probablemente el griego medio καίμα 'calor, ardor' (forma documentada en un glosario de la alta edad media) da origen al verbo *quemar*, gall. port. *queimar*, influido en su significado por el lat. *cremare* ant. *cremar*; mientras la forma antigua καύμα *calma* retuvo el significado etimológico de 'sofoco, angustia' (en el esp. del siglo xvii, y hoy dialectal) y el de 'calma marítima'. — Para las voces griegas introducidas por intermedio de los árabes véase abajo, punto 4, y para el acento, § 6. — En fin, hay que recordar los cultismos tomados de los libros, como *monarquía*, *categoría*, *drama*, *mecánica*, *crisis*, y las formaciones nuevas del tecnicismo científico, como *telégrafo*, *teléfono*, *aeróstato*, etc.

3) Parece que los elementos germánicos del español no proceden, en general, de la dominación visigoda en la Península, como pudiera creerse: el número de los invasores era relativamente escaso para influir mucho; además, los visigodos, antes de llegar a España habían vivido dos siglos en íntimo contacto con los romanos, ora como aliados, ora como enemigos, en la Dacia, en la Mesia, en Italia misma y en Galia, y estaban muy penetrados de la cultura romana. Así hay pocas voces tomadas por los españoles en su trato con los dominadores germanos; palabras como *uesa* (v. abajo), por su diptongo *ue* prueban que no vienen de la forma especial gótica, sueva o vándala que tenía *u* acentuada, sino de la forma general germánica con *o*, y también por razones fonéticas, *fieltro* y *yelmo* no son de origen gótico. Alguna, por el contrario, revela ese origen, como *triscar*, y lo tendrá también *tascar*, por no hallarse sino en español y portugués; además muchos nombres de persona, como

Ramiro, Rosendo, Gonzalo, Bermudo, Elvira (1). En general, puede decirse que el centenar escaso de palabras germánicas que emplea el español es, en gran parte, de introducción más antigua que la dominación visigoda; se incorporaron al latín vulgar antes de la desmembración del Imperio, y por eso las vemos no sólo en el español, sino en todos los otros romances. Allá en los castros y en las colonias de las orillas del Rhin y del Danubio, el legionario romano vivía en continuo roce con los guerreros germanos, ya adversarios, ya auxiliares, y de este trato había de resultar una jerga fronteriza, de la cual pasaron al latín vulgar general gran porción de las trescientas voces germanas comunes a las diversas lenguas romances, como *ardido* 'osado', *falda*, etcétera. Vegetio, ya en la segunda mitad del siglo IV, cita una: *burgus*, «castellum parvulum quem burgum vocant» (2), que ya se latiniza en inscripciones del siglo II y persiste en nombres de lugar: *Burgos*, *El Burgo*, *Burguhondo*, *Burguillo*, *Burgueté* y en los derivados *burgués* y *burgalés*. Estos germanismos más antiguos, ora procedan del

(1) Para los nombres propios, poco estudiados en Castilla, León y Aragón, véanse P. A. D'AZEVEDO, *Nomes de pessoas e nomes de lugares*, en la *Revista Lusitana*, VI, págs. 47 y sigs.; W. MEYER-LÜCKE, *Die altportugiesischen Personennamen germanischen Ursprungs*; en *Sitzungsber. Akad. in Wien*, Phil.-hist. Klasse, tomos 149° (1904) y 184° (1917); J. JUNGREN, *Über Personennamen in den Ortsnamen Spaniens und Portugals*, Berlín, 1902; G. SACHS, *Die germanischen Ortsnamen in Spanien und Portugal*, Jena, 1932.

(2) Debió haber existido cruce de género gramatical y de significado entre el germánico *bürgs*, femenino, 'ciudad, castillo', y el griego *πύργος*, masculino, 'torre, ciudadela'; los derivados románicos todos son masculinos como el latín *burgus*, pero vacilan en la vocal acentuada, unos con *o*, que es la vocal germánica, ital. *borgo*, prov. *borc*, y otros con *u*.

fondo común románico, ora del gótico, siguen en general las mismas leyes fonéticas que las palabras populares latinas; por ejemplo: la pérdida de la vocal protónica: gótico **haribergo*, provenzal *alberc*, esp. *albergo*, *albergue*; la diptongación de la *q* (§ 13), spora *espuela*, hosa 'bota', ant. *uesa*, y la de la *q* (§ 10) en *fieltro*, *yelmo*; pero *ns* > *s* (§ 47) ya no alcanzó a Alfonso < *funs* 'preparado, pronto', ni se verifica la sonorización de la oclusiva sorda (a pesar de que el francés la sonoriza), gótico **spītus* *espeto*, germánico rapon *rapar*, pues sin duda la oclusiva germánica hacía a los oídos románicos el efecto de una consonante doble (comp § 45) a causa de su explosión completamente sorda, a diferencia de la oclusiva latina con explosión sonora.—Otros germanismos son tardíos, y muchos de ellos vinieron a España por intermedio del francés o del provenzal. La mayoría de esas voces de varios orígenes germánicos son militares, como *guerra*, *heraldo*, *robar*, *ganar*, *guiar*, *guarrecer*, *guarnecer*, y de origen godo *tregua*, *guardia*, *espla* (1); el vestuario y armamento de los bárbaros sustituyó en parte al de los romanos, imponiendo los nombres de *yelmo*, *guante*, *cofia*, *dardo*, *brida*, *estribo*, y de origen godo *espuela*, *ataviar*, *ropa*; nombres referentes a la vida doméstica, costumbres e instituciones: *jaca*, *esparver*, *gerifalte*, *galardón*, *arpa*, *orgullo*, *escarnio*, *guisar*, *rastir*, y de origen godo *bando*, *sayón*, *aleve*, *ayo*, *rueca*, *agasajar*, *escanciar*. Nótese, especialmente, adjetivos como *rico*, *blanco*, *fresco*, el sufijo *-engo* (§ 84) y la terminación adverbial ant. *guisa* (§ 128).

(1) Véase para todo este párrafo E. GAMULSCHKO, *Historia lingüística de los visigodos*, en la *Rev. de Filología Española*, XIX, 1932, páginas 117-150; y en su *Romania Germanica*, I, Berlín, 1934, págs. 297-398, el capítulo *Die Westgoten*.

Aun debe señalarse una declinación especial de los nombres de varón en *-a*, que hacían *-a*, *-anis* o *a*, *-ani*, junto a *-a*, *-ae* (1); así, *Cintila*, *Cintillam* o *Cintilanem*; *Wamba*, *Wambanem*; *Wittiza*, *Wittizanem*; algunos códigos del Fuero Juzgo en romance usan *Cintillán*, *Egicán*, aunque la mayoría dicen *Bamba*, *Vutisa*, y el poema de Fernán González usa *Vauticanor*, alteración de *Vutisán*; *Froila*, *Froilanen* dió *Frula* ant. y *Froildán*, usual. Esta declinación se aplicaba a nombres comunes: *amita*, *amitanis*; *barba*, *-anis*, y se refleja en algunas formas, como *sacristán* (§ 83).

4) La estancia de los conquistadores de lengua árabe en España durante ocho siglos, no podía menos de dejar profunda huella entre los cristianos. Las relaciones políticas y matrimoniales entre las familias soberanas de ambas religiones empezaron ya en los primeros tiempos de la Reconquista, y el trato guerrero y comercial de ambos pueblos no cesó jamás. Alrededor de las huestes cristiana y mora, que en la frontera vivían en continuo trato, había una turba de *enaciados* que hablaban las dos lenguas, gentes de mala fama que hacían el oficio de mandaderos y correos entre los dos pueblos y servían de espías y prácticos al ejército que mejor les pagaba; y sin que constituyera una profesión como la de éstos, había también muchedumbre de *moros latinados* o *ladinos* que sabían romance, y *cristianos algarabíados* que sabían árabe. Los conquistadores nos hicieron admirar su organización guerrera y nos enseñaron a proteger bien la hueste con *atalayas*, a enviar delante de ella *algar-*

(1) Véanse *Grundriss*, de GRÖBER, I, pág. 370, § 44; MEYER-LÜBKE, *Gram.*, II, págs. 27 y 339 inic., y JAKOB JUN., *Recherches sur la genèse et la diffusion des accusatifs en -am et en -on*, Halle n. S., 1907.

das, a guiarla con buenos *adalides* prácticos en el terreno, a ordenar bien la *saga* del ejército, a vigilar el campamento y los castillos con *robdas* o *rondas*, a dar *rebato* en el enemigo descuidado, de donde formamos el verbo *arrebatar*; también mirábamos como modelos sus *alcázares*, *adarves*, *almenas* y la buena custodia que sabían mantener los *alcaldes* de los castillos. Pero no sólo en la guerra, sino también en la cultura general eran superiores los moros a los cristianos durante la época de esplendor del califato; así que en sus instituciones jurídicas y sociales nos parecían muchas cosas mejores, y por eso nos impusieron los nombres de *alcalde*, *alguacil*, *salmedina*, *almojarife*, *albacea*, etc. En esta época de florecimiento, el comercio moro nos obligaba a comprar en *almacenes*, *alhóndigas*, *almonedas*; todo se pesaba y medía a lo morisco, por *quilates*, *adarmes*, *arrobas*, *quintales*, *azumbres*, *almudes*, *cahices*, *fanegas*, y hasta la molienda del pan se pagaba en *maquillas*. Y cuando la decadencia postró a los invasores, aún nos daban oficiales y artistas diestros: de ahí los nombres de oficio *alfajeme*, *alfayate*, *albardero*, *alfarero*, *albéitar*, y sus *albañiles* o *alarifes* construían las *alcobas* de nuestras casas, los *zaguanes*, *azoteas*, *alcantarillas*, etcétera. Los moriscos ganaron fama de buenos hortelanos: de ahí los nombres de plantas y frutas como *albaricoque*, *albérrchigo*, *acelga*, *algarroba*, *altramuz*; de su perfecto sistema de riegos hemos tomado *acéquia*, *áljibe*, *álberca*, *albuferra*, *noria*, *asuda*. Continuar estas listas sería hacer el resumen de lo mucho que nuestra cultura debe a la de los árabes. Los moros, además, influyeron en la pronunciación de la *s* como *j* en algunas voces sueltas (§ 37, b); nos dieron el sufijo *-i* (§ 84). Notables son también las voces latinas o griegas que recibimos por intermedio del árabe, don-

de se halla la *j* representando una *s*; la *h* representando una *p*, por carecer de esa letra el alfabeto árabe; la *s* en vez de *st* latina: *praecoquum al-barcoque*, *pastināca biznaga*, *satŭrēia ajedrea*, *Caesara(u)gusta* (§ 66,) *Zaragoza*, *Basti Baza*, *Castulone Caxlona*, *Ostippo Teba* (en Málaga), *θέρπος altramuç*, *ἀμβίξ -ixos alambique*, *ἀραγμή adarme*, *pērsicūm albérchigo*, junto a la forma puramente romance *prisco* (1).

5] Lo que el español tomó de otros idiomas extranjeros fué ya en época más tardía, y por lo tanto es menos importante que lo que tomó de germanos y árabes, pues el idioma había terminado su período de mayor evolución y era menos accesible a influencias externas. El francés fué la lengua que más influyó: en los siglos xiii y xiv era muy conocida la literatura francesa en España; en el xv nuestros caballeros admiraban la cortesía y lujo francés, y es sabido cuánto libro de la nación vecina se lee entre nosotros desde el siglo xviii. Así, los galicismos podemos dividirlos en dos principales épocas: unos muy viejos, que se hallan ya en el Diccionario de Nebrija, 1495, como *paje*, *jardín*, *gañán* (ant. fr. *gaignant* 'labrador', de *gaignier* 'ganar', especialmente con la labranza), *cofre*, *trinchar*, *manjar*, *bajel*, *sargento* (ant. *sergente*), *jaula* (fr. *geôle*, ant. *jaole*, de *caveola*, que en portugués y antiguo castellano dió *gayola*, y enst. *cayuela*), *forja*, *reproche*, etc., y otros modernos, como *petimetre* 'pisa-

(1) R. DOZY y W. ENGELMANN, *Glossaire des mots espagnols et port. dérivés de l'arabe*, Leyden, 1869. — L. DE ECHAZ, *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*, Granada, 1886. — A. STEIGER, *Contribución a la fonética del hispano-drabe y del arabismo en el lbero románico y el siciliano*, Madrid, 1932 (Anejo XVII de la *Revista de Filología Española*). — J. OLIVER ASIN, *Origen drabe de rebate*, 1928.

verde', *coqueta*, algo como 'casquivana, presumida', *bufete* 'escritorio o estudio', *charretera*, *ficha*, *corsé* 'cotilla', *tupé* 'copete', *hotel* 'fonda'; sin contar otras voces menos arraigadas, como *parterre* 'terrero', *silueta* 'perfil o sombra', *soirée* 'sarao o serano', *toilette* 'tocado', *avalancha* 'alud', *couplet* 'copla o tonadilla', *pot-pourri* 'olla podrida, revoltillo o cajón de sastre', que ininteligibles para la mayoría del pueblo iletrado, y anatematizadas por los puristas, llegarán acaso a olvidarse, como se han olvidado ya cientos de palabras que usaban los galicistas del siglo xviii, tales como *remarable* 'notable', *surtout* 'sobretudo', *chimia* 'química', *coctid* < fr. *coquelicot* 'amapola', *laqué* < fr. *laquais*, etc.; un idioma, como un cuerpo sano, tiene facultad de eliminar las sustancias extrañas no asimiladas e inútiles. Nótese que los galicismos anteriores al siglo xvi representan la *j/g* francesa por *j*, que equivalla a ella en castellano antiguo (§ 35,) (*jaula*, *ligero*), mientras los galicismos modernos usan la *ch* (*charretera*, *pickón*) o la *s* (*bisutería*), los antiguos asimilan *mb* (§ 47, a) (*jamón*) (1).—Después del francés, el italiano es la lengua que más enriqueció el español; explican esto la cultura superior italiana del Renacimiento y nuestra larga dominación allá; términos de industrias y artes: *fachada*, *es-corso* (*scorcio*, de *scorciare* 'acortar'), *carrosa*, *medalla*, *soneto*, *terceto*, *piano*, *barcarola*, etc.; milicia: *escopeta* (*schlop-*

(1) Falta un estudio histórico de conjunto acerca de los galicismos. Para el galicismo moderno véanse RAFAEL MARÍA BARALT, *Diccionario de galicismos*, 1890. y H. PESSEUX RICHARD, *Quelques remarques sur le «Diccionario de galicismos de Baralt»*, en la *Revue Hispanique*, IV, 31. Para el galicismo medieval hay un estudio histórico de J. B. DE FOREST, *Old french borrowed words in the old spanish of the twelfth and thirteenth centuries*, en la *Romanic Review*, VII, 1916, págs. 369-413 (rescñn de A. CASTRO, *Rev. de Filol. Esp.*, VI, 1919, págs. 329-331).

petto, de schioppo o scoppio 'estallido, ruido'), *baqueta*, *centinela*, *alerta* (all'erta 'con atención'), *bisoño*, *parapeto*, etc.; comercio: *banca*, *fragata*, *galeaza*, *piloto*; diversos: *estropear*, *aspaviento*, *saltimbanqui*, *charlar*, *charlatán* (ciarlare, ciarlantano, ciarleria, ciarla, etc.), *espadachín*, *sofión*, *gaceta*.—Del alemán y el inglés son pocas las voces introducidas en el español.

6] Muy interesante para el estudio histórico son las palabras que el español tomó de otras lenguas modernas de la Península. Del gallego-portugués tomó voces desde muy antiguo, pues la poesía lírica en lengua gallega fué cultivada por los poetas castellanos en los siglos XIII a XV; y, viceversa, muchos autores portugueses de los siglos XVI y XVII escribían en castellano. Por ejemplo, son gallegas o portuguesas de origen *morriña*, *macho* (contracción de *mulacho*), *follada*, *sarao* (1) (cuya forma leonesa *serano* se usa en Sanabria), *chubasco*, *chopo*, *achantarse*, *vigia*, *chumacera*, *arisco* (port. *arisco*, ant. *areisco* 'arenisco, áspero, esquivo'), *payo* (contracción de *Pelayo*, tomado como nombre rústico), *Galicia* (en vez del ant. *Gallisia*), *Lisboa* (en vez de *Lisbona*, usado aún por Ercilla), *Bragá* (en vez de *Brdgana*, corriente en el siglo XIII), *portugués* (en vez del ant. *portogals*). Es portuguesismo también la frase *echar menos*, que después se dijo *echar de menos*, falsa interpretación del portugués *achar menos* (correspondiente al castellano *hallar menos*, usual en la edad media y hasta el siglo XVII) (2).—Del catalán o valenciano, *retor*, *paella* (en vez del castellano *padilla*), *seo*, *nao* (§ 76, n. 2); *capicúa* (voz que no está

(1) Véanse C. MICHAELIS DE VASCONCELLOS, en la *Miscellanea Caix Canillo*, pág. 152, y GONÇALVES VIANA, *Revus Hispanique*, X, 610.

(2) Véase CUEVA, *Apuntaciones*, 1909, § 398.

en el Diccionario, pero se usa entre los jugadores de dominó para indicar una jugada). En el siglo XIII se decía *Cataluña* *Cattalōnia*, como *Gascuña*, de *Vascōnia*, § 13; pero luego se adoptó la forma propia de esos países (cat. *Cataluña*, gascón, prov. Gascuña, *Cataluño*, escrito *Gascounho*; pero fr. *Gascogne*, *Catalogne*) y se dice *Gascuña*, *Cataluña*.—Las otras hablas de España más afines al castellano y que se fundieron al fin con él para formar la lengua literaria, dieron también a ésta muchísimas palabras; pero son difíciles de reconocer, pues como estos dialectos afines tienen la mayoría de sus leyes fonéticas comunes con el castellano, tales palabras no llevan sello de evolución especial. Por ejemplo, el vallisoletano Cristóbal de Villalón tiene por voces de las montañas, propias de los que no saben castellano, las de *masera* por *artesa*, o *peñera* por *cedazo*, y, en efecto, esas dos son voces muy usadas en Asturias y León, pero que para su derivación de *massa* **massaria* y de *penna* **pennaria*, siguieron iguales leyes que las del castellano (§ 9, para la terminación *era*, § 49, y, para la doble *ss* y *nn*). Los casos en que siguen las leyes fonéticas algo diferentes son raros: podemos creer leonesas la voz *cobra*, *cobre*, 'soga, reata', de *copula*, pues en leonés los grupos cuya segunda consonante es una *l* la truecan en *r*, contra los §§ 39, 48, 57, y dice *brando*, *prata*, *niebra*, *pueblo*; *sigro*; también *nalgas* (§ 60). Podemos sentar que es aragonés el sustantivo *fuellar*, de **fōllare* (por *foliaceus*, derivado de *fōlla*), pues este dialecto diptonga la *ō* aun cuando le siga una *yod* (§ 13), y en vez de la *j* castellana usa la *ll* en *fuella* por *hoja*, *ovella* por *oveja*, etcétera; obedece también a la fonética aragonesa *pleita*, de *plecta* (pues en castellano hubiera sido **llecha*, § 39, y 50);

aragonés también es *faja*, de *fascia*, pues el grupo consonántico *-scj-* da en castellano *g*, *haga*, mientras en aragonés da *j* (§ 53, b). Son de origen andaluz *jamelgo*, *jaca*, *japo*, *jolgorio*, más usual que 'holgorio', *juerga* 'huelga, diversión bullanguera' *julear*, *cañajelga*; todas estas voces revelan una pronunciación andaluza de la *f* etimológica, que se opone al uso general castellano (§ 38.).

7] En fin, el descubrimiento y colonización de América puso al español en contacto con la muchedumbre de lenguas del Nuevo Mundo. Claro es que por su inferior desarrollo respecto del español y por su mucha variedad, las lenguas americanas no pudieron resistir la invasión de la española. Ésta se propagó con relativa facilidad, pero sin eliminar por completo los idiomas indígenas, y claro es que los productos naturales, la fauna, los utensilios y las costumbres de las tierras recién descubiertas influyeron demasiado profundamente en el comercio y la vida, no sólo de España, sino de Europa entera, para que no se importaran con los objetos multitud de nombres americanos. Los primeros indígenas con que tropezaron los descubridores pertenecían a la familia de los ARAHUACOS, extendida por la Florida, las Antillas y regiones varias de Venezuela, Colombia, Brasil; ellos, a pesar de su estado de cultura, inferior al de otras razas americanas, enseñaron primero a los españoles muchos vocablos de cosas de allá, que no fueron después sustituidos por los propios de pueblos más cultos, como los aztecas y los incas; de origen arahuaco son las primeras voces americanas que circularon en España, y las más arraigadas, como *canoa* (ya acogida por Nebrija en su Diccionario en 1495), *huracán*, *sabana*, *cacique*, *maíz*, *ceiba*, *colibrí*, *guacamayo*, *nigua*, *naguas*, *enagua*, *caribe*, *canibal*. Méjico, por

la gran importancia que los aztecas tenían en la época del descubrimiento, dió también muchas voces de su idioma NÁHUATL (idioma perteneciente a una numerosa familia lingüística dilatada por territorios dispersos desde Oregón a Nicaragua): *hule*, *tomate*, *chocolate*, *cacahuete*, *cacao*, *aguacate*, *jiçara*, *petaca*, *petate*. Más palabras dió el QUICHUA hablado en el Imperio inca, desde el Ecuador hasta el tercio septentrional de Chile; los destructores de ese Imperio tomaron allí gran porción de nombres, como *cóndor*, *alpaca*, *vicuña*, *pampa*, *chácra*, *cancha*, *papa*, *puna*, y los propagaron por toda América y por España. Estas son las tres principales procedencias de los americanismos; las demás tribus indígenas no estaban en condiciones de influir mucho, y alguna familia muy importante, como la guaraní, que se extendía desde el Plata al Orinoco, fué explorada más tardíamente, así que no dió muchos nombres de uso general (1).

No podemos estudiar despacio todos estos elementos que contribuyeron a la formación del vocabulario español; sólo

(1) Sobre los americanismos véase el *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*, por el Doctor ROBOTZO LENZ, Santiago de Chile, 1904-1910, donde se hallará una bibliografía crítica de obras similares.—R. J. CUZAVO, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, 1914, págs. 656 y sigs.—P. HENRIQUEZ UREÑA, *Palabras antillanas en el Diccionario de la Academia*, en la *Revista de Filol. Esp.*, XXII, 1933, pág. 175.—E. TEJERA, *Palabras indígenas de la isla de Santo Domingo*, Santo Domingo, 1933.—G. FRIEDERICI, *Hilfswörterbuch für den Amerikanisten*, Halle, 1926.—R. LOEWE, *Über einige europäische Wörter exotischer Herkunft*, en la *Zeit. für vergleichende Sprachforschung*, LX, pág. 144, y LXI, pág. 37, Göttingen, 1933.—M. L. WAGNER, *Amerikano-Spanish und Vulgärlatein*, en la *Zeit. für rom. Philol.*, XL, 1920, págs. 286 y 385, traducido en las «Publicaciones del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires», I, 1924.

será objeto de nuestra atención preferente el elemento más abundante, más viejo, el que nos puede ofrecer la evolución más rica: el del latín vulgar o hablado, que forma, por decirlo así, el patrimonio hereditario de nuestro idioma. A él consagraremos el resto de este Manual. Por medio de nota, y sólo a título de contraste con el elemento vulgar, se harán algunas observaciones sobre las palabras tomadas por los eruditos del latín escrito.

CAPÍTULO II

LAS VOCALES

5. CLASIFICACIÓN GENERAL DE LAS VOCALES.—Para estudiar históricamente el idioma español hay que empezar por conocer los sonidos que forman sus palabras y los cambios que ellos han tenido desde la época latina hasta hoy día. Este estudio de los sonidos se llama Fonética.

La Fonética histórica, que estudia las transformaciones de la pronunciación desde la época latina a la actual se funda casi únicamente en el estudio de los sonidos tal como han sido escritos; los gramáticos antiguos rara vez hacen un análisis fisiológico de las articulaciones que nos permita saber con toda exactitud cómo se pronunciaban. Este análisis sólo puede hacerse con precisión respecto de la lengua moderna (1).

(1) El primer análisis general de los sonidos del español moderno fué hecho por FERNANDO ARAUJO, en las *Recherches sur la phonétique espagnole* (*Phonetische Studien* de Vieler, III, 1889, VII, 1904), publicadas después en español con el título de *Estudios de fonética castellana*, 1894, impresos en ortografía fonética. (Véanse H. MURF, *Litteraturblatt für germ. u. rom. Philol.*, 1896, pág. 15 y sigs., y SAROÏHANDY, *Romania*, XXIV, 298.) Un estudio más seguro, hecho con ayuda de los métodos y aparatos del abate Rousselot, ha publicado el profesor de Boston E.-M. Jos-

Confrontando el análisis de los sonidos modernos con las vagas indicaciones de los gramáticos de tiempos pasados y con las mudanzas de la grafía a través de las diversas edades llegamos a conocer la evolución que interesa a la fonética.

1] Conviene estudiar aparte las vocales y las consonantes. La vocal es la vibración de las cuerdas vocales, sin que la columna de aire que produce esa vibración halle en su salida obstáculo mayor, ni por contacto ni por estrechamiento suficiente de las partes del tubo formado por el paladar, lengua y labios. Las vocales se dividen en dos series. La serie *anterior* o de *vocales palatales* se pronuncia elevando el dorso de la lengua en su mitad anterior, para lo cual se baja la mitad posterior; así se producen, con menor o mayor elevación, la *e* y la *i*. La serie *posterior* o de *vocales labiovelares* se pronuncia elevando el dorso de la lengua en su mitad posterior, para lo cual se baja y se retira en la parte anterior; los labios intervienen, por su parte, cerrándose y adelantándose; dos grados de estos movimientos producen la *o* y la *u*. La *a* neutra o media, base del sistema vocálico, no pertenece especialmente a una de estas

SELYN, *Études de phonétique espagnole*, Paris, 1907. Después, sin el auxilio de aparatos, M. A. COLTON, *La phonétique castillane*, Paris, 1909 (reseñas de O. J. TALLOREN, *Bulletin Hispanique*, XVI, 1914, pág. 225, y T. NAVARRO TOMÁS; *La metafísica vocálica y otras teorías del Sr. Colton*, en la *Revista de Filología Española*, 1923, 26-36).—Véase especialmente T. NAVARRO TOMÁS, *Manual de pronunciación española*, 4.^a ed., Madrid, 1932 (reseñas de G. MILLARDET, *Bulletin Hispanique*, 1921, pág. 69-76; E. KRÜGER, *Archiv für das Studium der Neueren Sprachen und Literaturen*, 1921, 267-276; AURELIO M. ESPINOSA, *Romanic Review*, 1922, pág. 88-91).—A. ALONSO, *Crónica de los estudios de Filología Española*, 1914-1921, en la *Revue de Linguistique romane*, I, 1925, pág. 171 y siga.

dos series, y se pronuncia con mayor abertura de los labios y con posición de la lengua más baja que para ninguna de las vocales de las dos series susodichas; su punto de articulación, formado por la elevación de la lengua, corresponde a un lugar intermedio entre el de las vocales palatales y velares.

2] Se llama *abierta* la vocal que se pronuncia con mayor anchura del tubo de resonancia formado por los órganos de la articulación, y *cerrada* la que se pronuncia con menor anchura. Visiblemente la *e* es vocal mucho más abierta que la *i* dentro de las de la serie *anterior*; metiendo un dedo en la boca y pronunciando la serie *a, e, i* se notará cómo se va estrechando el canal formado por la lengua y el paladar; e introduciendo el dedo más adentro para poder apreciar el orden *posterior*, se notará lo mismo respecto de la serie *a, o, u*. Ahora bien: cada una de estas cinco vocales fundamentales puede tener varios grados de abertura; aunque la escritura corriente no usa más que una *e* o una *o*, tanto ésta como aquélla pueden tener, además de su matiz medio, un matiz abierto o cerrado, que suelen señalarse con una coma o un punto suscritos: *e*, *e*, *e*; *o*, *o*, *o*; la *e* o la *o* tienden a la abertura de la *a*, mientras la *e* o la *o* tienden a la cerrazón de la *i* o la *u*. Pero debe advertirse que las vocales españolas tienen una pronunciación más relajada que las del francés, italiano, portugués y catalán, de modo que los diversos matices de *e* y de *o* son menos sensibles que en estas lenguas: en estas lenguas todo el que habla aprecia debidamente diversas clases de *e* y de *o*, cuya confusión rechazaría como una pronunciación viciosa, pues la distinta abertura de la vocal depende de la etimología y puede cambiar la significación de la palabra (port. *sede* < siliim 'sed', *sede*

< sēdem 'sede'; cqr 'color', cqr 'corazón'; cat. deū 'dios', deū 'diez'; os 'oso', os 'hueso'). Por el contrario, en español las diferencias de abertura en las vocales no dependen de la historia de la palabra, ni tienen valor significativo, sino que dependen sólo de circunstancias fonéticas, y sobre todo de los sonidos vecinos; así, la *r* y la *l* finales de sílaba abren la vocal acentuada precedente: *guerra* gēra, *golpe* gōlpa, *corte* kōrte, *sol* aql, mientras las palatales la cierran: *bello* bēlo, *peña* pēna, *hecho* ḡeo, *olla* oja, *hoyo* oyo; esto nos explicará algo de la evolución histórica (§ 10₂). También influye el acento: la *e* y *o* protónicas o postónicas internas son cerradas, porque teniendo por su posición un grado de intensidad escaso, y siendo muy breves, se reducen: *interprete* *interprete*, *colocar* kolokar, fenómeno que puede ayudarnos a comprender la pérdida de las vocales latinas en la referida posición (§§ 24 y 25). También tenemos cerrada la final de *húsped* wēsped, que es postónica interna en el vulgar wēspede (§ 26₁).

3] Para pronunciar cualquiera de estas vocales, el velo del paladar se eleva, cerrando el paso por las fosas nasales a la columna de aire que sale vibrando entre las cuerdas vocales. Pero al lado de estas vocales, llamadas *orales*, que son las ordinarias, hay otras llamadas *nasales*, cuya articulación se produce con el velo del paladar caído, de modo que no toda la columna de aire sale por la boca, sino que parte sale por la nariz, produciendo una resonancia nasal. Esta nasalización se indica generalmente por una tilde sobrepuesta a la vocal: *ā*, *ē*, etc. El español posee vocales nasales, aunque la escritura no las señale. Aparecen muy frecuentemente entre dos consonantes nasales: *mano* māno, *niño* nīno, *nunca* nūnka; hallándose el velo del paladar caído

do para la articulación que precede y para la que sigue a la vocal, queda inerte también durante la producción de ésta. Asimismo, cuando la vocal se halla en posición inicial absoluta después de pausa, como el velo del paladar durante el silencio está caído, equivale a una articulación nasal, y se nasaliza la vocal si le sigue una nasal, sobre todo agrupada con *f*: *enfermo* ēfērmo, *infinito* īfīnito. No abunda tanto en otros casos, como *canto*, *consejo*, etc.

4] Hay también que señalar las *vocales relajadas*, las cuales reducen su cantidad y se pronuncian con una tensión muscular menor que la de las vocales normales. Ocurren principalmente en las sílabas protónica y postónica internas, y se representan así: *u*, *e*, *i*, *o*, *n* (1). La escasa sonoridad de las vocales postónicas relajadas se aprecia en los asonantes del verso, donde la vocal postónica no cuenta para nada, cualquiera que sea, y así todo: abandono: despojo pueden tener por asonantes: óvalo: lóbrego: pórvido; cómodo: prófugo, o bien giro; sino: albedrío pueden asonantar con pícaro: aurífero: cínico: símbolo: ridículo. La perceptibilidad asonántica de la vocal final es algo mayor, pues sólo son equivalentes las dos vocales palatales entre sí, y las dos velares: aspíd: datil, asonantes de embate: arte; Adonis asonante de dote (en el romance de Góngora «En un pastoral albergue»); metrópoli asonante de bronce; Venus: mancebo; ímpetu: digo. Y la *a* final no admite ninguna otra vocal equivalente: jaspe no es asonante de casa.

(1) Sobre las vocales véase especialmente T. NAVARRO TOMAS, *Siete vocales españolas*, en la *Revista de Filología Española*, III, 1916, páginas 51-62.

ACENTUACIÓN

5 bis. ACENTO CLÁSICO, CONSERVADO EN ROMANCE.—Cada vocal tiene una historia bastante diferente, según que está acentuada o no, y según el puesto que ocupa respecto al acento de la palabra; así que es necesario decir, a modo de preliminar en la historia de las vocales, algo acerca de la acentuación.

El acento se mantiene inalterable desde el tiempo de Plauto, de Horacio, de Prudencio, hasta el de Cervantes y hasta el nuestro, informando como un alma a la palabra, y asegurando la identidad sustancial de ésta, a pesar de los cambios más profundos que sus demás elementos puedan sufrir: *maritu marido*, *quindēcim quince*, *pópulu pueblo*, *cómite conde*, *comitátu condado*, **trémulo tiémblo*, **tremuláre temblár*. Voces extraordinariamente desgastadas por el mucho uso, apenas salvan más que su sílaba acentuada y la inicial: *vuestra-mercéd* > *vuesa-mercéd* (§ 51), > *vuesarcéd* > *usarcéd* > *ucéd*; o bajo otra forma: *vuesa-mestéd* > *vues-astéd* > *vuestéd* > *vustéd* > *ustéd*, y lo mismo *vuesa-señoría* > *usía*; *dóminu* > *dómno* > *dón*. — Hay algunos cambios de acento, aunque raros: *círcinu* fué *cércen*, y Cervantes, Lope de Vega o Quevedo pronuncian siempre «cortar a *cércen*»; pero desde comienzos del siglo XVIII se generaliza *cercén*, influido por la acentuación verbal *cercéno* *cercénas*. Lo mismo Juan de Mena que Lope de Vega acentúan *pábilo* *pápyru*, pero modernamente se profiere *pábilo*, quizá por influjo de *pábulo*. Estos cambios de acento son raros tratándose de voces patrimoniales como esas

dos citadas, pero abundan en las voces de origen exótico.

Respecto a las palabras patrimoniales, sólo es preciso hacer una advertencia sobre el acento de las voces que tienen una vocal breve en una sílaba larga por posición (§ 71). El latín coloca el acento en la sílaba penúltima cuando ésta es larga, ya por naturaleza, ya por posición (verbi gracia: *virtúte virtut*, *sagítta saltá*), y lo coloca en la antepenúltima cuando la penúltima es breve, y no larga ni por naturaleza ni por posición (*arbóre árbol*); es decir, que la cantidad breve de una vocal en sílaba larga por posición no influye nada en el acento clásico ni en el vulgar de una palabra, pero sí influye en el sonido de esa vocal, según el § 8; por ejemplo: en *sagítta*, para el acento no nos importa nada conocer la cantidad de la penúltima, pues nos basta saber que la sílaba es larga por posición para colocar sobre aquélla el acento; pero para el sonido de dicha vocal si nos importa conocer su cantidad propia, pues sabiendo que es breve, deduciremos el derivado español *salta* (§ 101); mientras que si fuera larga hubiera producido **salta* (§ 11). Otro ejemplo: para la acentuación de *caepulla*, *medulla* no necesitamos averiguar la cantidad propia de la penúltima vocal, ya que la sílaba es larga por posición, y diremos *caepúlla*, *medúlla*; verdad que hoy es corriente la acentuación disparatada de la voz culta *médula*, que se introdujo en el español muy tarde, al lado de la correcta *medúlla*, usada por Cervantes, Calderón, etc.; pero no hagamos caso de esta voz culta; el derivado popular no se pudo equivocar tan groseramente, y dijo *cebolla*, *medílla*, atendiendo a la cantidad silábica por posición en cuanto al acento; pero observando la cantidad propia de la vocal en cuanto al timbre del sonido, pues siendo en ambas voces breve la *u*,

la pronunció *ó* (§ 13₁), que a haber sido larga hubiera dicho **cabulla* **meullo* (§ 14).

6. ALGUNAS DIFERENCIAS ENTRE EL ACENTO CLÁSICO Y EL VULGAR. — 1] Por el párrafo anterior vemos que el latín no consentía dejar sin el acento la sílaba penúltima cuando estaba en posición (el latín clásico no toleró las acentuaciones arcaicas *pérfectum*, *fénēstra*); *impero* vacilaba, es decir, no acentuaba necesariamente la penúltima cuando estaba en lo que se llama «positio debilis», o sea en la posición producida por una oclusiva (§ 33₁) seguida de la vibrante *r* (por ejemplo, *pātrēm*, cuya *ā* sólo entre los poetas se contaba alguna vez como larga por posición); el latín clásico podía acentuar *intēgrum*, *tēnēbrae*, y podía también *medī intēgrum*. Pero el latín vulgar se atuvo siempre al principio del párrafo anterior aun en el caso de la «positio debilis», y no consintió dejar inacentuada la vocal que precedía al grupo de oclusiva + *r*, y así acentuó *Intēgrum*, de donde *entēro*; *tēnēbrae*, de donde *tinieblas*; *cathēdra*, de donde *cadera* (en el sentido de 'asiento o caja del cuerpo'; aragonés, *cadiera* 'silla'); *culcitra*, de donde *cocēdra*; son cultas las formas *integro* y *cátedra*.

2] El latín vulgar tiende a formar diptongos con los grupos de vocales en hiato; de modo que si el acento clásico cae sobre la vocal más cerrada (§ 8), lo transporta sobre la más abierta para hacer posible el diptongo; cuando ambas vocales son igualmente cerradas, una de la serie anterior y otra de la posterior, lleva el acento la que va última; comp. abajo *viūda* y *būtre*. El latín clásico acentúa *filii-ōlum*, pero el vulgar *filiiólū*, de donde *hijuelo* (con *ue* de *ō*, § 13); clásico *putē-ōlum*, vulgar *puteólū* *pozuelo*; clásico *talēōla*, vulgar *taleōla* *tajuéla*; de *varus*, pos-

tilla, se sacó el diminutivo **variōla* **variōla virūlla*; clásico *mulīērem*, vulgar *mulīere* *mujer*; *pariēte* *pared* (§ 10₁). En época posterior ocurrió también esta dislocación del acento: en español antiguo se acentuaba *reīna* *regina*, *treīnta* (§ 89₁), *vaina* *vagina*, *bēdo* (§ 60₁), *Dīos* *Déus*, *viūda* (§ 67₁), **būitre* *vulfore*, y hoy se acentúa *reīna*, *treīnta*, *vaīna*, *beūdo*, *Dīos*, *viūda*, *būitre* (1). Para Calderón, *desahucia* era asonante *ú-a*; pero luego que se olvidó por completo el valor de la *h* (§ 38₁) se formó un diptongo, diciéndose *desducia*. Hoy la lengua culta permite la dislocación de acento en los adverbios *aún*, *ahí*, *ahóra*, por su carácter proclítico o enclítico «*aún* no es tiempo» «anda por *ái*» «*ahóra* llega»; esta acentuación de la *a* es en la parte leonesa de la península menos usada que en Castilla. Para el imperfecto *decia*, *decid*, ant. *temien*, *temiēn*, véase § 117₁.

3] En las voces compuestas con un prefijo, el acento clásico se rige también por la cantidad de la penúltima vocal: concuba *cuēncoba* (§ 85₁), ré-cito *rezo*, cóllōcat *cuelga*, cóm-pūtat *cuēta*; pero la tendencia a acentuar no el prefijo, sino el elemento principal, es tan natural que la hallamos hasta en los derivados cultos, *recito*, *colūco*, *compūta*, sobre todo cuando se conserva el valor significativo de la voz simple: *impār*, *impío*. El latín vulgar, en muchos casos disloca de igual modo el acento, y en vez de *renēgo* dijo *renégo*, de donde viene *reniégo*; en vez de *renūvo*

(1) La preferencia del habla vulgar por el diptongo (§ 31₁, n.) hace que en ella abunde más la dislocación del acento en favor de la vocal más abierta; en Vizcaya, en Bogotá, etc., se dice *máis*, *ráis*, *bául*, *páis*, *máestro*, etc. Se llega también a la supresión de una de las dos vocales: Santa Tezaca decía *an* por *aún*; y el vulgo de Andalucía y de América dice *ande* por *añde*, *adonde*.

dijo renóvo, de donde *renuóvo*; por rétinet dijo reténét, de donde *retiéné*, etc. (1).

4] Las voces de origen griego verdaderamente populares siguen el acento griego, desentendiéndose de la cantidad, como ya hacían los autores latinos más recientes, por ejemplo, Prudencio, que εἰδωλον, εἶρημος los mide *idolum*, *erémus*, y de ahí el romance *yerno*. En igual caso están Ἰβήρος *Ebro*, Ἀβήρα *Adra*, Ἰσιδωρος *Isidro*, contra los clásicos Ἰσιδῶρος (culto *Isidoro*), Ἀβήρα, Ἰβήρος, ἐρέμους (2). Se exceptúan las voces en -la, que se amoldan al acento de las latinas en -la (3) por ser terminación familiar

(1) Las voces cultas dislocan el acento fuera de los tres casos señalados en este párrafo, con confusiones extrañas que son muy raras en las voces populares; hoy se ha generalizado *orgía*, cuando lo correcto es *orgia*; y se dice *hipógrifo*, *ópimo*, *intérvalo*, debiéndose acentuar todas en la penúltima, como hacen los buenos escritores. Modernamente han llegado a ser generales las acentuaciones viciosas *fárrago*, *púdico* (también se introdujo en portugués), *cónclave*, antes paroxítonas. Acaso por seguir el acento griego se generalizaron también *pardito*, *cíclope*, *poliglota*, *epígrama*, contra el acento latino que le daban nuestros clásicos. Entre las personas sencillas actúa la llamada manía esdrújula que propaga el acento de las voces cultas esdrújulas por el prestigio docto que las dignifica. A esta razón antepone A. Alonso (en la *Biblioteca de dialectología hispano americana*, I, Buenos Aires, 1930, pág. 349 y siguientes) la analogía particular de una terminación que sirve de modelo. Esto es evidente en varios casos, como en el del abundante sufijo latino -ūtu, que alras a *médula*, *Tíbulo*, y ya insula en la época preliteraria del idioma (*Orígenes del español*, págs. 342-344); pero téngase presente que las escasas terminaciones -ago, -igo, etc., no podían vencer las muchísimo más numerosas -dgo, -lgo, etc., si no es por el prestigio del esdrújulo.

(2) Es curioso que en la Edad Media, y en el siglo xvi, el nombre de *Dario* siguiese la acentuación griega de las voces populares; se acentuaba *Dário*. Verdad es que se halla *Darius* en Sidonio (*Adriano*), contra el clásico *Darius*.

(3) Aun en bastantes voces cultas; *prosodia*, *academia*, *tragedia*, et-

al oído: συμφωνία *sympōnía* *sampoña*, *iglesia*, *acidia*, *jibia* (§ 112), πλατεία *platēa* *plaza*, y las voces oxítonas que rechazan este acento no latino: παραβολή *parabōla* *pala-bra*, θαλλός *thallus* *tallo*. Así, el vulgo venía a preferir el proparoxítono, ora lo hallase en la acentuación griega (*éremus*), ora en la latina (*parábola*), y a veces contra ambas, como en *χωρῶτός*, medido por Sidonio *cōrýtos*, que explica nuestro *goldre*.—Claro es que hay otros grecismos que, entrados en el latín, se identificaron con la acentuación de este idioma, como *πύρπυρα*, *πάπυρος* *papýrum* *papel*, *ἐλεημοσύνη* *elēēmōsýnē* *limosna*, y con doble razón *κῆρυξ* *huér-fano* y *ἐκτετατός* *escuela*, por ser oxítonos en griego.

CLASES DE VOCALES; IDEA GENERAL DE SU EVOLUCIÓN

7. VOCALES LARGAS Y BREVES DEL LATÍN CLÁSICO.—1] El latín clásico distinguía diez vocales: ā, ē, ī, ō, u, a, e, i, o, u; es decir, cada una de las cinco fundamentales podía ser «larga» o «breve», según se pronunciaba en una unidad de tiempo o en más. Esta «cantidad de la vocal» la marcan los Diccionarios comunes, pero no señalan cantidad a las vocales que van seguidas de un grupo de dos o más consonantes, pues la sílaba trabada por una consonante agrupada con otra es siempre «larga por posición» (1). En *inter*, por

ceterum, y hasta el siglo xvii se pronunció *Alexándria*, *Antidóquia*; pero contra esta acentuación, hoy se dice *Alejandro*, *Antioquia*, así como *energía*, *fotografía*, *filología*, la ciudad colombiana se sigue llamando *Antioquia*.

(1) Véase F. D'OVIDIO, *Della quantità per natura delle vocali in posizione*, en la *Miscellanea Caix e Canello*, Firenze, 1886, pág. 393.

ejemplo, si bien la sílaba *in-* es larga «por posición», la vocal *i* puede ser independientemente larga o breve «por naturaleza», y en efecto es breve. Esta posición o esta calidad de larga que toma toda vocal ante un grupo de consonantes, tiene su aplicación principal en la métrica, aunque no en la de todos los tiempos; así, en la métrica arcaica de Plauto se cuentan como breves *Inter*, *unde*, *sagitta*, *ille*, *fenestra*, y ya veremos cómo confirma esta medida la fonética de los idiomas romances. Además, nos podemos convencer de la cantidad de la vocal en las sílabas que la métrica clásica tiene como «largas por posición», ayudándonos de la etimología de las palabras: nada más evidente que en *cóllico*, la sílaba *col-*, larga por posición, tendrá la *o* breve por naturaleza, pues es la misma *o* de *cilic*; y de igual modo el participio *mortuus* tendrá la misma *o* que el presente *mōrior*; o viceversa, el presente *cresco* tendrá la misma *e* que el participio *crētum*; y *signum* tendrá la *i* de *sigillum*. Otro testimonio nos lo ofrece la gramática comparada: *septem* tiene su primera *e* breve, como breve es la vocal en el griego *ἑπτά* y en el sánscrito *sāpta*, y en igual caso está *octo*, comparado con el griego *ὀκτώ* y sánscrito *āsta*. El conocimiento de la cantidad de las vocales, ora estén o no ante dos consonantes, es de absoluta necesidad para el estudio de la fonética histórica; se hallará marcada en el *Romanisches etymologisches Wörterbuch*, de W. Meyer-Lübke, 3.^a edic., Heidelberg, 1935.

2] De igual modo es también una regla principalmente métrica la de «vocal ante vocal se abrevia»; en prosa, la vocal seguida de vocal podía ser larga o breve, y así tenemos *dies*, *pius*, *audī* (§ 118), *grēm* como el nominativo *grās*, pero *vīa* (fr. *voie*, como *pīlus poīl*), *fūit*,

(§ 120). Para la chocante diferencia de *e* entre *meus* y *mea*, véase § 66.

8. VOCALES ABIERTAS Y CERRADAS DEL LATÍN VULGAR — La diferencia de cantidad del latín clásico fué en el latín vulgar diferencia de calidad o timbre: no distinguió dos *e* o dos *o* por su duración, sino por su sonido abierto o cerrado. Los gramáticos del Imperio nos dan noticias de este diverso sonido de la *e* y la *o*; por ejemplo, Sergio: «nam quando *E* correptum est, sic sonat quasi diphthongus, *oquus*; quando productum est, sic sonat quasi *i*, ut *demens*», y en conformidad con esta indicación, el gramático Pompeyo pone como ejemplo de confusión de sílaba larga y breve el de *aequus* y *oquus*, y las inscripciones desde el siglo I escriben a veces *ae* por *o* (*Naerva*, *trabaelis*), y desde el siglo III aparece alguna vez *i* por *o* (*ficei*, *cinsum*), y más abundantemente *e* por *i* (*tetlu*, *baselica*, *posuet*, *secet*). En suma, las vocales largas del latín clásico se pronunciaron en el latín vulgar más cerradas que las breves, que eran abiertas. Esto sentado, tenemos que las diez vocales clásicas *ā ā*, *ē ē*, *ī ī*, *ō ō*, *ū ū*, habían de ser en latín vulgar *e e*, *ē ē*, *i i*, *o o*, *u u*; pero adviértase que las dos *e e* se confundieron desde luego en un mismo sonido; que la *ē* cerrada (próxima a la *i*) y la *i* abierta (próxima a la *e*) se confundieron luego en *e*; y que igualmente la *o* (próxima a la *u*) y la *u* (próxima a la *o*) se confundieron después también en *o*. Ocurridos estos cambios, el latín vulgar tuvo, en vez de las diez vocales del latín clásico, sólo siete, a saber: *a* (= *ā ā*), *e* (= *ē ē*), *i* (= *ī ī*), *o* (= *ō ō*), *o* (= *ō ū*), *u* (= *ū ū*).

Fijándonos especialmente en la sílaba acentuada, el romance español diptonga la *e* en *ie*, así como la *o* en *uo* > *ue* y conserva las demás; *a*, *e*, *i*, *o*, *u*. El diptongo latino *ae*

se asimila a la *ē*, y el diptongo *oe* a la *ē*. De este modo los siete sonidos vocálicos *d, id, é, i, ué, ó, ñ*, representan en el romance español las siete vocales del latín vulgar.

En sílaba átona las siete vocales se redujeron a cinco cuando son iniciales de palabra, y a tres cuando son finales, según muestra el siguiente cuadro:

Canti- dad y timbre	Vocal acentuada	Vocal átona inicial	Vocal átona final
<i>ā a</i> <i>ā a</i>	<i>a</i> { <i>lātus</i> lado <i>grānu</i> grano	<i>a</i> { <i>ārātru</i> arado <i>pānāria</i> panera	<i>a</i> { <i>causām</i> cosa <i>causās</i> cosas
<i>ē e</i> <i>ē e</i> <i>i i</i> <i>i i</i>	<i>ie</i> { <i>tōrra</i> tierra <i>rēte</i> red <i>cību</i> cebo <i>i</i> { <i>fiou</i> higo	<i>e</i> { <i>tōrrēnu</i> terreno <i>sēcūru</i> seguro <i>plīcare</i> llegar <i>i</i> { <i>ficaria</i> higuera	<i>e</i> { <i>patrōm</i> padre <i>patrēs</i> padres <i>legīt</i> lee <i>dixī</i> dije
<i>ō o</i> <i>ō o</i> <i>ū u</i> <i>ū u</i>	<i>ue</i> { <i>nōva</i> nueva <i>leōne</i> leon <i>būcca</i> boca <i>u</i> { <i>cūpa</i> cuba	<i>o</i> { <i>dōlōre</i> dolor <i>sōlanus</i> solano <i>lūcrare</i> lograr <i>u</i> { <i>dūrītia</i> dureza	<i>o</i> { <i>amō</i> amo <i>sērvōs</i> siervos <i>sērvūm</i> siervo <i>lacīs</i> lagos

8 bis. LA YOD Y EL WAU; SU INFLUJO.—La serie de vocales expuesta en el cuadro anterior se altera mucho cuando a cada una de ellas le sigue el sonido palatal que llamamos yod. Esta yod es análoga a la consonante *y* del latín *maiores*, *jejunare*, o del español *mayor*, *ayunar*, etc., pero no se halla intervocálica como la *y*, pues no es propia-

mente una consonante, sino una semiconsonante, como la *j* de *pid*, *radio*, articulación explosiva agrupada con la consonante anterior, o una semivocal, como la *j* de *baile*, *peine*, articulación implosiva agrupada a la vocal que la precede (1).

1] Esta yod, que escribiremos *j* o *y*, no existía originalmente en latín; pero se produjo de diversas maneras. Primero, la *i* o la *e* en hiato con una vocal siguiente, que formaba sílaba por sí en la pronunciación cuidada, tendía en la pronunciación corriente a perder su carácter silábico, haciéndose semiconsonante; en los poetas, lo mismo en Plauto que en Virgilio, se hallan casos de silabeo *dor-mio*, *de-or-sum*, por *dor-mi-o*, *de-or-sum*, y en el siglo III de Cristo, esta pronunciación era muy común, por lo que el Appendix Probi la corrige reiteradas veces en casos como «*lancea non lancia*, *linteum non lintium*, *vinea non vinia*, *cavsa non cavia*», etc. La yod surgió también por vocalización de una consonante velar agrupada: *factum* > *faĭtu*; o por pérdida de una vocal o una consonante: *majorinum* > *maj(o)rinu* > *maĭrinu*, *sartaginem* > *sarta(y)ine* > *sartaĭne*, *canta(v)i* > *cantaĭ*; o por atracción de una vocal de la sílaba siguiente: *caldaria* > *caldaĭra*, según vamos a especificar.

2] La yod, como es articulación semivocálica extrema-

(1) La yod implosiva puede parecer más eficiente que la explosiva, según nota G. MILLARDET, *Rev. des Langues romanes*, LVII, 1914, pág. 124, «causa del distinto silabeo (*baslu*, hecho *baisu* inflexiona la *a*, *heso*, mientras *radiu* no la inflexiona, *rayo*, silabeándose *baĭ-au*, *ra-dju*, comparable éste segundo a *Ma-iu Mayo*); pero vamos a mostrar que lo decisivo en la inflexión es la fecha o duración de la yod y el timbre diverso de la vocal precedente. La implosiva producida en *c'i* no inflexiona la *a*, mientras en *c'i* sí: *novac(u)la navaĭja*, pero *tractu trecho*. La explosiva inflexiona la *e* en *vindēmia vendimĭa*, pero no la *u* en *labiu labio*.

mente cerrada (es más cerrada que la *i* vocal), suele contagiar su cerrazón a la vocal precedente, cerrándola un grado. En la serie de las vocales anteriores o palatales, la *a* pasa a *e*, la *e* pasa a *ē*, la *ē* pasa a *i*; y en la serie de las vocales posteriores o velares, la *o* pasa a *ō*, y la *ō* pasa a *u*; en cuanto a la *i* y la *u*, siendo las vocales más cerradas, no pueden sufrir inflexión ninguna. Así pues, bajo el influjo de una yod, las siete vocales acentuadas quedan reducidas a cuatro: *e* (procedente de *a* y de *ē*), *i* (procedente de *ē* y de *i*), *o* (procedente de *ō*), y *u* (procedente de *ō* y de *u*). La acción de la yod es menos señalada sobre la vocal átona inicial, caso en que las cinco vocales inacentuadas quedan reducidas a tres: *e* (procedente de *a*), *i* (procedente de *ē*, *ē*, *i*), *u* (procedente de *ō*, *ō*, *u*).—Esta inflexión vocálica ocurre de un modo análogo en los demás romances, pero en español es más frecuente, y está aún poco estudiada. Trataré de clasificar históricamente los fenómenos, poniendo un poco de orden en tan difícil materia. La gradación cronológica que establezco en la persistencia o duración de la yod espero dará claridad a la materia.

3] La yod no sólo influye en cerrar o inflexionar la vocal, sino que palataliza además la consonante inmediata, y su influjo sobre la vocal está subordinado a su acción sobre la consonante. Cuando la yod palatalizó muy pronto la consonante, absorbiéndose en ella, no tuvo tiempo para influir sobre la vocal; y cuanto por más tiempo se conservó la yod sin ser absorbida en la consonante, tanto más influyó sobre las varias clases de vocales.—Téngase presente en lo que vamos a decir que la yod flexional de los verbos *-ere*, *-ire*, §§ 113 y 114, presionada por la analogía de otras formas verbales, § 104, siguió caminos muy apartados, tanto

en la inflexión vocálica como en la palatalización de las consonantes, por lo cual sólo rara vez echaremos mano de ejemplos sacados de la conjugación.

a) Yod primera; la que produce las consonantes románicas *ç* y *z*. La palatalización del grupo latino *ty* o *cy* en *ç* o *z* es de las más antiguas de todas, § 53: *vītiū verso*, *aciariū acero*; habiéndose formado muy temprano las consonantes *ç* o *z*, la yod desapareció, sin haber ejercido influjo alguno sobre la vocal. Nótese como los verbos *-er*, *-ir*, siguen normas aparte: *mētiō mīdo*, inflexionó la vocal y no palatalizó la consonante, todo lo contrario que en las palabras no conjugables, § 114 inic.

b) Yod segunda; la que da origen a las consonantes románicas *ll* > *j* y *ñ*. Atribuimos a una segunda época dos clases de grupos consonánticos con yod. En primer lugar los que produjeron el sonido palatal *ll*, después hecho *j*, a saber: *ly*, § 53: *conclliū > coicello > concejo*; y *cl*, *cl*, *cl*, por vocalización de la consonante velar agrupada, § 57: *aplc(u)la > *abeg'la > *abeyla > abella > abeja*. En esta época hay que colocar la yod que produjo *ñ*, esto es, los grupos latinos *ny*, § 53, *gn*, § 53, y *ng*, § 47: *insīgnia enseña*.—Estas clases de yod inflexionan las vocales abiertas *e* y *o*, impidiendo su diptongación, salvo la yod de *ñ*, que no inflexiona la *e*; y a la inversa, no inflexionan las vocales cerradas *i* y *u*, salvo la yod de *ñ* que inflexiona la *u*. Nunca inflexionan la *a*.

c) Yod tercera; la que produjo la consonante románica *y*, o no alteró la consonante. En primer lugar la yod que da siempre *y*, o sea, los grupos latinos *ay*, *ay*, § 53: *radia raya*. Después, la que vaciló, no alterando la consonante unas veces, o produciendo otras veces *y*, § 53: *pluvia*

lluvia, *fōvea hoyā*. — Esta yod inflexiona regularmente las vocales abiertas *e* y *o*, impidiendo su diptongación, y vacila respecto a las vocales cerradas, inflexionando unas veces *e* > *i*, *o* > *u* y otras veces no. Nunca inflexiona la *a*.

d) Yod cuarta; 1º, la que produce dos consonantes románicas, la *ch* y la antigua *x*, moderna *j*, y 2º, la yod procedente de metátesis o síncope de algún sonido latino. Primero, la *cr* latina, que vocalizando la *c*, produjo la *ch* española, § 50; semejantemente *ul^{ceha}*, § 47, *lucta lucha*; y *ks* o *x*, que por igual vocalización dió la palatal *x* del español antiguo, hecha *j* en lo moderno, § 50; *taxu tejo*. A éstos hay que sumar el grupo *gr* (no *cr*) cuya *g*, hecha fricativa, se vocaliza: *integru agru*, § 48 n. 2. Después tenemos la yod de los grupos *rv*, *sv*, *py*, § 53, a veces hecha implosiva, atraída de la sílaba postónica a la sílaba acentuada: *caldariu > caldairo > caldeiro > caldero*. A esta última época pertenece también la yod producida por síncope de sonidos latinos, ora por pérdida de la vocal protónica, § 24, o postónica, § 25: *maj(o)rinu > mairinu > meirino > merino*; ora por pérdida de una consonante: *farragine > ferra(y)ine > ferrein > herrén*; *proba(v)i > proba > probei > probé* (§ 118). A estos casos son semejantes los rarísimos que tenían en latín un hiato como el grecismo *lārcus*, trisílabo que con el tiempo pasó a bisílabo, *laigu > lei-go > lego*. — Constituímos con esta cuarta yod una última época; es la yod más persistente, la que opera sobre toda clase de vocales. Inflexiona regularmente las vocales abiertas *e* > *e* y *o* > *o*; inflexiona casi regularmente las vocales cerradas *e* > *i* y *o* > *u*, salvo la excepción *-ect-* cuya *e* permanece intacta; en fin inflexiona la *a*, nunca inflexionada antes.

4) El siguiente cuadro puede servir como guía de conjunto para la lectura de los párrafos que citamos en el mismo. En la palabra puesta como ejemplo, la vocal inflexionada va en tipo negrita; cuando la inflexión ocurre regularmente en los demás casos análogos, se indica con un trazo vertical; y si la inflexión es vacilante, se indica con un trazo discontinuo. Como se ve, estas indicaciones de inflexión aumentan conforme el cuadro desciende hacia su base, confirmando la serie cronológica que establecimos respecto a las cuatro clases de yod.

Clases de yod		q 13	q 10	q 14	q 11	a 9
1.ª	53, TY, CY q, z	fōrtia fuerza	pāttia plaza	lōtea loza	malttia maleza	minacia amenaza
	53, LY, C'L 57, ll > j	fōlla hoja	rāg(u)la reja	cūscūllu coscojo	cōlla ceja	palea paja
2.ª	53, NY, GN 50, ñ	sōmniu sueño	Ingāniu engaña	cūnea cuña	ligna leña	HTALIVN araña
3.ª	53, GY, DY y	pōdiu poyo	pōlāgliu poleo	fōgio huyo	fastidlu hastío	exagiu ensayo
	53, BY, MY y, bl, ml	fōvea hoya	nārviu nervio	rābeu ruyo royo	vindēmia vendimia	labiu labio
4.ª	50, CT, X ch, x > j	nōcte noche	lōctu lecho	trūcta trucha	strīctu estrecho	factu hecho
	53, RY, SY, PY ir, is, ip	cōriu cuero	matāria madera	augūriu aguero	cēreu cirio	riparia ribera
	sincopas varias	coll(g)o cojo	grā(g)e grey	co(g)ltat cuída	lēpi(d)u tibio	proba(v)l probé

Vemos que las vocales que más temprano se inflexionan son las abiertas *o* y *e*; la tendencia asimiladora obra con fuerza atrayendo esas dos articulaciones al punto de las otras *o* y *e* comunes en el idioma y muy semejantes. La *a* es la vocal que más tardó en llegar a la inflexión, por hallarse demasiado distante de la yod. Un lugar intermedio ocupan las vocales cerradas *o* y *e* que se resisten bastante a inflexionarse, vacilando entre asimilarse a la yod o mantenerse, por disimilación respecto de este sonido demasiado vecino, conservando su punto de articulación originario, y la *e* obedece más a esta disimilación conservadora por lo mismo que es más afín a la yod que la *o*.

5] La *i* final latina, como vocal extremadamente cerrada de la serie anterior, se equipara a la yod en algo, pues inflexiona tanto la *e* como la *e* acentuadas: *vēni ven*, § 114; *tibi ti*, § 112.

6] Por su parte el wau, o sea la *u*, ora semiconsonante, explosiva, agrupada a la consonante precedente (aqua), ora semivocal, implosiva, agrupada a la vocal precedente (auro), ejerce un influjo parecido al de la yod, contribuyendo a cerrar la vocal que antecede. Pero es articulación menos común que la yod, y su influjo es menor. Sus varios orígenes son análogos a los de la yod: unas veces existe ya en latín, *tauru*; otras, procede de vocalización de una consonante agrupada, *altōru* > *autro*, § 9; otras, proviene de una metátesis, *vidūa* > *viuda*, § 112; *sapui* > *saupi*, § 9; otras, se produce en virtud de una diptongación románica *viruela*, *ciruela*, § 18.

VOCALAS ACENTUADAS EN PARTICULAR ⁽¹⁾

9. *Ā* DEL LATÍN CLÁSICO, *A* DEL VULGAR.—1] Se conserva en general: *prātu prado*, *ad-grātu agrado*, *grātia gracia*, *ānu año*, *mātre madre*, *mānu mano*, *pātre padre*.

2] Pero si a la *A* sigue una yod, se inflexiona, aunque en condiciones muy restringidas, § 8 bis. —a) No se inflexiona por la yod 1.^a, origen de *ġ* y *z* (*hāza, plasa, masa, cedazo*, § 53), ni por la yod 2.^a, origen de *j* y *ñ* (*paja, ajo*, § 53; *badajo, navaja, cuajo*, § 57; *extraño, araña*, § 53; *frāñe*, § 47; *estāñe, tamaño*, § 50), ni por la 3.^a, origen de la *y* o *bi* (*raya, bayo, ensayo, haya*, § 53; *labio, gavia*, § 53). —b) Sólo la yod 4.^a, la más persistente, produce la inflexión de la *a*: esta vocal extremadamente abierta y la yod extremadamente cerrada se asimilan recíprocamente, *a-i* > *e-i* > *e-e* > *e*; el grado primero, *ai*, sobrevivía aún en el siglo x en ciertos vocablos del dialecto leonés, *carra-ria* > *carraira*; el grado intermedio *ei*, se conserva aún

(1) Véase J. Cornu, *Mélanges espagnols. Remarques sur les voyelles toniques*, en *Romania*, 1884, XIII, 283. De este importante trabajo conviene descartar varias voces cultas aducidas como ejemplo. Además, en él se sostiene que la vocal tónica se cierra por influencia de una posónica *i* (en *virgen, marisma* *maritima*, *-ible*) o *u* (en *ausfre* *sulfure*, *robis* *episcopo*, ante *virtus* *virtus*, *conuerso*, *conouerso*), de lo cual el único ejemplo notable es *Domingo* frente a *Domenga*, Barceo Milg. 38; caso aislado que pierde su valor teniendo en cuenta que *Domen-go* es muy común en la alta Edad Media. La inflexión supuesta por Cornu es sólo general en el asturiano de Lena y Aller, donde toda *u* o *i* final cierra la tónica: *cordicu* *cordera*, *pirru* *perra*, *utru* *otra*, *sentu* *santa*, *gutu* *gata*, *istí* *esta*, *puirtu* *puerta*, *fulsi* *fuella*. (Véase R. Menéndez Pidal, *El dialecto leonés*, § 5, en la *Revista de Archivos*, X, 1906.)

hoy en el portugués (con *e* cerrada), en el gallego y en el leonés, *carreira*; el grado último, *e*, es el castellano ya desde el siglo x. Ejemplos de -acr- ó -ax-, § 50, y *lacte* > *laite*, gall. port. *leite*, leonés *leite leiche*, cast. *leche*; factu *hecho*, tractu *trecho*, verbactu *barbecho*, taxu *tejo*, mataxa *madeja*, axe *eje*, fraxinu *fresno*. El caso de *ax* nos da: agru *ero*, § 48 (comp. port. *fragrar* > *flagrar* *cheirar*), pero *acr* no inflexiona: *agro*, *magro*. Ejemplos de inflexión con yod atraída en *axy*, *asy*, *apy*, caballariu *caballero*, area *era*, glarea *glera*, caseu > *caisu* > *queso*, basiu *beiso*, cerasea *cercesa*, sapiat *sepa*, capiat *quepa*. Ejemplo de articulaciones sincopadas, sartagine > *sarta(y)ine* > *sartén*, farragine *herrén*, plantagine *llantén*, propagine *provena*, magícu *meço* (gall. port. *meigu* 'bruja'); probai *probé*, canté, *amé*, § 118, laicu *lego*, ibérico *vaika vega*, § 4, (1). —c) La monoptongación de *ai* > *ei* > *e* es posterior a la formación de la *ch* > *cr*, § 50, pues la yod de la vocalización de *c* fué la causa de la palatalización de *t* < *ch*, como lo indica la serie que hemos establecido *lacte* > *laite* > *leiche* > *leche*, siendo de notar que formas como *peyche*, *seycho* se escriben en documentos leoneses del siglo xiii, y viven todavía en el leonés occidental moderno; aun en Castilla, en la parte norte, Santander y Campóo, se

(1) Para el desarrollo de esta palatalización de la *a* en los siglos x a xiii, véase R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*, § 12-18. Para varios pormenores fonéticos interesantes, véase G. MILLARDET, *Sur le traitement de A + yod en vieil espagnol*, en *Romania*, xli, pág. 247.—Cuando la yod se formó posteriormente a la época del latín vulgar no inflexiona la *a*, así aere que aun en Berceo y en Alfonso X es *aer*, dió *air*, *aire* tardíamente; vagina *vaína* con acento en la *i* aun en el siglo xiii, y más tarde *vdina*. Tampoco se inflexiona la *a* en los extranjerismos tardíos, *fratle*, *baile*, *polaina*, etc.

hallan en los siglos xi y xii ejemplos de *luneiro carreira*, y en Burgos se halla *ferreín*, en documento de 1284 (1).

3] Si a la *A* sigue una *U*, se busca también acercamiento entre la vocal extrema abierta *a* y la extrema cerrada *u*, y podemos establecer los grados *a* + *u*, *o* + *u*, *o* + *o*; el grado intermedio *ou* que señala la fonética fisiológica se halla en portugués (aún con mayor acercamiento *ou*) y en leonés occidental; el grado extremo *oo* > *o* es el castellano; causa port. leon. *cousa*, cast. *cosa*; amaut § 118, port. leon. *amou*, cast. *amó*, etc.; mauru *moro*, port. *mouro*; tauru *toro*, port. *torro*; caule *col*, port. *couve* (2). Esta reducción de *au* a *o* no es primitiva en romance; aunque era fenómeno dialectal latino que aparece en las inscripciones de España como en las de otras regiones (ciosa, Plotus), la lengua literaria impuso generalmente el *au*, que el portugués y leonés occidental conservan aún bajo la forma *ou*, y que en español, en francés y en otros romances se confundió con *o*; pero esta confusión en español es posterior a la sonorización de la consonante sorda intervocálica, como lo prueba la *t* de *coto* *cautu*, frente a la *d* de *todo* *tótu* (§ 47); y en francés es posterior a la palatalización de *c* ante *a*, como se ve en *chose* *causa* con *c* palatalizada, lo mismo que en *champ* *campu*, mientras no se palataliza ante otra vocal; v. gr.: cōlare *couler*. Algunas pocas voces habían monoptongado *au* > *o* ya en latín vulgar: *popere* *pobre* § 47, *foce* (de *faux*) *hoz*, port. *foz*.—La *u* del diptongo *au* puede venir atraída de la sílaba siguiente; así,

(1)- Véanse estos casos en *Orígenes del español*, pág. 93, 82 y 87.

(2) Son cultas las voces *clauastro*, *edustico*, *encausto*, *dureo*, *fauce* (tradicional *hoz*), etc.

el perfecto de habeo, habui, se pronunció *haubi, que dió en cast. ant. *hobe* y hoy *hube*; igualmente los ants. *sopo*, *copo*, *yogo*, mod. *supo*, etc. § 120₃.—La *u* procede también a veces de vocalización de una *l* agrupada, pronunciada velarmente (como en el cat. ant.): talpa *taupa *topo*; alteru, leonés del siglo xi *utro*, *ontro*, castellano *otro*; saltu 'bosque', en el siglo x *sauto*, *saoto*, moderno *soto*; calce *cauce *coz*, falce *hoz*, scalpru *escoplo*. Opuestas a estas palabras se denuncian como semicultas, otras que no participaron de tal evolución: altu *alto* (en toponimia hay monte alto *Montoto* (1), colle altu *Colloto*, etc.), saltu 'brinco' *salto* (ant. *sota*, *xota*, § 37₁₁, moderno *jota*, baile; ant. *sotar 'bailar'), *calcea (por calceus) *calca*, falsu *falso*.—Cuando se vocalizó la *L* agrupada tardíamente con otra consonante, por pérdida de la vocal postónica, ya se habían extinguido las generaciones dominadas por el gusto lingüístico de la monoptongación, y así calice, salice dieron *cauce*, *sauce* § 55₁, que mantuvieron su *au* inalterado. También fué tardía la vocalización de *b* o *p*, quedando intacto el *au* en *cabdal* *caudal*, *cabdiello* *candillo*, *recapitare *recabdar* *recaudar*, *raudo*, *laude* § 60₁.

10. *Ē* o *AE* DEL LATÍN CLÁSICO, *Ē* DEL VULGAR.—1] Se diptonga en *ié* (2) generalmente: mētu *miedo*, pētra *pir-*

(1) Véase A. Castro, en la *Revista de Filología Española*, V, 1918, pág. 29. En general para la velarización de *a* en *au* o *ou* durante los siglos x y xi, véase R. Menéndez Pidal. *Orígenes del Español*, § 19-21.

(2) Algunos creen que el diptongo se acentuó primero *ie* y luego *ié*; pero no parece natural que el sonido más cerrado *i* del diptongo llevase primitivamente el acento; *ie* es naturalmente un diptongo creciente, o sea acentuado en su segundo elemento, y siempre un diptongo con el acento en la vocal más cerrada es poco menos que «un imposible fonológico» como dice Grammont, es siempre una articulación menos natural que la

dra, vñit *viene*, nēbula *niebla*, sēpte *siete*, dēce *diez*, pāde *pie*, ēqua *yegua*, gēneru *yerno*. Lo mismo sucede con el diptongo *AE*: caecu *ciego*, caelu (coelum es ortografía falsa; comp. caeruleus por caeluleus) *cielo*, quaero *quiero*, graecu *griego* (1).—En el caso de dislocación del acento de que habla el § 6₁, debe observarse que *mujer* se escribía antiguamente *mugier*, y luego la *g* como palatal (§ 35₂) absorbió la vocal análoga *i* del diptongo. La pérdida de la *i* ocurrió mucho antes en el ejemplo aislado *pariēte*, y su *e* tónica se había hecho cerrada, según prueban todos los romances (esp. *pared*, fr. *paroi*, etc.), acaso por influencia del nominativo *pariēs*, coincidiendo así en todo con *quiētus*, que también se halla en inscripciones *quetus* (esp. *quedo*, fr. *coi*, etc.).

2] El diptongo *ie* se redujo en algunos casos a *i*. Un caso muy abundante es el de la terminación -ellu, ant. -iello, mod. -illo: castōllu *castiellu*, *castillo*; cultōllu *cuchillo*, scutōlla *escudilla*, sōlla *silla*, etc. Una asimilación a la palatal *ll* ha hecho evolucionar el elemento menos palatal, *e*, del diptongo *ie*, que se asimiló completamente a la *i* (comp., § 5). Esta explicación también sirve para los nom-

acentuada en el elemento más abierto (v. *Orígenes del español*, § 22₁).—La acentuación *ie* es ocasional en el habla moderna. Lenz, en los *Phonetische Studien*, VI, 293, n., cita de Chile *dis* y *quin*, y recuerda en un español del Norte la acentuación constante *tiempo*, *siempre*, *tiene*, *cuerpo*; en Sanabria y en Astórga es frecuente el acentuar el primer elemento del diptongo; en Sendim (al sur de Miranda de Duero) se halla *la* ante nasal, *quie*, y en todos los demás casos el diptongo se redujo a *i*: *firro*, *pidra*, etc.

(1) No diptonga en las voces cultas, como *prāces* *freces*, cōtrum *centro*, tēplum *templo* (pop. ant. *tiemplo*), septimum *séptimo* (pop. ant. *sietmo*), gentem *gente* (pop. ant. *yente*).

bres propios antiguos *Guadix*, moderno *Guadix*, y Enneco *Yénego*, mod. *hñgo*. También ocurre a veces la reducción ante una *s* agrupada, debido al carácter palatal de esta consonante (§ 35.) que se articula en punto semejante al de la *i* (1): *vesp̄era*, ant. *vīsp̄era*, mod. *vispera*; *m̄sp̄ilu*, ant. *nīsp̄era*, mod. *n̄sp̄ero*; *vespn̄ avispa*; *r̄ēste*, ast. leonés *riestra*, cast. *ristra*; *p̄ērsicu*, *p̄ēssicu* § 47, ast. *piesco*, cast. *prisco*; *p̄ēssa prisa* (frente a *fiesta*, *siesta*, *hiniesta*, etc.); además, otros casos sueltos, como *m̄erula mierla*, *m̄irla*, re-m̄illicu *remilga*, *p̄ēndico pingo*, la voz semiculta *saeculu siglo*, mod. *siglo*. La cronología de esta reducción de *ie* a *i* puede ser estudiada especialmente en el caso del sufijo diminutivo *-iello*, *-illo*, por ocurrir muy frecuentemente en los textos. La forma *-illo* se propaga en los textos literarios tan sólo en el curso del siglo xiv; pero erraríamos si creyésemos que el fenómeno fonético data sólo de esa fecha. Los documentos iliterarios más antiguos que podemos alcanzar, cartas notariales del siglo x, nos testimonian ya la existencia de *-illo* (*castillo*, *kaballo morcillo*) en el norte de Castilla y en Burgos; de aquí irradió el fenómeno hasta extenderse por toda Castilla y por todo el territorio del español. Hoy sólo el norte y oeste leonés y el alto Aragón conservan la vieja forma *iello* (2).—Por circunstancias especiales de fonética sintáctica se halla también la reduc-

(1) P. Fouché en la *Revue Hispanique*, LXXVII, 1929, pág. 34-36, supone una diferencia de acento entre *vispera* y *siesta*, que no hallo sostenible. La causa por que *vispera* monoptonga y *siesta* no, debe ser que en el grupo *sp̄* la *s* tiene más carácter alveolar prepalatal, y en *st̄* más carácter dental (véase el cuadro que va al frente del § 35). Para el carácter de la *s* en *ristra*, téngase presente la semejanza de *tr* con la *ch*, § 35.

(2) Véase R. Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, § 27.

ción de *ie* a *i* en algunos nombres de lugar en que los numerales *sēptem* o *cēntum* entran en composición y vienen a quedar como átonos: *Septiman̄ca*, ant. *Sietman̄cas*, mod. *Simancas*; *Sietcuendes*, *Sicuendes* (junto a Uclés), *Cifuentes* (ant. *Cint̄scutes*, *Cint̄fontes*, *Cienfuentes*).—También *ie* se reduce a *i* cuando está en hiato, probablemente por simplificación del triptongo (comp. fr. *lit*, de **lieit l̄ectu*; fr. *mi*, prov. *m̄iei m̄ēdiu*): *D̄eus*, ant. dialectal *Dieos*, cast. *Dios*, m̄eu, leon. occid. *m̄ieo*, cast. *m̄io*; jud̄neu *jud̄io*; **romaeu* ast. ant. *romio* 'romero', y *mī(e)do*, en Chile *m̄io* (1).

3] Cuando la *Ē* va seguida de yod, influida por la cerrazón de ésta no se diptonga, § 8 bis. —a) No causa este impedimento de diptongación la yod 1.^a, origen de *ç*, *a* (*pieza*, *cierzo*, *lienzo* § 53). —b) la yod 2.^a, origen de *j* y *ñ*, ya inflexiona: *sp̄ēc̄ūlu espejo*, *r̄ēgula reja*, § 57, frente a los cuales, *viejo*, § 57, revela influjo del leonés o del aragonés pues estos dos dialectos diptongan ante yod, leonés *vieyo*, arag. *viello* (2). Ejemplos de la yod de *ñ*, § 53, *Inḡñiu engeño*, *v̄ñio vengo*, verbo donde, al desapa-

(1) P. Fouché en la *Revue Hispanique*, LXXVII, pág. 36-39, cree que en estos casos la diptongación está condicionada por una *-u* final que se da en leonés *m̄icu*, y no en castellano, que tiene *-o* final. Pero aun desde este punto de vista debiera tenerse presente que el castellano primitivo tuvo *-u* final, cuyos restos aún perduraban en el siglo xiii (*Orígenes del español*, § 35).

(2) En *r̄ēgula* los romances postulan *ē*, aunque la cantidad clásica es *ē*. Schuchardt, *Romania*, XIII, 286, n. 4, supone que *viejo* está influido por el antiguo castellano *viēdro v̄ātero*, el cual, aunque poco usado, pudo ciertamente contribuir asimismo al diptongo de *viejo*.—Por lo demás, es también probable que *espejo* derive en castellano de una forma **sp̄īcu*, como el prov. *espelh*.

recer la yod, aparece el diptongo, *vēnis vienes*, como en tēno *tengo*, pero tēnes *tienes*, mientras en leonés y aragones la persona Yo diptonga lo mismo que Tú: *viengo, vienes; tiengō, tienas*. —c) La yod 3.^a, la que produjo *y*, o se conservó, § 8 bis., inflexiona la *ē*: *mōdiu ant. meyo, meo*, moderno *medio*; *sedeat. ant. seya, mod. sea*; *pūlēgiu poleo, *prēmia* (de *prēmo*) *prēmia*, Yo *apremio*; *sūpērbia soberbia, nōrviu nervio*. —d) La yod 4.^a, origen de *ch* y *x*, § 8 bis., nos da estos ejemplos: *lāctū lecho*, arag. *lieto*, *pāctū pecho*, *profēctū provecho*, **assēctat acecha*, *sēx seis*, a los cuales es semejante *Intēgru*, § 6., *entero*, § 48. Para la yod atraída de *xy*, § 53., *matēria maderā*, port. *madeira*. Caso de sincopa, grēge *grey*, § 28. —e) La *i* final inflexiona la *ē* en el imperativo *vēni ven*, pero fuera de la conjugación no inflexiona, *hōri ayer*, v. § 8 bis., al comienzo.

11. *Ē* I o *OE* DEL LATÍN CLÁSICO *Ē* DEL LATÍN VULGAR. —

1] Se confunden en español en e generalmente: *aliēnu ajeno*, *plēnu lleno*, *acētū acedo*, *dēbīta deuda*. —*cīppu cepo*, *vītta veta*, *consīliu consējo*, *pīlu pelo*, *sīgna seña*, *Inter entre*, *Ille el*, *fīde fe* (1). — *foedu fec*.

2] La *Ē* del latín vulgar se cierra en *i* por influjo de una yod, § 8 bis., —a) No influye la yod 1.^a origen de *s*, *z*: *cortēsu, maleza, vezo*, etc., § 53. Tampoco influye la yod 2.^a, como se ve por los ejemplos de *j*, *ceja, consejo*, § 53., *abeja, teja, oreja, almaja*, § 57, y §, frente a los cuales, *mijo, milho* hace suponer que *mīliu* se hizo *mīliu*, acaso por cruce con *mīle*, aludiendo a la abundancia de

(1) En las voces de origen culto la *i* breve se interpreta como *i*: *librum libro*, *dignum digno*, *indino*, *continuum continuo*, etc.

granos que ofrece la espiga de esta planta; ejemplos de *ñ*, *estameña*, § 53., *leña, seña, empeño*, § 50., frente a los cuales *tiña tinea* nos hace suponer *tinea*. —b) La inflexión de *e*, aunque vacilante, se produce a partir de la yod 3.^a, que originó *y* o no alteró la consonante, § 8 bis., *fastīdiu hastio*, *navīgiu navio*, *vīndēmia vendimia*, *mētio mido*, § 114.; pero en contra están *corrīgia correa*, *baptīdiu bateo*, *vīrdia bersa*. —c) En la yod 4.^a, § 8 bis., hallamos que la que originó la *ch* no inflexiona la *e*; *strictū estrecho*, *vīndicta vendecha*, *dirāctū derecho*, *arrāctū arrechō*; pero la yod de los grupos *xy*, *sy*, *py*, inflexiona con regularidad, ora se conserve en su puesto *cēreu cirio*, *sēpia jibia*, *vītreu vidrio*, ora se haya atraído a la sílaba tónica, *camīsia camisa*, *eciēsia* (por *ecclesia*) ant. *eglesia*, *egrija*, *Grijalua* (Burgos, Zamora) < *Eclesia alba*, *Grijota* (Palencia) < *Eclesia alta*; y frente a estos tenemos como voces no tradicionales, *iglesia*, *cervēsa cervēsia* y otras; *mancebo* que es voz tradicional no debe venir de *mancīpiu*, sino de **mancīpu*, influido por el verbo *mancipare*. La yod por sincopa inflexiona también: *limpio*, *tibio*, *nidio*, § 41. —d) La *i* final inflexiona en los Perfectos *vēni vine*, *fēci hice*, en los pronombres *tībī tí*, *sībī sí*, en el numeral *vīgīnti ant. veinte*, mod. *veinte*; en el toponímico *Fontē lb(ē)ri Fontibre* (Santander). —e) En fin, *Ē* en hiato se hace igualmente *i* (comp. la *Ē* § 10, final); *vīa vía*, *in ēa mia*, § 66.; los imperfectos *-ē(ba) -ía*, § 117., *dēam*, leonés *dia*, § 116., y el nombre ibérico *Gar-sea Garcla* (1). —f) También produce inflexión una *y*,

(1) Véanse varias observaciones a este párrafo por E. H. TUTTLE, en *Modern Philology*, XII, 1914, págs. 193-195.

§ 8 bis; *vidūa vinda*, *minuat ant. *mingua*, junto al mod. *menqua*; *lingua* astur. *llingua*, port. *lingua*, pero cast. *lengua*.

12. *ī* DEL LATÍN CLÁSICO, *i* DEL VULGAR; SE CONSERVA EN ESPAÑOL COMO *i*.—Vite *vid*, filiū *hijo*, litigat *lidia*, scriptu *escrito*, hostile *astil*, flicu *higo*, pellicea *pellisa*, ericiu *eriso*.

13. *ō* DEL LATÍN CLÁSICO, *o* DEL VULGAR.—1] La *ō* se diptongó primitivamente en *uo* y luego en *ué*. La etapa primera *uo* se ve alguna vez escrita *uo* en diplomas y otros textos de los siglos x al xiii; los ejemplos son muy escasos en Castilla, y algo más frecuentes en León y Aragón: *puode*, *avniola*, *tuorto*, *fuoros*; todavía hoy sobreviven estas formas en el asturiano occidental. En Castilla, ya en el siglo xi es general *ué*; si el Poema del Cid revela por sus rimas la pronunciación *fuort*, *Huosca*, etc., es porque no fué escrito en la Castilla propiamente dicha, sino en la frontera de Medinaceli, territorio mozárabe recién incorporado al reino de Alfonso VI (1). Luego las formas con *ue* se generalizaron: *rota rueda*, *bonu bueno*, *jocu juego*, *focu fuego*, *nove nueve*, *ōrphānu huérfano*, *hospite huésped*, *cōlloco cuelgo*, *mōrtuu muerto* (2).—La diptongación de la *ō* es uno de los rasgos fonéticos que mejor caracterizan los

(1) Véase R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid*, pág. 144, y *Orígenes del Español*, § 23-24, especialmente, pág. 143 y siguientes, donde también se admite la posibilidad de *fort*, *morte*, etc., cultismos que convivían con *fuort*, *muorte*, etc.

(2) Las voces cultas no diptongan: *fossam fosa* (el derivado popular es *hueso*), *cōputum cōputo* (el pop. es *cuento*), *ōrganum órgano*, *nōtam nota*, etc. Son semicultas muy antiguas y que han sufrido alguna evolución en cuanto a su sílaba postónica: *mōdulū molde*, *rōtulū roldo*.

dialectos españoles, no porque otros romances no la conozcan, sino por los pormenores de ella. El francés conoce los mismos grados de diptongación que el español y otro posterior; así, *prōba* dió en ant. fr. *pruove*, desde el siglo xi *prueve* y desde el xiii *preuve*; el italiano se quedó en el primer grado, *pruova*; pero ambos romances se diferencian del español en que diptongan la *ō* sólo en sílaba libre, y no en posición; de modo que *pōrta* o *cōllum* quedan en ambos sin diptongar: fr. *porte*, *col*, italiano *porta*, *collo*, mientras el español dice *puerta*, *cuello*. Respecto de los romances hablados dentro de la Península, la región central, o sea el leonés-castellano-aragonés, se diferencia del portugués y del catalán en que estos dos desconocen la diptongación de la *ō* ora esté en posición, ora en sílaba libre. En fin, el castellano se diferencia de las variedades leonesa y aragonesa en que éstas diptongan aun ante *yod*, según se advierte en el punto 3 de este párrafo.

2] El diptongo *ue* puede reducirse a *e* (comp. el *ie* reducido a *i*): *flōcou flueco* y *fleco*; *frōnte*, en el siglo xiv *fruenta*, después *fi'ente*; *Borōvia*, ant. *Burueva*, moderno *Bureba*, **cōlōbia* (asimilación de *cōlōbra*), ant. *culuebra*, mod. *culebra*; en todos estos casos ocurre la reducción a *e* después de una *l* o *r* precedida de un sonido labial; la alternativa de un sonido labial + alveolar (*l*, *r*) + labial (*u*) + palatal (*e*) provoca una disimilación eliminadora que excluye el segundo sonido labial, el cual, siendo a la vez velar o posterior, ve dificultada su articulación por ir entre dos sonidos que exigen una postura contraria de la lengua, como producidos en la parte anterior de la boca: *r...e*, *l...e* (1).

(1) La explicación de C. C. MARSH, *Spanish dialect of Mexico City*, Baltimore. 1896, pág. 20, tratando de la forma *prebo* = *pruebo*, usada en

Esta reducción a *e* se observa también en otros casos de *ue* que parecen remontar a *ū*...*i*, § 14, 1, como Noronia *Norueña*, mod. *Noreña* (Oviedo); Oronia *Urueña Ureña* (Valladolid, Segovia, Salamanca); **cōrōnia*? *cureña*, mod. *cureña*. En *sōrbu serba*, acaso la misma disimilación eliminadora ocurre con el sonido labial *w* que precede al agrupado en *rb*, hallándose también colocado entre dos sonidos palatales: *s...e*; la disimilación no ocurre en *vuelvo* por influencia analógica de la conjugación de *volver*.—Para *stōrea estera* debe pensarse en un cambio de sufijo, § 83 final; sin duda también en el sufijo ant. *-duero*, mod. *-dero*, § 14, hay confusión con *-arin*.—En otros casos la reducción se explica por quedar átona en composición la palabra que lleva *ue* (comp. el caso de *Simancas*, § 10, 1), *hōstē āntiqua* ant. *uest antigua*, mod. *estantigua*; **pōstauricālu pestorejo*.

3] La *Ō*, lo mismo que la *Ē* deja de diptongarse bajo el influjo de una yod. —a) Como siempre, la yod 1.^a, de *s, f*, no inflexiona: *pescuezo*, *fuerza*, *escuerno*, § 53, 1. —b) La yod 2.^a (§ 8 bis, 1) origen de la *j*, inflexiona la *Ō* en castellano, pero en leonés y aragonés no impide la diptongación, caso semejante al que vimos respecto de la *Ē*, § 10, 1; pero

Asturias, Méjico y Puerto-Rico, no tiene en cuenta el primer elemento labial, cuya presencia es necesaria, como indica F. Kuhn, *Westspanische Mundarten*, Hamburg, 1914, pág. 77; pero a su vez la explicación de éste no aprecia bien la importancia esencial de la *l* y la *r*, considerándolas sólo como un elemento que no estorba para la disimilación. Nótese que no ocurre la disimilación en *puerta*, *fuego*. G. MILLARDET, *Linguistique et dialectologie*, 1923, págs. 311-314, supone que además de la disimilación de labiales (*f, o + u*), concurre la dificultad de sucederse dos elementos *l, r + u* que tienen un grado de abertura articulatoria demasiado próximo para la cómoda constitución de la sílaba,

más abundantemente documentado: *fōlla hoja*, arag. *fuella*, leon. *fueya*; *spōllu despojo*, arag. *espuella*; *cordoliu cordojo*; *molliat moja*, astur. *mueya*; *ōc(u)lu ojo*, arag. *uello*, leon. *ueyo*; *rō(ū)lu semiculto rollo*, arag. *ruello*, *ruejo*. En cambio la yod de *ñ*, aunque inflexiona la *Ō*, § 10, 1, no impide la diptongación de *ō*: *lōnge lueñe*, *sōmniu sueño*; *Saxōnia Sansueña*, *Catalueña*, *Gascueña*, § 4, si bien el diptongo en estos últimos casos se podría explicar como analógico igual que en *risueño*, etc., § 14, 1. —c) La yod 3.^a que produce *y* o no altera la consonante (§ 8 bis, 1) inflexiona regularmente en castellano, pero no en aragonés y leonés: *hōdie hoy*, arag. leon. *uey*; *pōdiu poyo*, arag. *pueyo*; *mōdiu ant. moyo*, leonés *mueyo*; *fōvea hoye*, *nōviu novio*; siendo chocante *Burueba*, tratado en el punto 2 de este párrafo. —d) La yod 4.^a, origen de *ch, x*, § 50, 1, impide la diptongación igualmente: *nōcte noche*, *ōcto ocho*, bis-*cōctu biacocho*, **cōxu cojo*, arag. y leon. *ueit nueche*, *ueito uecho*, *cueito cuecho*. En la yod atraída de *ry* (§ 53, 1) tenemos *cōriu*, port. *coiro*, cast. **coero*, que asimilando *oe* al diptongo *ue*, tan frecuente en el idioma, fué *cuero*, mientras el leonés, diptongando ante yod según suele, hizo *cueiro*. Yod nacida de síncope, *cōlli(g)o > cōllio > cojo coges*, arag. *cuello cuelles*, astur. *cueyo cueyes*.

4] Conviene también notar la influencia de una nasal + cons. para cerrar la *o*. Prisciano hace notar «*fontes pro fontes, frundes pro frondes, rustico more*», y en una inscripción española se escribe *Muntanus*. Junto a *monte*, *contra*, **cōmperat compra*, que reflejan la pronunciación rústica, hay los reflejos de la clásica en el ant. *cuenta*, en *buente*, *fuenta*, *frente*, *cōmputat cuenta*; el caso *ond- es* más seguro, y así absciendo *escondo*, respondi *respondo*

(no obstante, en andal. y en ast. *ascuendó*, en ast. *respuen-do*) (1); en el caso que a la nasal siga consonante sólo por pérdida de una vocal, tenemos cōm(i)te *conde*, ant. *cuende*; hōm(i)ne *hombre*, ant. raro *huembre*. En italiano hay regularidad: *monte*, *ponte*, *fronte*, *poste*, *contra*, *compera*, *conta*, *nascondo*, *rispondo*, *conte*; pero *uomo*.

14. O Û DEL LATÍN CLÁSICO, Q DEL LATÍN VULGAR. —

1] Suenan o, generalmente en romance: vōce *voz*, tōtu *todo*, nōmen *nombre*;—lūtu *lodo*, deūnde, *donde*, cūbitu *codo*, rēcūpēro *recobro*, (2). El diptongo AU es también o, pero tardíamente, § 9.

2] La Q del latín vulgar se cierra en u por la acción de la yod (como la E pasa a i, § 11). —a) La yod 1.^a no produce esa inflexión: *pozo*, *alboreo*, § 53. —b) La yod 2.^a origen de la j tampoco inflexiona: *gorgojo*, *coscojo*, § 53; *hinojo*, § 57; pero la yod de la ñ (§ 53, 50) sí inflexiona, a pesar de que no inflexiona la q ni la q: cūnea *cuña*, *terrōneu *terruño*, *vītōneu *viduño* (3), pūgnu *puño*, mientras autūmnu *otoño* no inflexiona porque su ñ no procede de yod, § 47. —c) La yod 3.^a que produjo y o se conservó, inflexiona la q con irregularidad: fūgio *huyo*, ōrdio *urdo*, § 114, ejemplos poco importantes por ser de la conjugación -ir; plūvia *lluvia*, pero repūdiu ant. *repayo*; vacila-

(1) Los ejemplos sacados de verbos son menos seguros que los otros, porque en ellos puede obrar la analogía de que hablamos en el § 112 bis.

(2) La u breve en las voces cultas subsista como u: *purpura* (pop. ant. *porpola*), *numerus* *número* (ant. *nombrs*), *mundus* *mundo* (el adjetivo *mundus* dió el pop. *mondo*), *crucem* *crus*, *bullia* o *bulla* (pop. *bolta*, con sentido bien diferente), *lucrum* *lucro* (pop. *legro*).

(3) Las voces cultas conservan o inalterada, *demonio*, *patrimonio*, *testimonio*, etc., que en el habla villanesca del teatro clásico son *dánuño*, *testemuño*.

ción bien ejemplificada en rūbeu, que por una parte da el moderno *rubio* y la forma más popular *ruyo*, usual hoy en Soria, Burgos, Avila (1), mientras por otra parte da *royo*. dialectal en Castilla y en Aragón, muy difundida en los toponímicos *Peñarroya* (Córdoba, Ciudad Real, Teruel), *Villarroya* (Logroño, Zaragoza), *Monroyo* (Teruel), etc. —d) La yod 4.^a inflexiona con más regularidad. La yod de *ch*, § 50, lūcta *lucha*, trūcta *trucha*, dūctu *ducho*, aquaedūctu *aguaducho*, siempre. Lo mismo en el caso de ūtr, *mucho*, *escucha*, *puches*, astur. *cucho*, *buitre*; si bien cuando a u sigue otra consonante que no sea r, se observa vacilación: *cumbre*, *empujo*, *azufre*, pero *ova*, *poso*, *soso*, § 47. La yod atraída de la sílaba siguiente, § 53, da un diptongo ue procedente de qī > nī, asimilado al diptongo ue tan frecuente en el idioma: a(u)gūriu leon. *agüiro*, *agoiro*, ambos en el Fuero Juzgo, cast. *agüero*; sale mūria leon. *salmuira*, castellano *salmuera*; Dōriu leon. *Doiro*, cast. *Duero*; suffjo -tōriu, leon. -*doiro*, cast. -*duero* > -*dero*, § 13; *cūrritōria leon. *corredoira*, cast. *corredera*; cōōpertōria antiguo *cobertuera*, mod. *cobertura*; cōōdiciaduero, -*dero*; *adbībōratoriu (de adbībōre > *adbiberare) *abrevadero*; terminación -usu, da igualmente ue: segūsiu *sabueso*; el antroponímico Bōsiu leon. *Boiso*, cast. *Bueso*; *cantueso*, *camuesa*. A todas esas formas leonesas que no inflexionan la vocal (*agoiro*, frente a *agüiro*, etc.) compárese el perfecto fūit leon. *fói*, cast. *ful*. Se suman a estos casos de qī > nī > ue algunos de la yod de ñ < nī: verēcūndia *vergoñia*

(1) Berceo llama *MonteRuyó* al que hoy se dice *Monterrubio*; y hasta el siglo xiv se usaba *Covarruyas*, junto a la forma *Covarrubias* o *Covarrubias*, hoy subsistente.

en las Glosas Silenses del siglo x, ant. *vergüena*, leon. anti-guo *vergoína*, cast. *vergüenza*, § 53; cicōnia *cigüña*, *vidueño* (duplicado de *viduño*, apuntado arriba b), favōniu arag. *fagüño*, *risōneu *risueño*, *halagüño*, *pedigüño* (1), *Norueña*, *Urueña*, *curueña*, § 13; quizá pueda sospecharse alguna afinidad entre el diptongo *ue* y la *ñ*, recordando la diptongación de *ō* en *lueñe*, *sueño*, § 13. La yod por síncope inflexiona también la *q*: cōgītat > col(y)itat, § 43; > antic. *cuida*, *cuda*, *cueda*, *cueida*, mod. *cuida*; *rucio*, *turbio*, § 41.

15. *Ū* DEL LATÍN CLÁSICO, *U* DEL VULGAR; SE CONSERVA SIEMPRE.—Acūtu *agudo*, fūmu *humo*, cūpa *cuba* (*cōpa* no deriva de éste, sino de *cūppa* (2); véase § 45), sūcīdu *sucio*, nūbīlu *nublo*, lūcu *Lugo*.

VOCALES INACENTUADAS EN GENERAL

16. IDEA DE SU NATURALEZA Y DESARROLLO.—Las vocales acentuadas no sólo se mantienen siempre, sino que aun por la energía especial con que se las articula, hemos visto que se refuerzan a veces desenvolviendo una vocal accesoria, esto es, diptongándose (§§ 10₁ y 13₁). Por el contrario, las vocales inacentuadas no sólo son menos persistentes, ya que muy a menudo desaparecen por completo (§§ 22, 24, 26, 28, y 29), sino que, aun cuando subsistan, tienen un sonido menos matizado que las acentuadas; de modo que, en vez de las siete vocales que hallamos en la sílaba tónica,

(1) Frente a éstos, *madroño* **maturoni* debe venir del gall. o del port. *madroño*, *medronho*.—Para formas arcaicas correspondientes a este párrafo, *vergoína*, *Boiso*, *Partituero* año 978, luego *Partidiero*, *Froila Fruela*, etc., v. *Orígenes del español*, pág. 177.

(2) Para *cūppa* véase MEYER LÜCKE. *Introducción*, trad. por A. Castro, 2.^a ed., § 158.

hallamos sólo cinco inacentuadas: *a*, *e*, *i*, *o*, *u*, pues fuera del énfasis del acento, la *q* y la *ç* se confundieron, así como la *q* y la *ç*; y siendo finales se redujeron sólo a tres: *a*, *e*, *o* (v. el cuadro del § 8).

Aun es más: fuera del acento, las mismas dos vocales tan diversas palatales, *e*, *i*, o las dos velares *o*, *u*, no difieren entre sí tanto como cuando van acentuadas. Esto permitía, aun el siglo xvi, vacilaciones en el lenguaje literario, que no eran posibles respecto de las vocales acentuadas; así estaban admitidas en el habla culta *vanedad*, *envernar*, *escrebir*, *abondar*, *roido*, *rofián*, *cobrir*, si bien las formas actuales ya prevalecían en personas de mejor gusto, como, por ejemplo, Juan de Valdés, que desechó las variedades apuntadas. Es decir, en el siglo xvi la lengua literaria no estaba aún fijada respecto a la vocal protónica, cuando respecto a la vocal acentuada se había fijado desde la segunda mitad del siglo xii.

La vocal *a* es tan resistente que, aun inacentuada, se conserva en todas las partes de la palabra en que se halla (v. §§ 17, 23, 26 y 27; pero véase, no obstante, §§ 22 y 25).

La suerte de las otras vocales átonas está determinada por la resultante de dos condiciones: primera, su colocación respecto del acento; segunda, su colocación en el comienzo, medio o fin de la palabra. La posición inicial es la más firme, la que da más resistencia a las vocales, la que más las asemeja a la acentuada; sigue luego la final; la vocal menos resistente es la medial, que se pierde frecuentemente, lo cual se explica bien por su cualidad de relajada que hemos señalado en el § 5. Estudiaremos, pues, aparte la vocal inicial de la palabra, la protónica interna, la postónica interna y la final.

VOCAL INICIAL

17. *Ā Ā* DEL LATÍN CLÁSICO, *A* DEL VULGAR.—1] Se conserva generalmente: **ānnūcūlu* (derivado de *annus*) *añojo*, *ānte-natu alnado*, *ānto-ōcūlu antojo*, *pānāria panera*, *cāpīstru cabestro*, *bāllista balleta*, **pānneōlu* (diminutivo del adjetivo sustantivado *panneu*, en vez de el del sustantivo, que era *pānnūlus*) *pañuelo*.

2] Como la *A* tónica, la inicial se hace e mezclada con una *i* atraída de la sílaba siguiente: *basiare* **baisare* *besar*; *variōla*, § 6, **vairola*, ant. *veruela*, mod. *viruela*; *mansionē*, § 47, *maisone mesón* (1); *mansionata mesnada*, *maj(o)rinu merino*. La *i* que se mezcla con la *a* puede proceder de una velar agrupada: *lactuca lechuga*, *jactare echar*, *maxilla mejilla*, **taxone tejón* (2).

3] La *A* inicial se puede mezclar con *u*, como la tónica, y convertirse en *o*: *habuimos*, ant. *hobimos*, mod. *hubimos*; *altariu otero* (comp. § 9).

4] Pero como nunca es tan fija la evolución de las vocales átonas, aun siendo iniciales, la *A* se cambia en *e* en otros varios casos, además de los comunes con la posición tónica (comp. § 18). Así *abscondere*, ant. *asconder*, moderno *esconder*; *a(u)scultare* (§ 66), ant. *ascuchar*, moderno *escuchar*; en estas palabras, que en varios romances llevan *e-* inicial, debió influir la confusión con el prefijo *ex-*,

(1) Los galicismos antiguos conservan el *ai* francés: arag. ant. y Berceo *maisón* (véase *Orígenes del español*, § 12); cast. *faisón*, *paisaje*.

(2) Son cultas voces, como *jactarse*, *maxilar*, *taxativo*, etc., y aun lo son algunas que perdieron la *e*, como *tratar*, de *tractare*, cuyo derivado popular es *trechar*, usado en algunas provincias en el sentido de pensar y secar los pescados, o *trecheo*, en el sentido de acarreo.

§ 85. El nombre de la planta olorosa *anēthum* salió, en romance, de su diminutivo **anēthūlu aneldo* (voz semiculta, § 57, n.) y por asimilación, *eneldo*; por el contrario, hay disimilación en *farrāgine herrén*, port. *ferrā*, sardo *ferraina*, etc. La *r* influye también (comp. § 23) en *rencor*, *renacuajo*, *rebaño*, preferidos por Valdés a las formas etimológicas con *a*, y hay *i* en *rincón* en vez de los anticuados *rancon*, *rencon* (germ. *ranc* 'torcido'). De *latus* se derivó *adlataneus* «cosa que está al lado de otra», y de ahí el anticuado *aladaño*, mod. *aledaño*, por disimilación.

18. *Ē AE Ē. Ī* DEL LATÍN CLÁSICO SE CONFUNDEN EN *E* VULGAR Y ROMANCE.—1] Ejemplos: *lēgumen*, § 77, *legumbre*, *sēniore señor*, *praecone pregón*, *saculare seglar* (voz semiculta), *mēnsurare mesurar*, *sēcuru seguro*, *pīscar llegar*, *pīscare pescar* (1).

2] Se reduce la *E* inicial a *i* por influencia de una *yod* siguiente (comp. § 11): unas veces la *yod* está en la palabra latina y después desapareció: *rēnīōne* (por *ren*) *riñón*; otras veces la *yod* se desarrolló solamente en romance por efecto de una diptongación; v. gr.: *gēnēsta hiniesta*, *fēnēstra*, ant. *finiestra*, *siniestro*, § 71, *caementu cimientu*, *tinieblas*, § 61, *sēmēnte simiente*, *fērvente hirviente*, *prehensione prisión* (2). Nótese en la conjugación *mētia-*

(1) En voces cultas la *i* breve se pronuncia como *i*: *vigliam vigilia*, *dictatum dictado* (pop. *dechado*), *minutum minuto* (popular *menudo*), *tributum tributo* (pop. *treudo* o el ant. *trebudo*), *vigorem vigor*, *vitiare viciar* (pop. *avesar*), *historia* (ant. *estoria*), *inclinare*, etc.

(2) La inflexión de *e* por *yod* de la sílaba acentuada se opera de igual modo tardamente sobre voces cultas; en los siglos xv y xvi se decía *lección*, *perfidia complisión* por *complexión*, *questión* por *cuestión*, etcétera, formas de las cuales subsisten hoy varias, como *afición* junto a *afección*; *lístar lisiado*, de *lisión* por *lesión*.

mus *midamos*, frente a *mētimus medimos*, *sintieron*, *sintiese*, *sintiera*, frente a *sentir*, *sentimos*, *sentía* (§§ 105, y 114, y 2).—Igual influencia que la de yod debe reconocerse a la *w* (comp. § 11), en vista de *aequalem igual* (anticuado *egual*), *Segōntia Sigūensa*, **mīnuare*, § 109, anticuado *minguar*, *veruela* > *viruela*, § 173; -*ificare*, -*iv(l)igare*, -*iwgar* -*iguar*, *apaciguar*, § 127. En *cērōla* (coreola pruna, según Columela) *ciruela*, la *i* habrá de explicarse por la yod latina, aunque también, acaso dialectalmente, pudiera explicarse por la *y* romance, en vista de la forma *cerruela*, usada por el Arcipreste de Talavera en su *Corbacho*, 1438, y por otros.

3]. El carácter más incoloro de la vocal tónica se muestra bien en el cambio de la *E* inicial en *a*, cosa inaudita respecto de la tónica. Por asimilación a la vocal siguiente se explican *bilanco balanza*, *sylvaticu salvaje*, *aeramen alambre*, *vērvactu barbecho*, *vērr(es) + accu verraco* y *varraco*, *vērbascu verbasco* y *varbasco*, los cuatro primeros tienen *a* inicial en varios romances y remontan al latín vulgar. Además, *verrere barrer*, *versura* (de *verrere* 'barrer') *basura*, *ervilla arveja*, *circellu cercillo* y *zarcillo*, *rastrojo* (§ 68), *resecare rasgar*, igual en portugués; pero port. pop. y ast. *resgar*. Nótese que la mayoría de estos casos sufren el cambio por la influencia de una *r* vecina (comp. § 17, y fr. *marche*, *farouche*, etc., port. *barbeito*, *vassoira*, port. pop. *sarrar*, *amaricano*).

4] Otro cambio extraño a la tónica sufre la *E* inicial convirtiéndose en *o* por causas mal conocidas: **aerigine* (por *aerūgine*, § 71) *orin* obedece acaso a analogía semántica (§ 68) entre «orin» y «orina» (1); antiguamente se

(1) Esto supone M. DE UNAMUNO (*Homenaje a Menéndez Pidal*, II,

llamaba *Siete Molinos* al pueblo que hoy se dice *Somolinos* (Guadalajara), y aquí es evidente el influjo del prefijo *so* < sub, frecuente en toponimia; de *mīxtencu* (de *mīxta mesta* 'reunión o mistión de ganaderos') salió el ant. *mestengo*, *mestenco* y luego *mostrenco* 'cosa perteneciente a la mesta de los ganaderos' y 'cosa posada en común, o que no tiene dueño conocido', y como para este caso se puede buscar una explicación extraña a la fonética, § 69, también para los otros. Una razón fonética se puede sospechar en *episcopu obispo*, donde la labial *b* pudo labializar la *e*, pero no hay otros casos semejantes.

19. *I* DEL LATÍN CLÁSICO, *I* DEL VULGAR; SE CONSERVA *I* EN ROMANCE.—Como cuando tónica: *limitare lindar*, *riparia ribera*, *civitate ciudad*, *hibernu invierno*.

20. *Ō, Ō Ū* DEL LATÍN CLÁSICO, *O* DEL VULGAR Y EL DIPTONGO *AU*, SE CONFUNDEN EN O ROMANCE.—1] *Cōrtīcea corteza*, **cōriamen* (derivado de *corium*) *corambre*, **dōmīniare* (por *dominare*) *domellar*, *nōminare nombrar*, *fōrmaceu hormazo*, *sūperbia soberbia*, *sūspecta sospecha* (1), *pausare posar*, **aurundu* (2) *orondo*, *auricula oreja*, **rav(i)danu* (de *ravidus* 'gris') **raudanu*, antiguo *rodano*, mod. *roano* (3).

1925, pág. 58), y yo apoyaré su opinión recordando «el lanzón en cuyo hierro se han *orinado* los *mases*», del romance de Ciongora «Enallénme el año ruclo». Pero ¿no pudo igualmente influir *hallin*?

(1) Las voces cultas conservan siempre la *U* breve como *u*: *lucrare lucrar* (pop. *lograr*), *duplicare duplicar* (pop. *doblegar*), etc.

(2) El sentido de **aurundu* es 'hinchado por el viento o por la vanidad', derivado de *aura* 'viento, presunción'; véase *Romania*, XXIX, p. 361, y la p. 367 para *rouno*.

(3) Las voces cultas conservan el *AU*: *audax*, *aumento*, *aurífero*, *tauromaquia*, *cáuica*, etc.

2] La reducción de la *O* inicial a *u* es más frecuente que la de *e* a *i* y en condiciones menos claras; sin duda a causa de la yod siguiente en cōgnatu *cuñado*, tōrcūlare *trujal* y el verbo *estrujar*, cōchleare *cuchara*, tōnsione *tusón*, cōriandru *culantro*, dormiamus *durmanos* (frente a dormimus *dormimos*), murdis (frente a moris) *puñdris* (frente a podris) § 114, y; igual influjo de la yod hay que reconocer en mūllēre, § 6, *mujer*, aunque la yod 2.^a no inflexiona la *o* acentuada, § 14, . En el caso de *ul* hay vacilación, como en el § 14, : *cuchillo*, impulsione *empujón*, pero *cocedra*, véase § 47, . Por una yod o *w* romance: lōcellum *lucello*, *lucillo*; cōlōbra (§ 13) *culnebra*, *cullebra*. Probablemente será la labial agrupada causa de la cerrazón de *o* en dūbītāre ant. *dubdar*, de donde pasó a las formas acentuadas en la inicial, *duda*, leonés ant. *dolda*. Mas hay una porción de casos que no parecen obedecer sino a la mayor indecisión de la vocal inacentuada: pollicare *pulgar* (vulgar *polgar*), lōcale *lugar* (ant. *logal*), jōcare *jugar* (ant. *jogar*), rūgltu *ruido* (ant. *roido*), vūlpēcula *vulpeja*, *gulpeja* y *volpeja*.

3] Lo mismo que la *e* inicial, *O* se puede cambiar en *a*, ayudando oscuras asimilaciones o disimilaciones a cierta preferencia otorgada a la *a* inicial como vocal más clara: nōvacula *navaja*, *lūmbricūla (de lumbricum) *lambrija*, cōlostru *calostro*; sūb- *sahumar*, *sabullir*, *sahondar*, § 126; Pompelone, ant. *Pomplona*, mod. *Pamplona*.

4] Se puede también cambiar la *O* en *e* (comp. § 18), en general, por disimilación de otra *o* acentuada (§ 66): rotundu *redondo* (los demás romances también suponen *re*, y ya en latín vulgar se documenta *retundu*), formosu *hermoso*, *postauriculu *pestorejo*, hōrōlōgiu *reloj*

(préstamo del prov. catal. *relojge*). Para *escuro* véase § 39.

21. *Ū* DEL LATÍN CLÁSICO, *U* DEL VULGAR; SE CONSERVA *u* EN ROMANCE.—Ejemplos: dūritia *dureza*, scūtella *escudilla* (§ 72), sūdare *sudar*, cūrare *curar*.

22. PÉRDIDA DE LA VOCAL INICIAL.—Aunque la vocal inicial es la más resistente de las átonas, alguna vez sucede que se pierde: abrotonu *abrotano* y *brótano*, acceptorariu (de acceptor *azor*, *azor*), *acetrero* y *cebrero*; apotheca ant. *abdega*, mod. *bodega*; ēleemosynā o *alemosina, ant. *almosna*, mod. *limosna*; ēpithema *bisma*, los semicullos *Mérida* y *Millán* (§ 34) y el tardío *reloj*.

VOCAL PROTÓNICA INTERNA

23. LA VOCAL *A* SE CONSERVA SIEMPRE.—Paradisū *paraíso*, *rheumaticū *romadiso*, calamōllu *caramillo*, canna-ferula *cañaherla*. *A* no ser en voces exóticas, las excepciones son muy raras: *comprar* no deriva del clásico *comparare*, sino de *comperare* (ital. *comperare*), forma del latín vulgar que se halla en las inscripciones junto a otros casos que ofrecen el mismo cambio de *a* en *e* ante *r*, como incomperabilis, seperat (fr. *sevrer*), Caeseris. Una disimilación explica *aledaño*, § 17. La *a* pudo perderse posteriormente: *cinquenta* > *cincuenta*, § 89.

24. LAS OTRAS VOCALES DESAPARECEN POR EFECTO DE SU CARÁCTER RELAJADO, § 54.—1] Ya en latín vulgar se perdía la protónica después de *r*: *cerbellaria (por *cerebellare*) *cervillera*, vergundia (por *verēcundia*) *vergüenza*, viridiariu (por *viridiariu*) fr. prov. *vergier* > esp. *vergel*; y esta pérdida es también muy antigua en varios casos des-

pués de *s* y de *l*: *costura, costumbre, asestar, rascar, soltero*, § 54, pero más tardía en *vecindad, bondad* y otros casos del § 55. En romance se generalizó la pérdida de la protónica a todas las palabras entre cualesquiera consonantes: *pipē-rata pebrada, itērare edrar, catēnātu candado, antē-natu alnado* (es semiculto *antenado*), *solīdata soldada, decīmāre desmar, septimāna*, ant. *sedmana*, mod. *semana*; *comītatu condado, *tempōranu* (por *temporaneum*) *temprano, honōrare honrar* (1).—La pérdida de la vocal es anterior a la monoptongación de *ai > e*, como se ve en *maj(o)rinu mairino, meirino, merino*, tres formas convi-
nientes en el siglo XI (2).

2). En el caso en que haya dos protónicas internas se pierde la más próxima al acento: *vicīnitāte vecindad, ingēnērare engendrar, recūpērare recobrar, commu-nicare comulgar, *disrēnīcare* (de *renes*) *derrengar, *at-testīficare* (por *testificari*) *atestiguar, *pellīcī-care* (de *pellis*) *pelliscar, *cum-īnītiare comensar* (3). La razón es que, además del acento principal de una pala-
bra, hay uno secundario que hiere las sílabas pares a partir de la tónica humilitāte, y la sílaba que se halla entre los dos acentos se pierde: *humildad*. Como vocablo culto pasó

(1) Las voces cultas conservan la protónica: *colorare colorar* (comp., sin embargo, el punto 3) (pop. *corlar*), *luminaria luminaria* (pop. *lunbrera*), *collocare colocar* (pop. *colgar*), *litterato* (popular *letrado*), *pectoral* (pop. *petral*), *secular* (semiculto *seglar*), *robore* (pop. *robrar* y *roblar*), *laborar* (pop. *labrar*), *temperare* (pop. *tem-plar*), *limitar* (pop. *lindar*), *masticare* (pop. *mascar*), *vindicare* (popular *vengar*), *adjudicare* (pop. *fuugar*), *monaster* (pop. anticuado *mester*).

(2) Véase *Orígenes del español*, § 146.

(3) Las voces cultas conservan la doble protónica: *epīscopal, fidelidad* (pop. ant. *fildad*), *comunidad, recuperar*, etc.

singularitāte intacto al castellano: *singularidad*; pero como popular perdió las vocales entre acentos, en el ant. *señalad*, ast. *señardū*, mirandés *señerdade*, 'pena de soledad o año-ranza'. Naturalmente, la *a* se conservará, según el § 23: *Segisamōne Sisamōn* (Zaragoza), *Sasamōn* (Burgos).

3) La protónica interna se conserva a veces cuando en otras formas del mismo vocablo tiene distinta posición res-
pecto del acento; así *dolōrosu* se dijo *doloroso* y no **dor-
lase*, porque se tuvo presente a *dolor*, en que la segunda *o*
va acentuada y por lo tanto se conserva; y *hospītatū* se
dijo *hospedado* y no **hosdado*, recordando a *hūsped*, en que
también se conserva la *e*; en igual caso están *coronado*
(ant. *cornado*, moneda), *saludador*, etc. En *pedregoso* *pētrī-
cōsu* se conserva la *i* = *e*, aunque no se halle en el simple
pedra, para mantener el grupo *dr* y la semejanza de ambas
palabras, que a no ser eso se hubiera dicho **pergoso*. En
Barbariana la *a* ante *r* se hizo *e*, § 23, y resultó el mo-
derno *Berberana*, que conserva su *e* por influencia de la
forma con *a* que sin duda coexistió con la actual, o simple-
mente por ser voz semiculta como nombre de lugar. También
se conserva la protónica por pérdida de una consonante
sonora intervocálica, §§ 41 y 43: *co(g)itare cuidar, fu-
mi(g)are humear*.

VOCAL POSTÓNICA INTERNA

25. LA POSTÓNICA INTERNA DESAPARECE EN GENERAL, DEBI-
DO A SER VOCAL RELAJADA, § 54.—1) Ya los autores clásicos
latinos decían *caldus* junto a *calīdus caldo*, y Plauto
usa *domnus*, abundante en las inscripciones, por *domi-*

pus *dueño*. El latín vulgar perdía la postónica tras *l*: sol(i)du *suelto*, *κόλαφος* *colpus golpar, golpe*, *polypu pulpo*, cal(a)mus, *uelto, suelto, falta*, § 122; tras *r*: *ēr(ē)mu yermo*, vir(i)de *verde*, *viridia* (§ 53), *lardu lardo*; tras *s*: *postu, *vistu* (§ 122), **quassico casco*; en *cl* en vez del clásico *cūl*, censurándose en el Appendix Probi *speculum, articulus, masclus, oclus, oricla, veclus* (§ 57, y 1); en *būl* > *bl*, censurado por el Appendix Probi: «*tabula non tabla, tribula non tribla*». Los romances, siguiendo esta tendencia, perdieron la vocal en otros casos también tras *l* o *r*: *pulga*, ital. *pulce*; *sorbe*, italiano *sorce*; *salze*, ital. *salcio* (§ 55).

2] En este primer grado de síncope se quedan algunas regiones romances: la Rumania, Retia Oriental y la mayor parte de Italia, que conservan, en general, la acentuación dactílica — *u u*, mientras las otras, Emilia, Retia Occidental, Galia y España, buscan la acentuación trocaica — *u*, y generalizan la pérdida de la postónica (salvo la *a*) entre cualesquiera consonantes (*r*); tras *n*: *manga* (§ 55), *cedra*, *yerno*, *alma* (§ 59, y 1); tras *m*: *senda*, *conde*, *andas* (§ 55), *hembra*, *hombro* (§ 59); tras *f*: *brevia* (§ 56), *orebze* (§ 55); tras *g* (§ 34), *sidra* (§ 56), *reño* (§ 58); tras *t*: *serondo*, *rienda* (§ 58), *portazgo*, *trigo* (§ 60), *letra* (§ 56); tras *d*: *yedra* (§ 56), *doce* (§ 60); tras *p* o *b*: *liebre*, *pebre* (§ 56).

(1) El español pareció a algunos agruparse con el italiano en cuanto a la acentuación dactílica (BRACHET, en el *Jahrbuch für rom. und. engl. Sprache*, VII, 301); pero los tan abundantes esdrújulos del español son en general cultismos, como *físico*, *médico*, *clérigo*, *trípode*, *vispera*, *ancora* (pop. *ancla*), *duina* (pop. *alma*), *décimo* (pop. *diezmo*), *famélico* (popular *jamelgo*), *pólipo* (pop. *pulpo*), *ínsula* (pop. *ista*), *rápido* (popular *raudo*).

cachas, *pueblo*, *trillo* (§ 57), *codo*, *laude* (§ 60); tras grupos de consonantes (§ 61).

26. CASOS EN QUE SE CONSERVA LA POSTÓNICA. — 1] La *A*, que se perdía en latín vulgar (*colpus*, *calmus*, § 25), dejó de perderse en romance, como excepción a la regla del § 25: *orphānu huérfano*, *sabāna sábana*, *raphānu rdbano*, *tympānu tímpano*, *anāte duode*, *asparāgu esparrajo*, *ōrgānu leon. uérgano*. — El Appendix Probi advierte «*amýgdāla*, non *amiddula*», y de esta forma condenada, que ofrece asimilación al sufijo latino *-ūlu*, viene *almendra* (§§ 68 y 85), cuya postónica se ve, por el port. *amendoa*, que no es *a*; también dice el Appendix «*citāra*, non *citera*», y de esta forma (que se explica por *ar* > *er*, § 23) viene el antiguo *cedra*. En los nombres sin duda célticos *Ūxāma*, *Ledīsāma*, el sufijo se asimiló al latino *-īmus*, hallándose en la edad media escrito *Oxīma* (aunque más comunmente *Oxoma*) y de ahí *Osma* (Soria, Alava, Vizcaya), *Ledesma* (Salamanca). — Al contrario, hay casos con *a* postónica que en latín clásico tenían otra vocal. El Appendix Probi dice «*passer*, non *passar*», y de esta forma condenada viene *pájaro*; lo mismo *cúvano* (ital. *cofano*); *pampīnu *pampānu pámpano* (igual ital., port.). Esta abertura de la *e* en *a* es posterior a la asibilación de *ce*, como lo indica **cicēru chicharo*, § 42, ya que la pérdida de la postónica es fenómeno bastante posterior a dicha asibilación.

2] Se conserva la *l* postónica en romance cuando se pierde la consonante oclusiva sonora (comp. § 24, al final): *tibio*, *limpio*, *sucio*, *turbio*, *lacio*, *lucio*, *rucio*, *lidia* (§ 41, y 1). Alguna vez la oclusiva sonora se mantuvo hasta la época de la síncope, como en *rapidu raudo*, *lapide laude*.

3] Fuera de los dos casos anteriores, las otras excepciones se dan (aparte las voces cultas) en voces semicultas: *águila*, *Ontígola*, *Córdoba*, § 31, *trípode trébede* (pop. dialectal *treude*, *esireudes*), *vípera víbora*, *lóbrego*, **mōvitu* (por *mōtus*) *múvedo*, pero **mōvita* ant *muebda*. Una presión culta mantuvo la vocal protónica hasta la fecha tardía de la pérdida de la vocal final en calíce *cáliz*, *apóstol*, *ángel*, § 29; ordine *orden*, *jūvēne joven*, *marginē margen*, *arbōre árbol*, *hōspite huésped*, *cēspite césped*, *circinu cercen*. Juzgando fatales y mecánicas las leyes articulatorias, sin tener en cuenta los sincretismos que cada una admite, se ha pretendido buscar razones puramente fonéticas para la conservación de alguna de estas vocales postónicas; se alegó, por ejemplo, la dificultad de articular el grupo tri-consonántico resultante en *hosp(i)te* o *cēsp(i)te*, pero tal dificultad fué resuelta fácilmente en *hostal* y en infinitos otros casos que ofrecen los grupos secundarios de consonantes, § 54. Además del cultismo puede intervenir alguna otra razón no fonética: en *hōspite* el derivado tradicional sería **hueste*, cuya homonimia con el derivado de *hōstis* le condenaba a perecer.

VOCAL FINAL.

27. *A* LATINA SE CONSERVA.—Arma *arma*; dubitas *dudas*, cantant *cántan*, amat *ama*. Una importante excepción de la lengua del siglo XIII es la reducción de la -a en hiato a -e, en el imperfecto -ie (§ 117), en el posesivo femenino *mie*, *tue*, *sue* (§ 96), y más raramente en el numeral *duos* (§ 89); en los tres casos la a se cierra por asimilación

a la i o a la u precedente (1). De estos tres casos, sólo el segundo se perpetuó con apócope de la -e en el uso proclítico de los posesivos *mi*, *tu*, *su*. También en proclisis se pierde la a en las frases anticuadas *cas de* (hoy vulgar *en ca'e fulano*) y *a guis de*.

28. *Ē, Ē Ī, Ī* LATINAS.—1] Si en la posición átona inicial hallamos confundidas la e y la e acentuadas, ahora en la final hallamos que también la i se confundió en el sonido de e. El carácter relajado que tiene la vocal final, § 54, explica el que tres sonidos diferentes en la sílaba tónica, dos en la átona general, se reducen a uno solo en la final; es decir, todas las vocales de la serie anterior se reducen a una sola, e; *patre padre*, *d(e)undē donde*, *legit lee*, *Jovis jueves*, *fecit hice*, *veni vine*, *dixi dije*, *illis les* (2).—Dialectalmente se halla -i en vez de -e; así en Berceo *torri*, *tardi*, *elli él*, *esti*, imperativo *meti*, *tuelli*, perfecto *pudi*, *quisisti*. Esta -i se halla hoy en leonés, a saber, en parte de Asturias, Santander, Sayago y Salamanca.

2] La -E se hace -i cuando queda en hiato con la vocal tónica: *re(g)e rey*, *grege grey*, *lege ley*, *ho(dj)e hoy*; *bō(v)e buey*, § 43, (ya los mozárabes andaluces usaban el derivado *boyata*, hoy *boyada*); las formas leonesas antiguas *ree*, *lee*, *oe*, *buee*, conservan la etapa primitiva, a la que sucedió la semivocalización de la -e final en hiato, cosa que

(1) En mirandés, además de estos tres casos, se generaliza la regla y se dice *tie* *úia*, *fríe* *frígida*, *dié* **día*; en leon. *dié* sustantivo (§ 117), y *dié* subjuntivo, *estíe*, por *día*, *estía* (§ 116).

(2) Son cultas las voces que tienen -i final: *metrópoli*, *Corpuscristi*, *palmacristi*, *diocesi* y *diocesis*, *crisi* y *crisis*, *andlisis*, *sintesis*, *génesis*, *raquis*, *pelvis*, *bronquitis*, *dsptit*.

ocurre tardíamente, aun cuando la pérdida de la consonante origen del hiato sea reciente: *amatis*, ant. *amades*, mod. *amáis*, *cogéis*, § 107, (1). En la pronunciación rápida interjectiva se pierde la -e final en *apáge te dbatel*

3] La E final se pierde siempre tras T, D, N, L, R, S, C (2); esta pérdida es muy tardía, posterior a la pérdida de la vocal postónica interna (fenómeno ya tardío, § 54) *nom(i)ne nombre*, *sal(i)ce sauce*, *pect(i)ne. peine*, etcétera. La pérdida de -e no estaba aún generalizada en el siglo x. En la lengua antigua se perdía -e tras otras muchas consonantes (3); véase § 63.

29. *Ō, Ū, Ū* LATINAS.—1] Los tres sonidos diferen-

(1) Véase R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de mio Cid*, I, 1908, pág. 158, nota 2, y 161-162. La opinión de F. HANSEN, *Gram. Histórica*, 1913, § 67, seguida por muchos, supone *reg(e) hodi(e)*, no teniendo en cuenta que la pérdida de la g junto a vocal palatal es fenómeno mucho más antiguo que la pérdida de la -e final, muy tardía, sobre todo en español. Hansen no halla fácil explicación ni para *duy* ni para el bisilabismo antiguo de *rey grey* y *ley*.

(2) En voces cultas se conserva la -e: *sede*, *sacerdote*, *duice*, *clemítide*, *lene* (popular *len*) *paraselene*, *rene*, etc. En los siglos xv-xvii se decía *felice*, *infelice*, *felaca*, *félice*, voces cultas; y *coco*, *mieste*, etc., § 63, voces tradicionales.

(3) Para las vocales y consonantes finales véase C. JONET, *Loi des finales en espagnol* (en *Romania*, I, pág. 444), y para las vocales, E. PORĘBOWICZ, *Revisión de la loi des voyelles finales en espagnol*, Paris, 1897, quien sienta que la apócope depende del acento y no se verifica en los proparoxitonos. Impiden seguir la opinión del Sr. Porębowicz, los casos de apócope en proparoxitonos originarios como *ras calice*, ant. *cuend* comite, *dos duodecim*, *ynof* genuculu, alav. *aldn* alumine, ast. *on* hómne (sin contar *edlis*, *hulsped*, § 26), y la falta de apócope en paroxitonos como *mieste*, *pecé*, *coco*, § 63, y la apócope sólo depende de la naturaleza de la consonante precedente, y por eso la tratamos al hablar de las consonantes finales.

tes de la sílaba tónica *o*, *o* y *u* se confunden en la átona en dos, *o* y *u*, según vimos en los §§ 20 y 21; ahora en la sílaba final no aparece sino uno solo, *o* (1): *citō cedo*, *legō leo*; *quandō cuando*; *tempūs tiempo*, *vinū vino*; *sensūs* (acusat. plur.) *sesos*, *lacūs lagos*, *fructūs frutos*.—Dialectalmente, en vez de -o se halla -u en leonés (Santander, Asturias y Occidente de León, Zamora y Salamanca). En Aragón, y en el habla vulgar de otras regiones, la -o en hiato con la tónica se hace -u; *lau* lado, *perdu* perdido.

2] Rara vez la -O final se trueca en e, o cuando le preceden las consonantes dichas en el § 63, se pierde: —a) En voces de uso proclítico, como los adjetivos *primer*, *san* (§ 78), los adverbios *según* (§ 63), *muy* (§ 47), el título *don* *domnu*, y sin duda por igual razón *apóstol* y *dugel*; además el sustantivo *menester*, ant. *mester* (m. es, m. ha); la preposición *cabe* frente al sustantivo *cabo* caput; la frase adverbial *a fuer de*, y el auxiliar *he* por *heo* (§ 116). En la lengua antigua el nombre de persona se apocopaba ante el apellido: *Fernán* González, *Ruy* Díaz, *Bernald* del Carpio, *Dia* Sánchez; pero sin apellido era siempre *Diago*, *Bernaldo*, etc.; alguno quedó en su forma apocopada, como *Martín*, ant. *Martino*, *Lope*, ant. *Lopo*. —b) Por confusión de formas: el posesivo *mi* en vez de *mío* debe explicarse, más bien que como caso de proclisis, como un femenino puesto en vez de un masculino, pues *tu* por *to* no se explica por proclisis (§ 96). Por confusión de sufijo se explican *avestruz*, *solar*, *capellán*, § 83. Para *libre*, véase § 78. Para *otri*, *nadi*, § 102. Para Yo futuro subjuntivo -re, § 118. Para *dormiunt*

(1) La u sólo aparece en voces cultas: *tribū*, *espīritū*, *impetū*, *dugeiūs*, *Nicodemus*, *vīrus*, *Venus*.

duermen, § 115. Para los postverbales *toque*, *coste*, véase § 83, donde se advierte que su *-e* no se apocopa, diciéndose *cruce*, *cale*, *envase*. —c) El extranjerismo es causa abundante de *-o* final originaria reducida a *-e* o perdida: sōnu francés *son*, esp. *son* en vez del ant. *sueno*; *monje*, *timbre*, *cofre*, *estoque*, *Enrique*, *Felipe*, *bajel*, *cordel*; *-aticu -aje*; *-ariu -er, -el*, § 84. —d) Otras voces son menos claras: dōnu *don*, que aparece ya en el Poema del Cid, pudiera ser préstamo del prov. *don*, pero mejor se explica como postverbal, a pesar de su apócope, § 83; *golpe* se tiene por provenzalismo, pero antiguamente había también *golpo*, como se ve en el Libro de Alexandre, y debe ser un postverbal de *golpar* *colpare de cōl(ā)phus; *betūlu abedul*, no es creíble venga del catalán *bedoll*, hallándose en toponimia *Abedul* (Oviedo), *Vidul* (Lugo), y probablemente supondrá una base *betule, al lado de *betulu y betula. El hecho es que el idioma, en muchos casos, vaciló en la terminación, usando concurrentemente *rebato rebate*, *costo coste*, § 83; *espinazo espinas*, *galano galán*, § 83; *Martino Martin* (recién mencionados), *Poncio Ponce*, *Sixto Sixte*, § 74; esta vacilación pudo originar cierta tendencia a sustituir la *-o* por *-e*, de donde dōmitu *duende* (adj. *duendo*), *safir* (junto a *safiro*), *molde*, *tilde*, *rolde* (pero *cabildo*), *trébole* y *trébol*, ants. *pleite*, *pūlpite*, *cabel* (por *cabello*), etc.

VOCALLES EN HIATO

30. HIATO DE ORIGEN LATINO.—1] Pocas veces se conserva el hiato contando las dos vocales por dos sílabas: leone *león*, *criar*.

2] Predomina la tendencia a destruir el hiato: —a) Agrupando las dos vocales en una sola sílaba: equa *yegua* (otros ejemplos en los §§ 52, y 53), Joanne *Juan*, piētate *piedad* (en el siglo XIII aun se pronunciaba *pi-edad*), cereu *cirio*, etc., § 11; cōāgulu *cuajo*. —b) Atrayéndose una de las vocales a la sílaba anterior: basiu, baisu *beso*, habui *hube*, etc.; § 9, y 8; muria *sal-muera*, etc., § 14; viruelu, etc., § 17; Libia *Leiba* (en Logroño). —c) Perdiéndose una de las dos vocales, como ya en latín vulgar *parete*, *quetus*, § 10; qu(i)a > ant. *ca* 'pues', d(u)odecim *doce*, mort(u)u *muerto* (1), corlācea *corasa*, corlāndru *culantro*, *corlāmine (derivado de corium) *corambre*, ostrea *ostra*, Valeria *Valera* la Vieja (al sur de Cuenca). En los casos citados en el § 6, la vocal, ora se pierde, ora influye en la consonante precedente, v. § 53 inic. —d) Este caso de supresión del hiato por combinarse una de las vocales con la consonante próxima: di-ūrnale *dior-nale jornal*, diurnata *jornada*, diaria leon. *jera* 'huebra', se estudiará al hablar de las consonantes (§ 53, a.).

31. HIATO DE ORIGEN ROMANCE.—Se dan los dos mismos casos:

1] El más raro es el de la conservación de las dos sílabas: legéyo, credére (§ 110) *leer*, *creer*, audire *oír*, ligare *liar*, crudel *cruel*.

2] Lo corriente es que las dos vocales se reduzcan a una sola sílaba: —a) Si son vocales iguales se funden en una sola ya a partir de los siglos XIII y XIV; la fecha depende del

(1) Las voces cultas conservan más las vocales latinas, si bien pronunciadas como diptongo: *perpetuo*, *continuo* (junto a *continuo*), *iniciuo* (ant. *inico*), *espiritual* (ant. *espiritual*).

mayor o menor uso que desgasta las palabras; así *videre* hacia antiguamente *veer*, pero ya al fin de la Edad Media se decía *ver*, mientras el menos usado *proveer* conserva hasta hoy mismo su hiato, a pesar de que la Academia adoptó *prover*. El ya mencionado verbo *leer* conserva firmemente su hiato, como más culto que *ver*. En el siglo XIII se decía todavía *sedere seer*, y se empezaba a decir *ser*; de **impedescere* (incoativo de *impedire*) se decía *empeecer*, y se empezaba a decir *empecer*; de *pedes* se decía *piees*, y también *pies*. Para *rey*, *grey*, *ley* véase § 28. —b) Más tardía es la reducción de vocales desiguales a una sola sílaba. Aún en el siglo XVI se pronunciaban *Guadi-ana*, *Santi-ago*, § 74, en cuatro sílabas, y *ju-icio* *judiciu* en tres, aún en tiempo de Lope de Vega; *ruido* es trisílabo en Fray Luis de León, pero hoy es bisílabo; *regale* se dijo entonces *re-al*, y hoy predomina *real*, monosílabo; si bien el menos usado *legale* se pronuncia hoy todavía corrientemente *le-al* (1). A veces la formación del diptongo exige dislocación del acento etimológico: *réfina*, *tréinta*, *Díds* (v. § 6). —c) La tendencia al diptongo con dislocación de acento, aunque más propia de la pronunciación rápida descuidada, entra en la lengua poética a veces, por razones métricas; en la Edad Media eran buenos heptasílabos «es erajia llamada», «Cristo los quiso guiar», del poema de Fernán González, y en el renacimiento,

(1) En el habla vulgar, lo mismo en Asturias que en Andalucía, en Méjico o Buenos Aires, la tendencia a formar diptongos con vocales en hiato es más general que en la lengua literaria, y se dice *pior* (por *peor*), *tiatro* (por *teatro*), *train*, *caín* (por *traen*, *caen*), *golpiar* (por *golpear*). Se avanza más, suprimiendo una de las dos vocales; en Asturias, Aragón y Andalucía, por *real* se dice *rial* y *ral*, etc.

por influencia italiana (1), Garcilaso medía endecasílabos como «nunca entre sí los veo sino reñidos», y Francisco de Figuerola, «mas si el mar fuera manso, el navío fuerte», práctica que aún modernamente tiene algún uso (2).

(1) Véase Gallardo (en VÍÑAZA, *Bibl.*, col. 2103); dice con su estrafalaria ortografía: «porque los Italianos, pueblo versificador por excelencia, todo lo sacrifica a la facilidad de hazer versos».

(2) Para este uso moderno, véase T. NAVARRO; *Manual de Pronunciación*, 1932, § 148.—H. GAVEL: *Essai sur l'Evolution de la Prononciation du Castillan depuis le XIV^e siècle*, 1920, pág. 91 y sigs.

CAPÍTULO III

LAS CONSONANTES

Si la columna de aire espirado, en vez de hallar el paso franco a través de la boca como en las vocales, halla una estrechez mayor o un contacto de los órganos exteriores a la glotis (velo del paladar, lengua, paladar, dientes, labios), entonces, en vez de producirse una vocal, se produce una consonante.

CLASIFICACIÓN DE LAS CONSONANTES

32. CLASIFICACIÓN POR EL LUGAR DE LA ARTICULACIÓN.— La estrechez o contacto de los órganos puede efectuarse en cuatro puntos principales del canal bucal:

1) La estrechez o contacto puede producirse con los labios, «consonantes LABIALES», como la *p*. Deben distinguirse, para más precisión, las bilabiales, como la *p* o la *v* y *b* castellanas, y las labiodentales, como la *f*, o como la *v* que pronuncian los valencianos.

2) Con la punta de la lengua contra los dientes, «consonantes DENTALES», como la *t*. Pueden distinguirse, entre otras

subclases, las que se pronuncian con el ápice o punta de la lengua contra la cara interior de los dientes; que son las propiamente **dentales**, como la *t*; las que se producen con la punta de la lengua entre los dientes, **interdentales**, como la *s* española; y las que se articulan, no contra los dientes, sino algo más atrás, en los alvéolos dentarios, y por eso se llaman **alveolares**, como la *n*.

3] Con la parte anterior del dorso (no la punta) de la lengua contra la parte anterior del paladar, consonantes **prepalatales**, como la *ɲ* o la *ʎ* españolas.

4] Con la parte posterior del dorso de la lengua contra varios puntos de la parte posterior de la boca, «consonantes **gutturales**», como la *k*. Dividense, según que la articulación se va haciendo más atrás, en **postpalatales**, articuladas contra la parte posterior del paladar óseo, como la sílaba *ki*; **velares**, contra el velo del paladar, como la sílaba *ko*; **uvulares**, contra la úvula o campanilla, como la sílaba *ju*.

33. CLASIFICACIÓN POR EL MODO DE LA ARTICULACIÓN. — Cada una de estas clases de articulación se puede verificar de diversas maneras:

1] Con expulsión, ora repentina, ora prolongada, de la columna de aire:

a) Cuando por la abertura de la boca y por las narices se impide la salida del aire por completo un momento, entonces se produce una consonante **oclusiva**; el aire es detenido un momento por el contacto de los órganos articuladores del sonido y luego se expulsa con una separación repentina de los mismos; por ejemplo, la *p*.

b) Los órganos articuladores pueden aproximarse tan sólo, sin llegar a establecer un contacto perfecto entre sí. De este modo la columna de aire, en vez de ser interrumpida

pida momentáneamente, no deja nunca de hallar paso por la boca hacia el exterior, aunque no de un modo franco, sino a través de una estrechez o canal más cerrado que el que forma para las vocales (i); en este canal se produce entonces un frotamiento continuado, no interrumpido por oclusión alguna, y a esto se llama una consonante **continua o fricativa**, como la *f*.

c) Una clase especial constituyen por sí solas la *r* y la *rr*, llamadas **vibrantes**, pues para pronunciarlas, la punta de la lengua forma una débil oclusión, interrumpida por una o varias explosiones rápidas.

d) La fricación es por lo común central, y siempre lo es la vibración; es decir, se produce en el centro del canal bucal. Pero también la articulación puede hacerse **lateral**, formándose el canal fricativo con uno de los bordes laterales de la lengua. Así se producen las diversas variedades de *l*. Como el matiz lateral es lo característico, la lengua queda libre para articularlo en diversos puntos de los dientes, alvéolos o paladar, quedando sólo excluida una articulación linguolabial. En posición intervocálica sólo existen la alveolar *l* = *l* y la prepalatal *ʎ* = *ʎ*; más variedades hay cuando la lateral precede a otra consonante, pues se articula en el mismo punto que ésta: *colcha* *kɔʎa*, prepalatal; *salsa* *sálsa*, alveolar; *salto* *sáʎto*, dental; *alsar* *aʎθáʎ*, interdental; falta una variedad labial, y *alba* se pronuncia con *l* alveolar; también la variedad velar pura falta, conociéndose sólo una

(1) La diferencia de una vocal y una consonante puede ser tan pequeña como entre la *f* y la *y* castellanas, en que la postura de la lengua es casi igual, salvo que en la *y* hay una fricación en la boca, que no hay para la *f*.

alvéolovelar, *pulga pŭlga*, de que hablaremos en el § 35.

e) Un lugar aparte exigen las nasales, pues ni son continuas de un modo igual que las precedentes, ni tienen siempre una oclusión oral como suele creerse. Para articular las nasales cuando van intervocálicas, los órganos articuladores cierran completamente el canal bucal como para las oclusivas, pero el velo del paladar queda inerte, dejando libre la vía respiratoria de la nariz, por donde la columna de aire halla salida continua. La resonancia nasal que así se produce es lo característico de estas consonantes, y como los órganos articuladores quedan enteramente libres, pueden articular la nasal en muy varios puntos, más varios que lo que hemos visto para la lateral, pues ésta no consiente articulación labial. En posición intervocálica se producen en español tres clases de nasales: *n* alveolar, *m* bilabial y *ɲ* prepalatal, y las tres tienen oclusión bucal. Pero cuando esta consonante precede a otra, la resonancia nasal se modifica por lo común con una articulación igual a la de la consonante con que se agrupa. Si ésta es oclusiva, tendremos las nasales oclusivas iguales a las intervocálicas: *anredo*, alveolar; *amparo*, bilabial (v. § 35); *ancho*, prepalatal; produciéndose además la velar *palanca* y la dental *antes*. Si la consonante segunda es fricativa, la oclusión bucal falta por lo común al articular la nasal precedente, produciéndose sólo una estrechez; en este caso la mayor parte de la columna de aire sale, como es natural, por el conducto más expedito de la nariz, y no por la estrechez o abertura bucal; no obstante, se nasaliza a veces la vocal. He aquí ejemplos: nasal no oclusiva sino continua alveolar: *el ánsar*; bilabial: *anfiteatro* ἀμφιθέατρο; interdental: *onza* ὄνθα; velar: *un hueco* ὡν wéko. En pronunciación descuidada, la articulación bucal

de la nasal se hace muy relajada o desaparece: el á⁽ⁿ⁾sar, el ásar.

f) Por último, hay otra clase de consonantes que constan de un momento oclusivo seguido de otro fricativo, producidos ambos en el mismo punto de articulación; se llaman *africadas* u oclusivo-fricativas, y a ellas pertenece la *ch*, y en algunos casos la *j*.

2] Con vibración de las cuerdas vocales o sin ella.—Todas las consonantes pueden producirse de dos maneras, por lo que se refiere a la función de las cuerdas vocales durante la articulación. Si las cuerdas vocales vibran al tiempo que los órganos articuladores toman la postura conveniente, se producirá en la garganta un rumor característico, y la consonante resultará *sonora*, como la *b*.—Si las cuerdas vocales no vibran, faltará ese rumor, y la consonante resultará *sorda*, como la *p*.—Algunas consonantes, como las vibrantes, laterales y nasales, son habitualmente siempre sonoras; pero claro es que son posibles las sordas correspondientes, y se pronuncian abundantemente en algunos dialectos españoles; por ejemplo, el andaluz: *kálne* por *carne*, con *l* sorda; *búlla* por *burla*; *mímmo* por *misma*, con la primera *m* sorda, etc.

3a. CONSONANTES LATINAS.—Grandes fueron las diferencias entre la pronunciación clásica y la posterior vulgar o corriente.

1] La *B* INTERVOCÁLICA se hizo fricativa, confundiéndose con la *V*, que en unas regiones era igualmente bilabial y en otras labiodental; en inscripciones del siglo II se hallan ejemplos como *iuvēnte* por *iubēnte*, y en inscripciones españolas imperiales, *abia*, *fobea*, *nobo*, menudeando la confusión en las visigodas, donde lo mismo se escribe *devi-*

Consonantes del latín CLÁSICO, del vulgar y del español

	OCLUSIVAS		FRICATIVAS		VIBRANTES	LATERALES	NASALES
	Sorda	Sonora	Sorda	Sonora	Sonora	Sonora	Sonora
Bilabiales.	P p	B b					M m
Labiodentales.			F f	V v			
Dentales.	T t	D d					
Alveolares.			S s	S s	R r	L l	N n
Prepalatal.			ts, ca çç	J y yz		l l	ñ ñ
Postpalatales.	C k	G g					
Velares.	C k	G g					
Laríngea.			H h				

tum que cibitate, octabo. Todos los romances continúan esta fricación de *b* intervocálica confundida con *v*, § 43. — TRAS CONSONANTE *r* o *l* hay tendencia a la *b*; así se halla en inscripciones salbum, serbus, y el Appendix Probi

corrige «alveus, non albeus»; pero en las inscripciones de España se hallan, más que en las de las otras provincias, casos contrarios como Alvanus en época imperial, arviter en dos inscripciones asturianas posteriores (1), y esa tendencia a la fricación de *lb*, *rb* es fuerte en el romance español, § 47. — Como INICIAL de palabra, aunque la epigrafía ofrece muchas equivocaciones, los romances prueban (§ 37.) que el latín vulgar distinguía en general la pronunciación de *b* y de *v*; no obstante, caía también en muchas confusiones, explicables unas veces por asimilación o disimilación, como bivit, muy frecuente en inscripciones; otras veces puede creerse que la misma posición inicial propendía a la *b*, ya que los labios en silencio están cerrados, y al desplegarse articulan una oclusiva; también puede pensarse con Parodi (2) que la propensión a *b* dependa de condiciones de fonética sintáctica: tras una palabra acabada en consonante, la inicial *v* se hacía *b*.

2] Después, la pronunciación vulgar o corriente del latín se distinguió por una vasta tendencia a la palatalización de ciertos sonidos, contra los usos del latín antiguo.

a) Como la *C* ante vocal de la serie anterior o palatal, *e*, *i*, avanza naturalmente su punto de articulación a postpalatal, que escribimos *k* o *ç*, avanzó luego más, hasta hacerse prepalatal, africándose o asibilándose, según indican varias grafías en las inscripciones, como IN PAΘE del año 383, intcitamento anterior a 410, paze, fesit, etc., y en una inscripción de la Bética, del siglo vi o vii, Sci-

(1) CARNOY, *Le latin d'Espagne*, 1906, pág. 141.

(2) *Del passaggio de V in B e di certe perturbazioni delle leggi fonetiche nel latino volgare*, en *Romania*, XXVII, 1898, p. 177-240.

priano. Esta africada cuasi *ts* fué continuada por la *ç* del español antiguo, que cuando era intervocálica se sonorizó en la antigua *z* cuasi *dz*, § 35 bis₁.

b) De igual modo la *G* ante *e*, *i*, que era postpalatal *g*, avanzó más, hasta prepalatal, confundándose con la *j* o *y*, § 43₁. Esta y en su estado primitivo africado *y*, cuasi *dy* o *dz*, dió más resistencia a la *g* inicial románica, según se ve en *yesso* < *gypsu* § 38₁, o llegó a la interdental moderna en *arcilla* < *argilla* § 47₁.—Cuando intervocálica, la *y* venía a ser simple fricativa y se perdía, absorbida en la *e*, *i* siguiente; en una inscripción de Pompeya se halla *fridum* por *frigidum*; el *Appendix Probi* advierte «*calcostegis non calcosteis*» (grecismo, *chalco...* 'que tiene techo de cobre'); también en inscripciones se halla *roitus* por *rōgītus*, *paevti* por *viginti*, y otras varias grafías que indican lo extendida que estaba la pérdida de *g*, § 43₁.

3] La principal causa de la aparición de nuevos sonidos palatales, desconocidos del latín antiguo, fué la propagación y efectos de la *yod*, § 8 bis₁.

a) Los grupos *TY* y *CY* asibilaban su oclusiva desde el siglo II de Cristo: *Crescentsianus* pone una inscripción del año 140; *Marsianesses* por *Martianeuses* en inscripción de la Bética del siglo III; *Mapaiavoc*, año 225 por *Marcianus*: *judigsum*, en inscripción española del siglo VI. En *TY*, la *t* retrae su punto de articulación, y la *k* de *CY* lo adelanta para asimilarse una y otra a la *yod*, haciéndose palatales. Sin embargo, la sibilante de *TY* era diversa de la de *CY*, aunque bastante parecida para prestarse a continuas confusiones que se cometen en los siglos III y IV: *mendatium*, *justicia*, etc. *TY* debía de tender a sonido alveolar cuasi *ts*, y *CY* a sonido prepalatal cuasi *ch*, respectivamente

análogos a los italianos *ss* y *ccio* (*justitia giustizza*, *facies faccia*, § 53₁, y comp. la segunda al resultado de la simple *c'*: *vicinu vicino*).

b) Los grupos *LY* y *NY* se palatalizan también en la época del latín vulgar, así como la *L* y la *N* junto a sonidos velares, § 8 bis₁. Se convirtieron respectivamente en la palatal lateral *ʎ*, escrita en español *ll*, y en la palatal nasal *ɲ*, dos sonidos, como observa Nebrija, que no existían ni en latín clásico, ni en griego, ni en hebreo, ni en árabe.

4] Para la *S*, que debía de ser sorda, véase §§ 42₁ y 47₁.

5] La *H* era una aspiración laringea sorda que dejó de pronunciarse ya en latín.

6] Las oclusivas sordas tendían a hacerse sonoras § 40. Las sonoras ora se hacían fricativas *f*, *g*, lo mismo que b arriba dicha, ora se perdían, § 41.

35. CONSONANTES ESPAÑOLAS.—En el siguiente cuadro van clasificadas las principales variedades consonánticas del español; aquellas variedades que no responden a un diferente origen etimológico, dependientes sólo de la asimilación a otro sonido inmediato, van señaladas con asterisco. Bajo cada signo del alfabeto fonético se ponen ejemplos de la ortografía simple o varia con que cada uno se representa en la lengua escrita; entre paréntesis se indican los ejemplos de la pronunciación o de la ortografía antiguas.

	IMPULSIVAS		AFRICADAS		FRICATIVAS		VIBRAN- TES	LATERA- LES	NASALES
	Sorda	Sonora	Sorda	Sonora	Sorda	Sonora	Sorda	Sonora	Sonora
Bilabiales.	p capa	b banco vista				ɸ cuova ameba (amaua)			m lomo un vaso
Labiodentales.					f café	v (valene. cantava)			*m confío
Interdentales.					θ pozo hacer	ɣ hazlo		*j alsa	*ɲ lanza
					ð verdad	ð duda último			
Dentales.	t roto	d duda			*s esto	*ʃ desde		*j molde	*ɲ monje
Alveolares.	*t (inglés thlma) (dialec- tal otro)	*d (inglés day) (dialec- tal bordo)	ʃ (brapo)	ʒ (pozo)	s paso (paso) j j alar	z rango (casa) j j alar Israel	r ʃ pero po- rra hon- ra	l sala	n mano
Prepalatales.	*ʃ (gul- puzc, alta)	*ɟ (gul- puzc. blidur)	ç ocho	ʝ yugo hielo	ɛ (exo)	ʒ (paña) (muger) y j reya pñ		ʃ calle colcha	ɲ paño ancho
Postpalatales.	*k aqui	*g guia				*g seguir			*ɲ inquina
Velares.	k vaca	g gusto			x coger y sueño	g segar w huaco		*j algo	*ɲ manca
Uvulares.					*x jugo hopo				*ɲ don Ju- an
Laríngea.					h (hazer)				

1) Bilabiales.— a) La diferencia que hace la ortografía moderna entre *b* y *v* quiere ser etimológica (§ 43), pero no responde a la pronunciación. Cualquiera de estos dos signos, cuando es inicial absoluto (después de pausa), representa un sonido oclusivo: *bola* bóla, *verde* bérde, *venir* benír; en esta posición es raro que la oclusión cese separando gradualmente los labios sin una verdadera explosión (variedad africada), o que falte por completo la oclusión (variedad fricativa). También es corriente la oclusiva cuando este sonido va precedido de otra oclusión, es decir, de una *m*: *ambos* ámbos, *enviar*, escrito antiguamente *embiar* embiás, *temblar*. Tras las fricativas se halla a veces la oclusión: *esbelto* exbétto, *desviar* dezbiár; más rara vez tras *r* o *l*: *calvi- cie* kalbiθje, *carbón*.

b) El sonido fricativo correspondiente es bilabial también, ɸ. Esta ɸ es corriente cuando el signo *b* o *v* va en posición intervocálica: *lobo* lóbo, *recibo* feθibo, *lavar* labás, *llave* lábe, y predomina en posición agrupada: *abstención* abθenθjón, *hablar* ablái, *cabra* káθra, *bárbaro* báθbero, *Luzbel* luθbél, *advenedizo* adθenadíθo, *esbelto* exbétto.

c) Respecto a la *m* en los grupos *mp* y *mɸ*, en vez de pronunciarse con la lengua en reposo, se modifica con la articulación alveolar de la *n*, más o menos completa; es decir, se produce la nasal con una doble oclusión alveolar y bilabial: *compañero* coⁿpañéro. También en la pronunciación más descuidada ocurre que la oclusión para la nasal falta en gran parte y hasta se confunde por completo con la articulación idéntica de la *p* o de la *b*, nasalizándose la vocal anterior: *empezar* epⁿθár. Ambas pronunciaciones explican lo frecuente que es la grafía *np*, *nb*, que ya aparece en las inscripciones latinas en general. Fijándonos en Espa-

ña, hallamos en las inscripciones imperiales *december*, *Sen-pronia*, y en las visigóticas, *enperio*, *senper*, *novembres*; de igual modo los manuscritos medievales escriben indistintamente *siempre* o *siempre*, y lo mismo es corriente en ellos *embargar*, *reconbrar*, etc. La confusión se hace consciente en Valdés, quien escribía *hanbre*, *caupoña*, diciendo «no pronuncio sino *n*»; y en el editor de la *Filosofía de la elocuencia*, de Capmany (1826), el cual califica de «regla pueril y ridícula» la que manda escribir con *m* *impropio* e *importuno*, pues, según él, se pronuncian con una nasal «de la misma suerte» que la de *indecoroso*.

2] Labiodentales. —a) Entre las fricativas sólo debemos contar la *f*=*f*. La correspondiente sonora *v* sólo la pronuncian nativamente los valencianos y mallorquines. En castellano se produce artificialmente cuando hay empeño por distinguir en la pronunciación la *b* y la *v* de la ortografía académica. La Academia Española desde el siglo XVIII abogó por la distinción de la *b* y la *v* y censuró a los maestros que no inculcaban a los niños esa distinta pronunciación de ambos signos. Debido sólo a este empeño, en las escuelas se suele enseñar e imponer la pronunciación labiodental de la *v* escrita, y tal pronunciación se practica a veces en el habla ultracorrecta y afectada; pero fuera de este caso, la *v* nunca se pronunció nativamente en castellano, sino que el signo *v* se articuló siempre con los mismos valores de *b* y *b* que la *b*. Teniendo esto en cuenta, la Academia misma, desde su *Gramática* de 1911, dejó de recomendar la distinción, reconociendo el hecho de que «en la mayor parte de España es igual la pronunciación de la *b* y la *v*» (1).

(1) Véase para detalles, T. Navarrete, en *Hispania*, IV, 1921, p. 1.

b) La nasal correspondiente a la *f* es, naturalmente, una labiodental, por lo común no oclusiva: *anfíbio* *anfíbio*. La vocal precedente se suele nasalizar (§ 33), *anfíbio*, *infinito*, *confuso*, *em fia*. También aquí puede ocurrir la tendencia a la doble articulación *n* + *m*.

3] Dentales. —a) Para pronunciar la *t*=*t*, la punta de la lengua se aplica a la cara interna de los dientes, bajando hasta el borde inferior de los mismos, pero no avanza a ser interdental. Es, pues, una *t* más baja que la francesa (que se articula hacia las encías), y mucho más que la inglesa (articulada hacia los alvéolos).

b) La *d*=*d* se pronuncia con la misma posición baja del ápice de la lengua, sin que llegue a interdental. Se halla una *d* oclusiva cuando es inicial: *duelo* *dwéto*, o cuando va precedida de *n* o *l*: *donde*, *bando*, *caldo*, *balcón*. Precedida de *r* o *s* puede ser también oclusiva, generalmente en la pronunciación enfática; pero lo corriente es que se haga fricativa.

c) La *s*, la *l* y la *n* avanzan de alveolares a dentales=*s*, *z*, *l*, *n*, cuando van agrupadas con una dental: *tostar*, *desde*, *alto*, *antes*.

4] Interdentales. —a) La fricativa *ð* se articula bajando más el ápice de la lengua que para la *d*; es decir, se hace ligeramente interdental, con una fricación más suave y breve que la de la *th* inglesa de *this*; la fricación de la *ð* se produce contra la cara inferior de los dientes y contra su borde, en lo cual se diferencia de la *θ*, cuya fricación se produce francamente contra el borde. —Esta fricativa es la pronunciación habitual de la *d* intervocálica: *venido* *benido*, *cada* *káða*; en esta posición la *d* no se hace nunca oclusiva sino con gran énfasis, y entonces se articula más avanzada

que cuando inicial; es decir, se hace la oclusión en la posición ligeramente interdental de la fricativa. Pero por lo común es tan débil esta fricativa, que en el habla popular se pierde abundantemente (1). Esta pérdida vulgar invade el habla culta sólo en un caso, que es en la terminación *-ado*, la cual pasa de *-ado* a *-a^do*, *-a^d(^d)o*, y en la pronunciación muy descuidada y rápida, *-ao*; es decir, la *d* se hace tan ligera y rápidamente que llega a quedar imperceptible; la lengua tiende a hacer la articulación, pero no llega a formarla. Así se pronuncian corrientemente *abogá^d(^d)o*, *está^d(^d)o*, o más vulgarmente *pasáo* (2), a diferencia de los femeninos, que conservan la *d*, lo mismo que los participios *-ido*, *-ida*. La razón de esta diferencia no hay que buscarla principalmente en el carácter de las vocales que rodean a la *d*, pues no hallamos la pérdida en *adorno*, *adoquín*, *sábado*, *higado*, etc.; por lo cual hemos de atribuir en primer término la pérdida al carácter secundario que en la palabra tiene la terminación, y a que *-ado* ocurre en el habla con mucha mayor frecuencia que *-ido* *-odo*, *-udo*; esta razón de la mayor frecuencia nos explica que mientras *lado* se pronuncia *la^d(^d)o*, la voz *vado*, más rara vez usada, no pierde su fricativa en el habla culta. Pero como *-ado* no es mucho

(1) En casi todas las regiones del español es vulgar la pérdida de la *d* entre cualquier clase de vocales, lo mismo protónica: *tuavía*, *trabajao*, *peao*, *añaiura*, 'añadidura', que postónica: *deo*, *seguía*, *comía*, *veníó*, *to*, *to* 'todo', *na* 'nada', *ca* 'cada', *puen* 'pueden', *maldaes*, etc.

(2) Hay algunas comarcas donde se conserva firmemente la pronunciación antigua *-ado*; por ejemplo: en la región interandina del Ecuador (Quito, Cuenca, etc.) se tiene *-ao* por defecto del habla de Guayaquil y de la costa en general. En Colombia, en el reino de León, en los Balcanes, etcétera, hay también regiones de *-ado*.

más usado que *ada*, hay que admitir también una concausa fonética: la parte anterior de la lengua estando cóncava y adelantada para pronunciar *-ad-*, resulta difícil pasar a la postura opuesta, convexa y retraída, que exige la *-o*, por lo cual en la pronunciación rápida se esquivo el avanzamiento propio de la *d*; esta dificultad no existe en la articulación *-ada*, por hallarse la *-a* más próxima a la postura de la *d* que la *-o*. En las escuelas debieran los maestros recomendar la pronunciación *-a^do*, con una *a* relajada o débil, ya que una *d* sonaría a muchos como afectada; pero debe tacharse de vulgarismo la relajación extrema o la pérdida de la *d*. — La *d* se hace siempre fricativa cuando es final de sílaba: *adviento* *advjépto*, *advertir*, *administrar*, *admirar*; aun ante consonante sorda: *adjetivo* *advjetibo*, *adjudicar*, *adquirir*, si bien en este caso puede ensordecerse en parte o en todo: *advkirir*. Lo mismo sucede cuando es final de palabra en interior de frase: *decidnos*, *devjdnos*, *verdad buena* *berdád bwéna*, *verdad cierta* *berdád tjérta*. En posición final absoluta, la *d* se articula *d* en la pronunciación cuidada, especialmente en voces poco corrientes, como *lid*, *Cid*, *ar-did*, o en los imperativos *andad*, *corred*, que han quedado como formas literarias (excluidas del habla corriente por el infinitivo). En la pronunciación culta más corriente la *-d* se articula muy relajada *d*, y hasta sin voz; esta *d* muda queda imperceptible para el oído; no obstante, su articulación influye en el carácter de la vocal final. En fin, se llega también a la pérdida completa: *re*, *se*, *verdád*; desde el siglo XIII se hallan ejemplos escritos de *heredd*, *merçé*, y en el siglo XVII se medía como un octosílabo: «La *verdád* entre burla y juego.» Estas maneras de *-d* final (*d*, *d*, *d* muda, y supresión) son la pronunciación más corriente en Castilla la

Nueva, Andalucía y América; pero en Castilla la Vieja y León, al lado de la pérdida (*usté, salú, abd.*, etc.), se pronuncia la fricativa sorda θ , por lo general relajada, especialmente en los monosílabos *réo, séo, bérdeó*; por esto Araujo (citado arriba, pág. 31, n.), que es natural de Salamanca, da la *s* sorda como pronunciación normal castellana: *Madrix, saluz, asquérir, asviento, hablas alto*; esta pronunciación es también característica de los chulos madrileños.—En fin, la fricativa θ suele pronunciarse también en vez de la *r* final de sílaba: *rímico* junto a *rídmico* o *rídmiko*, *atleta* junto a *adléta*, *atlas* junto a *adías*; en Castilla la Vieja y León se dice también *adléta, adías*. Depende esta diferencia del distinto modo de silabear, ora siguiendo la regla clásica, *a-tlas*, ora la prosodia vulgar, *at-las*, de donde *ad-las* o *ad-las*, según las regiones.

b) La $s = \theta$ es más interdental que la *th* inglesa de *third*, pues se pronuncia asomando la punta de la lengua visiblemente entre los dientes. Varias comarcas de España pronuncian la *s* como la *s*; esta confusión o seseo es común a otros varios dialectos románicos como el francés. El de España ofrece variedades importantes. El seseo de andaluces y americanos, con su *s* dorsal (véase la nota de la página siguiente) se halla admitido en la pronunciación culta, y aun así, tanto andaluces como americanos suelen practicar la distinción de *s* y θ en la declamación literaria (en el teatro, exceptuada la comedia de costumbres locales, en la recitación poética, etc.). El seseo de gallegos, catalanes, valencianos o vascos, con *s* apical, es tenido por vulgar y los hablantes educados de esas comarcas lo eliminan de su pronunciación castellana.

c) La sonora z es, como la θ , más interdental que la

z y tiene fricación más intensa. Se pronuncia ante una consonante sonora: *haslo zlo, brizna, novizna, Guizma*; a veces la preocupación ortográfica hace pronunciar sorda esta *s*. Las confusiones con θ son, naturalmente, muy antiguas; así los anticuados *judgar, portadgo, mayoradgo, bédmar*, etcétera, pasaron a la ortografía hoy general de *juagar, xugár, -ago, bisma*, etc.

d) La articulación de la *l* y la *n* avanza hasta interdental en *alzar alár, bronce brónce* (§ 33, 1ª).

5] **Alveolares.** —a) La $s = s$ castellana es cóncava apical alveolar; el ápice de la lengua, vuelto hacia arriba, forma una estrechez contra los alvéolos de las incisivos superiores. Esta variedad de *s* se extiende por la mayor parte de España, incluso por Galicia, norte de Portugal, Provincias Vascongadas, Cataluña y por el suroeste de Francia.—Al sur de la Península (incluyendo la mayor parte de Portugal) la *s* es convexa dorsal dento-alveolar; el predorso de la lengua forma una estrechez contra los alvéolos y dientes superiores, sin que el ápice de la lengua intervenga en esa estrechez; es, pues, articulada más adelante que la *s* castellana (1). Esta *s*, propia de Andalucía, y

(1) Ofrece dos variedades: en una, el ápice de la lengua desciende hasta apoyarse contra la cara interior de los incisivos inferiores, quedándose entre los bordes de los dientes como para la *s* castellana; es la *s* dorsal de Sevilla, Cádiz y Málaga, provincias donde predomina el ceseo como pronunciación más vulgar, siendo el seseo considerado como pronunciación más culta. En la otra variedad, menos dorsal y menos convexa, la corona o borde de la lengua, con parte del predorso, forma la estrechez contra los alvéolos y dientes superiores; es la *s* coronal de Huelva, Córdoba, Jaén, Granada y Almería, provincias que también usan ceseo y seseo en su parte Sur, pero en cuya parte Norte se practica la distinción de *s* y θ como en Castilla, ora usando esa misma *s* coronal, ora usando la

por lo tanto de Canarias y de América, es una *s* semejante a la francesa, italiana o alemana, más dental que la castellana, la cual bien pudiera llamarse prepalatal, como hacen algunos fonetistas. Dada esta diferencia, se comprende que para los andaluces y americanos, lo mismo que para los extranjeros en general, la *s* castellana les haga el efecto de muy palatal; tratando un extranjero de imitar la *s* castellana, suele pronunciar *dešpwéš* por *después*, lo mismo que hacían los moriscos (§ 37, 1).—La *s* española moderna es, en general, sorda. Se hace, sin embargo, sonora cuando va agrupada con otra consonante sonora siguiente: *esbelto ezbélto*, *desviar dezbiár*, *desde dézde*, *rasgo rázgo*, *sesgo, fisgar, fresco, Israel*; en estos casos la sorda aparece casi únicamente en la pronunciación lenta y analítica, y en el último ejemplo, *sr* es más comúnmente reducido a *sr*: *Israél*, *dó: Feáles*, con una *r* fricativa y otra vibrante.

b) La *r* tiene notables variedades. La vibrante es la más común: la lengua aplica sus bordes laterales a los alvéolos molares y superiores, y su punta cóncava se aplica también suavemente a los alvéolos dentales retirada de los dientes (posición casi postalveolar); el aire espirado se abre paso separando la punta de la lengua con una sacudida para la *r* sencilla = *r* y con varias sacudidas, de dos a cuatro o seis, para la doble *rr* = *r*.—Otra variedad es fricativa *x*, con la misma articulación cóncava que la vibrante, pero un poco más cercana a los dientes; la diferencia esencial está en que ahora la lengua no llega a tocar los alvéo-

s apical, idéntica a la *s* castellana de las provincias limítrofes de Badajoz, Ciudad Real, Albacete y Murcia. Véase T. NAVARRO, A. M. ESPINOSA (hijo), L. RODRÍGUEZ-CASTELLANO, *La frontera del Andalus*, en la *Revista de Filología española*, XX, 1933, pág. 225-277.

los dentales, ni por lo tanto entra en vibración, sino que el sonido se produce por el frote del aire entre la punta de la lengua y los alvéolos, distinguiéndose de la *s* castellana sonora en que para ésta la estrechez que forma la lengua contra los alvéolos es redondeada, mientras que la estrechez para la *x* es alargada; por lo demás ambas son cóncavas, articuladas en el mismo punto.—La *r* vibrante es de uso general para articular la doble *rr* = *r*, escrita sencilla, cuando va inicial o tras *n* y *l*: *perro, roto róto, enredo enfédo, malrotar*. También es lo general la *r* vibrante cuando se trata de una *r* sencilla tras otra consonante: *extraño, otro, fresco, cruao, agradar*, y, en fin, cuando es intervocálica sencilla: *pera*; si bien en este último caso abunda también la fricativa (1).—La *x* fricativa domina como final absoluta, y en esta posición suele hacerse muda, parcial o totalmente: *cantar kantár o kantá*. También tiende a fricativa cuando está final de sílaba, sobre todo en Andalucía: *perla, carne, marcharse*, que fácilmente pasa a *marchasse* (§ 108). Hemos visto también que la *x* sustituye a una *s* ante *r*: *Israél*. En Aragón, Navarra, Rioja y Álava, así como en toda, o casi toda, la América española, se halla más o menos generalizada una pronunciación de la *rr* doble fuertemente fricativa y sibilada o chicheante, entre *x* y *ž*, con variable disminución de sonoridad: *jiko, kázo, ónza*. Además la *r* sencilla, cuando es segundo elemento de un grupo consonántico, puede ser fricativa chicheante débil, con análogo aminoramiento de su sonoridad; tras oclusiva sorda (*pr, tr, kr*), la

(1) Doy como corriente la pronunciación vibrante de la *r* sencilla intervocálica, aunque COXOX cree que sólo en énfasis suele ser vibrante. Más en lo cierto me parece está Josselyn, quien halla que sólo en un 14 por 100 de los casos aparece la fricativa.

pérdida de sonoridad suele aumentar, hasta llegar a una sorda *ʔ*, cuya fricación sorda invade la explosión de la oclusiva agrupada *t p k* haciéndola impura, y además atrae la *t* y la *k* (no la *p*, naturalmente) en más o menos grado hacia su punto de articulación postalveolar, haciéndose medioalveolar la *k*, *eskilibir*, y postalveolar la *t* = *t̪*, ya de suyo próxima a la *ʃ*, *ótto*. En este último grupo *tr*, se pasa de la pronunciación *-tʃ* a una *tʃ* en que la fricación invade tanto la *t* que resulta, en vez del grupo, una articulación africada, sorda, apical, próxima a la *ʃ* = *ch* castellana, o al sonido inglés de *cream*: *otro ótto* (cuasi *ocho*, pero con *ch* apical, no dorsal), *retrato setlato*, *ministro ministto* (1). Los varios grados de esta evolución se conservan hoy en España y en América. En el caso de *ndr*, la oclusión de la *d* confundida con la de la *n* y seguida de la fricación *ʃ*, puede perder, no sólo la pureza de su explosión, sino toda su oclusión y desaparecer, oyéndose así *ponjé pondré*, *benjá vendré*, o con relajamiento de la nasal *põⁿjá bõⁿjá*, lo mismo en América que en España. Nos detenemos tanto en estas particularidades de la *r* fricativa chicheante porque, estudiadas primero en Chile, fueron atribuidas a influencia araucana (2); pero dada su extensión por toda América es

(1) Véase A. Alonso, *El grupo tr en España y América*, en el *Homenaje a Menéndez Pidal*, t. II, p. 167-191, estudio muy detenido de todas las cuestiones referentes no sólo a *tr*, sino también a *pr* y *kr*.

(2) R. Lenz, *Chilentsche Studien*, I, 288 y 291 (en los *Phonetische Studien*, publicados por W. Viëtor, tomo V), y *Zeit. für rom. Philol.*, XVII, 210. Acepta las conclusiones de Lenz W. Meyer-Lübke, *Introducción*, párrafo 213.—En Chile, Perú, etc., la *ʃ*, cuando ya como primera consonante de un grupo, suele influir también sobre la consonante siguiente: *kwáʃto* cuarto, *bórdo* bordo, *bóʃla* borla, *peʃóna* persona, con *ʃ* castellana y no andaluza.

claro que la influencia araucana es insuficiente como explicación. Parece natural que de España derive la pronunciación similar americana, si bien pudo favorecer su difusión allá la existencia de la *r* fricativa no sólo en el araucano, sino en el quichua también, y acaso en otros idiomas indígenas.

c) La *n* intervocálica es siempre alveolar, y casi siempre lo es cuando final. En posición agrupada asimila su punto de articulación al de la consonante que le sigue, y tiene variedades no oclusivas, de que se habló ya arriba (§ 33, d). En la pronunciación muy descuidada la articulación de la nasal puede desaparecer, quedando sólo la nasalización de la vocal: *un nido* *nido*, *inmóvil* *imóvil*, *imóvil*.

d) La *l* intervocálica y final es alveolar. También, como la *n*, muda su punto de articulación según la consonante siguiente: *alzar* *alzar*, *colcha* *kólcha* (§ 33, d).

6] Prepalatales. —a) Al articular estos sonidos, la lengua llega a tocar los alvéolos dentales; pero como hacia los alvéolos molares se apega mucho más al paladar que para la articulación de *s*, *n*, *l*, etc., cubre mayor porción del cielo de la boca que para estos sonidos alveolares, y de ahí la diferencia esencial de clasificación. Además, hay que notar que si para la articulación de las prepalatales la lengua toca los alvéolos dentales, es de modo muy distinto que para las alveolares; para *s* (castellana), *n* y *l* la parte articulatoria de la lengua es el ápice, mientras para *ch*, *ñ*, *ll* es el dorso de la lengua, bajándose por lo general el ápice hasta los dientes inferiores.—Éstas son las prepalatales que hoy conoce el español llamadas «mojadas», por la gran adherencia de la lengua al paladar; pero hay otras en que el dorso de la lengua no cubre o moja la gran porción del paladar que cubre para las antes dichas. El castellano anti-

guo conocía de esta otra clase la *ñ* y la *ɲ*, cuyo punto de articulación debió de ser algo más interior o retraído que el de la *ch*. Hay también prepalatales oclusivas, no mojadas: *t*, *g*.—Digamos algo de las prepalatales que usa corrientemente el español moderno.

b) La *ch* = *ç* es una africada compuesta de una oclusión postalveolar mojada, seguida de una explosión africada sorda. No es exacto, sino medianamente aproximado, el representarla por *t* + *ch* francesa o *ʃ*, como hace «Le Maître Phonétique» (diciembre 1896, enero 1898, etc.); la explosión habría que representarla por variedades diversas de una *t* mojada, y la africación por *ʃ* correspondiente a la oclusión. La *ch* tiene variantes que sería preciso someter a un estudio especial: están determinadas principalmente por la mayor o menor convexidad del dorso de la lengua y mayor o menor mojamiento consiguiente, y por la mayor o menor parte de los alvéolos dentales invadida por el contacto de la lengua; es decir, hay vacilación entre *tʃ* fuertemente mojada y una articulación más adelante, próxima a *ts* poco mojada. La *ch* popular madrileña y toledana tiende a este último grado.

c) La *y* = *j* se distingue de la vocal *i* en que la estrechez prepalatal formada por el dorso de la lengua es alargada para la *y* y redondeada para la *i*.—Una variedad de *y* más abierta y breve se halla agrupada con otra consonante: *pie* *pió*, *miedo* *mjódo*, *mientras*, *quieto*, *tiempo*.—La formación de esta estrechez alargada es a veces tan enérgica, que la lengua llega hasta la oclusión; entonces, en vez de la *y* fricativa, se produce una africada (análoga a la *ch*, pero sonora), compuesta de una oclusión postalveolar dorsal *ɟ*, seguida de la fricación *y*. Esta africada, que representaremos por *ɟy*, se halla naturalmente tras otra oclusiva: *cónyuge*

kónyuxe, *subyugar* *sudɟugáɟ*, y a menudo en posición inicial absoluta: *yo* *yó*, *yúgo*, etc. En posición intervocálica domina la fricativa; no obstante, se halla a veces la africada, sobre todo en énfasis: *ayér*.—En fin, la *y* puede perder su mojamiento y entonces se convierte en *ɲ*, o sea el sonido de la *j* antigua castellana, semejante a la francesa pero sin labialización. Esto ocurre mucho en Castilla la Nueva y especialmente en Andalucía, y es característico de la pronunciación argentina y de otros puntos de América: *mayo máxo*, *ayer aɲér*. Esta *ɲ* tiene también su variante africada, es decir, oclusivo-fricativa.

d) Las articulaciones de la *ñ* = *ɲ* y de la *ll* = *ʎ* no son iguales a *ny* o *ly*, pues para aquéllas no interviene la punta de la lengua, sino que se apoya en los incisivos inferiores, como ya queda dicho, y el dorso de la lengua se apega al paladar, estableciendo una ancha zona de contacto, mayor aún que para la *ch* y la *y*. Estas consonantes *ñ* y *ll*, además de producirse agrupadas con otra consonante: *concha* *kóñca*, *colcha* *kójca* (§ 33, 1.), se dan abundantemente como intervocálicas.—Hay que notar que en gran parte del territorio del español la *ll* se articula vulgarmente como *y*, confundiéndose con ésta. En el norte de la Península domina la distinción de la *ll* y de *y*, mientras en el sur y en América domina la confusión: *caballo* se pronuncia en estas últimas regiones con las variedades de *y*: *kabáyo*, *kabáyo*, *kabázo*. La distinción correcta entre *ll*, *y*, es muy fácil de propagar en los países que las confunden. En Madrid, por ejemplo, el pueblo bajo confunde ambos sonidos, y los niños de las clases más educadas propenden a confundirlos; pero cuando llegan a la edad en que empiezan a leer y ven escritos diferentemente los signos *ll* y *y*, si se les advierte entonces

que la *ll* se articula de un modo diferente a todas las otras consonantes, no por el centro de la boca como todas, sino expulsando el aire por un lado de la lengua, basta reiterar esta advertencia unos pocos días para que el hábito de la distinción se arraigue en definitiva.

7) Postpalatales, velares, etc. — a) Varía algo su punto de articulación entre el velo del paladar y el postpaladar óseo. Así la *c* = *k* (escrita *ca, que, qui, co, cu*) modifica su punto de articulación según la vocal que le sigue: *cu, co* *ku, ko* son propiamente velares; *que, qui* *ke, ki* avanzan progresivamente, pero quedando siempre postpalatales; *ka* ocupa posición intermedia entre las velares y las postpalatales. A su vez la vocal también se modifica, pues se articula algo más atrás que con las otras consonantes no velares. En fin, hay que advertir que la *ke, ki* española es articulación algo más retraída que la francesa e italiana correspondiente, que se articula post o mediopalatal.

b) De igual modo hay gradación entre *gu, go* *gu, go* — *ga* — *gue, gui* *ge, gi*. Esta *g* oclusiva ocurre en la posición inicial absoluta: *gasto*, o precedida de otra oclusión: *angustia, un guisado*. En otras condiciones es rara.

c) Hay una *g* fricativa, *g*, procedente de la articulación relajada de la *g* oclusiva (como la *ɟ* y la *ɣ*). Ocurre casi siempre en la posición intervocálica, donde sólo enfáticamente se pronuncia oclusiva: *agalla agája*, rara vez *agála*; de igual modo se pronuncia *g* cuando va agrupada con otra fricativa; *agrado, amargo, siglo, algo, agua, muy guapa, jugar*, y también es fricativa cuando precede a una oclusiva nasal: *ignorar, magnífico*.

d) La *j* = *x* es como una *k* fricativa; pero su articulación es más retraída que la de *k*, pudiendo calificarse de

postvelar en *je, ji*, y de uvular en *jo, ju*. A su vez, como sucede con la *k*, la consonante retrae la articulación de la vocal. En Andalucía y América la *j* se reduce a una aspiración sorda, *h*; pero téngase presente que la *j* normal española es, por su fuerza, semejante a la *ch* alemana.

e) La *u* fricativa labio-velar = *w*, se distingue de la *b* en que la articulación de ésta es puramente bilabial, sin que para ella intervenga la lengua, mientras que para la *w* los labios se abocinan, lo que no hacen para la *b*, y la lengua se retira y se eleva en la parte posterior de la boca, formándose así una cámara de resonancia distinta de la de la *b*. La *w* se distingue de la vocal *u* en que la estrechez velar de *w* es alargada, y la de *u* redondeada. — La elevación posterior de la lengua puede ser tal que su estrechez alargada llegue a convertirse en una oclusión igual a la de la *g*, lo cual ocurre principalmente en la posición inicial absoluta o tras una oclusiva: *huevo gwébo, un huerto ŋ gwérto*, más común que *ŋ wérto*. Más rara vez la aproximación de los labios llega a convertirse en oclusión de *b*, dándose la pronunciación *bwébo, bwérto*, la cual es muy inculta y mal sonante.

f) La *u* velar = *ŋ* se oye siempre ante otra consonante velar: *anca, hongo, naranja, un huerto ŋ wérto*. Abunda (acaso más entre gente del norte de España) como final absoluta: *salón salŋ*. Uvular: *uŋ xóben*.

g) La *l* ante consonante velar no se articula donde esa consonante siguiente; sigue siendo alveolar, pero la lengua, en vez de estar convexa como para la alveolar intervocálica, se pone cóncava, tomando así la articulación una resonancia velar. Podemos, pues, decir que *l* de *salgo* *sálgo* es alvéolo-velar.

35 bis. PRONUNCIACIÓN DEL ESPAÑOL ANTIGUO. — Las principales diferencias que los sonidos de la lengua española antigua presentaban respecto de los de la lengua moderna, eran éstas:

1] La lengua antigua (1) distinguía una *s* SORDA y otra *sonora*. La sorda entre vocales se escribía doble: *viniesse*, *passar*, o sencilla tras consonante: *mensaje*. La *s* SONORA se escribía sencilla: *casa káza*. El español moderno perdió la *s* sonora intervocálica, conservando sólo la influida por otra consonante sonora siguiente, independientemente de la etimología (véase § 35a, al final).

2] La lengua antigua distinguía también la *ç* SORDA de la *z* SONORA, cuya pronunciación tuvo que ser originariamente africana (§ 34a y 3a) o sea una oclusión seguida de una fricación, que podían representarse por *z*, cuasi *ts*, para la *ç*, y *z*, cuasi *dz*, para la *z* antigua. Aun hoy los judíos españoles de Bulgaria y de Marruecos conservan restos de la pronunciación africana en la sonora de ciertas palabras como *podsu* 'pozo', *tedsu* 'tieso' (con *s* sonora), pero en general

(1) Sobre las antiguas consonantes *st*, *s*, *ç*, *z*, *x*, *f*, *h*, *b*, *v*, véase R. J. CUERVO, *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas* (en *Revue Hispanique*, 1895, II, 1). — El mismo asunto (salvo la *b* y *v*) tratan J. D. M. FORD, *The Old Spanish Sibilants* (en *Studies and Notes in Philology*, tomo II, 1900; Harvard University), y las reseñas de esta obra, que versan principalmente sobre la *ç* y *z*, de HORNIM y de HEZON en *Zeitschrift für romanische Philologie*, Halle, XXVI, 359, y de W. MEYER LÜBKE en *Litteraturblatt für germ. und rom. Philol.*, 1900, pág. 297. — J. SARRAHY, *Remarques sur la phonétique du ç et du z en ancien espagnol* (en *Bulletin Hispanique*, IV, 1902, p. 198). — H. GAVEL, *Essai sur l'Evolution de la Prononciation du Castillan depuis le XIV^e siècle*, Paris, 1920, pág. 322 ss. para la *s*; 246 ss. para la *ç*; 397, 416 ss. para la *z*, *f*. — O. J. TALLEREN, en sus estudios sobre la *Gaya de Pero Guillén de Segovia*, trata también la cuestión de *ç* y *z*.

pronuncian sólo fricativa seseante conservando la distinción de *s* sorda y *z* sonora. A comienzos del siglo XVI ya se generalizaba en muchas regiones de la Península la pronunciación interdental, simplemente fricativa *θ* y *ʝ*: *plaza*, *hazer*. Ambos sonidos se confundieron a partir del siglo XVII en uno solo sordo, perdiéndose el sonoro. Por más que la ortografía moderna distinga la *c* y la *z*, las distingue sólo para usar una ante *i*, *e*, y otra ante *a*, *o*, *u*, sin atender a la ortografía antigua etimológica; así que en algunos casos, como sucede en las dos palabras mencionadas, se escriben hoy precisamente al revés de como antes se escribían y pronunciaban: *plaza*, *hacer*. Ambas consonantes se pronuncian iguales, con *s* actual siempre sorda, que acaso es igual a la *ç* del siglo XVI. Por excepción (como sucede con la *s*) se pronuncia *z* sonora por contagio de una consonante sonora siguiente (v. § 35a). La *ç* en su estado africano primitivo pudo quedarse estancada, confundida con la *ch* en algún dialecto arcaizante, o pudo en su estado ulterior trocarse por la *ch*: *chico* (§ 37a), *chicharo* (§ 42a), *marchitar* (§ 47a, final), *pancho* (§ 61a), *capacho* (§ 53a).

3] La lengua antigua distinguía dos fricativas prepalatales: *x* SORDA y *j* SONORA: *dixe* se pronunciaba con sonido diferente que *hijo* o *coger*. El sonido de la *x* y el de la *j* eran respectivamente muy parecidos al de la *ch* y *g* francesas de *chambre*, *jour*, pero sin labialización: *diño*, *hiño*, *coñex*. A comienzos del siglo XVI se documenta ya una pronunciación velar, la *x* pronunciada como la moderna *j*, y la *j* como sonora. A comienzos del siglo XVII se hace preponderante la confusión de ambas fricativas en un sonido fricativo velar sordo (1),

(1) En tiempo de los préstamos antiguos del español al araucano el sonido único no era la *j* actual, sino la *x* antigua; así en el *Calepino chi-*

el de la *j* actual, desconocida a la lengua medieval; hoy se escribe y se pronuncia igual la consonante interior de *dije* que la de *hijo*, *coger*.

4] La lengua antigua distinguía una *b* oclusiva sonora y una *v* fricativa sonora; entre vocales, la *b* procedía de *P* latina: recípro *recibo*, y la *v* de *B* o *V* latinas: amabam *amava*, amava; caballum *canallo*, *cavallo*; avem *ave* (§ 43). Hacia el siglo xvi se confundieron ambos sonidos (1), perdiéndose el oclusivo intervocálico y generalizándose en esta posición casi exclusivamente el fricativo *v*, que en el siglo xviii se escribió ora *v*, ora *b*, para amoldar artificialmente la ortografía a la etimología latina, y en consecuencia se introdujo la costumbre de escribir *amaba* y *caballo* de modo distinto que *ave*, a pesar de pronunciarse unas y otras voces con *b* fricativa bilabial. El sonido oclusivo *b* se sigue empleando, pero en especiales condiciones fonéticas independientes de la etimología.

5] La lengua de los siglos xv y xvi poseía además una *h* aspirada en *haser*, *hazés*, *humo*, *holgar*, etc., que hoy es completamente muda en la lengua literaria (v. § 38).

6] En resumen. Las diferencias esenciales entre los sonidos antiguos y modernos se reducen a las fricativas. La lengua antigua distinguía tres pares de sorda y sonora, que la lengua moderna confunde por haber perdido las

lano hispano del P. Andrés Febres (1764) se halla *acucha* ahuja, *achur* ajos, *chalma* enjalma, *charu* jarro, mientras hoy los araucanos por la *j* moderna pronuncian *k*: *karnu*, *Koan* Juan. Véase R. Lenz, *Beiträge zur Kenntnis des Amerikanorpanischen* (en *Zeit.*, XVII, 207).

(1) Los antiguos préstamos al araucano distinguen entre *napur* nabos, *iritipu* estribo, y *cahuallu* cavallo, *aghuas* havas, *husca* vaca, pero con vacilaciones como *huancu* banco, frente a *pesitum* besar. Comp. Lenz, en *Zeit.*, XVII, 203-206.

sonoras intervocálicas; distinguía además la *b* de la *v*, y hoy se perdió la *b* intervocálica; en fin, pronunciaba la *h*, que hoy es muda. La fecha de esta revolución fonética, por lo que respecta a la lengua literaria, cae en el período clásico de la literatura, en las postrimerías del siglo xvi. Hurtado de Mendoza (nacido en Granada, 1503) deja escapar rimas como *cabeça: belleza; consejas; quejas*; Ercilla (n. en Madrid, 1533) en veintidós cantos de *La Araucana* (1569 y 1578) hace siete rimas como *passa: casa*, y una *baraja: baxa*; Juan de la Cueva (n. en Sevilla, 1530) censura en 1585 a los que se permiten «Dar consonante a *pieça: fortaleza; a drago: abrasso; a suave: sabe*»; pero él mismo, en su *Exemplar poético* (1606), usaba alguna vez tales rimas, aunque las procuraba encubrir con falsas gráficas, como *vassos* (por vasos): *passos; atajo: bajo* (por *baxo*); *encaxan: cuaxan* (por *cuajan*). Los escritores de las generaciones siguientes, Cervantes (n. en Alcalá, 1547), Lope (n. en Madrid, 1562), Gongora (n. en Córdoba, 1561), ya no hacen distinción ninguna entre la sorda y la sonora. La confusión, pues, se hace dominante hacia 1550 en la mitad sur de España. Obedece a un vasto movimiento fonético, no sólo castellano, sino muy general: las fricativas sonoras *s*, *z* y *j* (en grafía fonética *z*, *z* y *j*) se ensordecen, a la vez que en Castilla y Andalucía, en los dialectos asturiano, leonés, y alto aragonés; a la vez también algunos dialectos seseantes ensordecen *s* (equivalente a *s* y *z*) y *j*, a saber, el gallego que en esto se diferenciaba del portugués, y el valenciano de Valencia y de Gandía, con el catalán fronterizo de Ribagorza, Litera y Pallars. En el dominio de los dialectos centrales sólo dialectalmente se conservan las antiguas diferencias (1).

(1) El aragonés de Enguera, Anna y Navarrés distingue la *s* sorda

36. IDEA GENERAL DEL DESARROLLO DE LAS CONSONANTES.— Comparando en conjunto las consonantes del latín clásico con las españolas (véase el cuadro del § 34) advertimos que la diferencia responde a los progresos que hacen dos ten-

(*passar*) de la sonora *z* (*casa*, *rabosa* 'raposa'), y la *h* de la *v* (*dever*); tiene una *s* sonora = *z*, pero, según informes, la usa indistintamente en vez de la *s* o *f* antiguas (*dise*, *plasa*). El extremeño de Malpartida de Plasencia y otros pueblos al Norte de Cáceres distingue la *f* sorda = *θ* de la *s* sonora = *z* o *d*; ésta la notan por *d'* los que intentan escribir el dialecto de la región, el cual, como ceceá, usa también esta *d* en lugar de la *s* sonora antigua (sorda *crecel*, *cazal* 'caçar' *ceñor*, *supiece*; sonora *jadel*—léase *hadél*—'hazer', *ceveda*, *cadar* 'casar', *lad alaj* 'las alas'). Lo mismo en los pueblos cercanos Serradilla y Talaván (*idil*, esto es: *idil*, 'dezir', *agudao*, *jidon* 'hicieron'), salvo que no cecean y conocen una *s* sonora en *casa*, *rosa*, *anisa*, *pisar*, y acaso también una *b* oclusiva. Conservo esta breve indicación tal como la di en 1905 (ampliada en *El Dialecto Leonés*, *Revista de Archivos*, X, 1906, § 11), y deseo que alguien estudie el dialecto de Enguera con la amplitud y competencia que fué estudiado el dialecto extremeño por A. M. ESPINOSA, hijo, *Arcaísmos dialectales, la conservación de s y z sonoras en Cáceres y Salamanca*, 1935 (Anejo XIX de la *Rev. de Filol. Esp.*).—Restos de las fricativas sonoras en Sanabria, F. KRÜGER en el *Homenaje a Menéndez Pidal*, II, 1925, pág. 136-138. Estos dialectos son preciosos para aclarar muchos puntos etimológicos en que la ortografía antigua no nos informa, o nos informa mal. También los judíos de Marruecos y de los Balcanes distinguen la *s* sorda en *asar*, *gruesu*, *pasar*, y la *z* sonora en *caza* 'casa' *queso*, *música* 'música', *bezo*; y como se secan, dicen *braso*, *curasón*, *conoser*, *plasa*, frente a *dicir*, *vazio*, *fazer* o *azer*, etc.; distinguen también la sorda *š* en *dešar*, *dišo*, *abašo*, *pdšario*, de la sonora *ž* en *mužer*, *fižo* o *ižo*, *oreža*, *ože*; pero confunden la *b* oclusiva y la *b* fricativa, diciendo *cadesa*, *lodo*, *sabir* igual que *caballo*, *ganado*, etc. Véanse especialmente J. SUBAX, *Zum Judenspanischen* (en *Zeit. für rom. Philol.*, XXX, 1906, pág. 129 y sigs.). L. LAMOUCHÉ, *Dialecte espagnol de Salonique* (en *Romanische Forschungen*, XXIII, 1907, pág. 969 y sigs.). M. L. WAGNER, *Beiträge zur Kenntnis des Judenspanischen von Konstantinopel*, Wien, 1914, (K. Akad. der Wissensch., Balkankommission). M. L. WAGNER, *Caracteres generales del Judeo-español de Oriente*, 1930 (Anejo XII de la *Rev. de Filol. Esp.*); M. A. LUNIA, *A Study of the Monastir Dialect*, 1930 (en la *Revue Hispanique* LXXIX.)

dencias iniciadas ya en el latín vulgar: de una parte, la palatalización y asibilación de ciertas consonantes por influjo de la *yod*, que da nacimiento a la *č*, a la *š* y *ž* (= *j*) y a la *č* y *š*, § 8 bis; de otra parte, la relajación o vocalización de las consonantes, que hace pasar las oclusivas sordas a sonoras, las sonoras a fricativas, y que hace perderse muchas articulaciones fricativas.

Por lo demás, las consonantes aunque en mayor número que las vocales, no tienen una historia más complicada que éstas, pues se reúnen en grupos de evolución semejante. Como las dos vocales palatales tienen un desarrollo paralelo al de las dos vocales velares, así todas las consonantes oclusivas sordas *p*, *t*, *k* se agrupan en una común evolución, que tiene puntos de semejanza con la evolución de las oclusivas sonoras *b*, *d*, *g*, y de las fricativas, etc. Además, la vida de las consonantes no depende del acento casi nunca, mientras que a las vocales la condición de acentuadas o no acentuadas les da un doble desarrollo que exige una doble historia. Toda la evolución de las consonantes se determina por su modo de articulación (§ 33), por su condición de simple, doble o agrupada con otra consonante, y por su posición, ora inicial, ora interior, ora final de palabra.

La posición inicial da a las consonantes una resistencia quizá superior a la de las vocales; todas se conservan menos la *f*, y en algunos casos la *g* (§ 37 y sigs.).

La posición interior hace que la consonante intervocálica tienda a asimilarse en algo a las vocales que la rodean; así la MEDIAL SIMPLE, si es sorda toma la sonoridad de las vocales, y si es sonora tiende a perderse eliminando su articulación entre la de ambas vocales (§ 40 y sigs.). Por otra

parte, ocurren simplificaciones de otro tipo: la consonante DOBLE se hace sencilla, y la *ll* y *nn* se palatalizan (§ 45 y siguientes). Las consonantes AGRUPADAS se conservan o tienden a reducirse a un sonido simple, frecuentemente palatal (tructa, filju, oc'lu) o sibilante (vitiu, ericiu), o bien desarrollan una *b* o *d* para facilitar el paso de una a otra de las consonantes del grupo (§§ 47-61).

Las consonantes finales latinas desaparecen, salvo la *s* y la *l*, o la *r*, que pasa a interior (§ 62); de modo que en español no hay más consonantes finales de palabra que las que quedaron después finales por pérdida de una vocal (§ 63).

CONSONANTES INICIALES

37. LAS CONSONANTES INICIALES SIMPLES SE CONSERVAN, EN GENERAL, INALTERABLES.—1] Ejemplos: Oclusivas: pectine *peine*, *pēdicu (por pēdica) *piezo*, badiu *bayo*, balneu *baño*, taeda *tea*, tegūla *teja*, diglū *dedo*, domītu *duendo*, cocturario *cochurero*, cognatu *cuñado*, gallicu *galgo*, gaudiu *gozo*. Nasales: mutilu *mocho*, mōlle *muelle*, nebula *niebla*, navigiu *navío*. Fricativas: viride *verde*, summariu *somero*, somnu *sueño*, ciconia *cigüeña*, circellu *cercillo* y *garcillo*. Lateral: lacūna *laguna*, lēpōre *liebre*. Vibrante: radice *raíz*, rete *red*.

2] Sólo hay que hacer observaciones respecto de las fricativas, y en primer lugar respecto de las que se conservan.

a) Los romances distinguen la *B* inicial de la *V*; así el cast. ant. *vaca* *bāka*, *valle*, *voto*, *vassura*, **versura*, frente a *baño* *bāno*, *boca*, *bazo*, *bever*, *bava*. Hay sin embargo una

tendencia a pronunciar la *v* como *b*, por ejemplo: *barrer* *verrere*, *bermejo* *vermioulu*, *boda* *vota* (plural de *votum*), *bodigo* *panem votivum*, en que la *b* pudiera explicarse por la misma posición inicial (§ 34); en otros casos la excepción proviene de disimilación: *bivir* ya se da en latín vulgar (§ 34), *bivar*, *barvecho* *verbactu*, *barvasco* *verbascu*; o proviene de metátesis: *bivora* *vīpera*. Hoy la inicial de *verde*, *viaje* se pronuncia igual que la de *bayo*, *baño* (§ 35); la ortografía académica procura seguir la latina; pero cuando la etimología no fué recordada, se sigue la antigua castellana en *barrer*, *bermejo*, *boda*, *bodigo*, *barbecho*, y aun se tiende más a la *b*, por ejemplo, en *basura*.

b) La *S* alguna vez se muda en *x* antigua = *š*, convertida hoy en *j* = *ɣ*: *sapone* *jabon* (ant. *xabon*), *sucu* *jugo* (ant. *xugo*), *sepia* *jibia*, *syringa* *jeringu*. Buena parte de estas palabras proceden de la pronunciación de los moriscos, que toda *s* castellana la pronunciaban *x* = *š*: «*xean* *llevad* *to* *dox* *estox*»; ya en Ben Buclárix, autor musulmán de Zaragoza, que escribía hacia 1110, se halla palabras españolas como la ya citada *šibia*, que hoy decimos *jibia*; y es bien de notar que en la toponimia de las regiones más arabizadas se dan casos importantes como Saetabi *šativa*, Sucro *šúcar*, Salone *šalón*, Saramba *šarama*, casos que faltan en Castilla la Vieja y demás regiones que se vieron pronto libres de musulmanes (1). No obstante, sin influencia morisca puede ocurrir este cambio de consonantes por espontánea evolución, dada la semejanza de la *s* española, alveolar cóncava algo palatal, con la *š*, según queda

(1) Para la influencia morisca, véanse *El Poema de Yūfuf* (en la *Revista de Archivos*, VI, pág. 117); A. R. GONÇALVES VIANA, *Fonología histórica portuguesa* (en la *Revista lusitana*, II, pág. 334).

dicho arriba § 35₁ (1).—También la S muda en ç, escrita hoy c o z: setaceu *cedazo*, *siccina (de siccus) *cecina*, y otros así, se explican por asimilación, caso el más antiguo, como se ve en *ceruitium* de un documento leonés de 1079, *çeruicio* en el manuscrito del poema del Cid; después hallamos *serare cerrar*, *subbullire çabullir* (escrito hoy *za-*), *subfundare çahondar*, **subsuprare* ('volver lo de abajo arriba') *sozobrar* § 126₂, *soccu suco*, *saburra za-horra*. Véase adelante § 72.

c) La C o ç, que sería originariamente una africada, algo así como ts (§ 35 bis₁), pudo muy bien mudarse entonces en la también africada prepalatal ch (algo así como ts, § 35₁), según vemos en casos como **cicëru* (por *cicera*) *chicharo*, y aun en voces cultas como *cistella chistera* 'cesta de pescador' (pop. *cestilla*). Este cambio es antiguo; no sólo aparece *chico* *ciccu* en el Poema del Cid, sino que varios romances como el sardo logudorés y campidanés y el italiano coinciden a veces con el español, probando que el fenómeno remonta al latín vulgar (2). Probablemente este cambio en España procede de alguna región dialectal, pues

(1) Véanse A. CASTRO, en la *Revista de Filología Española*, I, 1914, pág. 102; y F. KRÜGER, *Westsp. Mundarten*, 1914, págs. 166-168. V. GARCÍA DE NIEVA, en la *Revista de Filología Española*, III, 1916, pág. 306, defiende en absoluto la influencia morisca, lo cual sin duda es un exceso de simplificación en este problema. A. M. ESPINOSA, *Estudios sobre el Español de Nuevo México*, Buenos Aires, 1930, pág. 182, admite equivalencia acústica espontánea favorecida por influjo árabe, sobre todo en palabras vinculadas al prestigio industrial de los moriscos, como *jabón*. Un estudio detenido de este tema se halla en A. M. ESPINOSA, hijo, *Arcaísmos Dialectales*, 1935 (Anejo XIX de la *Revista de Filología Española*), página 225-242.—Para *s = j* en el interior de la palabra, véase § 72.

(2) Véanse las curiosísimas observaciones de J. JUD, en *Romania*, XXXVII, 1908, pág. 463, y XLIII, 1914, pág. 455.

coexisten formas duplicadas como *cimice çisme* y *chisme* o *çimçe* y *chínche*; *schisma cisma* y *chisme*, *cismoso* en Céspedes, Béjar, junto a *chismoso*; *çanco* y *chanco*; ant. *chanqueta*, mod. *chancleta*, de *çanca*; *çamarra* y *chamarra*. Esta alternancia la tiene además la ç procedente de s: **subputeare* (de *puteus*) *çapuzar* y *chapuzar*, *soccūlu çoclo* y *choclo*, *süppütare chapodar*, *sibilare chillar*.

38. ALGUNAS CONSONANTES SIMPLES QUE SE HAN PERDIDO EN COMIENZO DE PALABRA.—También aquí únicamente las fricativas ofrecen materia de observación, como en el § 37.

1) La H no se pronunciaba ya en latín, de modo que en romance no tuvo representación ninguna. En la antigua ortografía, más fonética que la de hoy, se escribía *ombre*, *onor*, *eredera*, como aún se hace en las reimpresiones del Diccionario de Nebrija hechas en el siglo XVI; pero en el Tesoro de Covarrubias (1611) ya se escriben con h estas palabras, para imitar la ortografía latina. En la ortografía de Nebrija la h representaba un verdadero sonido y se empleaba sólo en vez de una f latina; verbigracia: *hazer* *facere*, *hijo* *filium* (véanse el punto siguiente y § 35 bis₁).

2) La F se conservó en la lengua escrita hasta fines del siglo XV—como se conserva hasta hoy en la generalidad de los romances, incluso el portugués y catalán—, pero luego fué sustituida por la h, que era verdadera aspirada en los siglos XV y XVI. Garcilaso y Fr. Luis de León aspiran comúnmente la h en sus versos; pero Ercilla, en 1578, lo mismo mide «donde más resistencia se | hazía», que «en consejo de guerra haciendo instancia», y después Quevedo y Calderón apenas tienen en cuenta la h. Modernamente se escribe todavía, pero nunca tiene sonido: *fabulare*, antiguo *fablar*, siglo XVI *hablar*, mod. *ablar* (escrito con h mu-

da); folia, ant. *foja*, mod. (*h*)*oja*; follicare (respirar anhelosamente con ruido como de un fuelle), *folgar* (su sentido primitivo 'descansar de la fatiga'), (*h*)*olgar*; factum, *fecho*, (*h*)*echo*. La aspiración del siglo xv se conserva confundida con la respectiva j del habla popular de algunas regiones (Santander, oriente de Asturias, Salamanca, Extremadura, Andalucía, América), que pronuncian *jacer*, *jigo*, *jaba*, y la lengua literaria acogió ciertas voces de alguna de estas regiones (sin duda Andalucía), como *famelgo*, de famelicum; *jaca* por *haca*; *jalear*, derivado de la interjección *¡halá!*; *cañajelga* por *cañaherla*, de cannaferula; y además *juerga*, *jolgorio*, *junera*, *jopo*, que así se pronuncian corrientemente, aunque el Diccionario académico las escriba *huelga*, *holgorio*, etc. La f de la Edad Media se conservó en la lengua literaria sólo ante el diptongo *ue*, y a veces ante *ie*, o en otras circunstancias mal definidas: folle *fuella*, forte *fuerte*, fonte *fuente*, focu *fuego*, feru *fiero* (frente a ferru *hierro*, que en América se pronuncia corrientemente *fierro*; fel *hiel*), foedu *feo*, fundu *fondo* (junto a *hondo*), fide *fe*, *fall(i)tare, por fallere, *faltar* (los judíos de Tánger *háltar*).—Cuestión importante es la fecha de la pérdida de la F. En la lengua literaria no ocurre hasta el siglo xv, pero entonces no hizo más que generalizarse una pronunciación antigua relegada como dialectal y vulgar. Desde el siglo xi se encuentran en la región setentrional de Burgos, en la Rioja y en el Alto Aragón ejemplos como *hayuela*, *Rehoyo*, *Ormasa*, *Ortiz*, *Hortiz* < fortis con sufijo -iz, Oçe < fauce; estas regiones se encuentran inmediatas al país vasco, donde también la f fué siempre un sonido exótico; por esto debemos suponer que la sustitución de la f- por la h-, y subsiguiente pérdida, en Castilla es un fenómeno primitivo hijo

de la influencia ibérica (§ 4), de los dialectos indígenas vecinos al vasco. También en Gascuña, colindante con el país vasco francés, se trueca la F por una aspiración, diciéndose *hasende* 'hacienda', *hum* 'humo', *hart* 'harto', y aunque la h no se emplea corrientemente en la escritura sino en el siglo xvi, hay testimonios de que ya se pronunciaba h en el siglo xii (1). Del norte de Castilla la pérdida de la f- se fué propagando hacia el sur. La diferente edad de la pérdida de la f- en las varias regiones se puede observar en el nombre Ecclesia sancti Felicis, que ora da *Santelices*, dos en Vizcaya y uno en el norte de Burgos, ora *Sahelices Saelices*, tres en León, con otros en Salamanca, Valladolid, Guadalajara y Cuenca. Las formas castellanas viejas con t remontan a una época primitiva en que la consonante final de *sante* se conservó por hallarse ante nombre que empezaba por vocal (*F*)*elices*, como en *Santesteban*, *Santander* § 551, *Santiago* § 741, etc. Las formas sin t soldaron sus dos componentes cuando todavía la f- perduraba: *San(t)Felices* > *Sanfelices* > *Safelices* > *Sahelices* > *Saelices* § 471. (2).—La propagación de la h hacia el Sur fué lenta. En 1330, el Arcipreste de Hita, que escribe en el reino de Toledo, mezcla ya bastantes casos de *hogaça*, *harta*, *herrén*, con los predominantes de *fablar*, *fasta*, *fazer*, etc. (3). En 1492, Nebrija, andaluz, adop-

(1) Véase A. THOMAS, *Guhel, ou les avatars d'un lépreux dans Gascogne* (en los *Annales du Midi*, XI, 1917).

(2) Véase *Orígenes del Español*, pág. 227.

(3) Para la pérdida de la f en general véanse *Orígenes del Español*, § 41, y los autores citados aquí en el § 4, nota 2. Para f y h en el Norte de Asturias y Santander hasta Salamanca, véase R. MENÉNDEZ PIDAL, *El Dialecto Leonés*, en la *Rev. de Archivos*, 1906, § 8; para la h en Extremadura y Andalucía, véase A. M. ESPINOSA, hijo, y L. RODRÍGUEZ-CASTELLANO, *La aspiración de la h en el sur y oeste de España*, en la *Revista de Filología Española*, XXIII, 1936, pág. 225-254.

ta la *h*- como sonido general y corriente en la lengua culta; pero todavía la imprenta en los incunables de la literatura mezcla las formas con *f*- y las de *h*- en proporciones variables, por ejemplo en la edición de la Celestina, Burgos 1499, predomina la *f*-, mientras en la de Sevilla, 1501, predomina la *h*-.—La propagación de la *h*-, o la pérdida, por el dominio leonés y aragonés fué más lenta; aun hoy subsisten regiones de *f*- en el Alto Aragón y en Asturias, occidente de León y de Zamora.

3] La *G* o *F* se conservan con el mismo sonido prepalatal del latín vulgar, sólo ante vocal anterior acentuada: *jacet yacé*, *jam ya*, *Jacōbe Yagüe*, *gēneru yerno*, *gēm-ma yema*, *gōlu yelo* (escrito por la Academia *hielo*), *gŷp-su yeso*, *gēmŷtu* ant. *yemdo* (1). Ante vocal anterior inacentuada se pierde la fricativa, absorbida en la vocal palatal, (descátese la *h* que inútilmente introdujo la ortografía en muchos casos): *jacēre azer*, leonés, hecho *yacer* por analogía con *jacēt yasen*, (j) *ajunu ayuno* (clásico *jejuntum* con pérdida de la *j* inicial por disimilación de la interior), *jenuariu* (clásico *januariu*) *enero*, **jectare* (por *jactare*) *echar*, *germanu* ant. *ermano*, y *hermano* como hoy; **genuculus* (por *geniculu*) ant. *inojos*, moderno *hinajos*; *genēsta hiniesta*, **jenipēru* (por *juniperu*; comp. ital. *ginevro*, etc.) *enebro*; *gelare* ant. *elar*, moderno *helar*, **gemelliclu* (por *gemellus*), ant. *emelliso*, mod. *mellizo*; *Gelovira Elvira*, *gīngīva encia* (2). Ante

(1) Son cultos *gēnero*, *gente*, etc. *Gemido* procede de la dislocación del acento de gemitu, provocada por creerlo un derivado del verbo *gemir*, del mismo tipo que *chillido*, *silbido*, *bramido*, etc.

(2) La única excepción popular es *famás jam magis* (mientras el simple *ya jam* es regular). Son cultos *gentil*, *gigante*, *Jesús*, *giba*, *jacinto*

vocal posterior, sea acentuada o no, la fricativa perdió su mojamamiento para convertirse en la antigua *j* (velarizada y ensordecida modernamente, § 35 bis): *judex juez*, *jōcu juego*, *Jōvis jueves*, *justu justo*, *jurat jura*, *juniu junio*, *jūliu julio*, *junctu junto*, *juntar*, *juvene joven*, *juncu junco*, *judiciu juicio*, *judaeu judío*; sólo hay algunas excepciones, sin duda de origen dialectal: *jugu yugo*, *junta*, *jungere uncir*, al lado de formas populares que conservan la *j*: *jugo*, *juncir*, *juñir* (1).

39. CONSONANTES INICIALES AGRUPADAS.—1] Los grupos compuestos de una consonante seguida de *R* se conservan en general: **praegnare preñar*, *prūtu prado*, *bracchiu brazo*, *braca braga*, *tribulu trillo*, *tructa trucha*, *dracōne dragón*, *credo creo*, *crudele cruel* (en el caso de *cr* abundan las excepciones, ora de metátesis: *crepare*, antiguo *crebar*, mod. *quebrar*; ora de cambio en *gr*. *gruta*, *greda*, § 43, *crassu graso*; *graculu grajo*, *graeu griego*, *grege grey*, *fraxinu fresno*, **frontaria frontera*.

hyacinthus, gemir (pop. ant. *emer*). En los verbos claro es que *yanto*, *yantas*, etc., influyen sobre *yantar*, *yantamos*, como se dice arriba de *yacer*; este verbo en leonés ofrece también el influjo inverso, de la forma de inicial inacentuada, *azér*, sobre la acentuada *dzen*.

(1) La toponimia nos muestra que *Junquera*, *Juncó*, *Juncosa*, *Juncar*, *Junta*, *Las Juntas*, etc., están extendidos por toda España, dominando en el Norte desde Galicia a Cataluña. En el centro y el Sur quedan algunos restos de formas con *y* que sin duda son restos del dialecto primitivo de la región: *Yuncos* en Toledo, *Yunco* en Almería, *Yunqueira* en Guadalajara, Albacete y Málaga; *La Yunta* en Guadalajara. La pérdida de la consonante sólo aparece en escasos puntos: *Unquera* en Oviedo y Santander, y tras consonante *Valluquera* en Burgos, Segovia y Guadalajara. Véase *Orígenes del español* § 42. Para otras explicaciones e hipótesis, véanse E. H. TURTLE, en *Modern Philology*, VIII, 1911, pág. 592, y XII, 1914, pág. 190; y V. GARCÍA DE DIEGO en la *Rev. de Filol. Esp.* III, 1916, págs. 310-311.

2] El grupo de consonante sorda seguida de *L*, tuvo destinos muy varios sobre el suelo de la Península. En Aragón y Cataluña se conservan los grupos PL, CL, FL, *plorar*, etc. En una pequeña zona entre Cataluña y Aragón, extendida por Pallars, Ribagorza y la Litera, la *l* se palataliza, *plorar*. En Castilla y León la *l* se palatalizó igualmente pero la oclusiva se perdió *lorar*, ortografiado *llorar*. En el occidente de León, en Galicia y Portugal la *l* se palataliza pero deja de ser articulación lateral para hacerse central, y la oclusiva se conserva pero indiferenciada: *chorar*, lo mismo que clamare *chamar* o que flamma *chama*; o bien la africana *ch* pasa a ser simple fricativa *ʃ* escrita *x*: *xorar*, *xamar*, *xama* (1). Ejemplos de los dialectos centrales: *planta llanta*, *plaga llaga*, *plícarè llegar*, *planu llano*, *plenu lleno*, *pluvia lluvia*, *plorare llorar*, *plantagine llantén*; la raíz onomatopéyica *cloc-* dió *llueca* junto a *clueca*, clamare *llamar*, clave *llave*, clausa *llosa*, flamma *llama*; y así las demás voces patrimoniales del idioma. También, en época posterior o por influencia culta, se conservó el grupo, dándose así algunos duplicados, como *planta*, *plegar*, *clueca*, *clamor*, y además *plangere plañir*, *platea plaza*, *pluma pluma*, *plumbu plomo*, *clavicula clavija*, *clamore clamor*, *claru claro*, *floccu fleco*, *flore flor*. El caso de FL- aún ofrece un tercer resultado, perdiéndose desde muy temprano la *F-*, como ante vocal, sin palatalizar la *l*: flaccidu *lacio*, Flaginu (de Flavinu?) *Laino*, Flammula *Lambra* y *Lambra* junto a *Llambra*, Flaviana *Laviana*, Flacciana *Laciana* (2). Si la primera

(1) Véase *Orígenes del español*, págs. 527-529.

(2) Estos dos últimos nombres de lugar se pronuncian en su región respectiva *Llaviano* y *Tlaciana* (= *Llaciana*); como en esa región se pa-

consonante es sonora, tenemos que BL- permanezca: blítu *bledo*, blandu *blando*; pero GL- pierde su *g*: glandula *landre*, salmantino *landra*; glande, ant. *lande* 'bellota', *gli-rone (en vez de glirem) *lirón*, glattire *latir*, globëllu *lovillo*, (el) *lovillo*. Son cultos *gloria* gloria, *globo*; pero no lo parece *glera* *glarea*, que también tiene la forma *lera* (en Santander), además de *llera*, que aunque va en el Diccionario académico sin nota de provincialismo, es propia de Asturias, siendo la *ll-* hija de palatalización dialectal de toda *l-* inicial (*lluna*, *llobo*).

3] A la S- líquida, o sea seguida de otra consonante, se le antepone una *i* o una *e* ya en el latín vulgar; en las inscripciones se halla escrito *istare*, *ispatium*, *ispiritum*, Estephanus, etc., y lo mismo en español se dice *estar*, *espacio*, *scamnu escaño*, *scribo escribo*, *smaragdu* (§ 76) *esmeralda*, *speculu espejo* (1). Estas palabras atraieron a sí en latín vulgar otras que empezaban con *sc-*. *Scena*, como (a)sparagu *espárrago*, (ob)scuru *escuro* y *oscuro*, (ho)s-pitale, pop. *espital*; (hi)storia, anticuado *estoria*; comp. el port. *espargo*, *escuro*, ital. *sparago*, *scuro*, *spedale storia*, ingl. *story*.

4] El grupo QU-, es decir, la velar *c* seguida de la fricativa labial *v*, pierde su fricativa (comp. § 30.), ora en la

palataliza toda *l*, cabe dudar si la *ll-* de ambos nombres de pueblo procede de la palatalización normal en el dialecto, o es el resultado de FL-; en este caso, la *ll-* que lleva el nombre oficial de ambos pueblos procedería de una falsa corrección de la *ll-*, mal mirada como dialectal. Esta última suposición parece poco probable y por eso se incluyen arriba ambos nombres.

(1) En voces cultas SC- se hace también *c*, como en *sceptru catra*, *sciencia ciencia*, *schisma cisma* y *chisme* (§ 37.). Otras veces se antepone la *e*, como en *escena*, *escénico* (ants. *cena*, *cénico*). También *spasmu pasmo* junto a *espasmo*.

escritura y pronunciación: *quattuordecim catorce*, **qualania* (derivado de *qualis*) *calaña*, **quassicare* (derivado del participio *quassus*, de *quatere*) *cascar*; ora se pierde en la pronunciación, aunque se siga escribiendo la *u* por seguir *e o i*: *quaero quiero*, *quem quien*, *quingenti quinientos*, *quindecim quince*, *quinione quión* (1). Sólo se exceptúa el caso de *quá-*, *quó-* acentuados, que éstos conservan la *u*: *quale cual*, *quattuor cuatro*, *quadru cuadro*, *quando cuando*; comp. *coagulu cuajo* (2); de *quó-* no hay más ejemplo que *quomodo*, que antiguamente fué *cuomo*, luego *cuemo* (cuando todas las palabras que tenían diptongo *uo*, de otro origen, lo cambiaron en *ue*, § 13), y también *como*, forma esta última que prevaleció y en la cual *quo-* se miró como átono, porque las partículas pueden pasar como proclíticas muchas veces; caso igual ofrece *quasi*, que mirado como tónico, dió *cuasi*, y como átono, *casi*. Para *cinco* y *cincuenta* véase § 66.

5] Para *duodecim*, *diurnale*, véase 30, 1 d.

CONSONANTES INTERIORES SIMPLES

40. LAS OCLUSIVAS SORDAS LATINAS ENTRE VOCALES SE CONVIERTEN EN SONORAS (3). — Este cambio comienza a estar

(1) Son cultas las palabras que conservan la *u*, como *qualitate cualidad* (pop. *calidad*), *quadrupedu cuadrupedo*, *quaterni cuaderno*, *questione cuestión*, *cuodlibeto*, etc.

(2) Frente a éste sería una excepción el adjetivo *cacho*, *gacho*, si se derivase de *coactu*, como quiere Díez.

(3) Son cultas las palabras que conservan las sordas intervocálicas. Ejemplos de *P*: *capítulo* (semipop. *cabildo*), *epístola*, *ocupar*, *insípido*. De *T*: *cátedra* (pop. *cadera*), *voto* (ant. *vodo*), *votivo* (ant. *vodivo*). luego

atestiguado en España en el latín imperial: *imudavit* inscripción del siglo II en Mérida. Celtigun inscripción de Aguilar de Campó; y en la época visigoda, *eglesia*, *lebra*, *pontivicatus*, inscripciones del siglo VII (1). Esta sonorización de las explosivas sordas es anterior a la pérdida de la vocal postónica interna (§ 54). Las explosivas sonoras resultantes *b*, *d*, *g* se pronuncian hoy fricativas cuando van entre vocales: *b*, *d*, *g* (§ 35), y hasta inician a veces la tendencia a perderse. — La *P* se hace *b* (que en la lengua antigua era explosiva sonora, no fricativa, como la *v*, § 35 bis): *cepulla cebolla*, *lupu lobo*, *ad-ripa arriba*, *apicula abeja*, *trípēde trébede*. — La *T* se hace *d*: *vita vida*, *metu miedo*, *pratu prado*, *rota rueda*. La *-t-* latina resulta la explosiva menos resistente; ha desaparecido en la desinencia verbal *-voti-tis* (§ 107), y está en peligro de perderse en el habla culta en la terminación *-ado*; en el habla vulgar se pierde más abundantemente (§ 35). — La *C* se hace *g*: *securu seguro*, *secat siega*, (a) *potheca bodega*, *cuculla cogulla*, *ciconia cigüeña*, **vessica* (por *vesica*) *vejiga*, *locacea hogaza*, *lactuca lechuga*. Para *C* véase § 42.

41. LAS OCLUSIVAS SONORAS O SE HACEN FRICATIVAS O DESAPARECEN. — 1] La *B* intervocálica, hecha *b*, se conserva, § 43, con escasa tendencia a perderse.

2] La *D*, hecha fricativa *d* ya en latín vulgar, § 34, va-

bodigo, se sobrentiende *panem votivum*), *rotundo* (pop. *redondo*), *minuto* (pop. *menuda*), *metallu metal*, *plátano* (pop. en el nombre de lugar *Prádanos*). De *C*: *pacato* (pop. *pagado*), *cicuta*, *secundo*, *sufocar* (popular *ahogar*), *delicado* (pop. *delgado*), *sabucu sabuco* y *saico* (pop. *sabugo*).

(1) Véase A. CARNOY, *Le latin y Espagne*, pág. 115. Contra la opinión de MEYER-LÜCKE en la *Rev. de Filol. Esp.*, XI, 1924, p. 3, que quiere modernizar la fecha de la sonorización, véanse mis *Orígenes del Español*, párrafo 46, y 1.

cila mucho. Se conserva hoy en sudare *sudar*, vadu *vado*, crūdu *crudo*, nidu *nido*, nudu *des-nudo* (ant. *suor*, *cruo*, *nio*, *desnuo*); pero se pierde en credit *cree*, foedu *feo* (ant. *hado*), pedes *pies* (ant. *piees*, *piedes*); videt, anti-
cuado *vee* (comp. *pro-vee*), mod. *ve*; fide *fe*, Vadavia *Bavia*, tēda *tea*, laudat *loa*, audire *oir*; *dis-affiduciare *des-a-fiuciar*, mod. *deshauciar*; medulla *meollo*, radice *rais*; fridu, § 34, ant. *frido*, mod. *frio*; tēpidu leonés *tebio* (Alexandre; *Fuente tebia*, fuente termal en Villaviciosa de Asturias), *tēpidu *tibio*, nītidu leonés *nidio*, līmpidu *limpio*, rōscīdu *rucio* (de donde el verbo *ruciar*, *rociar* y el postverbal *rocio*), turbīdu *turbio*, lūcīdu *lucio*, sūcīdu *sucio*, flaccīdu *lacio*, rancīdu *rancio*, Fonteputida=ant. *Fuentpudia*, mod. *Ampudia* (Palencia); rīvu putīdu *Repudio* (Santander y Sevilla); frente a todos los cuales es raro hallar *raudo*, *laude* § 26, ant. *treude* § 63, .

3] La *G*, ya *g* en latín vulgar, se conserva en a(u)gu-
riu *ugüero*, A(u)gustu *agosto*, legumen *legumbre*, pla-
ga *llaga*, castigare *castigar*, fustigare *hostigar*, nega-
re *negar*, navigare *navegar*; pero se pierde en el antiguo
navear y en rumigare *rumiar*, līgare *liar*, litigare *li-
diar*, fumigare *humear*, legale *leal*, regale *real*, *ma-
galiata (por *magalia*) *majada*. Para *G* véase § 43.

4] La fricación y pérdida de la consonante sonora es an-
terior a la sonorización de la oclusiva sorda, pues lēvītu,
gall. port. *levedo*, no evolucionó en cast. a **levid*, sino a *leudo*.
En cōllīgo *cojo* la pérdida de *g* es anterior a la inflexión de *q*
abierta y a la palatalización de *ly*; lo mismo que el leonés *tebio*
muestra que la *d* se perdió antes de la inflexión de *q* abierta,
y naturalmente la pérdida de la consonante fué anterior a la
más tardía inflexión de las *q* y cerradas *tibio*, *rucio*, etc. En

tra(d)ncere, *traucir* siglo x, *troçir* siglo xii y xiii, 'atrave-
sar, pasar', proba(v)i *probe*, ma(g)icu *mego*, se ve que
la pérdida de la consonante sonora es anterior a la monop-
tongación de *au* y *ai* (1). La pérdida de la sonora es ante-
rior a la pérdida de la vocal protónica, here(d)itate
§ 54, .

42. LAS FRICATIVAS SORDAS SE HACEN SONORAS. — 1] Todo
hace creer que la *S* tenía dos pronunciaciones en latín (como
en Toscana es sorda en *cusa*, *fuso*, *naso*, pero es sonora en
rosa, *vaso*, *uso*) comp. § 47,; en español antiguo la sorda
se sonorizó como las demás consonantes, si bien luego se
ensordeció otra vez (§ 35 bis₁): casa *casa*, fusu *huso*, so-
nora, lo mismo que en *usu uso*, *rosa*, *vaso*, thesauru *tesoro*.

2] — La *F* se transforma igualmente en la sonora *V*, es-
crita hoy día casi siempre *b* (§ 35 bis₁). En una inscripción
española del año 665 se halla pontivicatus, como de
Stephanu tenemos *Estevan*, ortografiado a la moderna
Esteban; Christōphōru *Cristóval* (ort. mod. -bal), rapha-
nu *rávano* (ort. mod. *rdano*), cōphīnu **cophanu* (§ 26,)
cūvūno, aquīfōllū *acebo*, trīfōl(ī)u *trébol*, profectu
provecho, trīfīnium 'piedra terminal de tres comarcas'
Treviño, gót. lōfa, ant. *luva* y *lua*; para -ificare -*iguar*
véase § 18, . Sólo cuando la *f* está en voces latinas com-

(1) El caso de ra(d)icare *arraigar*, radicale *raigal*, *raigón*,
no nos puede hacer concluir que la pérdida de la *d* sea posterior a la mo-
nophtongación de *ai*, frente a los varios casos en que la *yod* por síncopa
influjona la *a*, § 9, ; en tales palabras la conservación de *ai* se debe al
influjo de la *f* acentuada en el simple *raia*. La lengua antigua conoció
formas no analógicas con pérdida de la protónica: «las *radgadas* de los
árboles» (General Estoria de Alfonso X) < *radicata*, forma conservada
en el topónimo *Raigada*, por **Rasgada* (Santander), frente a *Raigada*
(Granada, Oviedo).

puestas, cuyos elementos componentes fueron en algún tiempo apreciados o sentidos como tales por el romance, entonces se trata la *f* como inicial, y por lo tanto se trueca en *h* (§ 38.); subfumare *sahumar*, cannaferula *cañaherla*; el prefijo *de-* hizo sentir como inicial la *f* en el castellano *dehesa* < defensa, mientras el leonés *devesa* trató la *f* como intervocálica; igual vacilación tras el prefijo *con-* en confluui que es *Cohiito* en Santander y *Coveña* en Madrid.

3] La *C* da regularmente la sonora *z* (esto es, *z*) de la lengua antigua: vicinu *vesino* *dezino*, dicit *dize*, facis *hases*, racemu *razimo*, placere *plazer*, cruces *cruzes*. Desde el siglo xvii esta *z* pasó a ser sorda y se escribió *c*: vecino, etc. (§ 35 bis.).—Anómalamente hallamos, en vez del fonema sonoro, el sordo *ch*, en *cicero *chicharo*, donde pudiera haber asimilación a la sorda inicial (como en el caso de *chinche*, § 37.). Pero por otra parte estas voces parecen retener el estado primitivo africado de la *C*, estancado en algún dialecto arcaizante, que mantuvo además la consonante sorda o que la ensordeció ulteriormente; tal dialecto pudiera ser el mozárabe, donde es regular *C* > *ch*: *Turru-chel* (Ciudad Real, Jaén) 'torrecilla', *Lacippo Alechipe* (Málaga, término de Casares), comp. § 47.4.

43. LAS FRICATIVAS SONORAS INTERVOCÁLICAS VACILAN DE IGUAL MODO QUE LAS OCLUSIVAS SONORAS.—1] La *F* y la *G* suenan *y*: majore *mayor*, *(j)ajunare (por *jejunare*) *ayunar*, maju *mayo* (2). Esta *y* se pierde ante vocal palatal

(1) Son cultas *defensa*, *profesar*, *profundo*, *edificio*, *elefante*, *refundir*, *referir*, etc.

(2) La *F* y *G* latinas suenan como *f* castellana sólo en voces cultas: *rugido* (pop. *ruido*), *sagitario* (pop. *sacetero*), *vigilar* (pop. *velar*), *magisterio*, *mdgico* (pop. *meço*), *majestad*.

ya en latín vulgar, § 34.; fri(g)idu ant. *frido*, mod. *frío*; dīgitu *dedo*, magistru *maestro*; sīgillu, ant. *seello*, moderno *sello*; sexagīnta, ant. *sesaenta*, mod. *sesenta*, § 89.; rūgītu *ruido*, sagītta *saeta*, vagina *vaina* (§ 6.); ex-corrīgere 'enderezar' ant. *escurrir* 'acompañar a uno para despedirle encaminándole'; ex-porrīgere *espurrrir*, cōgītare *cuidar*, collīgēre *colliere *coger*. Tras vocal de la serie anterior: *mejare (por *mejēre*) *mejar*, pejore *peor*, Vareja *Varea* (cerca de Logroño). La pérdida de esta fricativa debe ser coetánea o acaso anterior a la pérdida de la oclusiva sonora, § 41.; y así ha de ser anterior a la pérdida de la vocal postónica, sarta(g)ine, § 9., y desde luego es muy anterior a la pérdida de la -e final, gre(g)e *grey*, re(g)e *rey*, § 28.

2] La *V* y la *B* intervocálicas se confundieron en *V* ya en latín vulgar (§ 34.), y en romance se conservan como fricativa *b*, escrita *v* o *u* en la ortografía antigua: bibēre *beuer*, *bever*, vivēre *biuir* (§ 37.), probare *provar*, hibernum *ivierno* e *invierno*, lavare *lavar*, nova *nueva*, pavone *pavón*, aviōlum *avuelo*. Cuando la antigua *b* procedente de *P* se confundió con esta *v*, y no se hizo diferencia entre las dos labiales de *sobervia* *supervia* (§ 35 bis.), la ortografía moderna siguió en general el uso latino y escribe *beber*, *probar*, o sin razón prefiere la *b*: *abuelo*.—La *V* se pierde a veces, generalmente por disimilación ante *u* (deus por *deivos*, dius junto a *divus*), hallándose en las inscripciones españolas noum, aunculus, aestius, vius, Primitius, y tachándose en el Appendix Probi:

(1) *Leyenda* es de origen culto; *payds* *pagense* es catalán. En las formas aragonesas antiguas *leyer*, *seyello*, *sayeta*, la *y* es antihlásica, edvenediza como en *peyda*, *pedone*, *leyda* leone, § 69.

flaus, rius, failla; comp. probai (§ 118). En romance: sabucu *sabuco*, *saüco*; tributü *treudo*; sabürra *zahorra*, *sorra*; *sübündare *sondar* (junto a *zahondar*), rïvu *rio*, y sobre todo en la terminación -ïvu, por ejemplo, vacïvu *vacío*, aestïvu *estío*; y por analogía, en femeninos: gïngïva *encia*, *lïxïva *lejía* (en port. *vazio*, *estio*, pero *lixivia*, *gengiva*). Además böve *buey*, contra növem *nueve* (portugués *bov*, *nove*).

44. LAS NASALES Y LÍQUIDAS PERMANECEN. — *M*: fumu *humo*, ramu *ramo*. — *N*: luna *luna*, honore *honor*, donare *donar*, bonu *bueno*. — *L*: dolore *dolor*, malu *malo*, pilu *pelo*. — *R*: pariculu *parejo*, feru *fiero*, mauru *moro*.

CONSONANTES INTERIORES DOBLES

45. LAS OCLUSIVAS DOBLES SE HACEN SIMPLES Y LUEGO QUEDAN INALTERADAS. — Labiales: puppe *popa*, cappa (no *capa*) *capa*, cïppu *cepo*, stüppa (ital. *stoppa*, no *stüpa*) *estopa*, cüppa *copa* (frente a *cüpa cuba*, como en francés *coupe* frente a *cuve*), abbate *abad*. Dentales: sagitta *saeta*, gutta *gota*, mittere *meter*, cattu (no *catu*; comp. ital. *gatto*) *gato*; *in-addit, ant. *enade*, mod. *añade*. Velares: bucca *boca*, peccatu *pecado*, siccu *seco*, vacca *vaca*. La simplificación es, pues, posterior a la sonorización de la sorda intervocálica.

46. LAS NASALES Y FRICATIVAS DOBLES TAMBIÉN SE SIMPLIFICAN, PERO A VECES CON ALGUNA ALTERACIÓN. — *i*] Quedan inalterables: la *m*: flamma *llama*, gemma *yema*, *assummare (derivado de summum) *asomar*; y la *s*: sessu *sieso*, grossu *grueso*, massa *masa*, passu *paso*, crassu

graso. En castellano antiguo esta *s* sorda se escribía *ss* (aunque en la pronunciación era un sonido simple), para diferenciarla de la *s* de *casa*, etc., que era sonora (§ 35 bis.).

2] La *RR* en español se pronuncia con una vibración más prolongada que la *R*: carru *carro* (pero *caru caro*), ferru *hierro*, turre *torre*, terra *tierra*. Casos de *rr* inexplicada: veruculu *berrojo*, cerrojo (§ 70), supone en todos los romances *rr*, así como serare (de *sëra* 'cerradura'), *cerrar*; contra el ital. *aspárago* está *espárrago*, y, viceversa, contra el port. *farrapo* está *harapo* junto a *desarrapado*; para *carra* véase § 129, final.

3] La *LL* y la *NN* se palatalizan en *ll* y *ñ*: valle *valle*, caballu *caballo*, bellu *bello*, pullu *pollo*, modulla *meollo*, canna *caña*, grunnire *gruñir*, pannu *pañó* (1).

CONSONANTES INTERIORES AGRUPADAS

47. EN LOS GRUPOS CUYA PRIMERA CONSONANTE ES UNA CONTINUA, *i*] lo general es que la continua permanezca como final de sílaba, y la consonante siguiente no se altere tampoco como inicial, semejantemente al § 37. — Ejemplos de *R^{una}*: serpente *serpiente*, barba *barba*, porta *puerta*, chorda *cuerda*, arcu *arco*, virga *verga*, formica *hormiga*, tornare *tornar*, servu *siervo*. — Ejemplos de *L^{una}*: vulpecula *vulpeja*, alba *alba*, altu *alto*, saltu *salto*, caldu *caldo*, sulcu *sulco* (y *surco*), dulce *dulce*, alga *alga*,

(1) En voces cultas se pronuncia *l o n*, o *n n*: illustram *ilustre*, collegium *colegio*, colega, dula (pop. *dolla*), anaes (pop. *añal*), inocente, innovar, connivencia, connatural. En voces semicultas hallamos *pñola* (frente al pop. *pñola*), bulda, calda,

ulmu *olmo*, falsu *falso*, pulvu (por pulverem) *polvo*.—Ejemplos de *NASAL*^{com}: lampāda *lámpara*, tempus *tiempo*, ante *ante*, planta *llanta*, mundu *mondo*, fundu *hondo*, truncu *tronco*, mancu *manco*, longu *luengo*, fungu *hongo*.—Ejemplos de *S*^{com}: vespa *avispa*, despectu *despecho*, testu *tiesto*, crista *cresta*, musca *mosca*, a(u)scultat *escucha*, baptismu *bautismo*.

2] La permanencia de ambas consonantes cuenta con muy importantes excepciones. Hay casos en que se asimilan o en que se transforma la segunda o se vocaliza la primera.

a) Asimilación. RS da ss en la ortografía antigua, escrito a partir del siglo XVII con una sola s: transversu *traviesso*, reversare *reuessar*; *versura (de versum, partic. de verrere) *vassura*, mod. *basura*; ursu *osso* (1). La asimilación es ya latina; así se halla dossuarius junto a dorsuarius, y en las inscripciones a la vez que en los gramáticos se halla dossum; también con una s sola susum, deosum, de donde *suso* y *yuso* que antiguamente se escribían con una sola s y se pronunciaban con la sonora z.

Ya NS en latín, durante el Imperio, se reducía a S, abundando los ejemplos en las inscripciones, y esa S era r sonora, como lo indica la s sonora del toscano en *sposo*, *mese*, *pesare*, *Genovese*, etc. En el romance antiguo era también sonora, esto es z del alfabeto fonético: pensare *pesar*, sensu *seso*, mansione *mesón*, consuere *coser*, legio-nense *leónés*, defensa *dehesa*, ansa *asa*. Frente a la asimilación común a los romances, es excepción rara el ara-

(1) Voces cultas: *persona* (mirandés *passona*, port. *passoa*), *ursus* (ant. *viesso*), *curso* (pop. *coso*, ant. *costo*), *reverso*, *converso*, etc.

gonés que dice *ansa*, *pansa* uva *pansa* (1) (y asimila a éstos ursu por *ursu *onso*). Más que aragonesas, hemos de creer voces tardías *dsar* *ansere*, *manso*, *mansedumbre* (que se muestra semiculta también por conservar la protónica; comp. *costumbre*, § 34), como *Alfonso*, § 48 (2).

Igualmente NF pasa a f, ya en latín vulgar, cofecisse, ífimo, si bien la presión culta hizo prevalecer generalmente las formas con nf; así infante *ifante* en el Poema del Cid, se olvidó sustituido por *infante*; confundere *cofonder* en el Poema del Cid, llega hasta Cervantes que usa *cohonder*, pero sólo en una frase hecha; *inferno* apenas tuvo vida, sustituido por el culto *infierno*. No obstante, la asimilación se practicó aun tardíamente en casos de fonética sintáctica: man(u)ferire *manferir* y *maherir*, este último usado por Cervantes en un tema rústico; benefactoria *benefetria*, *benfetria*, siglo XI, y de ahí *behetria*; Sancti Facundi *San Fagunt* en el Poema del Cid, y de ahí *Safagund*, *Sahagún*; *Cohiño*, § 42; sancti Felicis *Sahelices*, (León, Cuenca, etcétera), § 38.

En castellano MB, por medio de *nm, da m: lumbu *lomo*, palumbu *palomo*, mientras el leonés dice *lombo*, *palombo*. El castellano antiguo decía con más regularidad *amos* y *camiar*, que hoy toman forma con mb, culta o dialectal, así como *gámbaro* junto a *camarón*, de *gambaru por cammaru (3).

(1) En vez de uva *passa*, cast. ant. *passa*. Recuérdese la frase de Columela, «in sole pandere uvas».

(2) E. H. TURTLE, en *Romanic Review*, IV, 1913, pág. 480, intenta explicar de otra manera los casos antiguos de ns. Para *dsar* supone influencia de *ganso*, germ. *gans*. Voces cultas *amanuense*, *forense*, *inmense*.

(3) Cultas: *envidia* *invidia*, *tumba*, etc., El habla popular asimila

MN da *nn*, o sea *ñ*: domnu *dueño*, (§ 251), autūmnu *otoño*, damnu *daño*, scamnu *escaño* (1). En la pronunciación latina, según testimonios de Cicerón, Quintiliano y las inscripciones, había dos diversas asimilaciones, pronunciándose, ora *interanniensis*, ora *interamico*.

SC da *θ*, que en la ortografía antigua se escribía *ç* y hoy *c* o *s*: miscere *mezer*, roscidu *rujo*; pisce, ant. *pçe*; hoçe (§ 63); florescit *floreçe* (§ 112).

b) Cambio de la segunda consonante. RG da *rz*, LG da *lz* y NG da *nz* (*z = r*), rara vez escritos con *c = θ* en lo antiguo: spargere *esparzer*, argilla *arilla*; tergere, ant. *terzer*, 'secar'; burgense, ant. *burads*, Bergidu *Bierzo*, Vergégu *Berseo*; ex-mulgère, ast. *esmucir*, 'ordeñar'; Angëllas *Castil'Ansul* (entre Antequera y Agüilar), gingiva *ensia* (fr. *gencive*), *singëllu (§ 83), *sensillo*. En el caso de NG cabe otra evolución, cual es la palatalización de la *n*, y así tenemos que jungere da *uncir*, junto a *unir*, y la conjugación -ng- resultaba de este modo con tres variedades de tema: frango *frango*, frangis *frañes* o *franes*, frangimus *frañemos* o *fransemos*, pero las formas con *ns* se hicieron raras, y pronto el infinitivo *franzer* fué olvidado por *frañer*, subsistiendo generalmente en la Edad Media sólo dos formas: *tango tañes*, *cingo ciñes*, y modernamente sólo las formas con *ñ*; de igual modo ringere (clásico *ringi*) dió *reñir*, mientras el sustantivo *ringëlla dió *reñilla*, mod. *reñilla* junto al anticuado *reñilla*. Todavía cabe una tercera evolución, en que se pierde la *g*, como intervocálica, según se ve en quingënti *quinientos*, pungente *burba* la también hoy *mñ*, diciendo *comenencia*, *tamiñ*, and. *comehasin* *kömehasin* 'conversación', etc.

(1) Cultismos: *columna*, *solemne*, *omnipotente*.

puniente, mod. *barbipuniente*, y en el anticuado *arrienzo* *argenteu* (1).

cons. C da regularmente cons. ç, es decir, un sonido sordo como es de esperar: *vençer*, *torçer*, *dulçe*, *estonçe*, *coçes*. Esporádicamente hallamos cons. ch (comp. § 37); *marciditare *marchitar*; los dialectos mozárabes ofrecen regularmente *ch*, estado primitivo africado de *ç*, § 35 bis; conciliu *Conchel* (Albacete, Huesca), *Alconchel* (Toledo, Cuenca, Zaragoza, Portugal); *Carabanchel* (Madrid), diminutivo = *Carabancillo § 41; Arucci *Aroche* (Huelva); *cauchil* 'atargea' en Granada, diminutivo de *cauce*; comp. en el árabe hispano *fauchel*, *fauchil*, diminutivo de *hoz*.

LB RB tendían a *lu.ru* ya en el latín vulgar, en el de Española sobre todo, § 34. Y el español antiguo, cuando aún distinguía la *b* de la *v*, tendía también a la *v*; así Nebrija pronunciaba *alva*, *olvido*, *silvar*, *barva*, *yerva*, *sobervio*, *sorver*, *torvellino*, si bien conservaba el sonido etimológico en otras voces, como *turbar*, *árbol*, *carbón*, etc. (2).

c) Una vocalización de la *L* es frecuente cuando le sigue oclusiva sorda; la oclusión central de ésta hace central también a la *l*, relajándola. Hay dos formas de vocalizarse la *l*: una es cuando precede *A* y otra cuando precede *U*, las otras vocales no promueven la vocalización: sōltu *suelto*, vōltu *vuelto*, sīlva *selva*, etc.—Cuando precede la vocal más abierta *A*, ésta dificulta la elevación, para la *L*, de la lengua, que en vez de adherirse al paladar se aproxima solamente, produciéndose una *u* (§ 9), talpa **taupa*, *topo*; altariu *otero*.—La otra forma de vocalización es en el caso de

(1) Consérvese NG en voces cultas: *ángel*, *longitud*. Véase para lo expuesto arriba *Orígenes del Español*, § 49.

(2) Véase R. J. CUENVO, en la *Rev. Hisp.*, II, 1895, páginas 6 y 16.

ULcons. Primeramente ULT da uch; la *l* se palataliza y luego se vocaliza, *ult* > *uyt*, atrayendo después a su punto de articulación la *t*, como se dirá en el § 50₁: *uyt* > *uyt* > *uytj* > *uyé* > *ue* = *uch*: a(u)scultat (§ 66₁) *escucha* (aragones, leon. occid., gall. *escuita*), cūltēllu *cuchillo* (gallego *cutelo*, port. *cutelo*); pūltēs *puches*, cūltu astur. *cuito*, *cucho* 'abono, estiércol'. Pero la palatalización de la *t* de *uyt* se ve impedida en castellano cuando esa *t* queda final: mult(u), ant. *muyt*, mod. *muy* (junto a *mucho*), o cuando va agrupada: vūlt(u)re *buitre*; comp. los casos de *seis* (§ 50₂) y *peine*, § 61₂. Se observará que la *yod* procedente de *l* además de palatalizar la *t* inflexiona la vocal precedente. Cuando no hay *t*, en los casos de ŪLS, ŪLV, ŪLM, etc., el único efecto visible de la vocalización de la *l* desaparecida es la inflexión de la vocal, que por cierto no ocurre con regularidad como en el caso de ūlt: *impūlsiat *empuja*, pūlsu *poso* 'sedimento', insūlsu *soso* (port. *ensosso*), *sūlfūre *azufre* (cat. *sofre*, port. *enxofre*), ūlva *ova*, *cūlmīne *cumbre*, § 54₂; sūlcu leon., gall. *suco* (cast. *sulco*, *surco*). Otros casos de vocalización vacilante de *l*: cūlcitra *cocedra* y *colcedra*, ambos usuales en el siglo xvn; *pūltēru (por *pūllētru de *pullus*) (1) *polro* y *poltro* formas conviventes ya en el siglo x, siendo hoy *poltro* conservado en asturiano; dūlce ant. *duce*, *dux*, mod. *dulce*. No hay vocalización en ūlmu *olmo* (sin embargo, astur. occid. *oumeiro*), pūlvus *polvo*. Para la *l* en grupo secundario, *sauz*, *sas*, véase § 55₁.

3] Caso análogo al grupo de primera consonante continua es el formado por una semivocal: —a) La *w* del dip-

(1) La forma *poltero*, doc. de Sahagún, año 1095, y otras ilustrativas, véanse en *Orígenes del Español*, pág. 323.

tongo AU impide el paso a sonora de la sorda siguiente: paucu *poco*, zuca *oca*, cautu *coto*, autumnu *otoño*, fautum ('favorecido, protegido') *koto*, Cauca *Coca*. Las excepciones son raras: *pobre* no proviene de *paupere*, sino de la pronunciación *popere*, que los gramáticos latinos señalan como rústica antigua, pero que no se generalizó a todas las palabras con AU sino en plena Edad Media; el port. *pqbre*, leon. occid. *pobre*, *probe*, careciendo de *ou*, prueban lo mismo. La *s* era siempre sonora en ant. cast.: causa *cosa* *kóza*, ausare *osar*, pausare *posar*, con *s* sonora también en fr. *chose*, *oser*, *poser*, lo mismo que en catalán y en portugués, a pesar del diptongo que revelan el port. *cousa*, *ousar*, *pousar*, prov. *pau-sar*; como en latín debía ser sorda (en toscano es sorda la *s* de *casa*, *riposare*) es de suponer que fué su calidad de consonante continua la que le permitió asimilarse a la continua *w* y a la vocal. —b) Para el caso de diptongo secundario, efecto de atracción de una semiconsonante de la sílaba siguiente, sólo tenemos ejemplos en la conjugación, por lo tanto muy sujetos a influjos analógicos que perturban el puro desenvolvimiento fonético. Cabe observar que el diptongo sólo impide la sonorización de la *p*, mientras la *c* y la *t* se sonorizan. Ejemplos de AU: sapui > saupi > sope, cope; pero yogue, plogue, pude, § 120₂. Ejemplos de AL: sapiat > saipat > sepa, quepa; pero plega, § 113₁.

48. LAS CONSONANTES SEGUIDAS DE L O R SUFREN IGUAL SUERTE QUE SI FUESEN INTERVOCÁLICAS.—Las oclusivas sordas se hacen sonoras (comp. § 40): duplare *doblar*, aprilem *abril*, apricu *abrigo*, patrem *padre*, ecclesia (forma que se halla en algunos autores e inscripciones en vez de ecclesia, port. *eigreja*) *iglesia*, socru *suegro*, macru

magro, acru *agro* (1).—Las oclusivas sonoras se conservan o desaparecen (comp. § 41): oblata *oblada*, alavés *olada*; februariu *febrero*, *cölöbra *culebra*; quadru *cuadro*, frente a quadraginta *cuarenta*, nīgru *negro*, frente a pīgritia *peresa*. Antes de desaparecer, la consonante sonora sufrió una vocalización, como se ve en cathōdra portugués *cadeira*, cuya yod impidió la diptongación (§ 10,) en el cast. *cadera*, mientras el aragonés diptonga *cadiera*; igualmente el cat. *cadira* (con *i*, como *pī* pētu, *lī* lētu) supone un primitivo **cadieira*; intōgru port. *enteiro*, *inteiro*, castellano *entero* (§ 10,); agru astur. occid. *eiro* 'tierra de la-hor', cast. *ero* 'campo cultivado', § 9, (2). En el caso de fac(ō)re=*fer*, *femos*, *feches*, (§ 106,); la *c debió sonorizarse antes de agruparse.—Las fricativas sordas se hacen sonoras (comp. § 42): africū *dbrego*, con *b* en vez de *v* por ir inicial de grupo.

49. EN EL GRUPO DE LABIAL SEGUIDA DE DENTAL SE ASIMILA LA LABIAL Y DESAPARECE DESPUÉS.—PS > ss: ya en los primeros tiempos del Imperio romano ipse era pronunciado isse, de donde el ant. *esse*, mod. *ese*; gypsu, ant. *yesso*, mod. *yeso*.—PT > t: en una inscripción española del año 662 se halla seltembres *setiembre*, septem **siette* (compárese ital. *sette*) *siste*, scriptura (ital. *scrittura*) *escritura*,

(1) Voces cultas: *duplicar* (pop. *doblagar*), *petrificar*, *demacrado*, *eclesiástico*, *sacramento* (ant. *sagramiento*).—La pérdida de la oclusiva es muy rara en *ta*, como en el toponímico *Peralta* (Navarra, Albacete, Girona) *petra* alta, o en el antroponímico ant. *Pero* por *Pedro*, que parece monoptongación del dialectal *Petro*; ant. también *Peidro*, que es cruce de *Pedro* + *Petro*; véase *Cantar de Mio Cid*, p. 140-141.

(2) Véase A. CASTRO, en la *Rev. de Filol. Esp.*, VII, 1920, página 58; IX, 1922, p. 327; X, 1923, p. 83.

aptare *atar*, captare *catar*, subtile *sutil* (1). Para MN asimilada en *nn* > ñ véase § 47,.

50. EL GRUPO DE VELAR Y DENTAL PRODUCE UN SONIDO PALATAL POR ACERCAMIENTO MUTUO DE AMBAS CONSONANTES.—1) CT da ch. La k, final de sílaba, y por tanto más débil que la t inicial de sílaba, se deja atraer hacia el punto de articulación de ésta, y de velar se hace postpalatal, kt, relajándose en fricativa prepalatal dorsal sorda *ʃ* (2); llegado ya en latín vulgar el grupo a este grado yt, ocurre generalmente que la *y* se hace sonora bajo la influencia de la vocal precedente, y se vocaliza: yt > yt > jt, lo cual sucede en la mayoría de los romances, así en el alto aragonés, en el leonés occidental, en gallego-portugués, en catalán y en francés. Pero el castellano y parte del provenzal y del lombardo, siguen camino aparte: la *y* o *y* mantiene por más tiempo la energía de su articulación, con fuerza bastante para atraer a la t, haciéndola prepalatal: yt > yt (3); al retraerse, la t pierde su estructura apical para hacerse dorsal y naturalmente algo mojada como la y, recibiendo con esta dorsalidad un elemento de africación tʃ o tʃ que hace tomar a la t un timbre más chicheante hasta resultar c: así tenemos ytʃ > yé > jé que luego se simplifica en c = ch (4).

(1) En voces cultas no hay asimilación: *lapso*, *acceptar*, *exceptuar*, *concepto*, *precepto*. La lengua culta tiende a restaurar los grupos originales; así la Academia pretende imponer *septiembre*.

(2) La *ʃ* es la fricativa sorda correspondiente a la sonora *y*.

(3) La transformación de yt, jt en jt o tʃ es corriente en vasco. Véase T. NAVARRO, *Observaciones fonéticas sobre el vascuence de Guernica* en el *Tercer Congreso de Estudios Vascos*, San Sebastián, 1923, p. 34-55; y en *Sociedad de Estudios Vascos; Curso de Lingüística*, 1921, p. 33-40.

(4) Compárense otras explicaciones más o menos análogas en J. LEITE DE VASCONCELLOS, *Estudos de philologia mirandesa*, I, pág. 229, y

Así factu arag. y port. *feito*, cat. *fet*, fr. *fait*, pero castellano primitivo *feicho*, moderno *fecho*, *hecho*, prov. *fach*; lacte arag. *leit*, cast. *leche*; tectu *techo*, lectu *lecho*, jactare *echar*; lactuca, port. y gascón *leituga*, fr. *laitue*, catalán *lletuga*, cast. *lechuga*, prov. *laichügo*, *lachügo*. En castellano el grado arcaico *yt* se detuvo en su desarrollo cuando una *i* precedente absorbe la palatal, eliminando así la causa de la palatalización de la *t*: *tyt* > *it*: *fictu* (ant. por *fixum*) *kito*, *frictu* *frito*; *victu*, ant. *vito*. Frente a éstos, *dicho* se explica como rehecho del ant. *decho* (§ 122); *ficha* es galicismo. Comp. *petral* *behetría*, *peine*, § 61.

2] *X*, o sea *CS*, da *x* palatal sorda del español antiguo (§ 35 bis 1), convertida en el español moderno en la velar sorda *j*. Los grados sucesivos de asimilación mutua serán lo mismo que para la *ch*: *kx* > *yx* > *ys* > *yā* > *ā* = *x*: *taxu*, ant. *texo*, mod. *tejo* (§ 91); *maxālla* (por *maxilla*), anticuado *meziella*, mod. *mejilla*; *dixisti* *dijiste*, *adduxi* *aduje*, *exemplu* *ejemplo* (1). Si la *cs* queda implosiva, esto es, final de sílaba, la palatal de *ys* se afloja en semivocal, *is*, y no palataliza la *s*: *sex* *seis*; comp. *fresno*, *sesma*, § 61.

3] *GN* da *ñ* por intermedio de *gn* > *yn* > *yā* > *ā*: *ligna* *leña*, *signa* *seña*, *im-pignus* *empeños*, **disdigna-re* (§ 126), *desdenar* (2). Esta reducción de *gn* > *ñ* (yod 2.^a) es

F. KROGER, *Westsp. Mundarten*, 1914, págs. 237-239. — Son cultas las voces que conservan la *ct*: *defecto*, *docto*, *nocturno*, *pacto*, *acto*, *tacto*. Al pronunciar estas voces, el pueblo practica hoy también una vocalización de la primera consonante, diciendo *reito*, *afeito*, *caralter* o *carauter*, *efecto*, etc. Antiguamente *defecto*, etc. (§ 32).

(1) Sólo en voces cultas se pronuncia *cs*: *examen*, *exento*, *eximir*, *exorcismo*, *exhortar*.

(2) Voces cultas: *pignar* (ant. *puñar*), *signar* (pop. *en-señar*), *maligno*, *magnífico*, *indigno*, *insigne*; alguna vez pierden la *g*, como *sino*, *indi-*

más antigua que la de *kt* y *ks* en *ch* y *š* = *x* (yod 4.^a) párrafo 8 bis 1; GN no inflexiona la *a*: tan *magno* > *tammayno* > *tamaño*, *stagnare* > *restaynar* > *restañar*, *stagnu* *estaño*.

51. GRUPOS DE TRES CONSONANTES.—1] Se conservan las tres cuando la primera es nasal, o *s*, y la tercera es *r*: noviembre *noviembre*, **incontrat* (de *cōtra*) *encuentra*, *rastru* *rastro*, *nostru* *nuestro*, *capistru* *cabestro*, **postrariu* *postrero*.—En el caso de *STR* hay una solución *ss* que se halla en algunas voces hoy desusadas; *nuesso*, *vuesso* (port. *nosso*, *vosso*) puede remontar al latín vulgar; *vuesa* *merced*, § 5 bis, y *maesso*, *maese*, por *maestro*, explicables por el uso proclítico. Rara vez se halla también *mossar* por *mostrar*, que puede ser influido por el pronombre *mueso*, § 97, coincidente con *Yo*, indicativo de *mossar*.

2] En el caso de *cons.PL*, *cons.FL*, *cons.CL*, el aragonés y el portugués tratan *pl*, *fl*, *cl* como cuando son iniciales, § 39. Portugués: *amplu* *ancho*, *implere* *eucher* (como *plorare* *chorar*); *inflare* *inchar* (como *flamma* *chama*), *manc'la* *mancha* (como *clamare* *clamar*). Aragonés: *amplu*, *empler* (como *plorar*); *soflar* (como *flama*). El castellano ofrece el mismo resultado del gallego-portugués: *ancho*, (*h*)*enchir* (contra *llorar*, *llaga*); (*h*)*inchar* (contra *llama*); *mancha*, *macho*, § 61, (contra *llamar*, *llave*); sólo el caso *FFL*, debido al carácter fricativo de las consonantes primera y segunda, se resuelve como en la posición inicial: *affiare* 'olfatear, ventear' (*h*)*allar* (port. *achar*), *sūfflare* *sollar*, *resollar*, *sūflammare* *sollamar* (1).

no, que están semipopularizadas (§ 32). En *reino* (antiguamente también *regno*), influyó *rey*.

(1) Voces cultas: *inclinare*, *inflamar*, *implicare*, etc.; *emplegar* es galicismo; *emplegar* *Alexandre*, es semiculto,

2] Las otras combinaciones se simplifican ya en latín desde antiguo. En latín clásico se decía *fartu* (por *faretu*) *harto*, *tortu* (por *torctu*) *tuerto*, *quintu* (por el antiguo *quinctu*) *quinto*; en inscripciones españolas se halla *santus* (siglo IV), *cuntis* (año 593); así, *punctu* dió *punto*, *cinctu* *cinto*. Otros romances remontan a las formas cultas con *c*, fr. *saint*, *joint*. Se pierde también la consonante interior en *campiare* ('volver, doblar', ital *cansare* 'apartar, refugiarse') *cansar*.—Menos veces se pierde la consonante primera: abscondo *escondo*, constare *costar* (§ 47.2) (1). *Xcons.* era un latín vulgar *Scons.*; en inscripciones españolas se halla *escelsum*, *destera*, *sestus* como en las de todas partes, y de ahí *diestra*, *siesta*; mixta *mesta*. Otras combinaciones, §§ 48, final, y 53. y 5.

52. CONSONANTES SEGUIDAS DE SEMIVOCAL U.—Para la atracción en *habui* *hube* véase § 9; para la pérdida de *u* véase § 30.

1] En el grupo QU, GU la explosiva se trata como intervocálica (2), y se conserva *u* ante *a*: *aqua* *agua*, *equa* *yegua*, *antiqua* *antigua*, *lingua* *lengua*, *aequale* *igual*. Excepciones: *numq(u)am* *nunca* (ant. *nunqua*), **torq(u)ace* (por *torquatu*) *torcas*, como *torceo* por *torqueo*, en el punto 3.

2] Ante *o*, *e*, *i* la *u* desaparece en la pronunciación, aunque se conserve en la escritura: *aliquod* *algo*, *sēquo* *sigo*, *sēquēre* *seguir*, *aquila* *águila*.

(1) Voces cultas: *instar*, *instrumento*, *constitución*, que vulgarmente se pronuncian sin *n* ante la *s*.

(2) Las voces cultas no hacen sonora la Q: *aquillōn*, ant. *agullōn*; *sequace* *secuas*, *locuas*, *secuela*.

3] La pérdida de la *u* fué a veces tan antigua, que la *q* seguida de *e*, *i* se trató como si fuese *ce*-, *ci*-, y se asibiló (§ 34.2): por asimilación a la sílaba inicial, tenemos *coq(u)e* *re cocer*, *coq(u)ina* *cocina*; por confusión de *qu* con *ci* hay *laq(u)eu* *laso*, *torqueo* *tuerso*, **torq(u)eale* *torzal*, *torq(u)e* *torce*. La gran antigüedad de estos casos se comprueba por el Appendix Probi que ya registra «*coqui*, *non coci*; *coquens*, *non cocens*; *exequiae*, *non exacle*».

53. CONSONANTES SEGUIDAS DE LA SEMIVOCAL Y.—Las consonantes labiales permanecen en general (números 1 y 2). Las dentales se palatalizan o asibilan (números 3 a 6); la palatalización de las dentales *ty*, *dy*, *ny*, *ly* es ya del latín vulgar; ella impidió que se consumase la reducción de *-ie-* latino a *-e-* (§ 30.2); de modo que si bien en inscripciones se halla *quetus* por *quietus*, igualmente que *abalēnare*, de *aliēnus*, sin embargo, el romance *quedo* no ofrece rastro de la yod, mientras *ajeno* y *mujer* prueban la permanencia de la yod tras la *i*.

1] MY, BY se conservan en *vindemia* *vendimia*, *prae-miu* *premio*, *labiu* *labio*, **rabia* (por *rabie*) *rabia*, *rubeu* *rubio*, *cavea* *gavia*, *pluvia* *lluvia*; la palabra *abuelo* pudiera ser simplificación de triptongo de un **aviuelo* primitivo, *aviolu*. Estas formas parecen semicultas, siendo más populares las que reducen *bi*, *vi* > *y*, como *fovea* *hoya*, *rubeu* *royo*, *Peñarroya* (para *haya*, § 116.2); esta reducción, empero, se ofrece en muy escaso número de voces.

2] PY, SY, RY dejan atraer la *y* a la sílaba anterior (comp. tras otra consonante el vulgarismo *naide* por *nadie*): *sapiat* *sepa*, *basiu* *beso* (§§ 9.2 y 17.2), *segasiu* *sabueso*, *auguriu* *agüero* (§ 14.2), *cōriū* *cuero*, § 13.2. A veces la *y* se conserva aunque obre en la sílaba anterior: *sepia* *jibia*,

cērau cirio, § 11₂, o se pierde sin que se note su influencia en la vocal precedente: coriacea *coraza* (§ 30₂).

3] *DY, GY* producen *y* ya en latín vulgar (1): radiare *rayar*, podiu *poyo*, modiu *moyo*, Claudiu *San Cloyo* (Oviedo), exagiu *ensayo*, fagea *kaya*, Tugia *Toya* la Vieja (Jaén). Esta *y* desaparece tras las vocales análogas *e, i*: fastidiu *hastio*, praesidia (defensa, auxilio, utensilio) *presea*, perfidia *porfia*, sedea *sea*, video *veo*. -Idiare *-ear* (§ 125), pūlēgiu (ya en latín *puleju*) *poleo*, corrigia *correa*, fastigi(u) + ale *hastial*. —El grupo *con. DY* da *con. y* (pero *rg' ng'* dan *rz, nz*, § 47₁): hordeolu *orçuelo*, *virdia *berça*, verecundia *vergüença*, grandia *grança*, germ. Thiudegūndia, ant. *Tedguença*, nombre de mujer, lo mismo que Aldegūndia, ant. *Alduença*, leonés y portugués *Aldonça*, nombre hecho famoso en el Quijote; *Hinnegūndia, ant. *Enneguença* (2). Por esto, atendiendo al § 47₁, el resultado regular de gaudiu será para la lengua antigua *goço*, pero es más general en la grafía antigua hallar *gozo*. — Merecen notarse algunas palabras importantes en que *DY* intervocálico se hace *y* al lado de *y*; por ejemplo: badiu, además de *bayo*, dió *baço* ('de color moreno'); *radia (por radius) dió *raya* y *raça* ('rayo de sol', 'hilaza desigual en

(1) Se conserva *DY* en mēdiu *medio*, que es voz culta (ant. también *mevo*, usual hoy en Echo, Huesca; y *meo*, cuya homonimia con el derivado del verbo *mejare* fué causa de perderse esta forma). Véase *Cantar de Mio Cid*, pág. 186₃₃. Son cultas *repudio* (ant. *repoyo*), odio, radio, remedio, homicidio, envidia, prodigio, sufragio, refugio, prestigio, vestigio.

(2) Véanse ejemplos de estos nombres en *Orígenes del Español*, párrafo 29. La disparatada etimología que da Covarrubias *Aldonza* < *Dulce* sirve a Clemencia para afirmar gratuitamente que Cervantes sacó el nombre *Dulcinea* del de *Aldonza*.

una trama', etc.); y en contradicción con éstos, mediana, ant. *mezana*, mod. *mesana*, vendrá del italiano *mezzana*; estas formas pueden explicarse suponiendo que en el latín vulgar hubo tendencia a duplicar la consonante delante de *yod*, como la hay en el italiano (*appio*, *labbio*, *prezzo*), y al lado de las formas apuntadas se diría también *baddiu, *raddia. El italiano conoce igualmente dos soluciones, una primitiva *razzo* radiu, *mozso* modiu, y otra tardía *raggio*, *moggio*, pero tanto *zz* como *gg* son sonoras (variedad sonora de *zz* cuasi *dds*), como es natural, siendo chocante la *ç* (antiguamente sorda) de los duplicados españoles.

4] *TY, CY* dan *z*, sonora en el español antiguo, sorda en el moderno, § 35 bis.

a) Ambos grupos se habían asibilado en el latín vulgar § 34₂, y el italiano los distingue bien con dos sonidos sordos: *ty > zz* (variedad sorda de *zz* cuasi *tts*) y *cy > cci* (esto es, *c* o *ch*); de una parte titiōne *tizzone*, vitu *vezzo*, tristitia *tristezza*, pūteu *pozzo*, acutiare (de acutus) *aguzzare*; y de otra parte aciariu (acies ferri) *acciaio*, *corlicea *corteccia*, ericiu *riccio*, laq(u)eu *laccio*, minacia *minaccia*. El español, no manteniendo la sorda intervocálica como el italiano, da un fonema sonoro, pero confunde en la sonora *z* las dos fricativas asibiladas latinas, así que en la ortografía medieval lo mismo que en la de Nebrija encontramos *tizón*, *vezo*, *tristeza*, *pozo*, *aguzar*, lo mismo que *azero*, *corteza*, *eriso*, *lazo*, *amenaza*; igual ratione *razón*, *salione sazón*, *minutiare desmenuzar*, que *panniciolu *pañisuelo*, liciu *lizo*, etc. Por su parte el portugués ofrece siempre sorda: *ticão*, *poço*, *aguçar*, lo mismo que *aceiro*, *cortiça*, *ourico*, *laço*. —La *yod* fué absorbida por la *t* o *c* muy temprano, así que no inflexionó la vocal

tónica, cualquiera que ésta fuese, § 8 bis, a: *furnaceu hornazo*, *malitia maleza*, *justitia justesa*, *peresa*.

b) En el caso de *con. TY*, *con. CY*, se produce, como es natural, el fonema sordo *con. q*, saltando igualmente toda inflexión de la vocal tónica: *Martiu março*, -antia *alabança*, *criança*, *assechança*, *lautia loça*, *captiare caçar*, *tertiariu terçero*, *tërtiu Tierzo* (Guadalajara; con *s* sorda, ortografía moderna), *lënteu* (así en inscripciones, por *lnteu*) *lienço*; céltico **pëttia pieça*, *dirëctiare a-dereçar*, *förtia fuerça*, *scörteu escuerço*, *arbütëu alborço* 'madroñero', *püntione punçón*, *lancea lança* *calcea calça*, *alçar*, *cörcliu ciërçu*, *ürcea orça*, *pöst-cöcceu pescueço* (de *cocca*, origen de *cocote*, *cogote*).—En *colläctëu colläço* se ve que la asibilación de *ty*, como es muy antigua, impidió la formación de la *ch* < *ct* que es consonante tardía.—Aparte debe colocarse *SCY*, porque aunque en Castilla da igualmente *q*, en León y en Aragón la *s* mantiene más retraída la articulación, produciendo la palatal *š*, ortografiada *x* en lo antiguo y hecha *j* en lo moderno: *asciöla açuela*; *asciata açada*, leon. arag. *axada*, *jada*; *östiu* (por *ostiu*) cast. ant. *uço*, leon. *uxo*, leon. mod. *Ujo* (Oviedo), y lo mismo el derivado cast. *anteuzano*, leon. astur. *antoxana*; *fascia haça* 'faja de terreno', arag. mod. *faja* de ceñir, § 4.

c) Las confusiones entre la sonora *s* y la sorda *ç* son muchas (1): *arclone* (diminut. de *arcus*) *arçón*, pero más

(1) El punto oscuro de la historia de la *ç* y *s* es el resultado de *-TY-*, *-CY-*; a él atienden especialmente las reseñas que se han hecho del trabajo de Ford, citadas en el § 35 bis., n.—NEUMANN y MEYER-LÜCKE (*Gramática*, I, § 513) creen que el desarrollo de la sibilante es diverso según es pro o postónica. MUSSAFIA (*Romania*, XVIII, 529) se desentendiende del acento, y cree que el español, en armonía con el francés, llegó a *s* de

comúnmente se escribía en lo ant. *arsón*; viceversa: *platea plaça*, *matea maça*, *potiöne poçon*, *poçoña*, *ponçoña*, menos frecuente *pozoña*; *capitiu cabeço*, *cabeça*; *setaceu cadaço*, *coriacea coraça*, *pellicea pellica*. La causa de hallarse *q* puede ser el cultismo que detuvo la sonorización, cultismo manifiesto en *plaça*, por mantener *pl-* contra § 39. Otras veces la causa será una duplicación de la consonante oclusiva, por efecto de la yod (comp. punto 3): ya en *latiu brachium* se escribía también *bracchium*, *braccium*, de donde *braço* (como de *flaccidu laço*); junto a *Mattia* nus se halla escrito también *Mattianus* (*Mattia poma*) y de ahí *maçana*, luego *mançana*.

d) La consonante sorda aparece *ch* a veces: *cappaceu capacho*, junto al ant. *capaço*; *ricachó*, port. *ricaço*; *furnaceu hornacho*, al lado de *hornazo* con *s* sonora antigua; *punctiare punchar*, junto a *punçar*; *rüptiare roçar*, de donde el postverbal *roça* que en Cuenca es *rocha*; esta *ch* parece conservar el estado africado originario de *ç*, § 35 bis., que era normal en los dialectos mozárabes, § 47, a. Alguna

-*TY-* y a *ç* de *-CY-*; pero Cuzavo (apoyado por Carnoy, citado atrás, página 14, n. 2) se figura que *-TY-* da *ç* y *-CY-* da *s*; Ford teneva la opinión de MUSSAFIA. El haberse podido apoyar en series de etimologías estas dos opiniones opuestas, indica lo embrollado de la derivación. MUSSAFIA y Ford explican las anomalías con que tropieza su teoría mediante la hipótesis de duplicación de consonante; HAZZOG, mediante diferencias cronológicas, suponiendo *plaça*, *pieça*, *petia*, posteriores en fecha a *razón*. SAROINANDY, sostiene la igualdad de *-TY-* y *-CY-*, aceptada en el texto.—JUB y STROGA (en la *Romania*, XLVIII, 1922, p. 145-147) creen respecto de *-TY-* que el portugués, logudorés y rumano, que tienen *ç* u otra consonante sorda, derivan de la asibilación vulgar *putsç* en vez de *puteu*; mientras el español y el francés, que tienen *s* sonora, derivan de la restauración culta *putiu* o *putsiu* (trisílabo); pero si el portugués, por ejemplo, sigue una corriente más popular, ¿por qué no sonoriza?

de estas palabras parece de origen extranjero, como *capucha*, frente al más antiguo *capuz*, ital. *capuccio*.—La yod se conserva a veces por cultismo (§ 34), y entonces -TY- da *ç*: pretiare *preçiar*, oraçion, *graçia*, palaçio, *serviçio*, y -CY- da *z*: iudiciu *juizio*, Gallicia *Gallizia*. Si estas palabras fuesen populares, seguirían igual camino que *razón*, *poso*, etcétera, como en francés tienen igual desarrollo *raison*, *puis* (ort. moderna *puits*) que *oraison*, *palais*.

5] NY se palataliza en *ñ*: vinea *viña*, seniore *señor*, extraneu *extraño*, aranea *araña*, Hispania *España*, dominiare (derivado de *dominium*; en vez de *dominare*) *domañar*, stamínea *estameña*, pínea *piña*.

6] LY se palataliza en la *j* prepalatal antigua (velar moderna, § 35 bis). La articulación de los dos canales linguales, uno lateral alveolar y otro central dorsal prepalatal, se simplifica reduciéndolos a uno solo; en aragonés y leonés antiguo prevalece lo dorsal prepalatal de la *y* y lo lateral de la *l*, resultando la dorsal prepalatal lateral *ll*; en castellano prevalece lo palatal y central de la *y*, contribuyendo la *l* sólo a estrechar el canal hasta producir la *z* o *j* antigua; en leonés la *ll* por lo común se hizo *y* en una época muy antigua (*muyer*), mientras que la *ll* procedente de *ll* queda inalterada (*illa ella*, *valle*, etc.), comp. § 46, (1). He aquí ejemplos castellanos: muliere *mujer* (arag. *mullé*, leonés *muyer*), cilia *ceja*, consiliu *consejo*, *símiliat *semeja*, vñilia *verija*, meliore *mejor*, taleola *tajuela*, palea *paja*, folia *hoja*, miliu *mijo*, gürgüliu *gorgojo* (2), cüscü-

(1) Sobre esta evolución véase F. KÄRGER, *Westsp. Mundarten*, 1914, págs. 246-250, y *El Dialecto de San Ciprián*, 1923, pág. 83.

(2) Las voces cultas conservan *ll*: peculiar (pop. *pejugal*), concilio (pop. *concejo*), consiliario (pop. *consejero*). Las semicultas o exóticas ha-

liu *coscojo*. En igual caso están allíu *ajo*, *molliare *mollar*, cõlli(g)o *cojo*, *coger* § 41, 43; se ve que la doble sonora no impide la sonoridad. Pero en el grupo cons. sorda LY el resultado palatal no es la *j* sonora antiguamente, sino la sorda *ch*: cochleare *cuchara*.

GRUPOS INTERIORES ROMANCES

54. IDEA GENERAL DEL DESARROLLO DE ESTOS GRUPOS.—Las consonantes que son intervocálicas en latín, llegan a agruparse en romance a causa de la pérdida de la vocal protónica interna y postónica interna. Estos grupos se llaman secundarios o romances, y deben estudiarse aparte por dos razones: una, porque ofrecen más combinaciones de consonantes, agrupando sonidos que nunca se agrupaban en latín clásico (véase abajo, punto 2); otra, porque si bien en ciertos casos la suerte de estos grupos es la misma que la de los grupos latinos, las más veces, como el grupo romance es posterior en fecha al latino, pues no se constituyó hasta después de pérdida la vocal, su evolución ocurre en época más tardía y en modo diferente, conservando cada cual de los elementos su individualidad por más tiempo, ya que al período en que se agruparon precedió otro en que vivieron como intervocálicos. Véanse los comienzos de los §§ 55, 56, 57, 59, y 60, 1 y 2.

cen *ll*: mirabilia *maravilla*, humiliare *humillar*, muralla *mural*, batt(u)alla *batalla*, victualia *vitual*, taleare *tallar* (popular *tajar*).

1] La pérdida de la vocal intertónica, causa de la formación del grupo romance, es fenómeno bastante tardío. —a) Es POSTERIOR A LA SONORIZACIÓN DE LA CONSONANTE OCLUSIVA SORDA intervocálica (§ 40). Así dominícu todavía en el siglo xi se halla escrito *dominigo*, de donde salió la forma moderna *domingo*; gallicu se halla escrito *galigo* en el siglo xi, de donde *galgo*. De igual modo vicinitate pasó a *vecindad*, pues si se hubiera perdido la *i* antes de la sonorización de la *t*, **vecintat* hubiera conservado su *nt* como centum *ciento* (§ 47); de modo que, en rigor, debiéramos decir que en vicin(i)tate el grupo romance es *nd* y no *nt*. De igual modo la pérdida de la vocal intertónica es POSTE-

RIOR A LA PÉRDIDA DE LAS OCLUSIVAS SONORAS, § 41, pues hērēditate dió **heredad* > *heredad*; verdad es que hered(i)dade hubiera dado también *heredad*; la pérdida de la vocal queda impedida por la anterior pérdida de la oclusiva sonora, limpi(d)u § 26. —b) Hay algunos casos en que la oclusiva sorda se conserva, denunciando una pérdida de la vocal ANTERIOR A LA SONORIZACIÓN DE LA CONSONANTE SORDA; *suelto* sabemos que era ya en latín vulgar *soltus*, de donde se deriva **soltare* *soltar* (*solutare* hubiera dado **sol-dar*); en igual caso están sol(i)tarius *soltero*, así como *pulpo*, *golpe*, *puesto*, *apostar*, *casco*, *cascar*, *faltar* y demás casos citados en el § 25; para *quisiertes*, § 118. Muchas veces, cuando el primer elemento consonántico de un grupo romance es un grupo latino, éste impide la sonorización del segundo elemento, **cons(ue)tumine* *costumbre*, *cons(ut)ura* por *sutura* (del partic. *consutus*) *costura*, hōsp(I)tale *hostal*, mast(I)care *mascar*, **assess(I)tare* (de *assessus*, partic. de *assideo*) *asestar*, comp(u)lare *contar*; **rend(i)ta* (de *rendo*, por *reddo*) *renta*, mod. *arrendar*;

episc(o)pu *obispo* (semiculta por la *i*), pant(i)ce anticuado *pança*, mod. *panza*; frente a los cuales se hallan el anticuado *renda* por *renta*, vindicare *vengar*, undecim ant. *onas*, quattuordecim ant. *catorse* (estos dos últimos por influencia de *dose*, *trece*, *sece* sedecim). Para *huésped*, *cesped*, véase § 26. —c) Otras veces la conservación de la oclusiva sorda se debe a INFLUENCIA CULTA: legalitate *lealtad* y *amicitate *amistad* están en contradicción con bonitate *bon-dad*, cristian-, ver-, cruel-, igual-, mal-, bel-, humil-dad; y si la pérdida de la vocal hubiera sido muy antigua, *amicitate hubiera dado **amidad*; los anticuados *lealdad*, *amizad* (§ 60) nos ofrecen las formas populares, que nos hacen atribuir la *t* de las formas modernas a influencia culta. El mismo cultismo cabe suponer en otros: poenitere *arrepentir*, ant. *rependir*; reputare *reptar*, *retar*; marciditare *marchitar*, (contra *heredad*, § 60); *rasicare (de *rasus*) *rascar* (contra *rōscare* *rasgar*). También la *t* de *mitad* es un cultismo; y la de *pleito* es un aragonesismo (§ 60). —d) La pérdida de la vocal intertónica ES ANTERIOR AL NACIMIENTO DE LA *ch* proveniente de *ct*, *lt*, pues pectorale no dió **pechral* > **perchal*, sino *petral*, y lo mismo cabe decir de *behetría*, § 61, y *buitre*, § 47.

2] Aparte de esto, los grupos romances ponen en contacto otras consonantes que los latinos, como *m'd*, *d'g*, *nd't*, *m'r*, *m'l*, *n'r*, *gn'r*, etc., y la lengua en su edad primitiva (hasta el siglo xii) toleraba aun muchos de estos grupos que luego rechazó: *semda* luego *senda*, § 55; *vienres* luego *viernes*, § 59; *cadaado*, luego *candado*, § 58; *plazdo* luego *plazo*, § 60, etc. Las consonantes continuas son las más sujetas a cambio.

a) La *l* y la *r* se truecan a menudo: *pallidu*, *pardo*

ulice *urce*; goruthum (por corŷtum) **golde, goldre*; sobre todo por disimilación, como en robŷre *roble*, glandŷla *landre*.

b) La *u* y la *l* se truecan muchas veces: Ōnōba *Huelva*, illicina *encina*, anima *alma*, inguen *ingle*.

c) La *n* se puede hacer *r*: sanguine, ant. *sangne*, mod. *sangre*; homine, ant. *omne*, mod. *hombre* (§§ 59 y 61).

d) La nasal se hace dental o palatal, según la consonante que la sigue (comp. § 33, 1): *senda, linde, conde*, por *semnda*, etc. (§ 55, 1); *conchula concha*, que se pronuncia *coñcha*. Para el caso de labial comp. § 47, 1.

e) También, para facilitar el contacto de las consonantes, surgen frecuentemente sonidos de transición, que se intercalan entre una y otra: memorare *mem-b-rar, acen-d-rar* (v. § 59), ant. *līm-b-de* (§ 55, 1).

Hechas estas advertencias preliminares, deben enumerarse ahora todas las combinaciones romances de consonantes.

55. EN EL GRUPO ROMANCE, CUYA PRIMERA CONSONANTE ES CONTINUA, LA SEGUNDA CONSONANTE HABÍA EVOLUCIONADO YA COMO INTERVOCÁLICA ANTES DE FORMARSE EL GRUPO, mientras que si el grupo es latino, ambas consonantes se conservan generalmente intactas (§ 47).

1) Si la segunda consonante es oclusiva sorda, se hace sonora antes de la formación del grupo *bondad, verdad* y otros ejemplos, frente a *lealtad* (§ 54, 1); *límite*, en el siglo XII *limde* y *līm-b-de* (§ 54, 1 y 2), mod. *linde*; e igualmente semita *semnda*, mod. *senda*; comite *comde*, moderno *conde*; domitu *duendo*, amites (plur. de *ames*) *andas*; sancti-Emeteri, ant. *Santemder, Santander*; manīca *man-*

ga, túnica tonga, dies dominicus domingo, delicatu delgado, comunicare comulgar (§ 54, 1), famelīcu *jamelgo*, aliqu(is) unu *alguno*, anhelītu *aneldo*; sorice, ant. *sorze* (con *s* sonora, § 42, 1), mod. *sorce*; aurīfice, anticuado *orebze*; Ilici *Elche* (§ 42, 1, final).—En el caso de *AL'C* tenemos: *salice*, ant. *salze* y *sauze*, mod. *sauce* y *saz*; *calice*, ant. *calze*, mod. *cauce* y *cas* (en Alava, aun hoy, *salce, calce*), trato muy distinto de cuando *AL'ene* es primario, § 9, pues la *l* se vocalizó tardíamente, después de la monoptongación de *au*, § 47, 1, o bien la *l* subsiste hasta después de la pérdida de la *-e* final, y entonces se asimila a la *-s* y desaparece. El grupo *UL'C* en **pūlica* (por *pulice*) *pulga*, no vocaliza la *l*, pero sí vocaliza e inflexiona la vocal en ūlīce *us* (junto a *urce*), *Uceda* Guadalajara, *Ucedo* León.

2) Si la segunda consonante es oclusiva sonora, permanece: *solidare soldar*, igual que *caldo* o *lardo* (§§ 25, 1 y 47, 1).

3) Continua seguida de continua, permanece: *asinu asno, eleemosyna limosna*, lo mismo que *yermo* (§ 25, 1). Para *chinche*, véase § 37, 1. Para **GINE* hecho *īine*: *sartén, llanten, herrén, hollín, serrín*, véase § 9, 1. Para grupos de nasales y líquidas, § 59.

56. LAS CONSONANTES SEGUIDAS DE *R* SE DESARROLLAN COMO INTERVOCÁLICAS.—No podía ser otra cosa, ya que hacen lo mismo cuando están en grupo latino (§ 48): *capra cabra*=*aperire abrir*; sólo hay diferencia en el caso de la palatalización de la *c*: *magro*, diferente de *azre*.

1) Las oclusivas sordas seguidas de *R* se hacen sonoras: *recuperare recobrar, pipere pebre, laterale ladral* y luego *adral, iterare edrar*.

2] Las oclusivas sonoras se conservan: roborelu *robredo*, liberare *librar*, hedera *hiedra*.

3] Las fricativas sordas se hacen sonoras: acer *asre*, sicera, ant. **sizra*, y *cizra* (el mod. *sidra* parece reducción de **siadra*, comp. *yadrd*, § 123, como el fr. *cidre*, del ant. fr. *cisdre*); bífera (esto es, *ficus bífera*), anticuado *beura*, mod. *breua*; comp. *rávano*, *ábrego* (§ 48 y 42).

4] Las dobles permanecen simplificadas: littera *letra*, quattuor *cuatro* (no de quatuor, que daría **cuadro*).

57. LAS CONSONANTES SEGUIDAS DE *L* PRODUCEN A VECES UN SONIDO PALATAL DIFERENTE DE CUANDO EL GRUPO ES LATINO (§ 48).

1] Labiales: *P'L* da *ch* en *capula cachas*; pero permanece en *populu puebto*, o hay asimilación en *El Puebo* (Oviedo), *La Puela de Allande* (oficialmente *La Pola*), *Poladura Polacion Polanco* (Oviedo, Santander), «*polado*» por *poblar*» doc. de 1285, Villarcayo al N. de Burgos (1). — *B'L* produce *ll* en *tribulu trillo*, *Insubulu enjullo*, *sibllare chillar*, pero permanece en la mayoría de los casos: *sibllare* astur. *xiblar*, cast. *silbar*, *nebula niebla*, *nubilum nublo*, *tabulatu tablado*, *stabulu establo*, *fabulare hablar*. — *F'L* se conserva **sifllare chiflar*; **suflare*, arag. *chufiar*. Esta variedad de soluciones no se explica por una diferencia cronológica en la pérdida de la vocal intertónica (*trillo* y *tabla* remontan a formas sincopadas en latín vulgar, § 25). La diferencia debe ser dialectal: *pueblo*, *polación* se localizan bien en Asturias, Santander y Castilla del Norte; comp. *fabulare falar* en Asturias, Galicia y Portugal, frente al castellano *hablar*.

(1) Semiculta es *copla* *copula*.

2] Velares: *CL* es propiamente un grupo latino primario (§ 251) y da *j* siempre. La oclusión de la *c*, después de sonorizada *g*, se afloja en una fricación, *y*, que palataliza la *t*: *c'l > g'l > y'l > ll > j*; si la palatalización de *c'l* hubiera sido anterior a la sonorización, es de suponer que hubiera dado resultado distinto de *c'l*, como lo dió en italiano, no sonorizante, *occhio*, *orecchio*, a diferencia de *teglia*, *quagliare*. La *j* del español primitivo se conserva en el aragonés, evoluciona a *y* en leonés, y toma en el castellano antiguo el zumbido de *z*, escrita *j*; esta serie de evoluciones dialectales es idéntica a la de *ly*, § 53. Ejemplos: *ocūlu ojo*, aragonés *uello*, leonés *neyo*; genuculos (por geniculos) *hinojos*, **senuculu* (por *seniculu*) *hinojo*, *věrmicūlu bermejo*, *lěnticula lenteja*, **batacūlu* (por *batuaculu*) *badajo*, *novacula navaja* (1). Igual sonido *j* produce *G'L*: *těgūla teja*, *reja*, § 10, *coagūlu cuajo* (2).

3] Dentales: al producirse el grupo extraño *T'L*, esto es, oclusiva dental + continua dental, se evita la dificultad produciendo la oclusiva con el dorso de la lengua en vez de con la punta, a fin de dejar ésta libre para pronunciar la continua, y resulta *C'L*. Ya en latín vulgar se decía *veclus*, *vielus*, *capicium*, censurados en el Appendix Probi; pero la presión literaria mantenía también en las inscripciones *titulum*, *crustlum*, *Vitlu*, *capitlares*. Ejemplos: *vetulu > veclu viejo* (arag. *biello*, leon. *biayu*), § 10, *mitulu al-maja*, *esca mutilare* (esca 'cebo del fuego,

(1) En voces tardías o semicultas se conserva *CL* como *gl*: *sacoulu siglo*; *miraculu*, ant. *miraglo*, mod. *milagro*; *periculu*, ant. *periglo*, mod. *peligro*; *jocularu juglar*, *baculu baglo*, ant. *blago*.

(2) Se conserva *G'L* en voces tardías o semicultas: *regula regla*, *seglar*, y con disimilación *ligula* (por *lingula*) *legra*.

yescas, desperdicios de los árboles') *escamujar*, ad-rotulare *arrojar* (arag. *arrollar*, *arrullar*) (1).

58. OCLUSIVA SEGUIDA DE NASAL.—Aparte de decimu *diezmo*, ricinu *rezo*, duracinu *durazo*, epithema *bigma*, maritima *marisma*, nótese que *T'N* invierte sus términos, lo mismo que *t'l*, en otras voces que parecen semicultas: catenatu *candado* (ant. *cañado*), serotinu *serondo* (ast. *seroño*), rēlina (de retinēre) *rienda*. El germánico *Fridenandu* da ant. *Frednando*, *Frenando*, mod. *Fernando*.

59. LOS GRUPOS DE NASALES Y LÍQUIDAS AÑADEN CASI SIEMPRE UNA OCLUSIVA SONORA INTERMEDIA, pues ambas continuas son difíciles de pronunciar seguidas sin que surja entre ellas la interrupción de una oclusiva.

1] *M'N* da *m-b-r* (§ 54₁): homine *hombre*, donde se puede advertir la diferencia de cuando *MN* es grupo latino, como en *daño* (§ 47₂); *domnu* perdió su vocal en época latina, y por eso dió *dueño* y no **duembro*. Otros ejemplos: femina *hembra*, **columinare* ('divisar a lo lejos' desde una altura o columen) *columbrar*, seminare *sembrar*, luminaria *lumbre*, *lumbre*, *nombre*, *mimbre*, etc. (§ 77₁). En el siglo XIII coexisten en diversas regiones las formas *nomne*, *nomre* y *nombre*.

2] *M'R* da también *m-b-r* (comp. *μαστυρρία* de *μέσος*

(1) En voces semicultas, tanto *T'L* como *D'L* trasponen sus dos elementos, trocándose en *ld*: capitulu *cabildo*, titulu *tilde*, rotulu *rolde*, modulu *molde*; **anethulu* (por *anethum*) *aneldo*, *eneldo*; spatula *espalda*; foliatile (esto es, panis foliatilis) ant. *hojalde*, mod. *hajaide*. Estas voces son tardías y semicultas, a juzgar también por la *-e* final, en vez de *-o*, que ofrecen algunas, y por la vocal acentuada de las cuatro primeras, contra la evolución popular de la *i* y de la *o*, según se advierte en los §§ 11₁ n., y 13₁ n.

χίμπα, fr. *nombre*, *encombre*): humeru *hombro*, cucumere *cohombro*, memorare *membrar*.

3] *M'L* da *m-b-l* (fr. *trembler*, *humble*): tremulare *temblar*; pero también hay la inversión de ambas consonantes continuas: *tūmūlu torno*, y *colmo* si viene de *cūmulu*.

4] *N'R* da *n-d-r* (comp. *ἀνδρός*, genit. de *ἀνὴρ*, fr. *cen-dre*, *gendre*, *tendre*): ingenerare *engendrar*, cinere *cen-dra*, *acendrar*. Pero también se produce la inversión: **cin-nerata* (de cinis) *cernada* junto a *cendrada*, generu *yerno*, Veneris *viernes*, teneru *tierno*. Aun hay una tercera solución: se conserva *nr* haciendo fuerte la *r*: honorare *honrar* (ant. *ondrar*); ast. *xeuru*, *tienu*; port *tenro* y *terno*.

5] *N'M* cambia su *n* en *r* o *l* (§ 54₂ y ₃): minimare *mermar*, anima *alma*; pero *Ranimirus Ramiro*.

6] *L'R*: colorare *corlar*, meliorare *medrar*.

60. GRUPOS DE OCLUSIVAS.—La segunda tiene más resistencia y sufre menos cambios que la primera, limitándose su evolución a convertirse en sonora la sorda. La mayor resistencia de la segunda consonante procede de que es explosiva, comienza sílaba y participa así de la fuerza de las consonantes iniciales, mientras la primera consonante es implosiva y participa de la debilidad de las finales.

1] En el grupo de labial y dental, cuando es latino, la labial se asimila; y cuando es romance, conserva su individualidad; comp. septu **setto*, *seto* (§ 49₁) con capitale en que la *p* y la *t* evolucionaron primero como intervocálicas: **cabidal*, y luego como agrupadas: *cabdal*, *caudal*. *F'T*, *P'D*, *B'T* y *V'T* se agruparon reducidas a *bd*, cuya *b* era todavía pronunciada por Valdés; pero en su tiempo ya se anticuaba; y desde entonces se vocaliza en *ud*, que tras vo-

cal posterior se reduce por asimilación a d: capitellu (en sentido de 'cabecilla'), ant. *cabdiello*, mod. *caudillo*; capitale, ant. *cabdal*, mod. *caudal*; — rapidu *rabdo*, *raudo*; lapide *laude* (este *au* tan tardío nunca se monoptonga, § 9, comp. § 55 al comienzo); — debita, ant. *debda*, mod. *den-da*; bibitu ant. *bebdo*, *béudo*, *béodo*, mod. *beúdo* (§ 6,); — civitate, ant. *cibdad*, mod. *ciudad*, *viuda* (§ 67,). Después de vocal posterior: *cūpīdītia (por cūpīdītis), anticuado *cobdicia*, mod. *codicia*; cubitu, ant. *cobdo*, *coudo*, mod. *codo* (1).

2] El grupo de gutural y dental, cuando es latino produce una palatal *ch*, *j*, *ñ* (§ 50); pero cuando es romance prevalece la articulación dental. *C'T* se reduce a *zd* y luego a *z*; así placitu, ant. *plazdo*, mod. *plazo* (§ 67,); la forma *pleito* es un aragonesismo (2); recitare *rezar*; *amicitate ant. *amisdat*, *amizat*, mientras el mod. *amistad* revela forma culta (§ 54,). En cuanto al ant. *fecbes* (§ 106,), deriva de *fac'tis*, con pérdida de vocal más antigua que en los casos anteriores.—En el caso *C'T* o *DY'T*, la *g* o *d* se pierde, como es natural, junto a vocales de la serie anterior (§ 43,), y así medietate dió regularmente en el castellano antiguo *meedad*, o con disimilación *meedad*, pero estas formas no prevalecieron, vencidas por el cultismo *meetad*, que de una parte se disimiló en *meatad*, y de otra parte se redujo a *meitad*, *metad*, *mitad* (3). Por otro lado

(1) Las voces cultas no forman grupo de consonantes y conservan estas intactas: *hábito*, *súbito*, *rápido*, etc.

(2) Para *pleito*, aragonesismo introducido en Castilla hacia el siglo XII, véase *Orígenes del Español*, § 17.

(3) Véase *Orígenes del Español*, § 48.

cogitare *cuidar* y digitu *dedo* revelan claramente la pérdida de la fricativa sonora (§ 24, final).

3] En grupos de dental y gutural la primera se hace continua o desaparece, y la segunda permanece oclusiva, pero convertida en sonora la sorda.—Así, *T'C* o *D'C* da ant. *dg*, mod. *zg*: portaticu, ant. *portadgo*, mod. *portazgo*; pedicu (por pedica) *piezgo*; judicare, ant. *judgar*, moderno *juzar* (1). Son de origen leonés (en este dialecto se dice *portalgo*, *mayoralgo*, *julgar*, etc.) (2), los casos de conversión de la primera en *l*; el más importante es natíca (por natem) *nalga*, que también se propagó al portugués al lado del indígena *nadega*; en cuanto a *mielga* herba *Mēdica* (de Media), hay que notar que ya en latín existía la forma vulgar *Mēlicus* (que en su vocal inicial se dejaría influir por el grecismo *mēlicus*).—*D'C* dió ant. *dz*, *z*, mod. *c*: duodecim ant. *dozse*, *doze*, mod. *doce*; tredecim, anticuado *treze*, mod. *trece*.

4] Dentales: hereditate *heredad*; pero *marchitar* muestra ser semiculto (§ 54, final).

61. GRUPOS DE TRES O MÁS CONSONANTES.—1] Se conservan las tres cuando la primera es nasal líquida o *s*, y la tercera *r* o *l*: temporanu *temprano*, *comperare *comprar*, Pompelone *Pamplona*. Las dos continuas primera y

(1) Compárese para esa conversión en continua de la *d* fricativa final de sílaba (§ 35,), la palabra gothici *gozque*, voz que no cito en el texto porque la popular sería **gozgo*.

(2) En leonés medieval son habituales estas formas, y se hallan muy arraigadas en leonés moderno (véase mi *Dialecto Leonés*, § 12,). No podemos dejar de calificarlas como leonesas, aunque alguna de ellas se encuentre propagada en el castellano popular (ejemplos reunidos por GARCÍA DE DÍXO, en la *Rev. de Filol. Esp.*, III, 1916, pgs. 313-316).

última pueden sufrir cambios: ancora *ancla* (§ 54₁), glandula *landre* (§ 54₂), vulture *buitre*, alteru *autro* (§ 9₁), otro. A éstos se asimilan los que, aunque tienen nasal la última consonante del grupo, la truecan en *r* o *l* (§ 54₃): sanguine *sangre*, *lendine (por lens, lendem) *liendre*, inguen (§ 62), *ingle*.

2] *con. C'L* es propiamente un grupo latino primario, § 25. Cuando intervocálicos, *c'l* y *o'l* dan igual resultado, efecto de la previa sonorización de *c*, § 57; pero cuando precede otra consonante, como la *c* no puede sonorizarse, se produce un sonido palatal sordo: circulu **cercho*, *cercha*; cicerula *cicercha*, trunculu *troncho*, *mancula (§ 69, por macula) *mancha*, conchula *concha*, *cinctulu (imitado de cingulu; ital. *cincolo*) *cincho*. La primera consonante del grupo puede desaparecer: sarculu *sacho*, marculu ('martillo' o martulum) *macho*, masculu *macho*, calculu *cacho*, sustantivo (1). Acaso hortulu es la etimología de *Horché* (§ 57₁). — *con. GL* da un fonema sonoro: subgluttiare (por singultare, *singultare) *sollozar*; cuando la primera consonante es *n*, se produce *ñ*: ungula *uña*; singulos, ant. *seños*, mod. *sendos*; rivi angulu *Riaño* (León) (2); cingulu *ceño* 'aro, cerco'.

3] En la generalidad de los otros casos se conservan sólo la consonante primera y última: vindicare *vengar*, episcopu *obispo*, computa *cuenta*, panza, *once*, *catorce*, *renda* (§ 57₁), archipresbyter *arcipreste*. La última consonante puede alterarse: v. gr., junto a *panza*, hay *pancho*,

(1) Semicultas: *muslo*, *meselar* (§ 3₂).

(2) Véase *Orígenes del Español*, pág. 322. Son cultas *angulo*, *cingulo*, *singularidad* (ant. *señaldat*, astur. *señardd*, *señald* (§ 24₁)).

y junto a *despancurrar* hay *despachurrar*; además cortice **corce*, *corcho* (§ 35 bis₁, final). La primera consonante se altera en anténatu, ant. *annado*, luego *alnado* (§ 54₁). Se funden la consonante primera y tercera: acceptore, anticuado *astor* (§ 67₁), luego *azor*, como las palabras citadas en el § 60.

4] Se pierde la consonante primera en ciertas combinaciones. Cuando la primera y segunda son *CT* o *CS* o *CN*, la velar se vocaliza en *i*, pero no palataliza a la dental implosiva, como cuando ésta es explosiva por seguirle vocal, § 50: pectinare **peynar*, *peinar*, y la *i* se pierde, influyendo o no en la vocal anterior: pectoral, ant. *peitral*, mod. *petral*; *lectorile (de lector) dió *letril* y luego **latril* *atril*; *benefactoria *behetría*; fraxinu, ant. *fréisno*, moderno *fresno*; *sexima, ant. *seisma*, mod. *sesma* (1); pignora, ant. **peindra*, *peindra*, *pendra*, mod. *prenda*, § 54₁. Otros grupos en que también se pierde la primera consonante: *almendra* (§ 26₁); septimana, ant. *setmana*, *sedmana*, *semmana*, mod. *semana*; Séptimánca, ant. *Sietmancas*, *Sedmancas*, mod. *Simancas* (2). Claro es que insula habrá de dar *isla* por la antigua reducción de *ns* a *s* (§ 47₁).

5] Para *con. DY* o *con. LY* véase § 53₁ y 6.

CONSONANTES FINALES

Distínganse siempre las que son finales en latín de las que lo son en romance: en sudorem la final latina es *m*,

(1) Véanse estas formas con *i* en *Orígenes del Español*, p. 93.

(2) Véase *Cantar de mio Cid*, I, 1908, pág. 191.

pero la final romance es *r*, por la pérdida de la *m* (§ 62,) y, de la *e* (§ 28₂).

62. LAS CONSONANTES FINALES DEL LATÍN SE PIERDEN EN ESPAÑOL, SALVO LA *S* Y LA *L*, QUE SE CONSERVAN, Y LA *R*, QUE PASA A SER INTERIOR.—He aquí los pormenores de esta ley general:

1] Labiales: la *M* final latina se perdía ya en la pronunciación de Plauto, y no se escribe en el sepulcro de los Escipiones: los gramáticos latinos nos aseguran que no se pronunciaba cuando la palabra siguiente empezaba por vocal (comp. co-eo, có-agulo). En el habla vulgar la pérdida se hizo general; así quíndecim dió en romance *quince*, *caballum caballo*, *novem nueve* (1). Sólo se pronunciaba en los monosílabos, para reforzar su debilidad fonética, y aun se sigue pronunciando en español, convertida en *n*: quem *quien* (y por causa de éste, aliquem *alguien*), cum *con*, tam *tan*, quam *cuan*; una excepción es jam *ya*, que pierde su *-m* también en los demás romances.

2] Dentales perdidas: La *-T*: caput *cabo*, aut *o*, amat *ama*, sunt *son* (§ 107₁), post *pues*. La *-D*: ad *a* (en aragónés, en el Fuero de Madrid, etc., ante vocal: *ad* aquel, *ad* otro), aliquod *algo*. Las inscripciones, aun las del tiempo de la República, revelan la inseguridad de la pronunciación latina, al escribir quodannis, adque, prefiriendo la *t*: aput, quit, set, atnatos. La *-N* se pierde en non, ant. *non*, mod. *no*; se conserva en in *en*; y pasa a interior en los neutros nomen > nomene *nombre*, § 54₂. La *-R* pasa a interior: inter *entre*, semper *siempre*, quattuor *cuatro*, sartor (nominat.) *sastre*, piper *pebre*. La *-L* se conserva

(1) Voces cultas: *Addn*, *Jerusalón*, etc.

en los monosílabos fel *hiel*, mel *miel*, y pasa a interior en in-simul, ant. *ensemble*. La *-S* se conserva, como en casi todos los romances: minus *menos*, Deus *Dios*, ambos *ambos*, venis *vienes*, sex, secs *seis*; ad vix, ant. *avés* 'apenas', adverbio del cual en las Glosas Emilianenses ocurre una forma *veiz*, si bien es de lectura dudosa; Félix *Féles*, Féles, Félis (1).

3] Velares perdidas: *-C*: ad-illac *allá*, nec *ni*: sic *si*, dic *di*, § 115₂ (2).

63. CONSONANTES FINALES ROMANCES.—1] Quedan constantemente finales en romance las consonantes dentales y alveolares latinas, no agrupadas en latín ni en romance, y la fricativa *-ç* por la pérdida obligada de la *-e* tras ellas, § 28₁, y a veces por la pérdida eventual de la *a*, según el § 29₂. He aquí ejemplos y pormenores: —a) *-T* > *d*: caritate *caridad*, edad, virtud, salud, Jared, cantate *cantad*, lite lid, rôte *red*, sÿti *sed*; esta *d* se escribía frecuentemente *-t* en la Edad Media, representando el ensordecimiento propio de los sonidos finales.—La *-D* suele perderse, pero se observan grandes vacilaciones: mercede, ant. *mercé*, pero prevaleció *merced* por influjo de la multitud de polisílabos abstractos acabados en *-d* procedente de *-t*; *-ate*, *-ute*. Los monosílabos no sufrían este influjo, y así en fide, pède, sède, prède es raro hallar la *-d* conservada: *fed*, *fet* (Fuero Juzgo, documentos asturianos), *piéd* (Berceo, Fuero de Navarra); *sied* (Berceo), *prod*, *prot* (Fuero Juzgo); lo corriente es que la *d* se pierda, § 41₂, antes de la pérdida de la vocal final, *fee* (Berceo), *see* (Fuero de León), *proe* (Aléxandre, documentos asturianos), *proy* (Fuero de Salamanca),

(1) Véase *Cantar de Mio Cid*, 1908, p. 192.

(2) En voces cultas se conserva la *c*: *Isaac*, *Abimelec*.

comp. Tude *Tiy* en Galicia; el hiato se redujo anseguida: *fe, pie, pro* que son las formas corrientes en Castilla desde muy temprano. Los proparoxítonos que excepcionalmente no perdieron la *-d-*, *lapíde laude*, *trípēde trebde, treude*, § 41, perdieron la vocal postónica antes que la final, sin que ésta más tarde pudiera perderse a causa del grupo *yd*. —b) *-N=n*: pane *pan*, ratione *rasón*, sartagine *sartén*; para *español*, § 66. —c) *-L=l*: sale *sal*, fidele *fiel*. —d) *-R=r*: mare *mar*, amare *amar*. Se puede disimilar la *-l* o *r*: arbore *arbol*, lugar (§ 66). —e) *-S* o sus similares (§ 47). —*RS, -NS > s*: transverse *través*, reverse *revés*, mense *mes*, montense *montés*. —f) *-C* y *-CY*, *-TY > z*: pace *paz*, cruce *cruz*, solaciu *solaz*, pretiu *pres*. Hoy esta *s* es sorda (lo mismo en Miranda de Duero, *pac, raiz*, que en Castilla), pero antiguamente no lo solía ser en castellano; dialectalmente aparece escrita en antiguo aragonés y leonés: *diez, pag, Pelayez*. Se pierde hoy en Andalucía y en regiones americanas que aspiran la *-s* final, y hasta en alguna región de Castilla como Cisneros de Campos: *crú, narí*.

2) El español antiguo, en los siglos XII y XIII, admitía accidentalmente finales otra porción de sonidos consonantes; no vacilaba respecto de los ya enumerados, pues siempre decía *merced, cruz*, y nunca *mercede, cruze*; pero si respecto de los que vamos a enumerar, y ora decía *noche*, ora *noch*, etc. En primer lugar, deben citarse las mismas consonantes dentales y *C* cuando van agrupadas con otras.

a) Dentales agrupadas: *t* representando un grupo latino: *saptem siet*; o una sorda conservada por cultismo: *dot* (añádase el caso de la *t* inicial del pronombre apocopado *-t*: *qued* por *que te*, § 94). —*nt* o *nd*: *sant, mont, puent* o

raro *puend, dond* o *dont* y *don*; *secundu segund* o *segunt, grand* y *gran*, cōmite *cuend* y *cuen*, *Sant Fagund* o *San Fagún*. —*rt*: *art, part, fuert* o raro *fuert*. —*at*: *huest, est, minist* (§ 107). —*ld*: *humilt, Bernald*. —Alveolares: *rr*: *Torralba*, o *r* ante consonante, *Torquemada, Tordadijo, Tormor*. —*ss*: *messe* *mies* junto a *miesse*, *ainassem amds* (§ 107). —*ç* representando *SC* hecha *z*: *crescit crez, fasce faz* y *face*, *pisce pez* y *pecc*. —*lç*: *dulçe, duls* y *duz*, *calce coc* y *coz*, *falce foc* y *foz*. —*lx*: *salice salze* y *saz*, *calice calze* y *cas*; véase § 55 *in*ic. para la fecha más tardía de este grupo. —*rz*: *acere arze* y *arz*. —*nç* hecho *nz*: *alcanz, entonz*. —Para *nn* y *ll* véanse las palatales.

b) Labiales: *p* y *b* hechas generalmente *b*: *princep; Lob Diez*, según el § 29, nombre que sin apellido era comúnmente *Lope*; *quis sapit quicabe* y *quicab*. —*v* hecha *f*: *nuef, nief, naf, alef, of* y *ove* o *hube*. —*m* generalmente hecha *n*: *com* por *como*, *quen* por *que me* (§ 94); hoy en Álava *alún* por *alume* *alumen*, y en Asturias *on*, en frases vocativas, junto a *ome*, por *omne* *homine*.

c) Palatales: *eh*: *noch, lech*. —*x*: *buxu box, dixi dix*, *adduxi adux*. —*j* hecha generalmente *x*: *genuculu hinoj, lineaticu linax, barnax, reloz*. —*ñ* hecha *n*: *domnu don, longe luen* junto a *lueñe*; *desdén* junto a los otros postverbales **desdeñe* y *desdeño* (§ 83). —*ll* hecha generalmente *l*: *mille mill* y *mil*, *pelle piel, elle* y *él* (§ 93), *calle* y *cal*, *valle* y *val*, *castillo* y *castil* (muy usado en proclisis *Castil de Peones*), *cabello* y *cabel*; en América se conserva la palatal en *fuey* por *fuelle*.

d) Velares: *e*: *achac, duc, Anric*. —*nc*: *franc*. —*g*: *Diag López* o *Dinc López*.

3) Con todas estas apócopes el español de los siglos XII

y xiii se asemejaba mucho al francés; pero en el siglo xiv ya se generaliza la tendencia a mantener la -e en los casos del punto 2, de modo que a partir del siglo xv el español moderno no conoce más consonantes finales que las del punto 1: d, n, l, r, s, z, no agrupadas con consonante ni con semiconsonante: así que lo mismo mantiene la -e en *sauce, laude, peine, aire, fraile*, que en *monte*, etc. — En cuanto a los casos del punto 2, perdió la vocal tras las alveolares, que vinieron a resultar simples, aunque antes hubiesen representado un grupo; todavía Nebrija inscribe sólo con -e las voces *miessse, duce* 'dulce', *coca, hoce, hace* *fascce, pece*; aún hoy se dice en Plasencia *joca, jace*, o en Sayago *joci*, 'hoz'; pero la lengua corriente y literaria, usa *mies, cox, hoz, haz, pes*, exceptuándose únicamente los numerales *doce, trece*, ant. *dodae, tredae*, por razones extrañas a la fonética (§ 71), y alguna voz, como *cofrade*, en que influyó el ant. *cofradre* (§ 66). En todos los demás casos del punto 2 prevalecieron las formas con -e final, olvidándose la apócope y escapándose sólo algunas palabras aisladas que, por supuesto redujeron su terminación a vocal o a consonante dental simple, y admitiendo además la j: *san, según, gran, Sahagún; sax, caz* («palo *dux*» llama el pueblo de Madrid al 'palo dulce' o regaliz), *quiad, boj, reloj* (pronunciado también *reló*), *borraj* (pronunciado hoy *borrás*, forma que da Nebrija junto a *borrax*), *carcaj, don, desdén, el, mil y piel*; varias de estas formas se deben a la proclisis (*san, según, gran, don, el, mil*).

En la conjugación, la analogía desterró la apócope aun en los casos del punto 1, es decir, tras las consonantes l, n, r, s, etc., salvándose algunos restos de ella en el imperativo: *sal, pon* (§ 107). También carecen de apócope los postverbiales: *envase*, etc. (§ 83).

§ 63 bis. CRONOLOGÍA DE ALGUNOS CAMBIOS FONÉTICOS. — Como resumen de toda la evolución de vocales y consonantes, intentaremos reducir a un orden cronológico los más antiguos cambios fonéticos. Las dificultades para ello son grandes, y la serie que aquí establezco se halla, sin duda, sujeta a muchas rectificaciones. Además es preciso tener en cuenta que al colocar cada cambio como posterior en fecha a los que le preceden, es sólo en cuanto a su comienzo, o sea, en cuanto a la implantación del principio fonético que le rige; luego, la propagación de las nuevas formas lingüísticas, una vez creadas según ese principio, se verifica muy lentamente, tardando por lo común varios siglos en consumarse su triunfo, de modo que un cambio, antes de generalizarse, convive y acaso lucha con otros cambios posteriores en fecha, produciéndose interferencias complicadas.

1] El timbre diferente de las vocales, abiertas o cerradas, sustituye a la cantidad prosódica que cae en olvido, § 8.

2] Formación de la yod, de múltiples orígenes, § 8 bis. Aun la yod 4.^a es muy antigua, pues la yod de *cr* o la atraída de la sílaba siguiente, inflexionan las vocales abiertas 8], *nöcte, læctu, matëria*, § 10, 13.

3] Desaparición de la yod 1.^a, por palatalización de consonantes dentales y velares, *pacc > pakse, ericiu > eriksiu, ratione > ratsone* § 34, y 41, 42, 53. Anterior a la inflexión de vocales abiertas 8], § 10, 13.

4] Pérdida de oclusivas y fricativas intervocálicas, *sarta(g)ine proba(v)i* § 43, *co(g)itat* § 24, *tepi(d)u* § 26. Anterior a la sonorización de la oclusiva sorda, 5], anterior a la inflexión de las vocales abiertas, 8], y a otros varios cambios fonéticos, § 41.

5] Sonorización de la oclusiva sorda intervocálica § 40. Anterior a la desaparición de la yod 2.^a 11], *oculu ojo* = *tegula teja* § 57; anterior a la pérdida de la vocal intertónica 14], *domin(i)go*, *vicin(i)dade* § 54; anterior a la monoptongación de *au* 18], *paucu poco*; la sonorización de *s* ocurre aun tras *au*, § 47.₁.

6] Simplificación de las consonantes dobles, *gutta* § 45, y de otros grupos análogos por asimilación, *septe sette siete*, *gypsu*, § 49, *ursu* (pero *ns > s* es anterior) § 47.₁.

7] Vocalización de *l* ^{ant.} en grupos primarios. Anterior o posterior a la inflexión de las vocales cerradas *q*, *q* 12], *impūlsiat empuja*, pero *ūlva ova* § 47.₁; anterior a la formación de *ch* 16], *mūltu mucho*; anterior a la monoptongación de *au* 18], *saltu soto* § 9.₁.

8] Inflexión palatal de las vocales abiertas *q*, *q*. Anterior a la desaparición de la yod 2.^a 11], *spōllu* § 13.₁, *rēgula* § 10.₁.

9] Diptongación condicionada de *q*, *q* acentuadas, ante yod, en leonés y aragonés, *fuella* § 13.₁, *viengo* § 10.₁.

10] Diptongación incondicionada de las vocales acentuadas *q* § 13.₁ y *q* § 10.₁.

11] Desaparición de la yod 2.^a, por palatalización de *ly*, *c'l*, *g'l*, y de *ny*, *gn*, *ng*, § 34.₁. Anterior a la inflexión de la mayoría de las vocales cerradas 12], § 8 bis.₁, pues no inflexiona sino *o + ñ*, *cūnea cuña* § 14.₁, 11.₁.

12] Inflexión palatal de las vocales cerradas *q*, *q*. Anterior vacilante (coetánea?) a la desaparición de la yod 3.^a 13], *rubēu royo, ruyo* § 14.₁; *fastīdiu hastío*, contra *corrīgia correa* § 11.₁.

13] Desaparición de gran parte la yod 3.^a, por palatalización de *gy*, *dy* § 53.₁, y *by* § 53.₁. Anterior a la inflexión de *a* 15], *radia raya* § 9.₁.

14] Pérdida románica de la vocal pro- o post-tónica § 24 y 25. Anterior a la formación de la *ch* < *et* 16], *pect(o)rale pēitral, petral*, § 54.₁; anterior a la monoptongación de *ai* 18], *majorinu merino* § 24.₁; anterior a la pérdida de la -e final 19], *salice sáuce*, § 28.₁, *lapide laude* § 63.₁.

15] Inflexión palatal de *a*, la más tardía de todas las inflexiones. Anterior a la desaparición de la yod 4.^a 16], *riparia ribeira riberu*, *proba(v)i probei probé* § 9.₁.

16] Desaparición de gran parte de la yod 4.^a, por palatalizaciones como *et > it > ch*, *ka > x*. Anterior la *ch* a la monoptongación de *ai* 18], *lacte leiche leche* § 9.₁.

17] Confusión de *ō* y *ū* finales. Todavía en los siglos x y xi se conservan rastros de la distinción entre *terminū* y *terminūs* (*Orígenes del Español* § 35).

18] Monoptongación de los diptongos decrecientes *au* y *ai*. Anterior a la vocalización de *i* en grupo secundario 20], *cal(i)ce cauce* § 9.₁; los diptongos *ei* y *ou* sobreviven aún hoy en el dialecto leonés occidental, y ciertos vocablos con *ei* perduran aún en algunas regiones de Castilla en los siglos xii y xiii § 9.₁.

19] Pérdida de la -e final, § 28.₁. Todavía en los siglos xii o xiii estaban sin fijar las normas de la pérdida o conservación de -e § 63.₁.

20] Vocalización de *i* y de *u*, *p*, en grupo consonántico secundario, *calice cauce* § 55.₁; *debita deuda* § 60.₁.

21] Reajuste de las consonantes en los grupos secunda-

rios causados por la pérdida de la vocal intertónica 14], *limde, plazdo, cadnado, noivre* § 54.

Los cambios 1]-13] se propagan en la época del latín vulgar; la generalización de los cambios 9]-13] constituye una época de transición entre latín y romance. Los cambios 14] y siguientes se propagan en época plenamente románica.

Aquellos cambios cuyo orden cronológico respectivo importa más tener en cuenta para deducir de una forma latina la correspondiente romance, son los cuatro siguientes:

El timbre románico en vez de la cantidad: 1] y 10].

Sonorización de la oclusiva sorda intervocálica 5].

Pérdida de la vocal intertónica 14].

Pérdida de la -e final 19].

CAPÍTULO IV

CAMBIOS FONÉTICOS ESPORÁDICOS

64. Hemos visto en el capítulo II la evolución de las vocales, y en el III la de las consonantes, en aquello que tiene de más regular, de más repetido y constante en la primitiva evolución de cada sonido latino hacia su correspondiente español. En esos dos capítulos anteriores hemos visto principalmente desarrollarse el trabajo muscular del aparato vocal en cuanto articulador de la palabra, regido por una actividad psíquica más o menos consciente; es decir, hemos visto la historia de la articulación del latín, como expresión de un fenómeno espiritual, claro es, pero sometida a muy determinadas normas fisiológicas y a muy poderosas corrientes tradicionales que obraron sobre la colectividad hispánica, DENTRO DE LÍMITES GEOGRÁFICOS Y CRONOLÓGICOS DETERMINADOS. Esa historia nos ha dado a conocer leyes o direcciones que obraron sobre todos o sobre la mayoría de los casos en que cada sonido se daba en igualdad de condiciones dentro de palabras hereditarias pertenecientes a las épocas primitivas en que se formó el idioma español.

El descubrimiento de esas leyes fonéticas ha sentado el estudio del origen de las palabras sobre una base firme capaz de servir al trabajo científico; ha dado eviden-

cia a la etimología que antes era sólo un hacinamiento de hipótesis desarticuladas entre sí, más o menos ingeniosas o descabelladas, casi únicamente buenas para suscitar el chiste sobre la arbitrariedad de los etimologistas; «y dicen que averiguan lo que inventan», pensaba Quevedo.

Pero si las voces que constituyen la mayor y mejor porción del léxico, las de uso más corriente y habitual, siguen esa evolución arriba expuesta, otras muchas, principalmente las de uso menos constante, quedan inexplicables por esos principios, siendo la menor frecuencia de su empleo la causa principal de la menor regularidad en su desarrollo. En estas voces rebeldes hay que reconocer otros cambios fonéticos que no son tan regulares o normales como los anteriores, sino que obraron u obran esporádicamente, unas veces sí y otras no, sobre los sonidos colocados en iguales condiciones dentro de las varias palabras.

Algunos de estos cambios esporádicos son de igual índole que los regulares, es decir, se refieren al modo en que los centros nerviosos dirigen el trabajo muscular del aparato vocal: algunos de esos cambios hasta tienen a veces un campo de acción tan extenso, que llega a ser difícil establecer el punto de separación entre ellos y los cambios regulares (1). Pero otros muchos cambios esporádicos son de naturaleza visiblemente distinta de la de los regulares, por fundarse en una intervención más pronunciada de las actividades psíquicas individuales que desvían la articulación de un modo brusco, muy diverso del modo gradual o

(1) Arrastrados por esta indecisión, hemos creído oportuno mezclar a la exposición de los capítulos II y III, muchos casos manifestamente esporádicos, por ejemplo, § 18, y 1, 20, etc.

evolutivo en que se suele alterar la articulación en los cambios regulares: así, por ejemplo, la *s* de *lunes* (§ 68,) es manifestamente un postizo venido desde afuera a la palabra *lunae*, mientras la *l* de *tierra* se desgajó naturalmente de la articulación de la *e* latina de *terra* al querer dar más realce a la vocal acentuada.

Estos cambios esporádicos no pueden por lo común localizarse ni fecharse, como los otros, así que no sirven como los otros para caracterizar la actividad peculiar de un idioma en una época dada, porque SUELEN PRODUCIRSE IGUAL O ANÁLOGAMENTE EN CUALQUIER ÉPOCA Y EN LOS MÁS DIVERSOS IDIOMAS. La evolución del grupo *CT* en *ch*, o de *LY* en *j*, o la diptongación de *o*, etc., caracterizan perfectamente el español en su evolución primitiva, separándolo no sólo de los otros dialectos románicos peninsulares y extranjeros, sino separándolo también del mismo español en época más tardía, cuando ya no puede alterar la *ct* de *artefacto* o de *impacto*, ni la *ly* de *palio*, *escalio*, *dalia*, *solio*, etc. Por el contrario, una metátesis de *r* se da lo mismo en el español integrare, *integrar*, *entregar*, *entregar*, etc., que en italiano o en griego; la inserción de una *r* tras *st* ocurre lo mismo en voces primitivas del español, como *stella* > *estrella*, que en otras modernas, como el inglés *ballast*, que dió *balastre* (así en la edición 11 del Dicc. Acad.), *balastro*, en boca de trabajadores ferroviarios, al lado de *balasto* (así en la edición 14 del Dicc. Acad.).

Estos cambios esporádicos, aunque no puedan reducirse a una sistematización tan clara como los regulares, interesan esencialmente a la historia, pues acaso nos revelan la vida psíquica del lenguaje con más variedad e intensidad que los cambios regulares; son además también importantes

para completar el estudio etimológico del léxico, pues ellos explican muchas excepciones a los principios fonéticos sentados anteriormente, las cuales no deben tomarse como anomalías caprichosas, sino como cambios debidos a otras leyes o principios de menos generalidad o extensión.

Expondremos a continuación algunos de estos cambios fonéticos esporádicos.

FENÓMENOS DE INDUCCIÓN ENTRE LOS VARIOS ELEMENTOS ACÚSTICOS DEL LENGUAJE

Los sonidos que arriba hemos estudiado aisladamente no funcionan en el lenguaje como elementos aislados, sino formando palabras y frases; y al tener que pronunciarse juntos varios de esos sonidos, sucede a veces que unos influyen sobre otros, pues el aparato vocal procura allanar las dificultades de pronunciación que pueden resultar de la proximidad de unos a otros, y así se producen varios fenómenos debidos a la influencia entre dos sonidos de la misma palabra o de dos palabras inmediatas en la frase (§ 65-67). Pero, además, la palabra no sólo vive en las frases en que se la emplea, sino en la memoria del que habla, y ocurre a veces que dos o más palabras análogas en su significación se influyen en sus sonidos, pues al ser pronunciada una de ellas, toma algún sonido de la otra u otras análogas que no se profieren, pero que se presentan juntas en el espíritu del que habla (§ 68).

65. ASIMILACIÓN ESPORÁDICA (1).—Puede ocurrir que los

(1) Véase el estudio general de E. SCHOPP, *Die konsonantischen Fernwirkungen: Fern-Dissimilation, Fern-Assimilation und Metathesis*. Göt-

órganos articuladores encuentren embarazosa la diferencia que hay entre dos sonidos próximos, y por eso tiendan a igualarlos en algo. Entonces se produce la asimilación, que es la propagación de algún movimiento articulatorio propio de un sonido, a otro sonido que originariamente no participaba de él.

La asimilación es uno de los más poderosos móviles en la evolución fonética. Los principales cambios regulares arriba estudiados se fundan en ella. Por ejemplo, el gran fenómeno de la sonorización de las oclusivas sordas no es más que una asimilación de la consonante a la sonoridad de las vocales vecinas; el paso de *ct* a *ch* no es más que una serie de asimilaciones; la evolución *ai* > *e*, *au* > *o*, *as* > *ss*, o la de *ma* > *m*, son procesos asimilatorios, etc., etc. Pero, además, la asimilación produce otros muchos cambios fonéticos esporádicos.

1] Asimilación de vocales. El latín *directu* debiera haber dado **direcho* (§ 19); pero la vocal acentuada influyó sobre la inicial para producir *derecho*. De **sūbmērgūlio* (derivado de *submergo* y con el sentido de *mergūlus*) debiera salir **somergujo*; pero se asimiló la vocal protónica a la inicial y se dijo *somorgujo*, influyendo además el que la vocal acentuada pertenece a la serie posterior, como la inicial. Lo mismo sucede con *störnūtu* *estornado*, también en catalán y provenzal *estornut*. Un caso frecuente es la asimilación de una *e* protónica a una *yod* siguiente, como *simiente*, y demás casos del § 18₂; de *e...d* > *a...d* (§ 18₂); de *a...d* > *e...d* (§ 17₁), etc.

tingen, 1919, y el especial de M. GRAMMONT, *L'Assimilation*, en el *Bulletin de la Société de Linguistique*, XXIV, 1923.—A. ALONSO, *Asimilación*, *Distimilación*, en *Bibl. Diact. Hisp.-Amer.*, I, 1930, pág. 395.

2] Asimilación de consonantes. En latín vulgar, en vez de pituita, asimilándose la semiconsonante *w* a la explosiva *p* inicial, se dijo pitpita o *pippita, de donde proviene *pepita*. El mismo *somorgujo*, citado a propósito de la asimilación de vocales, se dijo después *somormujo*, asimilando las consonantes *m...g*. Igualmente **cínisia ceniza* en vez de **cenisa*.

66. DISIMILACIÓN.—Se produce esquivando la incómoda semejanza entre dos sonidos de una palabra.

1] Disimilación de vocales. El latín *vīginti* daría **viliti* (§ 11₂) y se disimiló en el ant. *veinte*, mod. *veinte* (§ 6₂) (1).—Los romances para el posesivo *mēus* suponen el masculino regular *mēus*, pero el femenino *mēa*, sin duda por disimilación de *e* ante *a*: rumano *mieu*, *mea*; antiguo prov. *mieus*, *mia*; leon. occid. *mieu*, *mia*; port. *meu*, *minha*, y también el ant. fr. *moie*, esp. *mia*. responden a *mēa*. La misma diferencia hay que suponer entre *tūu* y *tūa*. Esta distinción entre el posesivo masculino y el femenino existió en el español antiguo, pero en el moderno ha desaparecido, § 96.—Al latín vulgar remonta la disimilación *redondo*, etc.; véase § 20₄.—Otras veces la disimilación es sólo de origen romance; por ejemplo: *fibēlla*, *rivēlla* por *fibūla*, *rivūlu*, § 83₁) dieron los anticuados *fiviella*, *Riviella*; pero al reducirse el sufijo *-iello* a *illo* (§ 10₁), en vez de **hibi-lla*, *Rivilla*, se dijo *hebilla*, *Revilla*. En los verbos esta disimilación es abundantísima: como dico es *digo*, debiera ser en el infinitivo *dicāre dicer*, o pasándolo a la conjugación en *ir* (cambio muy frecuente, § 111), debiera ser *dicir*; pero las dos *i* seguidas trajeron la forma *decir*, y lo mismo

(1) Otra explicación acepta MAYRA-LÜPKE, *Gram.*, I, § 601.

sucedió en las otras formas de la conjugación en que la vocal acentuada era *i*, como dice(b)am, ant. *dicia* (*i* tónica, § 11₂), mod. *decia* (§ 105₂).

2] Disimilación de consonantes (1). Comparando los derivados romances quinque y quinquaginta con los de quindécim y quingentos, se deduce que el latín vulgar en los dos primeros casos esquivaba la repetición de los dos sonidos *QU* próximos, convirtiendo el primero en *Q* o *C*, y decía cinque, de donde *cinco*, y cinquaginta, de donde *cincuenta*; mientras en los otros dos derivados de igual raíz mantuvo *QU* inicial, por no haber causa de disimilación, y de ahí *quince* y *quinientos*. La disimilación ocurre principalmente entre las consonantes continuas, sobre todo nasales y líquidas; el clásico hispanus o hispanicus tomó en latín vulgar el sufijo *-one* (que se usa para designar razas, como bretón, borgoñón, sajón, frisón, valón, lapón, sufijo que hallamos en el clásico asturco, *-onis*, junto a astur, *-ūris*, brito, burgundio), y de **hispanione* se dijo en ant. cast. *españón*; luego, disimilando las dos nasales, se llegó a *español*, con la terminación *-ol*, que no se usa para significar naciones. Además: *Barcinone Barcelona*; de *in-ante* pop. *denantes*, cast. *delante*.

Debemos señalar aparte un caso de disimilación muy importante, el de *r...r* > *r...l* o *l...r*, por tener grande extensión: robur. *roble* por *robre*, carcere. *cdrcel*, marmore. *mármol* (§ 54_{2.1}), arbore. *drbol*, leporariu. *lebrero* y *lebrél*, vergel; ant. *lorer*, mod. *laurel*; ant. *miércorcs*, mod. *miércoles* (§ 71); *verdulera*, ant. *verdurerera*; *taratrum* (de origen

(1) Véase M. GRAMMONT, *La Dissimilation consonantique dans les langues indo-européennes*, 1895.

céltico) *taladro*, como *aratum*, ast. *aladro*, (catal. *aradre* *aladre*); *celebro* ant. en vez de *cerebro*, etc. También tenemos *l...l > l...r*: locale *lugar*, Guillelmo *Guillermo*, etc.

Se observa que las principales condiciones que hacen más fuerte una consonante, para que sea inductora y no inducida, suelen ser: 1.º, ser explosiva, o sea, encabezar sílaba, yendo apoyada en otra consonante precedente (comp. el comienzo del § 60); 2.º, ir en la sílaba acentuada; y 3.º, si ambas consonantes son intervocálicas, ir en segundo lugar, pues la tendencia a la anticipación es más corriente que la inversa.

[3]—La disimilación puede llevar no sólo al cambio de un sonido, sino a su eliminación. Esta puede ser de dos clases: disimilación eliminadora de un fonema, como en *aratu*, ant. *aradro*, mod. *arado*, ital. *arato*, sin duda influyendo concurrentemente el participio *aratus* (acabamos de ver en el punto 2 cómo el asturiano buscó por otro camino remedio a la incomodidad diciendo *aladro*); *propriu pro-pio*; **tremulare* (de *tremulus*) **tremblar*, *temblar*; *ex-conspuo* **escuspo*, *escupo* (pero si falta el prefijo con su *s*, entonces la *s* del tema se conserva, ast. *cuspo*, *cuspir*); *conti(n)gäre*, ant. *cuntir*; **conti(n)gescäre* *acontecer*; *confratria* disimiló de dos maneras, ora ant. *confadria*, ora mod. *cofradía*. Hay también eliminación de una sílaba entera (en latín *veneficus* por **veneni-ficus*; *nutrix* por **nutritrix*; en inscripciones del siglo I, *restiturus*), como en *metipsissimus*, que fué en vulgar **med-ipsi-mus*, de donde ant. *meismo*, mod. *mismo*; a igual razón de deben *contendur* por *contendedar* y los anticuados *entender* por *entendedor*, *aprender* por *aprendedor*, *cejunto* por

cejjunto, *cascoruo* por *cascocoruo*, y el vulgar *probabilidad* por *probabilidad*; también *tritico* que en el siglo XI era *tridigo*, en vez de producir, según el § 60, **tridgo* (forma que no he hallado) produjo *tri(di)go*, *trigo*, en oposición a *montadgo*, *piezgo*, etc. (1).—En latín vulgar había tendencia esporádica a eliminar el elemento labial del diptongo *AU*: *Cladius*, *Gadentius*, *Glacus*, tendencia que se generalizó en la Rumania cuando *au* va seguido de *au*, *scu*, un fonema velar mas otro labiovelar *u*, que provocan la disimilación eliminadora de la anterior labiovelar *u*, implosiva. Así en vez de *Augustus* se decía *Agustus*, frecuente en inscripciones desde el siglo II de C., de donde derivan *agosto*, *Zaragoza*, *Caesaragusta*, y el nombre del octavo mes en todos los romances. También *a(u)gurio* era forma general en el latín imperial hablado, como lo prueban todos los derivados romances hermanos del español *agüero*, *agorar*, *agorero*. Igualmente todos los romances remontan a *a(u)scultare* forma vulgar en el imperio (*auscultat non auscultat*, censura el gramático *Caper*), ant. y vulgar *asouchar*, mod. *escuchar*, § 17. Cuando la *u* segunda no va precedida de fonema velar, no hay eliminación de la semivocal *u*: *autumnu otoño* (no **adoño*), **aurundu orondo*. Vacilantemente se asocia a los anteriores el caso de *cto*, con *auctoricare*, verbo técnico jurídico, que en varios romances da un derivado culto ora de *auct-* ora de *act-*, documentándose en latín vulgar formas hermanas como *actore*, *actoritate*; arag. *aitorgar*, con vocalización de la *c*, pero *atorco* doc. de Huesca 1196; *atorgar* y *otorgar* en el Poema del Cid, donde

(1) Acaso hubo también simple eliminación de la *d*, *triigo*, a juzgar por los derivados antiguos *Triigal*, *Triigueñor*, véase *Orígenes del Español*, pág. 321.

aparece más usada la forma segunda que es la moderna; la primera de ellas supone asimilación culta de la *c* attoricare (1).

67. METÁTESIS o cambio de lugar de los sonidos dentro de la palabra, atraídos o repelidos unos por otros.—Puede ser de dos clases:

1] Metátesis recíproca o retruque de dos sonidos semejantes que se hallan en sílabas vecinas. Acaece entre las consonantes nasales y líquidas, como en parábola, antecedido *parabla*, mod. *palabra*; periculu ant. *periglo*, moderno *peligro*; miraculu, ant. *miraglo*, mod. *milagro*; calcaneare, *calcañar* y *carcañar*; alimaña por *animalia*. El latín español, en vez de parete (§ 101), debía conocer *pater*, de donde el vulgar cast. *pader*, que no parece ser metátesis del romance *pared*, pues la -d final es tan relajada (arriba p. 101-102) que no es probable que pasase a intervocálica. La metátesis entre otras consonantes es rara: *faciem ferire*, ant. *facerir*, *hacerir* y después *zaherir*, por influencia del prefijo *za-* (§ 126, final); *mentastru mas-tranto*, luego *mastranzo* con cambio de terminación (compárese *garbanzo*), mirandés *maltrasto*; *tormo* (§ 59); alav. *pa-vor* por *vapor* del puchero.

(1) La explicación antigua de estos fenómenos, $au + u > a + u$, fue recibiendo precisiones sucesivas. J. Juv y A. Szioza (*Romania*, XLVIII, 1922, pág. 148) sospechan que *aurunda* mantendría su *au* por influjo de *aura* 'locura'. A. Alonso (*Rev. de Filol. Esp.*, IX, 1922, pág. 69) explica que en los casos de *auou*, que son los más seguros, no hay disimilación de las dos *u* sino asimilación de la *u* primera a la *g*. A. Castro (nota a la pág. 222 de la traducción de Meyer Lübke, *Introducción a la lingüística románica*, 1926) reclama más amplia explicación, y hace notar los casos como *Cladius*, *Pisauru* itál. *Pisara* *Metaurus* itál. *Métaro* *Alétre*; en estos dos toponímicos úmbricos hay cambio de acento que resoponderá a fonética dialectal.

2] Metátesis sencilla. Una nasal o líquida sola puede también cambiar de lugar en la palabra en virtud de la inconsistencia movediza de esas consonantes, o de la dificultad que causa su contacto con otra letra vecina. La *R* es la más insegura: **torculare* (por *torcellar*) hubiera dado **torchal* (§ 61), pero **troculare* dió *truja*; **ex-troculo* (por extorqueo) *estrujo*, *pectorale petral* y *pretal*, **pectorina pretina*, **ap-pectorare* ('estrechar contra el pecho'), *apretar* (1), *praesepe pesebre*; *crepare*, ant. *crebar*, mod. *quebrar*; *Virovesca*, ant. *Birviesca*, mod. *Briviesca*; *extonitru estruendo*, *integrare entregar*; *bifera*, antecedido *beura*, mod. *breva*; *acere asre* y *arce*; para *yerno*, etcétera, véase § 59. Para la metátesis de *L* en *aneldo*, *cabildo*, *espalda*, véase § 57, n.—Tratándose de otras consonantes, el paso de las formas antiguas *plazdo*, *astor* a las modernas *plazo*, *azor* debe suponer una metátesis favorecida por el carácter africado de la *z* o *ç* (§ 35 bis); *plazdo* Fuero de Medinaceli (= *pladz-do*) > **pladzo* (= *plad-dzo*) y con pronunciación fricativa de la *d* final de sílaba (compárese *juagar* § 60, n.) > **plazso* > *plazo*; *astor* doc. de 940, *adtor* Poema del Cid > **atçor* > **açor* > *açor*. También *vidua* > *viwda*, ant. *viuda*, *vibda*, mod. *viúda*; -ifíco, -iwgo, -iguo (§ 18).

68. INFLUENCIA DE UNA PALABRA SOBRE OTRA.—El sonido y el pensamiento que forman el lenguaje son de naturaleza tan distinta, que están entre sí, la mayor parte de las veces, en la relación del signo a la cosa significada, es decir, en una relación puramente arbitraria, establecida por una larga

(1) Si no se opone a esta etimología el port. *porto* 'cerpa'; también portugués *abertar*, est. *apuerta*.

tradición, siendo por lo común indiferente cualquier sonido para representar cualquier idea, y cualquier idea para encarnar en cualquier sonido. Sin embargo, hay muchos casos en que el hablante no se limita a usar de la palabra como de signo indiferente fijado y animado por la tradición, sino que la contamina con alguna otra representación psíquica concurrente, que viene a alterar la articulación de la palabra. Esta deformación fonética viene del deseo, por lo común inconsciente, de hacer resaltar con el sonido la analogía verdadera o supuesta que se descubre entre dos o más voces, acercando el sonido de una al de otra, o confundiendo en una dos voces de significado análogo. Veamos las varias clases de esta influencia.

1] Dos voces de significado semejante o correlativo, que se suelen usar en serie o juntas en la conversación, inducen al que habla a modificar la una según el patrón de la otra. En vez de decir en una enumeración *primarius* y *postremus*, se dijo en el vulgar *primarius* y **postrarius*, de donde primero y *postrero*. Por igual razón, al pronunciar juntos *dēstrum* y *sīnīstrum* se dijo, igualando la vocal acentuada de ambas voces, *dēstrum* y *sīnēstrum*, de donde se tiene diestro y *sinistro*. Como *nūrus* ocurría muchas veces junto *sōcera* o *sōcra*, se dijo **nōra* y *sōcra*, igualando la vocal acentuada y la terminación de ambas, por lo cual en español suegra y *nuera* (§ 131).—Los numerales nos dan ejemplos importantes; *trīgīnta* (que hubiera dado **triēntā*) se alteró por influencia de tres en **trōgīnta*, y como *vīgīntī* hizo *veinte* primero y luego *veinte* (§ 66), también en vez de **treēnta* se dijo *treinta* antiguamente (aún en Asturias), y después *treinta*. Como los tres numerales *once...*, *catorce*, *quince* llevan -e final, hicieron

que la conservasen los dos intermedios *doce*, *trece*, que debieran haberla perdido (§ 63). Para que *cuarenta* haya conservado su *u*, hay que suponer la influencia de *cuatro* (que empero no influyó sobre *catorce*), como *cuadro* influyó sobre *cuadrado* (§ 39).—Al citar seguidos los días de la semana, como tres de los genitivos *Martis* (esto es, días *Martis*), *Jovis*, *Veneris*, llevaban una -s final, se añadía otra -s a los otros dos que no la tenían en su origen, y por días *Lunae* se dijo **Lunae-s*, de donde *lunes*, y por días *Mērcūrii* se dijo **Mērcuri-s*, de donde *miércoles*; en este último nótese que la semejanza con los otros días de la semana no sólo se buscó en la s final, sino también en colocar el acento en la sílaba primera, según lo llevan los otros cuatro nombres. El derivado correcto de *dēcīma* es *dezmar*; pero el sustantivo *diezmo* trajo el diptongo también a la sílaba átona de *diezmar*. Un sufijo que se observa en muchas palabras influye sobre otro parecido (§ 83). Multitud de otros casos podríamos enumerar; bastará, empero, advertir que la analogía es, de todos los fenómenos especiales que enumeramos en este capítulo IV, el más importante, pues tiene capital influencia en la flexión nominal y verbal (§ 73).

2] Hay también cruce de dos voces aunque no pertenezcan a una serie. Dos palabras de significado muy parecido o igual y de sonido semejante, funden o cruzan sus sonidos, pues al tratar de expresar la idea pueden acudir juntamente al pensamiento ambas voces, y como se distinguen poco por el sonido, el hablante puede confundirlas en la enunciación, mezclando sonidos de ambas bajo un mismo acento, o sea haciendo de las dos una misma palabra. Para designar el 'escalón' se podían ocurrir

dos derivados de «pedem»: *pedalis* o **pedilis* y *pedaneus*, que tenían acepción semejante y que podían designar el tramo; de la reunión de ambos derivados se hubo de formar **ped(i)laneus* (§ 24,) y *peldaño* (§ 57). De calce 'el talón' se derivaron con distinto prefijo dos verbos: **in-calceare* ('pisar los talones al que se persigue, alcanzarle'), en esp. ant. *encalzar*, port. «ir no *encalço* de alguém», y otro **ac-calceare*, en esp. ant. *acalzar*; de la fusión de *acalzar* y *encalzar* se produjo **ancalzar* y luego *alcansar*, por metátesis (§ 67,). La forma accesoria *scūtella* nace de *scūtella*, influida por *scūtum*; de ahí *escudilla*.— Hay también mezcla de voces latinas y griegas. El esp. *trébol*, port. **trevo*, *trevo* suponen **trifōlu*, que debió formarse del cruce de *trifōllum* con τριφυλλον. El español *higado* y el portugués *figado* muestran que el acento de *ficētum* (hígado) se dislocó por influencia del acento vulgar *sýcotum* (del griego σικωίτον), con acento proparoxítono como *córytos* (§ 64).

REFUERZO DE LA ARTICULACIÓN

Ocurre en varias maneras, pero sólo haremos mención de la

69. EPÉNTESIS o añadidura de sonidos.

1] A dos consonantes latinas agrupadas se incorpora a veces alguna, desarrollada entre ellas para la más destacada pronunciación del grupo, como se expresa en el § 59. También entre vocales, para mantener con claridad el bisilabismo de un hiato y evitar que se simplifique en un diptongo. Generalmente, según que la vocal que preceda sea labio-

velar o palatal, se halla en los textos antiguos intercalada la fricativa labial *V* (*juvizio*, *juvez*, *axuvar* 'ajuar') o la fricativa palatal *Y* (*reyal*). La intercalación de *y* es más abundante que la de *v*, y ocurre aun tras vocal labio-velar; así en ant. arag. *leyón*, *peyón*, *sayeta*, y hoy en Astorga las terminaciones *-eo*, *-sa*: *correyo*; yo *veyo*, *leyo*, *creyo*; *Tadeyo*, *peleya*, *Andreya*. En leonés se halla también *duyas* por *duas* o 'dos' femenino; esto ayuda a explicar los posesivos *tuya*, *suya* (§ 96,).

2] Otras veces, sin razón aparente se desliza un sonido entre los latinos; las letras añadidas son nasales y líquidas: *M*, *N*; ya en latín vulgar se dijo *mancula* por *macula*, pues en español se dice *mancha*, § 61, que a haber sido la *n* añadidura romance, se hubiera dicho primero **maja* (§ 57) y luego **manja*; también en latín vulgar en vez de *ma[n]cula* debía decirse **ma[n]cēlla*, de donde *mancilla*, § 83. Igualmente hay que suponer *re-hinnī[n]tulare*, ant. *reninchar*, mod. *relinchar*; **alaudula* (diminut. de *alauda*) hubo de ser desde antiguo **alaundula*, **alond'la*, pues evolucionó en *alondra*, como *glandula* *landre* (§ 61,), y no como *molde* (§ 57,.) que sería de esperar si la nasal no fuese muy antigua. La *n* de *almendra* (§ 26,) es también del latín vulgar, fr. *amande*, port. *amendoa*, etc. La nasalización más tardía, o de época románica, abunda también: **potio-neā* (por *potione*) *ponçoña*; Mattiana *maçana* y *mançana*; locusta *laugosta*; **figicare* ant. *ficar* y *fincar*, moderno *hincar*; *mensaje*, del fr. *message*. En muchos de estos casos la nasal añadida es un reflejo de otra nasal que hay en el mismo vocablo.

3] La adición de *R* ofrece multitud de ejemplos. En tonu, ant. *tueno*, mod. *trueno*, la adición responde a ono-

matopeya. Otros muchos ejemplos ocurren tras un grupo de continua + oclusiva: foliatile, ant. *hojalde*, mod. *hojaldre*; comp. *jalde* y *jaldre*; corŷtu **golde* y *goldre*; fēndicūla (de fīndōre) *hendrija*, junto a *rendija* (=rehendija); *escondrijo*. Sobre todo surge una *r* tras *st*: stella *estrella*; *stuppaculu (mazo de estopa para fregar) *estropajo*, regestu *registro*, mixtencu (§ 18,) *mestenco*, mostrenco (acaso ayudó «mostrar», por etimología popular, § 70): rastellu *rastillo* y *rastrillo*; *restucūlu (de restare) pop. *restojo*, liter. *rastrojo* (catalán *restoll*, *rostoll*, portugués *restolho*); *balastro*, § 64.

ERROR LINGÜÍSTICO

El error, la falsa interpretación de los fenómenos lingüísticos, es un importante factor en la evolución del lenguaje, y aunque su estudio ha sido muy descuidado hasta ahora, debe formar un capítulo aparte. No es este manual el lugar a propósito para una exposición detenida, sólo cabe en él una idea de algunos fenómenos principales producidos por la errónea apreciación del hablante.

70. ETIMOLOGÍA POPULAR.—Las palabras más usuales y corrientes de la lengua las pronuncia el que habla viendo en ellas íntimamente encarnada su significación; así que al pronunciar una palabra no tan corriente, sobre todo si tiene alguna apariencia rara, bien sea por su configuración o agrupación poco común de sonidos, bien sea por su grande extensión, le produce una impresión de extrañeza, y queriendo descubrir en ese vocablo la transparencia significativa que halla en los familiares, propende voluntaria o involuntaria-

mente a asociar la voz oscura a otra de las más comunes y conocidas, con la cual advierte alguna semejanza de sonidos, y siente la necesidad de hacer esa semejanza mayor de lo que en realidad es (1). La etimología popular es, pues, como un cruce de palabras procedente de un error de interpretación respecto de una de ellas; el que habla cree equivocadamente que entre ellas hay una conexión etimológica.

1] El latín recibió la voz de origen céltico *paraveredus* para designar el caballo de posta, palabra exótica en la que se vió relación con la palabra *frenum*, y se dijo, en provenzal ora *palasfré* ora *palasfren*, doble forma usada en el español antiguo, subsistiendo hoy sólo la segunda. En la voz culta *vagabundo*, se buscó dar sentido a su terminación alterándola en *vagamundo*. En la palabra de origen griego *negromantia* (*νεκρομαντεία* 'evocación de los muertos') creyeron descubrir los semieruditos evidente relación con la magia negra, y pronunciaron *nigromancia* y *nigromancia*. En las casas antiguas se dejaba ante la puerta (*ostium* en latín, *uco* en cast. ant.) una plazuela llamada ante-ostium, nombre a que se añadió el sufijo -anu, y de *ant(e)ŷtīanu vino la voz antigua *antuŷanu*, *anteŷano*; esta plazuela se conserva todavía en el norte de España, y se llama en Vizcaya y las Encartaciones *antusano* y en Asturias *antoxana*; pero ha desaparecido de las ciudades, pues por necesidad de la urbanización sólo podían conservar esta plazuela las iglesias, castillos y casas grandes, y como éstas suelen estar en la parte más alta y fuerte de la ciudad, hicieron creer que

(1) Nos referimos aquí únicamente a la etimología popular cuando altera la forma de las palabras, no cuando altera sólo su significado, como otras veces ocurre.

su *antuzano* se llamaba así por estar en alto, y se le llamó en consecuencia *altosano*, dejándose de llamar a las plazuelas que no estaban en alto, por creer cometer una impropiedad (1). En la lengua antigua se usaba el verbo *trechar* (de tractare, manejar, trabajar una cosa) con la acepción concreta de preparar los pescados abriéndolos y salándolos, y el bacalao, por venderse siempre así, *trechado*, se llamó **trechuela*; pero como el verbo *trechar* cayó en desuso desde antiguo (o se conoce sólo en pocas provincias, como Asturias), no se entendió el sentido de **trechuela* y asemejándola a trucha, se dijo *truchuela*. Del latín veruculum se dijo en fr. *verrou*, y en esp. ant. y dialectal, *berrojo*; pero como esta palabra designaba un instrumento para cerrar las puertas, se pronunció *cerrojo*, o, pues se hace de hierro, se dijo en cast. ant. *ferrojo*, port. *ferrolho*.

2] En los nombres de poblaciones y lugares entra por mucho la etimología popular: desprovistos generalmente de significación, el pueblo busca una cualquiera que les dé sentido. Algún patricio romano llamado Atilio tenía su palacio o su villa unas cuatro leguas al sur de Burgos, y el lugar se llamó por eso Turris Atilii, en vulgar Torre de Atiliu, y en cast. ant. *Tor d'Adijo* (§ 53), pero luego, como el nombre de Adijo no se conservaba en español, se creyó que *Tordadijo* debiera ser un derivado de tornar, y se pronunció *Tornadijo*. También, por haberse desusado el nombre Muño, el pueblo inmediato al norte de Burgos que en el siglo xv se llamaba Quintanilla de Muño *Cisla*, se llama hoy de *Moro*

(1) No obstante, aún hay sitios, como en Bogotá, donde *altosano* conserva su sentido primitivo, y se llama así a los atrios de las iglesias, ora estén elevados, ora bajo el nivel de la calle.

Cisla. El río de la cuenca del Sil que en la alta Edad Media se llamaba Turr(e) mauri o *Tormor*, se llama hoy *Tremor*, por haberse pensado en el verbo anticuado *tremere*. Una aldea próxima al Escorial se llama en el Libro de la Montería de Alfonso XI *Navalquexigo*, y hoy alguno de sus naturales la llama lo mismo *Navalquejigo*, esto es, nava del quejigo; pero los que desconocen este árbol pronuncian *Navalquejido*, y éste es el nombre oficial del pueblo y de la estación del ferrocarril.

3] Una variedad de la etimología popular consiste a veces en un falso análisis de palabra. Por ejemplo: *μαλαγχολία* 'bilis negra', metatizó sus vocales, diciéndose ant. *malenco-nía*, por creerlo un compuesto del adverbio mal, y luego se dejó aislado el simple ant. *enconta* 'enojo, ira', y el verbo *enconar*, sustantivo *encono*. Además se relacionan en parte con la etimología popular el falso análisis de prefijos (§ 85) y de sufijos (§ 82).

4] También en ciertas frases ocurren alteraciones fonéticas por etimología popular. En los siglos xvi-xvii se decía «ser cabeza de lobo», porque había la costumbre de exhibir una cabeza de lobo para pedir limosna en recompensa de haber cazado ese animal dañado; y hoy que tal costumbre se ha perdido, se dice «ser cabeza de boba», y así sólo se registra la frase en el Diccionario académico.

71 ULTRACORRECCIÓN.—Llamaremos así un fenómeno fundado en el natural deseo de purismo. A menudo conviven en el lenguaje usual una forma correcta con otra vulgar más o menos desprestigiada; por ejemplo: *comido*, *comida*, *cansado*, *enredo*, etc., conviven hoy con vulgarismos en que se pierde la -d-: *comio*, *comía*, *cansao*, *enreo*, etc. Cuando el que habla es de poca cultura, habituado a saber que donde él

pronuncia un hiato entre dos vocales, los más cultos intercalan *d*, se equivoca, y cree que en vez de *mío*, *tardío*, *correo*, *Bilbao*, debe decir, para hablar bien, *mido*, «fruta *tardida*», «el *corredo* de *Bilbado*». Y como en el habla culta coexisten el masculino *cria*⁽¹⁾, *causa*⁽²⁾, etc., con el femenino *criada*, *cansada*, etc., de *bacalao* y *Estanislao* sea han sacado los femeninos corrientes *bacalada*, *Estanislada*.

De igual modo, huyendo del vulgarísimo *yave*, *foyeto*, etc., dicen muchos *llo* por 'yo', *arrallán* por 'arrayán', etcétera. Por una ultracorrección semejante se dice en la lengua literaria *Mallorca*, en vez del ant. *Moyorca* < Majorica.

Los alto-aragoneses y los valencianos incultos saben que en vez de sus vocablos *muller palla*, *fillo*, los castellanos dicen *mujer*, *paja*, *hijo*, etc.; así a veces, cuando quieren hablar bien la lengua culta y desechar su dialectalismo, creen que en vez de *cebolla* o de *meollo* deben decir *ceboja*, *mejo*. Una confusión semejante padeció el juglar del Cid cuando llamó *Gujera* al pueblo valenciano *Cullera* *collaria.

Esta equivocación en el deseo de hablar bien, se comprende que tiene pocas manifestaciones en la lengua literaria que vive fuerte dentro de su propia cultura y consciente de sus caracteres individuales, pero tiene gran importancia en todas las épocas y en todos los lugares en que coexisten en pugna dos normas lingüísticas, sobre todo tiene multitud de manifestaciones curiosas en el período de orígenes de las lenguas romances, en que conviven la lengua vulgar, casi sin cultivo literario, y el latín muy vagamente conocido (1).

72. EQUIVALENCIA ACÚSTICA (2).—Muchos cambios fonéti-

(1) Véase *Orígenes del Español*, § 110.

(2) A. Alonso, *Equivalencia acústica*, en *Biblot. de Dialectología Hisp. Amer.*, I, 1930, pág. 440.

cos se fundan en un error de audición. Hay a menudo, cuando se trata de palabras poco conocidas, un error de percepción debido a cierta equivalencia de unos sonidos con otros. El que escucha una palabra poco habitual, puede equivocarse, oyendo alguno de sus sonidos diferente de como se ha pronunciado, es decir, confundiendo un sonido con otro algo análogo.

En vocablos muy usados se comprende que esta confusión de sonidos arraiga poco, pues cuanto más frecuentemente se repite una palabra por todos, más ocasiones hay para que a cada instante se rectifiquen los errores que individualmente puedan cometerse al oírla.

El error de audición puede ser de tres maneras diversas: confundiendo el punto de articulación (por ejemplo, la *b* con la *g*), confundiendo la sonoridad y la sordéz (por ejemplo, la *b* con la *p* o con la *f*), o confundiendo el modo especial de la abertura articulatoria (por ejemplo, la *b* con la *m*).

1] Equivalencia acústica de las oclusivas (1). a). Las oclusivas sordas se confunden mucho en el lenguaje infantil. El niño aprende antes las labiales o dentales que las velares (porque la articulación de aquéllas las percibe a la vez con la vista y el oído), y trueca el punto articulatorio, poniendo *p* por *k*, *pacharro*, *parrstera*. En el lenguaje de los

(1) Véase, por su interés general, L. GAUCHAT, *Confusion d'occlusives dans les patois de la Suisse romande* (en el *Hommage a Menéndez Pidal*, I, p. 660-675). Se hace cargo de las experiencias de A. Castro y T. Navarro, acerca de la confusión de *b* y *g* (*Rev. de Philol. Esp.*, V, 1918, pág. 197).—En G. PANCONCELLI-CALZIA, *Die experimentelle Phonetik in ihrer Anwendung auf die Sprachwissenschaft*, 2.^a ed., Berlin, 1924, páginas 124-126, pueden verse las normas establecidas por Bühler para la confusión de sonidos; son de un valor general, pero con la vaguedad consiguiente a su generalidad.

adultos la oclusiva sorda se equivoca rara vez, pues la mayor fuerza articulatoria que exigen las hace más inconfundibles; son raros los ejemplos como *puerca*, 'anillo del pernio', que es sin duda una variante de *tuerca*.

b) En cambio, la confusión de oclusivas sonoras es frecuente, sea en su grado latino oclusivo *B, D, G*, sea en su grado romance fricativo *b, d, g*. Se observa que la gutural se trueca bastante con la labial y la dental, en cambio, es raro el trueque de dental y labial.

B=G (1). Por ejemplo, el instrumento músico *ajabebe* o *jabebe* se dijo también a veces *jábega*. Una vacilación semejante se da sobre todo en la inmediación de una vocal velar: vulgar *golver*, *guñuelo*, *gofetá*, *jugón*, *regusto*, por *volver*, *buñuelo*, *bofetada*, *jubón*, *robusto*; Allabone *Alagón* (prov. de Zaragoza), panen votivum, ant. *bodivo*, mod. *bodigo*. Semejantemente, partiendo de *G* etimológica tenemos los vulgares *yubo*, *abuja*, *butagamba*, por *yugo*, *aguja*, *gutagamba*; en la lengua literaria conviven *abur* y *agur*, y sobre todo abundan los ejemplos en casos de *g* agrupada, *brutesco* y *grutesco*, *brujir* y *grujir*, *jublar* y *juglar* (*sublar* también en el Bovo de Antona véneto).

**G=D* nos da *bielgo* al lado de *bieldo*, *gragea* en vez del ant. *dragea*, y nos explica la etimología de *regüeldo*, ant. *rehuelgo* (2); por otra parte, ya en latín popular hay *gammus*

(1) He tratado de la equivalencia de ambos sonidos en *Romania*, XXIX, 1900, pág. 340, y en *Cantar de Mio Cid*, 1908, pág. 179 n. Véanse también R. Gross, *Wechsel von Labialis und Gutturalis in Romanischen* (en *Roman. Forschungen*, XXVII, 1910, pág. 601-606), y F. Knöser, *Westspan. Mundarten*, 1914, págs. 160 y 196.

(2) La etimología de Diez, *re + güla + itare*, no explica la forma anticuada ni el diptongo. Habría que admitir cruce de *rehuelgo* y **regoldo*.

al lado del clásico *damma*, de donde el esp. pg. *gamo*, junto al fr. *dalu*; después tenemos *golfin* junto a *delfin* 'delphinu', *almdgana* junto a *almdana*, *mégano* junto a *médano* de meta, etc.

B=D no nos ofrece apenas ejemplos.

2] Equivalencia acústica de fricativas. La sorda *S=X* (*s=x*) en grafía moderna *s=j*, es permutación tan frecuente, que ya hemos tenido que hablar de ella arriba, en la posición inicial, § 37, 1; sólo añadiremos aquí algunas formas dobles como *sinio* y *xinio*, *sarcia* y *xarcia*; aérica *serga* y *xerga*, **sericariu* **siricariu* *silguero* y *jilguero* (por su plumaje multicolor sedoso) (1); céltico sambuca *samugas* y *xámugas*; *Suárez* y *Xuárez*, *cessar* y *cezar*, *Quessada* y *quixada*, *pexiguera* *persicaria* (2), *vessica* *vessiga* y *vexiga* (catal. *veixiga*, port. *bexiga*), *casco* y *cdxco*, *mosca* y *moxca*; *máscara* «los aldeanos dicen *maxcara*, pronunciando como árabes la *xin*, y guardan más la antigüedad» (Covarrubias). Sin duda que la influencia morisca (a pesar de todas las dudas de varios autores que no tienen en cuenta las opiniones antiguas) contribuyó mucho a esta serie de sustituciones. Aunque sin ella bastaría a explicarlas la equivalencia acústica y la espontánea ampliación de la superficie de fricación de la *s*, tenemos que conceder preponderante papel al arabismo, ya que encontramos abundante el paso de *s* a *x*, mientras el inverso de *x* a *s* es muy raro.—La equivalencia de la sonora *S=G* (en escritura fonética *s=z*) obedece al mismo carácter prepalatal de la *s*, § 35, 1: tonsoria >*ton-saria § 83, 1, >ant. *tisera*, mod. *tijera*; *eclesia*, ant. *igreja*,

(1) Véase *Romania*, XXIX, 1900, pág. 336.

(2) Véase *Romania*, XXIX, pág. 361.

Eclesia alba *Grijalba* (Burgos, Zamora); Ecclesia alta *Grijota* (Palencia); aun en el siglo xvi convivían *celojía* y *celosía*, *vigitar* y *visitar*, *registir* y *resistir*, *quije* y *quise*. Estos casos parecen condicionados por la intermediación de una vocal de la serie palatal, lo que no se observa tanto en la posición inicial.

También hemos hablado de la equivalencia de $S=C$ (en escritura fonética $s=\theta$) en posición inicial § 37, y en parte los casos de confusión pueden proceder de la pronunciación de los ceceosos antes y después que el ceceo se propagase por la región de Sevilla y Málaga; este eventual origen andaluz parecen sugerírnoslo casos como el de *asechanças* en el auto IV de la Celestina, edición de Burgos 1499, frente a *acechanças* de la edición de Sevilla 1501, forma que ha prevalecido con el verbo *acechar* en vez de *assechar* que usan Berceo, Juan del Encina, etc. Pero sin influjo andaluz, en el habla popular de Castilla se observa hoy la alternancia de ambos sonidos *sancocho* y *zancocho*, etc. (1). Mencionaremos algunos ejemplos fuera de la posición inicial: *mueso* y popular *müeso* mürsu; *pesuña* y *pezuña*; ant. *qui sab*, mod. *quísá*; *Tarasone* Turiasone; *bisnieto* y *bisnieto*. Esta alternancia se observa sobre todo en el grupo *sk*, influido por la constante alternancia en los verbos incoativos entre *sk* etimológico y *sk* analógico § 112; ant. *masquino* y mod. *mezquino*, *cascorvo* y *cascorvo*, *biscocho* y *bizcocho*, *mescolanza* y *mezcolanza*; ant. *Velasquez*, mod. *Velasquez*; en estos últimos casos actúa también la asimilación, pues el simple *Velasco* conserva su *s* siempre.

(1) Véase *Mío Cid*, 1908, pág. 174, y GARCÍA DE DIEGO, en la *Revista de Filología Española*, III, 1916, pág. 306.

$C=CH$; alternancia de que ya varias veces hemos tenido que ocuparnos, § 35 bis, y que en muchos casos ha de ser arcaísmo más que equivalencia acústica.

$F=Z$; ant. *ferrojo*, mod. *cerrojo* (ayuda la etimología popular de «cerrar», § 70); ant. *fibiella* 'hebilla' en asturiano y santanderino *cibiella* o *cebilla* 'collera para las vacas', *fibella* (1); vulgar *Celipe*, *Cilomena*, *zorro*, por *Felipe*, *Filomena*, *forro*, etc.; aragonés *acarrazar* por *agarrar*, etcétera. El error acústico lo he comprobado con casos como el de un italiano completamente ignorante de los sonidos españoles que al oír *Zaragoza*, repetía *Faragoza*.

$F=H$; la sustitución de estas dos fricativas, § 38, comenzó siendo un cambio esporádico, por influjo de la gente inculta, antes de hacerse normal.

3] Equivalencia acústica de líquidas y nasales. $R=L$, anticuados *ciridueña* y *celidueña* 'celidonia'; *andolina* y *andolina*; *voltereta* y *volteleta*, *albañal* y *albañar*; anticuados *torondo*, *miércoles*, modernos *tolondro*, *miércoles*; *cerebro* y ant. *celebro* (disimilación). Sobre todo en posición agrupada, precediendo en el grupo la líquida: *sirguero* y *silguero*, *sarpullido* y *salpullido*; *sulcu surco*, y en el habla vulgar de muchas regiones: *arcalde*, *arto*, 'alto', *mardito*; *calne*, *calbón*, etc. Por otra parte, yendo la líquida en segundo lugar en el grupo, se trueca habitualmente en leonés antiguo y moderno: *igresia*, *branco*, *cravo*, *praça*, *complar*; *plesente*, Compárese además § 54.

(1) Véase *Romania*, XXIX, 1900, pág. 341-342. Tan desatendidos están estos fenómenos de equivalencia acústica, que G. Bahr y otros (*Zeit. f. rom. Phil.*, XXV, 331) los negaron o los pusieron en duda. Los atiende bien, con ejemplos como *clnohu* por *hinojo*, F. KROGER, *Westf. Mund*, 1914, págs. 173-174; pero creo que la expresión « θ entwickelt sich aus f» puede, con ventaja, ser sustituida por otra.

$N = M$: *miscal* y *niscal*; *nispéro* y *nispola* *mespilu*. Es cambio mucho más escaso que el anterior, porque aquí se disloca el punto de articulación y ya dejamos advertido (punto 1 b) que el trueque de dental y labial es raro.

4] Equivalencia de sorda y sonora. Es tan importante esta equivalencia que, ayudada de la asimilación a la sonoridad de las vocales inmediatas, determina una evolución muy antigua, muy regular y muy extendida por la Romania, según hemos visto. Fuera de este gran fenómeno de la fonética regular, la sonorización de una sorda es ya raro. Ocurre principalmente en el caso de la velar inicial: *ganuza* y *canuza*; *agarrafar*, *acarrazar* ya mencionado; *cacho* y *gacho*; *gañote* 'caño del cuello'; *gato* *cattus*, con *g* también en portugués, catalán, gascón e italiano. Asimismo favorece este cambio la agrupación con *r*, vibrante que propaga su sonoridad a la consonante con ella agrupada: *greda* creta, con *g* en otros varios romances; *grasa* *crasu*, ya *grassu* en el siglo iv, para cuya explicación es innecesario alegar cruce con *grossus* como generalmente se hace; *bravo* *pravu* (1); ant. *Bronilde* por *Fronilde*.

Sonora ensordecida: *piorno* *vibūru*; *gonfalón* y *confalón*; *drapo* y *trapo*, ant. *asavaje*, mod. *asabache*, y otros casos en que además de la equivalencia intervienen otras varias causas fonéticas o históricas (así, por ejemplo, *falbalá* puede con asimilación a la inicial pasar a *farfald*). En *culantro*, port. *comtro*, vemos que el latín hispano deca **coriantru*, en vez del helenismo *coriandru*, debido a la extrañeza del grupo *ndr* frente a la frecuencia del grupo *ntr* (contra, intro-, intrare, ventre, centru, etc.). Recuérdese aquí

(1) Véase *Orígenes del Español*, § 59.

un fenómeno tan importante en la evolución fonética del español cual es el ensordecimiento de las fricativas, consumado en el siglo xvi, $s = ss$, $z = ç$, $j = x$; el olvido de las sonoras se generaliza en el siglo xvi, pero desde muy antiguo venía dando formas equivalentes: *razon* y *raçon*, *hazer* y *hacer* (§ 35 bis).

5] Equivalencia en ciertas modalidades de la abertura articulatoria, dentro del mismo punto de articulación.

a) Nasalidad $B = M$: ya en el Appendix Probi «*globus non glomus*»; análogamente: *bogiganga* y *mogiganga*, *boñiga* y *moñiga*, *vimbre* y *nimbre*, *albóndiga* y *almóndiga*, *cañamo* *cannabu*. En la mayoría de los casos ayuda la asimilación.

$L = N$: *milgrana* y *mingrana*, *bamboleo* y *bamboneo*, *bufalo* y *bufano*.

$R = N$: **sangu* y *sangre*, etc., véase § 54.

$L.L = N$: *escaña* y *escalla* (1); *empella* y *empeña*; *descabeñado* y ant. *descabeñado*, etc.

b) Liquidación: $D = L$ o R ; ya en latín la erba Medica se llamaba *melica*, de donde viene *mielga*; *cadaverina* caro, *calabrina*; ant. *lâmpada* y *lâmpara* de *lampâda* con influencia también del sufijo átono *-âra*, § 83; *panarizo* y *panadizo* de *panariciu*; cambio muy común.

(1) Palabra difícil. En vez de equivalencia acústica pudiera haber doble resultado fonético: *scandûla* no sigue la evolución de **amyndûla* *alendra*, *glandûla* *landre*, sino que, acaso por perder más tarde la vocal postónica, nos ofrece desde los tiempos primitivos del romance formas con doble palatal, ora nasal ora lateral: *escanlla* en un doc. notarial de la época preliteraria; «*scania* (var. *scanda*) de Asturias» en el Epítome Cronístico Ovetense del año 883; *escandia* en el siglo xiii. *Escanda* procede de simple regresión de *scandûla*.

CAPÍTULO V

EL NOMBRE

73, LA MORFOLOGÍA.—Hemos estudiado los sonidos aislados y formando palabras (§ 65, etc); pero nos falta estudiar esas palabras revestidas de varias funciones gramaticales, ora de nombre, pronombre, verbo o partícula, funciones que en general se señalan por una desinencia característica de que aún no hemos hablado. Trataremos, pues, de las diversas partes del discurso, y en especial de las que por medio de la flexión expresan diversas relaciones, pues aunque las desinencias de flexión obedecen en principio a las LEYES FONÉTICAS, ya enunciadas, obedecen también a otras LEYES MORFOLÓGICAS y es preciso ir examinando en cada caso la resultante del cruce de estas dos fuerzas.—La historia de la declinación y conjugación sería incomprensible por la sola fonética, sin tener en cuenta la tendencia analítica del romance (pág. 4-5), manifestada continuamente, ora por el uso de las preposiciones y el artículo en la flexión nominal (§ 74) y el empleo de los auxiliares *haber* y *ser* en la verbal (§ 103), ora por una especie de análisis interno de la palabra, sustituyendo terminaciones y desinencias tónicas en vez de las latinas átonas (§§ 83₁, 107₁, y 122₃).—Ade-

más, la influencia analógica (§ 68) tiene su principal campo de acción en la morfología, pues actúa principalmente para asimilar categorías de palabras que desempeñan igual función gramatical, por ejemplo, igualando la terminación de los singulares (§ 77₁), de los femeninos (§ 76) o las diversas formas del verbo (§ 104).—En fin, háy que recordar también la tendencia a **diferenciar** por medio de la forma funciones diversas. La fonética puede hacer confundirse formas de función distinta, y si la lengua unas veces permanece indiferente, dejando confundirse los derivados de *amem* y *amet* en una forma común *ame* (§ 62₁ y 2), alguna vez reacciona, procurando con una distinción cualquiera reparar el daño causado por la fonética, y en vez de *tu es, ille est*, toma una forma del futuro y dice *tu eris, ille est, eres, es*. También se da el caso de que para funciones que el latín confundía cree el romance formas diferentes, como los femeninos en *-ora* y *-esa* (§ 78₁), que el latín no distinguía de los masculinos. Otras veces el romance, que dejó descuidadamente perderse una distinción latina, por ejemplo, el plural de *quien*, remedió más tarde su falta, creando un plural nuevo (§ 101₁).

Además, el estudio siguiente tendrá otra parte nueva. El caudal de voces del latín, empobrecido en el uso vulgar, había de resultar deficiente con el correr del tiempo para expresar las múltiples ideas nuevas que han venido transformando la vida de los pueblos románicos. Los idiomas romances, como todos, poseen recursos para crear nuevas palabras siempre que la necesidad de éstas se presenta; recursos que en su mayoría son un desarrollo histórico de los que ya poseía el latín y que es preciso estudiar.

Comenzando por la historia del sustantivo, la dividiremos

en dos puntos principales: la evolución de los accidentes gramaticales latinos (caso, número y género) y la formación de nombres nuevos.

FLEXIÓN DEL SUSTANTIVO

74. LOS CASOS.—LAS DESINENCIAS CASUALES LATINAS SE OLVIDARON, USÁNDOSE SÓLO EL ACUSATIVO; DE LOS OTROS CASOS QUEDA ALGÚN RECUERDO EN PALABRAS AISLADAS.—1] A CAUSA de la pérdida de la *m* final (§ 62₁) y de la desaparición de las diferencias cuantitativas en sílaba final (§ 29), se confundían entre sí muchas desinencias casuales, y sonaban igual el acusativo *cervūm* que el dativo-ablativo *cervō*, o el acusativo *manūm* que el ablativo *manū*; la misma *-o* final vino con el tiempo a resultar para esos casos de aquel nombre de la segunda declinación que para los de éste de la cuarta. Y así se producían otras confusiones varias; véase punto 6.

2] Sin embargo, no son estas razones fonéticas, sino otras psicológicas y sintácticas, las que más contribuyeron a la pérdida de la declinación latina. En general, la declinación de las lenguas indoeuropeas se conserva peor que la conjugación, porque la sustantividad invariable del sustantivo no exige la distinción de formas como el verbo que indica acción, proceso, mudanza. Las relaciones indicadas por las desinencias casuales, son por lo común más vagas que las expresadas por las desinencias verbales, y necesitaban concretarse por medio de una preposición. En frases como «pro patria mori», «cum amicis deliberavi», las ideas 'en interés de', 'en compañía de', no las expresa el ablativo;

la preposición lo dice todo; el caso, nada. Así se comprende que la preposición, por más cómoda y expresiva, se generalizó en latín vulgar, con merma de la desinencia, que llegó a ser completamente inútil; de tal modo que desde muy antiguo el latín vulgar tendió a construir todas las preposiciones con acusativo, olvidando el ablativo (caso que en singular se confundía fonéticamente con el acusativo, pero que en plural tenía desinencia bien clara: -is, -ibus); hasta un maestro, en una inscripción de Pompeya cae en la falta de escribir «Saturninus cum suis discentes», y en inscripciones romanas españolas se halla «iacet in locum», «pro salutem», etc. Por esto no se halla en los romances huella del ablativo (1), y tanto el de procedencia como el locativo o el instrumental se expresaron con diversas preposiciones: de, in, cum, etc.

3] El dativo era sustituido por la preposición *ad*. Plauto decía ya «hunc ad carnificem dabo»; en tiempos de Sila y César se escribía vulgarmente «ad id templum data». No se conserva del dativo rastro en las lenguas neolatinas, salvo en el rumano.

4] El genitivo (a pesar de tener en plural una forma bien clara: -rum) se perdió también en fecha incierta, pero seguramente anterior a la época romance. La relación de dependencia se expresó con la preposición *de*; en las inscripciones se halla ya «curator de sacra via», «oppida de

(1) Algunos han querido ver pruebas de la supervivencia del ablativo en los derivados españoles de los neutros, como legumen, etc.; pero legumbre, etc., se explica sin necesidad de un ablativo (v. § 77, 2). Sólo con valor adverbial hallamos supervivencias del ablativo, v. gr.: «quanto magis, tanto melius», «cuanto más, tanto mejor», «gaño, luego», «mente», § 123. Del ablativo plural no hay rastro alguno.

Samnitibus». No se conservan del genitivo más reliquias que en ciertos nombres de lugar donde se perdió algún sustantivo, como monasterium o ecclesia Sancti Justi *Santiuste*, Sancti Quirici *Sanquirce*, *Santander* § 55, *Santelices* § 38; o bien en algunas frases petrificadas: *foru(m) judicu(m)* Fuero *Fuego* (1), *comite stabuli* *condestable*, *pedis ungula* *pesuña*, *fil(iu) ecclesiae* *filigrés*, *feligrés*; *auri fresu*, ant. *orfrés* (luego rehecho: *orofrés*); *Villa Gotthoru*, ant. *Villa Otoro*, mod. *Villatoro* (barrio de Burgos); *Campi Gotthoru*, ant. *Campotora*, mod. *Toro*, en Tierra de Campos, con aféresis por etimología popular buscada en el animal 'toro'; *Turre mauri*, *Tormor* (§ 70); y los días de la semana *martes*, *jueves* y *viernes* (§ 68.).

5] El vocativo no expresa relaciones sintácticas y no necesita forma especial; en latín era igual al nominativo, salvo en la segunda declinación. De ésta sólo algún nombre propio muy usado en vocativo conservó su forma: *Yagüe* *Jacobe*, y como grito de guerra *Sancte Jacobe*, en el siglo xiii *Santi Yagüe*, mod. *Santiago* (§ 31, 1). El refrán andaluz «San Sixto, busca las uvas donde las viste», conserva otro vocativo, y otro el *Jesucriste* del Poema de Fernán González.

6] Quedaban, pues, en la declinación vulgar dos solos casos, el nominativo y el acusativo, ambos empleados en el antiguo francés y provenzal. Pero si ambos casos se distinguían por su forma en el plural de la primera y segunda declinación (-ae, -as; -i, -os), se confundían en los demás

(1) Análogos a este cultismo jurídico hay otros de origen eclesiástico, en inventarios de los siglos x y xi: Libro *ordinis* < *Librum ordinum*, Libro *prego* < *precum*.

plurales y en el singular de la primera (-n, -am) y tendían a confundirse en todos los otros singulares, porque al lado del nominativo con -s se usaba ya en el latín arcaico otro sin -s: filio, Cornelio, que siguió siendo siempre propio del latín rústico (1), y porque en los sustantivos imparisílabos se tendía a igualar las sílabas del nominativo con las del acusativo, hallándose aun en los mismos clásicos stirpis por stirps, carnis por caro, mentis por mens, bovis por bos, calcis por calx, nominativos que hechos sin -s se confundían también con los acusativos. Contribuían además a la confusión ciertos dialectos itálicos como el osco y el umbro que hacían el nominativo plural de los temas -a y -o en -as y -os, conservando la desinencia indoeuropea que el latín había alterado; una inscripción española del siglo II usa este nominativo plural: «*filias matris piissime posuerunt*». En conclusión, la generalidad de los romances, desde sus orígenes, no conocieron ninguna distinción entre ambos casos, y sólo usaron una forma. El español no conoce sino la propia del acusativo; los restos del nominativo clásico son esporádicos; la -s aparece por influencia eclesiástica o gállica en *Dios, Jesús, Longinos, Carlos, Marcos*, en los nombres rústicos *Domingos, Pabros, Toribios*, etc., en el toponímico *Roncesvalles* rumicis vallis (un genitivo y un nominativo) y en el anticuado *res* junto a *ren*. De los imparisílabos tenemos *jūdex*, ant. *jūdez*, luego *juez*

(1) No obstante, el nominativo en o no aparece en las inscripciones españolas sino en algunos nombres propios; se hallan unos sesenta ejemplos de u, como [cornelius] silvanu r[ecit], generalmente en fin de línea, e interpretados como descuidos o simples abreviaciones gráficas por Carnoy, *Le latin d'Espagne*, 1906, págs. 185-206.

(*jūdice* hubiera dado *juee*, comp. *doze, treze*) (1); *pūmex* (clásico *pū-*) *pómex*; y de los que tienen el acento en distinta sílaba: *prēsbyter* *preste* (quizá, como *chanfre*, venido a España por intermedio del francés; nótese que ã no diptonga), *sastre* (§ 62); *virtus*, del lenguaje eclesiástico y jurídico, ant. *virtos* 'ejército', *virto* 'fuerza, violencia'; *maestre* *magister* debido al uso de esta palabra en la cancillería latina. Un grupo abundante forman los en -o, -onis; *curcūlio* *gorgojo*, avis *strūthio* *avestruz*, *espeteyo* (página 8), **companio* *compañio* (junto a **companione* *compañón*), *titio* *tizo* (junto a *titione* *tizón*), *būbo* *buho* (junto al arag. *bobón*); el tener la terminación -on un valor especial de aumentativo, contribuyó a que se conservasen tantos nominativos en -o, pues se tomaron como positivos de un aumentativo (2). Por último, también hay que mencionar los muchos vocablos cultos más tardíos: *cráter*, *vértigo*, *fárrago*, *prefacio*, *tempesta*, *crisis*, *tórax*, etc.

Fuera de estos pocos casos, todos los demás sustantivos se derivan del acusativo latino.

75. EL NÚMERO.—PÉRDIDA DE LA CUARTA Y QUINTA DECLINACIÓN LATINAS. LAS TRES DECLINACIONES ROMANCES.—La cuarta declinación latina se confundía fonéticamente con la

(1) *Jūdez* puede explicarse también por conservación de la postónica, como *edlis*, *drbol*, § 26. El caso de *sierpe* junto a *serpiente* (cat. *serp*, *serpent*, port., ital. *serpe*, *serpente*) se explica no por el nominativo *sērpens*, sino por la forma del bajo latín *serps* *aerps*.

(2) Así MEYER LÜBKE, *Gram.*, II, pág. 4. GARCÍA DE DIEGO en la *Revista de Filología Española*, VI, 1919, pág. 283, prefiere prescindir de toda relación con el nominativo, creyendo *gorgojo* regresión de un perdido **gorgejón*. Pero la pérdida de la declinación fué lenta y, aun después de su pérdida, los casos del latín escrito tuvieron que influir en la lengua vulgar.

segunda en su acusativo (sing. man-ūm, plur. man-ūs = cerv-ūm, cerv-ūs) (1), y ya en el latín clásico muchos nombres de la cuarta hacían algunos casos por la segunda (domus, laurus, pinus, ficus, etc.). La quinta declinación no podía distinguirse de la tercera (faci-ēm, -ēs = leon-ēm, -ēs). Quedaban, pues, en romance sólo tres declinaciones.

1] Sing. rosa(m) *rosa*; plur. rosas *rosas*. Esta declinación corresponde a la primera latina, y se acrecentó con una porción de nombres de la quinta, de la cual ya en latín clásico había algunos con doble flexión (luxurles y -ría, materies, mollities); en vulgar *rabia(m) *rabia*, *día (en verso dñom, § 73), *sania *saña*, *caria en Aragón *quera* 'carcoma'.—Además se agregaron a esta declinación todos los nombres que por su etimología tenían -a final (§ 77₁ y 2), y otros que sin tener -a final etimológica, la tomaron después, por ser esa vocal característica del género femenino. De estos últimos, además de los citados en el § 76, pueden citarse con preferencia algunos nombres de la tercera declinación que teniendo como tales una terminación indiferente para el género masculino o femenino, tomaron, sin embargo, la -a como forma más clara del femenino; antiguamente se decía *la cuchar*, *las cucharas* (en lat. neutro); luego se dijo -ra, -ras (§ 20₂); antes se decía *las andas* (en lat. masc.), y luego *las andas* (§ 55₁); de puppem se dijo *popa* (ital. *poppa*), por influencia de prora. Con mayor razón toman -a los sustantivos que significan individuos de los dos sexos, para dar forma propia al femenino; así, los anticuados *la señor*, *la infante* hoy tienen -a, y se va gene-

(1) Sólo en voces cultas aparece la u final (§ 29₁, n.) en nombres de la cuarta declinación: *impetu*, etc.; ant. *apetitu*.

ralizando *la parienta* (comp. 78₂). Los latinos pantiſce y pulſce (masculinos) hicieron *pánna*, *pulga*.

2] Sing. cervu(m) *ciervo*; plur. cervōs *ciervos*. Corresponde a las declinaciones latinas segunda y cuarta. Además se agregaron a esta declinación los nombres que por su etimología terminan en -o, como *cabo*, etc. (§ 77₁, 2 y 4), *gorgojo*, *bujo*, *virto*, *esperteyo* (§ 74₂), y otros que sin tener -o etimológica, la toman, como característica del género masculino; por ejemplo, nombres de la tercera declinación que teniendo, por lo tanto, una terminación indiferente para el masculino o femenino, tomaron, sin embargo, la -o, como los masculinos latinos cucūmēre *cohombro*, passēre *pdjaro*.

3] Sing. leone(m) *león*; plur. leonēs *leones*. Comprende los nombres de la tercera declinación latina y aquellos de la quinta que no pasan a la primera: facie(m) *has*, fide *fe*, especie junto a *especia*. Esta declinación adquirió también aquellos nombres de la segunda que cambian su -o final en -e, o que la pierden, como cupru *cobre*, trifol(i)u *trébol*, capitān, *ángel*, y otros ejemplos en el § 29₂. Además *preste* y *maestre*, citados en el § 74₂, y *Dios*, que hacía en el siglo xiii su plural por la segunda declinación, deos *dios*, resultando igual al singular, por lo que los judíos españoles motejaban a los cristianos de politeístas, pues usaban siempre *Dios* en forma de plural, y no decían en singular *Did* (del acusat. Deum), como dicen todavía los judíos españoles de los Balcanes y Marruecos; para evitar este molesto equívoco se formó el plural *dioses* por la tercera declinación. Nótese que el plural de la tercera se forma en español, como el de la primera y segunda, añadiendo -s al singular: *hombre-s*; pero como en ella abundan

más los nombres acabados en consonante, los cuales añaden en el plural *-es*, *leon-es* (1), se generalizó este *-es*, en vez de la simple *-s*, a los terminados en diptongo, y en vez de los anticuados y dialectales *bueis*, *leis*, *reis*, se dice *bueyes*, *leyes*, *reyes*; sin que hoy se admita la forma sin *-e* sino en voces raras, como *estai*, que junto a *estayes* se dice también *estáis*. Luego se generalizó la *-e* a los nombres en vocal acentuada, especialmente a los en *-i*, que si antes eran corrientes en doble forma: *jaballs*, *-les*; *alfaquis*, *-les*; *borceguis*, *-les*, hoy rara vez se usan sin la *-e*. De los acabados en otra vocal acentuada, todos (salvo *papds*, *mamds*, *pies*) admiten el plural *-es*; es el más general en el caso de *-a*: *albalds*, *-es*, *bajaes*, *sofaes*; es indiferente en el de *-o*, *-u*: *chacds*, *rondds-es*, *tisú-s* ó *tisú-es*; y no enteramente desusado en el de *-é*, pues si lo general es *corse-s*, también se dice de las letras del abecedario *cees*, *tees*, y hasta a veces *cafees*; antiguamente *piees* (§ 31,) tenía su *-e* etimológica, como el hoy no del todo desusado *fees*. Un vulgarismo es el doble signo de plural en el anticuado *maravedises* y en los modernos *pieses*, *cafeses*.

76. EL GÉNERO.—MASCULINO Y FEMENINO.—El romance conservó los dos géneros masculino y femenino tal como en latín: *panis*, *axis*, *mons*, *sol*—*mors*, *navis*, *lis*, *salus*. No obstante, hay varias diferencias entre el género de los nombres latinos y el de los romances; pero sólo me-

(1) Los extranjerismos acabados en consonante ajena a la final castellana (§ 63), o no tienen forma de plural, o añaden sólo *-s*: *déficit*, *los cludi*, *armoniums*, *los fénix* (ant. *fénices*), *los dux*; pero junto a *fraes* o *fras* se usa *fragues* (en sing. también *frague*); prescindiendo de *albums*, que es usual; la Academia da como plural *álbumes*. El plural *lores* procede de que no se pronuncia la *d* de *lord*.

rece notarse aquí que el romance simplificó las relaciones entre la terminación y el género, y salvo en *día* y *mano* no consintió la *-a* final átona de la primera declinación sino en los femeninos (1), ni la *-o* sino en los masculinos (2).

Los femeninos en *-o* no tuvieron más remedio que, o cambiar de género, o de terminación. Ya en latín vulgar eran sentidos como masculinos los nombres femeninos de árboles en *-us* que seguían la segunda declinación: *fraxinus*, *álmus*, *taxus*, o la segunda y la cuarta: *pínus*, *fícus*; así en español son masculinos *fresno*, *olmo*, *tejo*, *pino*, y con sólo la significación del fruto *higo*. Por otra parte, cambian de terminación: *socrus* (ya en inscripciones, *socera*) *suegra*, *nurus* *nuera*, y los nombres de piedras preciosas: *amethystus* *amatista*; *smaragdus* masculino y femenino, *esmeralda*. No faltan ejemplos de este doble cambio en una misma palabra, como en el nombre del arbusto *alaternus* fem., ant. *ladierno* y *aladierna*; *saphirus* fem., ant. *pieдра safira*, mod. *el safiro*.

77. DESAPARICIÓN DEL GÉNERO NEUTRO.—El género neutro se caracterizaba en latín por tener el nominativo igual al acusativo, en singular con diversas terminaciones especiales del género, y en plural terminando ambos casos exclusivamente en *-A*. Esta forma externa especial se conservó en

(1) La *-a* tónica de la tercera declinación puede ser de masculino: *sold*, *papá*. Los de la primera masculinos no son populares: *poeta*, *atleta*, *eremita*, salvo alguno como *papa*; antes se habían popularizado con género femenino, diciéndose *David la profeta*, *las patriarcas*. No son excepciones morfológicas, sino simples metáforas, los populares femeninos aplicados a personas con artículo masculino: *el vista*, *el corneta*, *el cura*.

(2) Los otros femeninos en *-o* son voces extrañas al castellano; *la nao* viene del provenzal o catalán (*nau*; arag. *la seo*, cat. *seu*); *la testudo* es voz culta, y además, en el Diccionario de la Academia, desde su décima edición, aparece como masculina.

romance, pero la idea del género neutro se perdió (salvo en el pronombre y adjetivo sustantivado), quedando así una forma vacía de sentido. Ante esta contradicción, el romance incluyó las formas del neutro que acababan en *-o* entre los masculinos, las en *-a* entre los femeninos, y las indiferentes por no terminar en ninguno de estos dos fonemas, las atribuyó a cualquiera de los dos géneros (véase especialmente el punto 1 c y d), según razones que dependen de la historia especial de cada palabra. Veamos el pormenor de las diversas terminaciones que el neutro ofrecía.

1] Neutro singular.—He aquí las principales formas que podían presentarse:

a). En primer lugar, había ciertos neutros que terminaban su nominativo acusativo en *-o* y en *-a*, coincidiendo exactamente con los nombres de la segunda y primera declinación. Unos son los neutros en *-UM*: *pratum prado, grado, vino, gozo, hilo*, iguales por su forma a los masculinos de la segunda, cuyo género recibieron. Otros son los neutros en *MA, -MATIS*, derivados del griego: *epithēma biamn*, *apostēma, cauma calma, c(e)leusma chusma, diadema, asthma asma, flēma*; estos nombres, en romance tenían una forma igual a los de la primera declinación, y fueron mirados todos como femeninos; sólo los eruditos, conocedores de que en latín eran neutros, tendían a usarlos en masculino, género que representa mejor la indeterminación sexual del neutro que no el femenino, y por influencia erudita tienen a veces género masculino algunos nombres que en el uso vulgar son siempre femeninos, como *chrisma, phantasma, rheuma, arōma, anathema, thema* (1).

(1) Los únicamente cultos son siempre masculinos: *emblema, poema, síntoma, epigrama*.

b) Los neutros en *-US* ofrecían al oído un aspecto de plurales: *pectus pechos, tempus tiempos, pignus peños*, a pesar de lo cual, en el período primitivo del idioma conservaban su valor de singular, o al menos no se usaban nunca sin la *-s*. Así, la frase latina «*opus est mihi*» la calcaba la lengua antigua «*uebos me es*», y nunca decía *uebo*; el Poema de Fernán González escribe «escudo contra *pechos*, en mano su espada», y el Arcipreste de Hita dice «cató contra *sus pechos* el águila ferida»; siempre se decía en la Edad Media «dar *peños*» por dar prenda; «recibir en *peños*», «tener en *peños*», como en el período clásico «tenía a *empeños* cualquier cosa», y hoy «echarse a *pechos* algo», «tomar a *pechos*», «abierto de *pechos*», «hubo en *tiempos*»—en otro tiempo, «en *tiempos* del rey Alfonso», etc. Notable la frase híbrida anticuada «el *Cuerpos Christi*», hoy «el *Corpus*» simplemente.—Pero naturalmente, esta *-s* no podía sonar sino a plural, y hubo de formarse un singular antietimológico: *empeño, pecho, tiempo, cuerpo, lado*.

c) Los neutros en *-R* y *-N* se explican o porque forjan un nuevo acusativo analógico, como si fuesen masculinos, o porque pasa a interior la *-r* o la *-n*, § 62, (1). Así, en vez de robur hallamos robore *robre, roble*; en igual caso están uber, *ubere ubre, piper pebre, sulfú *azufre*, inguen *ingle*, legumen *legumbre*, lumen *lumbre*, vimen *bimbre, mimbre*, examen *enjambre*, nomen *nombre*, cūlmen *cumbre* (§ 59), aeramen (§ 18₂) (2). En cuanto al

(1) La explicación es indecisa. Por ejemplo, para los neutros en *-n*, Meyer-Lübke, *Gramm.*, I, § 325, y II, § 11, parte de la forma *-men*, mientras C. H. Grandgent, *Latín Vulgar*, § 347, supone *-mIne.

(2) Los cultos conservan su forma latina; *certamen, régimen, crimen, germen, examen*.

género, la terminación en *-e* es indiferente para el masculino o el femenino, y así unos escogieron aquel género y otros éste; los cultos se hacen todos masculinos.—Aparte debe citarse *stercus*, que dió **estiercos*, ant. y dial. *estierco*, port. *esterco*, ital. *sterco*, según el punto *b*, mientras **stercore* dió **estiercor*, disimilado *estiercol* (comp. *mármol*, párrafo 66,) (1).

d) Neutros de varias terminaciones.—Son también indiferentes para el género masculino o femenino *cóchlĕāre* (no *cóchlĕar*) *cuchar*, *cuchara* fem.; *puteāle* (no *pútĕal*) *pozal* masc. Los monosílabos *fĕl hiel* (fem. como en cat., pero port. *o fel*, prov. *lò fel*), *mĕl miel*, *sale* (no del masc. *sal*) *sal*, son femeninos todos como en catalán, pero en portugués masculinos (2); *mare mar* masc. o fem., *rete* tenía también un femenino: *retis red*.—Debian hacerse masculinos por su terminación *caput cabo* y *cornu cuerno*.

e) Deben ponerse aparte ciertos neutros que tenían dos formas de nominativo acusativo, una monosílaba y otra bisílaba. Junto a *vas*, *vasis* se decía también *vasum*, *-i* (el plural era siempre por la segunda: *vasa*, *-orum*); junto a *os*, *osis* había *ossum*, de donde *vaso*, *hueso*; y en vez de *lac*, *lactis* se usaba en latín arcaico *lacte* (3), de donde *leche*, femenino como el catal. *llet*, pero masculino el portugués y leonés occidental *leite*.

2] Neutro plural.—El plural romance de los neutros

(1) MEYER-LÜCKE, *Gramm.*, II, § 10, cree que *estiercol* tomó su *l* de *estiercolar*; pero más bien parece que este infinitivo está influido por el sustantivo, según se apunta en el § 106.

(2) En el occidente de Zamora y de León *sal* es también masculino.

(3) En voces cultas se halla también el tema del genitivo ablativo, como en *género*, cuya vocal final es extraña al latín,

citados se formó de nuevo según el singular, y no siguiendo la terminación *-A* del latín: *los prados*, de *prado*, no de *prata*; *cabos*, de *cabo*, no de *capita*.—Si el romance conservó muchos plurales, latinos en *-a* no fué con valor de tales plurales, sino como singulares femeninos; recuérdese que en latín, junto a *arma*, *-orum* había ya el femenino *arma*, *-ae*, y junto a *opera*, *-um* había *opera*, *-ae*, femeninos, como el esp. *arma*, *huebra*, *obra*. Hay neutros que dejaron en español doble descendencia de sus formas singular y plural *pignus* dió *peños* y *pignora* dió *prenda*; *brachium brazo*, y *brachia brazas*.—Estos nuestros en *-a*, respondiendo a su valor latino de plurales, tienen, al menos originariamente, un valor plural o colectivo: *brazas*, la medida de los dos brazos abiertos; *ova*, la *hueva* del pez; de *velum*, la *vela* o velamen de la nave; la *hoja* del árbol; la *boda* o votos matrimoniales: la *gesta*, hechos de un héroe; *interaneum*, la *entraña*, conjunto de vísceras; la *leña*; la *ceja*, parte de la frente donde están las cejas; la *fiesta*, etcétera; y alguno analógico en latín vulgar, como **rama*, **fructa*, que en clásico son masculinos; **cĭnĕra cenra*, clásico *cĭnis*, masculino. Antiguados: la *buena* o conjunto de bienes de un propietario: la *dona* u objetos regalados; en asturiano, la *vasa* o vajilla, etc. (1). Nótese también los sustantivos como *herramienta*, *vestimenta*, etc., y los nombres de frutos: *sorbum serba*, *morum mora*, *pĭrum pera*, *Mattianum mansana*, *pomum poma*, *prunum pruna* (que en algún dialecto es masc., *pruno*, como *pera*, *prisco persicum*). Algunos se usan preferentemente en plural, como *capula cachas*, comp. port. *as ovas* 'la hueva'.

(1) Aun en voces cultas se halla esta derivación del plural: *ulcus ulcera*, *viscus viscera*, *nomen nómĭna*, ants. la *idola*, la *claustra*.

FLEXIÓN DEL ADJETIVO

En cuanto a los casos y al número, nada hay que advertir. El adjetivo deriva del acusativo, sin que muestre, como hace el sustantivo, rastro alguno del nominativo u otro caso.

78. EL GÉNERO.—Al revés del sustantivo, que conservó la forma y perdió el sentido del género neutro, el adjetivo romance no recuerda la forma especial del adjetivo neutro latino (salvo el comparativo aislado *lo menos*), aunque conserva su sentido en los abstractos sustantivados *lo corriente* (neutro *currens*), *lo feliz* (neutro *felix*), etc. No era necesaria una terminación especial de adjetivo neutro, ya que no había sustantivos neutros con quien necesitase mostrar su concordancia. En consecuencia, los adjetivos latinos de tres terminaciones se harán en romance de dos, y los de dos, de una.

1] En el acusativo se confunden los dos tipos de flexión latina: *altus* (-um, -am) > *alto*, -a, y *dexter* (-trum, -am) > *diestro*, -a, *negro*, *tierno*, *otro*, *nuestro*. Están sujetos a apócope en proclisis (§ 29,) *uno*, *alguno*, *ninguno* (y antiguamente *mucho*, *todo* y *nullo*), *bueno*, *malo*, *primero*, *postrero*, *tercero*, *ciento* > *cien*, *santo* > *san*. Se da algún caso muy raro de adjetivo que en latín tenía forma especial de femenino y la perdió en romance: *dūplus* *doble*, *trīplus* *triple* (culto), pop. *treble*; *sīplus* *simple* (culto); *multiple*; *fīrmus* *firme* (culto), y *libre*; lo general es la tendencia contraria de distinguir el masculino y femenino en casos en que el latín no los distinguía. No hemos de contar como excepciones los derivados de los doce adjetivos que en latín

tienen masculino -er, femenino -ris, neutro -re, pues éstos no distinguían el masculino del femenino más que en el nominativo, y no siempre (-ris se usaba también para el masculino); así que en el acusativo no tenían sino -rem para ambos géneros: *alācrem*, o vulgar *alēcrem* *alegre*, y los eruditos *cēlebre*, *salubre*, *campestre*, *terrestre*, etc. Había tendencia a convertir estos adjetivos en -us; así el Appendix Probi manda decir «acer, non acrus», y esta última forma prevaleció en *agro*.

2] Los adjetivos latinos de dos terminaciones quedan con una sola: *felix*, *igual*, *breve*, *viviente*, *pobre*; sujetos a perder la -e en la lengua antigua *fuert*, *semejant*, *amanecient*, *duls* o *duz*, *grant*, práctica que hoy sólo se conserva con *gran* cuando precede inmediatamente al sustantivo (§ 63_a).—Es fuerte la tendencia a dotar estos adjetivos de terminación especial para el femenino: —a) En primer lugar, deben citarse los adjetivos en -or, que si antiguamente eran invariables («alma *sentidor*, ira *aturador*, vezina *morador*, espadas *tajadores*»), a partir del siglo xiv comenzaron a generalizarse con terminación femenina, que luego se impuso como obligatoria, salvo a los comparativos (§ 79_a), y aun éstos toman -a cuando se sustantivan: *la superiora*, y en Aragón *la menora* 'la mujer menor de edad'.—b) Van después los adjetivos en -on (no *común*); el Poema de Fernán González dice «gentes *españones*», y los judíos de los Balcanes aún hoy dicen «la lengua *español*»; pero luego se dijo *españolas*, *bretonas*, *ladrona*, *juguetera*. Los en -an, -in, paralelos de -anus, -inus (§ 83_a), tienen su -a etimológica: *alemana* (lo mismo que *asturiana*, cuyo masculino es -riano), *holgazanas*, *mallorquina*, *danzarina*.—c) En fin, los adjetivos en -ensis ofrecen ya desde el siglo xii ejemplos como *burgeses* e *burgesas*,

cortesa; etc., junto a «tres eminas de vino *leoneses*»; hasta en el período clásico se conservó «provincia *cartaginés*, la *leonés* potencia», como en Portugal hasta el siglo xvi se decía «*molher português*». Hoy es de rigor la -a en los derivados de pueblos, como *francesa*, *cordobesa*; pero rara en *montesa* y jamás usada en *cortés*.—d) El francés, el provenzal y menos el catalán generalizan esta terminación femenina a otros casos; en armonía con ellos, el aragonés antiguo dice *simpia*, *dolienta*, *granda*, etcétera; los judíos españoles de Oriente dicen *jóvena*, *ilustra*, y nuestro vulgo en varias regiones dice *cuala*, hallándose *atalas* en una rima del Libro de Alexandre.

79. GRADACIÓN. — 1] Las terminaciones corrientes de comparativo -ior y superlativo -issimus, -imus eran en latín ya inaplicables a los adjetivos en -ius, -eus, para los cuales se usaba la perífrasis *magis necessarius*, *maxime necessarius*, perífrasis que los poetas aplicaban a toda clase de adjetivos; y en el latín arcaico y decadente se halla además *plus miser*, *plus felix*. En España y Dacia se continuó usando para el comp. *mas* (port. *mais*, cat. *mes*), y en Galla (fr. y prov.) e Italia *plus* (1). Para el superlativo se olvidó el *maxime*, y se expresó, bien por medio del mismo comparativo precedido del artículo, o bien anteponiendo otro adverbio, que en español es *muy*. Se anteponen más rara vez otros adverbios, como *altamente*, *sumamente* *dañoso*, y uno se pospone: *abatido además*, anticuado ya.

2] La gradación interna y orgánica subsiste en los com-

(1) En la Rioja se usó antiguamente (*Glosas Emilianenses*, Berceo) al lado de *mas* la forma *plus*, que por su *pl-* indica ser propia del dialecto navarro-aragonés (§ 39). Berceo usa también *chus*, cuya *ch-* denuncia procedencia gallego-portuguesa. Véase *Orígenes del Español*, p. 333-334.

parativos *mejor*, *peor*, *mayor*, *menor*, *menos*, y en los cultos, *inferior*, *superior*, *ulterior*, *exterior*, etc., adjetivos todos de una sola terminación (comp. el § 78, 2). El superlativo orgánico es siempre culto, tanto el de aquellos comparativos: *óptimo*, etc., como el de éstos: *ínfimo*, *supremo*, *último*, *extremo*, etc. El superlativo -issimus se conservó en -ísimo, forma enteramente culta (1) y apenas usada en la Edad Media. A un clérigo como Berceo se le ocurría alguna vez el latinismo *dulcísimo*; don Sancho IV usa una vez *altísimo*; pero el que en tiempo de Alfonso X tradujo en romance el epitafio latino de San Fernando que se halla en la Capilla Real de Sevilla, tenía tal forma por exótica, y nunca usaba sino la perífrasis, traduciendo *fidelissimus*, *humilissimus*, por *el más leal*, *el más sofrido* e *el más omildoso*. El superlativo -ísimo a veces no se une a la forma vulgar del adjetivo, sino a su forma latina: *antiquísimo*, *sacratísimo*, *crudelísimo*, *fielísimo*, *amabilísimo*, *terribilísimo*, *integerrimo*, *acterrimo*, *pauperrimo*.

3] Aunque no muy usada, debe señalarse la forma de un superlativo hecho, no con sufijo, sino con prefijo: *re-bueno*, *-feo*, *-mejor* (2); aparece tarde en la literatura, pero Cervantes ya lo usa para el adverbio: «estaba más que *re-bien* pagado». — *superabundans*, *sobre-abundante*, *-saliente*, *-agudo*; muy corriente en Aragón, *sobre-bueno*, *-barato*, etc.; en Berceo *sobragran*, *sobrabien*; — *per-doctus*, *-eloquens*, *-durabilis*, *per-durable*, forma culta, usada vulgarmente en el reino de León (desde Asturias a Salamanca):

(1) Es culto atendiendo al § 11 (en inscripciones latino-españolas se halla *karessimo*, *merentessemo*) y al § 252 (en inscripciones romanas: *dulcissime* año 220, *dulcissima* año 410). Hoy en Castilla se popularizó el superlativo con la forma *buenismo*, *muchismo*.

(2) Véase F. Kärger en la *Rev. de Filol. Esp.*, VIII, 1921, pág. 319.

per-blanco, *-ciego*, *-echo*, *-dañoso*, y también bajo otra forma *peri-tieso*, admitida por la lengua común en *peripuesto*.

4) El comparativo y superlativo se refuerzan repitiendo el adverbio: *muy mucho mejor*, o repitiendo la sílaba característica: *muchi-si-si-mo*. También se superlativan los adjetivos mediante el incremento de ciertas sílabas: fray Antonio de Guevara usa ya esta clase de refuerzos: «poquitos y aun *poqui-ti-tos*»; la Gramática de Lovaina 1555 da *tamañ-irr-ito*, *muchach-irr-ito*, incremento hoy desusado, salvo en *chiqu-irr-it-ito*, extremo refuerzo de *chiqu-it-ito*. Hoy son corrientes *re-te-bueno*, *re-que-te-guapa*.

FORMACIÓN NOMINAL

Los nombres nuevos del romance se formaron, o por HABILITACIÓN de palabras de otra clase para ejercer funciones de nombre (§§ 80 y 81), o por DERIVACIÓN, añadiendo al radical de una palabra un sufijo o terminación nominal (§§ 82-84), o por PREFIJACIÓN, anteponiendo a una palabra un elemento que determina su significado (§§ 85 y 86), o por COMPOSICIÓN, juntando dos palabras en una para expresar una idea única (§§ 87 y 88). En todos estos procedimientos los romances superan en riqueza y variedad a la lengua latina.

80. PALABRAS HABILITADAS COMO SUSTANTIVOS.—De todos los otros dominios del léxico se pueden tomar palabras para el del sustantivo.

1] Nombres propios de personas, ora para designar personas: *lazarillo*, *tenorio*, *quijote*, *fúcar*, *addn*; ora cosas: *quevedos*, *simón*, *manuela*. Nombre y apellido: *perillán*, *-ana*. Nombres propios de lugar: *rioja*, *málaga*, *jerez*.

2] Adjetivos.—En latín se decía simplemente *persicum* (sobrentendiéndose *malum*) por el *priesco* o *prisco*, y *serica* (esto es, tela o vestis), de donde viene *jerga*. Fueron en su origen adjetivos, derivados también de nombres propios: *avellana* Abellana nux, *manzana* Mattianum malum, *espinela*, *cordobán*, *lombarda*, *malagueña*, etcétera. El latín vulgar, en vez de *hiems* decía *tempus hibernum invierno*; en vez de *aestas* decía *tempus aestivum estío*; por *ver* decía *veranum verano*; por *vitrum* se dijo en España *vitreu vidrio*. En igual caso están innumerables sustantivos: *cirio*, *hogasa*, *hoguera*, *higuera*, *ribera*, etc. Muchos se usaban aún en la lengua antigua como adjetivos: «un buey *noviello*», «el puerco *jabalí*», «unas *medias calzas*», «cosa *nada*». Además, los que hoy tienen valor de adjetivo pueden sustantivarse: *una capital* (ciudad o letra), *un periódico*, *el estrecho*, *el bajo*, *el falso* (del vestido), etc., y mediante el artículo neutro, *lo bueno*, *lo bello*. Recuerdo especial merecen los adjetivos femeninos con valor de sustantivo: *el alba*, *la gruesa*, *nueva*, *llana*; algunos de ellos deben proceder del neutro plural (compárese *gesta*, § 77), y al mismo tiempo se usan a veces en la terminación o del singular: *el llano*, ant. *en vero*, moderno *en veras*.

3] El verbo es fuente abundante de sustantivos: —a) El participio está en primer lugar. El participio pasado se presta a innumerables formaciones; como los sustantivos latinos *dictata* (neutro), *equitatus* (masc.), tenemos en español *dechado*, *cubalgada*, *ida*, *venida*, *mandado*, *dado*, *bajada*, *posada*, *armada*, *ganado*, *trazado*, *comunicado*, *herida*, *bastida*, *acometida*, *ejido*, etc., e indicando personas: *asilado*, *repatriado*, *herido*, etc. Aparte deben citarse los participios

fuertes (§§ 106 y 122) que por no tener la forma ordinaria del participio se prestaban a perder su oficio verbal; eran en latín sustantivos: *debitum*, *cursus*, *morsus*, *tractus*, *unctus*, *sponsus*, y lo son sus derivados españoles, con otros como *venta*, *meſta*, *peso*, etc., que en romance quedaron fuera del sistema verbal, sin uso de participios. Otros conservan, o conservaban en algún período del español, su doble empleo, verbal y sustantivo: *vista*, *puesto*, *hecho*, *fecha*, *dicho*, *dicha*, *tuerto*, *falso*, *junta*.—El participio de presente es de poco uso; como los sustantivos latinos *adolescens*, *oriens*, *occidens*, tenemos *levante*, *poniente*, *la corriente*, *mendigante*, etc. —b) El infinitivo va en segundo lugar; el latín lo sustantivaba como nominativo o acusativo neutro: *vivere ipsum*, *scire tuum*, sobre todo en los períodos arcaico y decadente; el romance usa de este giro con toda libertad, y gracias al artículo puede usar el infinitivo en funciones de genitivo o dativo, como el griego (casos para que el latín usaba el gerundio y supino), y aun va más allá que el griego, pues usa también infinitivo plural: *el dormir*, *los decires*, *los andares*, *haberes*, *dares* y *tomares*. El español conservó hasta hoy entera la libertad de sustantivación de todo infinitivo, que el francés coartó mucho a partir del siglo xvi. El español admite también a sustantivación la forma reflexiva: *el arrepentirse* (ital. *il pentirsi*; pero en francés, sin pronombre, *le repentir*). —c) Las otras formas verbales ofrecen escasos sustantivos. Primera persona, *fallo*, *recibí*, *pagaré*, *abonaré*, *cargareme*. Tercera, *vale*, *debe*, *pésame*, *pláceme* (1).

(1) Añádanse los latinismos *credo*, *distingo*, *lavabo*, *déficit*, *explicit*, *exequatur*.

4] Otras palabras pueden también producir sustantivos: los adverbios *bene* y *male* dan los sustantivos *bien* y *mal*. También se sustantivan *el lejos*, *un sobre*, *el contra*, «en aquel entonces», «poner *peros*», *los ayes*, *el yo*, *el no yo*.

81. PALABRAS HABILITADAS COMO ADJETIVOS.—Son menos que las del párrafo anterior.

1] Algunos sustantivos fueron convertidos en adjetivos; el neutro *acetum* (originariamente participio de *acēre*) dió *acedo*; y derivan de masculinos latinos *fundus hondo*, *ciccus chico*, *vermiculus bermejo*, *porcus puerco*, *hidulgo*, y de femeninos derivan *castaño*, *cenizo*. Atendiendo a la cualidad distintiva de un ser, puede tomarse el nombre de éste como adjetivo: *linca*, *topo*, *asno*, «llevar vida *perra*», *mosca*, *alcornoque*, «muy *quijote*». (§ 80₁).

2] Cualquier participio puede usarse como adjetivo; citaremos únicamente participios arrancados del dominio verbal y que subsisten sólo como adjetivos: *bibitus beodo*, *domitus duendo*, *tēnsus teso* y *tieso* § 122, *strictus estrecho*, *fictus hito*, *farctus harto*, etc.

82. FORMACIÓN POR MEDIO DE SUFIJOS.—SIGNIFICACIÓN DE LOS MISMOs.

1] El sufijo es el recurso más abundante de formación de palabras nuevas. Las lenguas romances son más pobres en raíces que la latina de la cual dejaron perder una gran masa de vocabulario; pero suplen esta pobreza con una riqueza mayor de derivaciones. Los múltiples sufijos latinos pasaron al romance, pero de dos modos diferentes: unos como tales sufijos, y otros sin carácter de tales. Al decir *anda-dor*, *raspa-dura*, el tema y el sufijo ofrecen al que habla dos elementos distintos: uno representa la idea verbal, y otro la del agente o la del efecto de la acción, y esos sufi-

jos son útiles para aplicarse a otras palabras y modificar su significado: *raspa-dor*, *mata-dor*, o *mata-dura*, *anda-dura*; los sufijos latinos -tor y -tura viven todavía en español y son aptos para formaciones nuevas. En cambio, al decir *rastró*, *rostró*; no se sienten varios elementos, no se enuncia la sílaba -tro como significativa de nada, aunque es un sufijo latino que designa el instrumento; y al decir *macho* 'mazo', *cuchas* o *teja*, de todo punto ignoramos que esas palabras envuelven el sufijo -ŭlu, también instrumental; de modo que hay otros sufijos latinos que perdieron por completo su valor en romance, o su valor y su forma a la vez.

2] Los sufijos que en romance conservan su vida conservan en general el oficio que tenían en latín -mentum formaba sustantivos abstractos de tema verbal, como alim-entum, y lo mismo en romance *valimiento*, *sentim-*, *abastecim-*; -osus indica la posesión de una cualidad, o la posesión abundante, como anim-osus, form-osus, y en romance *tramp-oso*, *olor-*, *caballer-*, *graci-*, *tardi-*: *quej-*. Pero claro es que el significado de los sufijos pudo experimentar sus alteraciones: -tor se une en latín a temas verbales para expresar el agente, como en *accusa-tor*, *lec-tor*, *fac-tor*; pero en romance, además de este uso, el sufijo forma adjetivos: *acusa-dor*, *salva-*, o mediante una personificación, expresa también el instrumento (en vez del -trŭm, -ŭlu y otros del latín): *calza-*, *parti-*, *cola-*, *destila-*, *trilla-dora*, *apisona-*, y luego el lugar en que se hace algo: *mostra-dor*, *come-*, *obra-*, *mira-*, *corre-*.

3] El sentimiento que el hablante tiene de los sufijos es a veces equivocado. Por ejemplo, los nombres *Agapito* o *Margarita* son tomados por diminutivos, y de ellos se saca un positivo *Agapo* o *Márgara*. Estas regresiones, o sea

deducción de un primitivo en vista de un nombre que se juzga derivado, son procedimiento muy usual. Así del diminutivo *monaguillo* se sacó el positivo *mondgo*, que por su acento no puede venir de *monācu*. Ya en latín vulgar, del diminutivo *avŭcella* se sacó el falso positivo *avŭca*, que sincopado *auca dió *oca*, ital. *oca*; y en el latín vulgar español *pŭpulus* álamo se tomó como diminutivo y se sacó de él el positivo *pŭpus de donde hoy se dice *pobo* con los toponímicos *El Pobo*, *Poveda* (1). De *rŭs marŭnus* se hubo de decir *romerino (fr. *romarin*, ital. *ramerino*), y luego, creyendo que -ino era sufijo diminutivo (§ 83₁), se dedujo el simple *romero*.

83. LA FORMA DE LOS SUFIJOS.—1] Para que en romance un-sufijo pueda vivir y producir nuevas palabras, necesita llevar el acento. Los sufijos inacentuados fueron sustituidos por otros. El sufijo adjetivo -ŭsus, por ser átono, no conservó su valor en romance: *vinŭsus* no se conservó sino como un sustantivo, *viña*; *juncŭsus*, *vitreus*, *cereus* se sustantivaron en *juncia*, *vidrio*, *cirio*, y se acudió a otros sufijos para formar estos adjetivos: *vinoso*, *juncal*, etc.—Los diminutivos latinos en -ŭlus: *cannŭla*, *albulus*, no podían subsistir y debían ser sustituidos por los en -ŭllus, como *novŭllus*; así, lo mismo que al lado de *catalus* decía el latín clásico *catŭllus*, de donde el anticuado *cadiello*, o junto a *anulus* decía *anellus*, de donde *anillo*, el vulgar dijo *cannŭlla *canilla*, *albellus* *albillo*, y por *rŭtula* *rodilla*. Esta sustitución se prueba que es ya del latín vulgar porque se verifica también en nombres que no tuvieron nunca en romance significado diminutivo, por no con-

(1) V. GARCÍA DE DISCO en la *Rev. de Filol. Esp.*, V, 1918, pág. 40.

servarse en positivo, como *singūlus*, hecho **singēllu sencillo* (§ 47); *tragula*, **tragella trailla*; *astūla* (de *axis*), **astella astilla*; *fibūla*, **fibēlla hebilla*; *pustūla postilla*, *martillo* (1). Hay raros derivados de las dos formas culta y vulgar: *ma[n]cūla mancha* y *ma[n]cōlla mançilla*; **pestūlu* (por *pessūlu*), ast. *piestlo*, y **pestēllu pestillo*; *Castulone Castona* y *Castellones*.—En virtud de tendencias fonéticas (§ 6), el sufijo -*ūlus* se hizo tónico y sirvió para formar diminutivos como *hijuelo*, *lensuelo*, *pañuelo*, etc.—Existen, sin embargo, en romance, sufijos átonos, aunque muy raros, de origen preindoeuropeo. La toponimia nos revela la existencia de un sufijo -*āro* -*āra* con valor posesivo abundancial, extendido por las lenguas mediterráneas, desde el Asia Menor hasta España, *Alvaro* (Coruña), *Tdmara* (Palencia, Portugal, Canarias). Este sufijo se intercambia en España con variantes en que la consonante se sustituye por otra sonora -*āla*, -*āna*, -*āga*, variantes que se observan en un ejemplo notable. De la braca, prenda de vestir característica de los celtas, se llamaron éstos *bracūti* en la Galia Narbonense, y *bracāri* en las bocas del Duero: el nombre de la capital de estos últimos era en latín clásico *Bracāra*, y tenía como variantes populares **Bracāla* y **Bracāna*, de donde derivan el ant. portugués *Bragaa*, mod. *Braga*, y el ant. cast. *Brāgana* (2). Estas

(1) Por igual razón, en la derivación culta *crystallinus*, *cedrinus*, debían de tomar el sufijo de *divinus*, *bovinus*, *Alpinus*, y se dijo *crystalino*, *cedrino*.

(2) Provisionalmente, mientras trato de nuevo esta materia, véase mi artículo titulado *Sufijos átonos en español* (en *Festschrift für Adolfo Murasía*, 1905, págs. 380-400), y *Orígenes del Español*, § 61 bis. Compárese para el portugués CAROLINA AFONSO DE VASCONCELLOS, en *Bulletin Hispanique*, VII, 1905, pág. 194.

varias formas de sufijo átono vivieron en el latín vulgar de España como lo indican muchos restos en la lengua común: *cáscara* (ya se documenta en el siglo x) es derivado de *casca*; *gállara* lo usa Berceo y hoy se dice en Soria, por *agalla* del roble, *galla*; *gudcharo* deriva de *guacho*, y *alicántara* es duplicado de *alicante*; en vez de *murciago*, § 2, se dijo *murciégano*, *murciégalo* hoy *murciélagu*; junto a *buzo* hay *búzano*, *retruécano* viene de *retrocar*, *burdégano* de **bordiego*, *borde* 'bastardo'; *tángano* de *tango*, *bonítalo* de *bonito*, *pezpitalo* de *pezpita*, *cernícalo* de *cerner*, *ciénaga* de *cieno*, *relámpago* del ant. *relampo*, *rásago* 'tejido ralo y basto' de *raza* 'raleza del tejido', *luciérnaga* de *lucerna*, *vástago* de *basto* *bastón* 'tallo, brote'. Esta abundante derivación atrae varias terminaciones de otro origen: *lampāda* ant. *lāmpada*, moderno *lampara*, § 72; *subtūlus* (prov. *sótol*) dió *sótalo* documentado en el siglo x, moderno *sótano*; *Christophōru* en vez de **Cristóboro* dió **Cristóbalu* (*Cristóbalu* en ant. portugués, *Cristóbalu* en cast. del siglo ix) moderno *Cristóbal*.

2] El sufijo diminutivo se une al nombre a veces mediante una -c-, cuyo origen es latino; la terminación diminutiva latina era -*ūlus* en los nombres de las dos primeras declinaciones, a la cual se anteponía generalmente una *c* en los nombres de las otras tres, y como el vulgar sustituía a -*ūlus*, -*ēllus*, según queda dicho, antepuso la *c* también en éstos, y así *navicūla* fué en el latín imperial *navicēlla*, de donde *navecilla*; *pauper-cūlus* fué en vulgar **pauper-cēllu pobre-cillo*, *carbun-cūlu carbon-cillo*; *mani-cula mane-cilla*, *monti-culu*, *monti-cellus monte-cillo*, y esa *c* se generalizó a otros sufijos: *avecilla*, *avecica*, *dolorcito*, *autorzuelo*, *meloncico*, —*viejezuelo*, *reimecilla*, *luceccica*, *floreccilla*, *reyezuelo*;— en *piecezuelo* hay asimilación de **piedezuelo*,

como en *piececillo* asimilación de **pedeciello* **pedicëllu* por *pedicūlu*.

3] El sufijo viviente, que conserva su significación propia y sirve para formaciones nuevas, al unirse a la palabra cuyo sentido modifica, lo hace según las leyes fonéticas, pero con marcada tendencia a hacer resaltar la forma propia de la palabra a que se une el sufijo.—Respecto a las vocales, por ejemplo, *ēqua* se derivó **ēquaricius*, y de *pëllia*, *pellicia*, etc., *eguarizo* y *pelliza*, considerando átona la sílaba inicial: pero luego se reformó la primera de estas dos voces, diciéndose *yeguarizo*. Primitivamente se dijo *pedrezuela*, *ternezuelo*, lo mismo que *pedrollo*, *pedrusco*, *ternera*; pero luego se rehicieron de nuevo los diminutivos, diciéndose también *pedrecilla*, *tiernecito*, *nuevecito*, *pañuelito*.—De las consonantes ofrecían particular dificultad las velares. Para un glosador del siglo x, *siccitates* resultaba oscuro, y lo explicaba traduciendo *seketates*, porque el derivado romance conservaba sin asiblar la *c*, atendiendo al simple *seco*, como de *flaco* se dijo *flaqueza*. Alguna vez existió el derivado estrictamente fonético, y luego se abandonó: burguense dió antiguamente *burgés* y *bursés* (§ 47, 1), luego no se dijo más que *burgués*; el derivado fonético subsiste hasta hoy en *perdigón* (port. *perdigão*, cat. provenzal *perdigó*), *raigón*, *narigudo*, *narigón*, junto a *narisón*, y siempre que no se reconoce la derivación, verbigracia, en *sucio*.—Por igual causa muchos derivados de participios fuertes se rehicieron sobre una forma de participio débil, para hacer resaltar la forma ordinaria del verbo: en vez de dictore se dijo *decidor*; en vez de lectore, *leedor*; en vez de factore, *hacedor* (sólo en compuestos; *malhechor*, *bienh-*); en vez de apertore, *abridor*, *abridura*, *rompedor*,

prendedor, *-ura*, *veedor* (1), todos los cuales se formaron como si procediesen de un participio débil, lo mismo que la mayoría de los derivados; *amatore*, *partitore*, etc.

4] La forma del sufijo puede ser alterada por confusión con otro. Así, *aerūgine*, *ferrūgine*, se terminaron en *-ĪGINE*, *orin*, *herrin*, por influencia de *fuligine* *hollin*, *rubigine* *robbu*. El sufijo *-udīne* fué reemplazado por *-UMĪNE*, *costumbre*, *mansedumbre*, etc. La voz aislada tōnsoria dió su derivado en portugués: *tesoira*; pero en español la terminación *-oriu* fué cambiada por el sufijo *-ariu*, de donde *tijera*, mirandés *tejeira*, gall. *tixeira*; y análogamente *stōrea* fué **staria*, pues *estera* no puede explicarse como reducción de **estuera* (según el § 13), en vista del mirandés *steira* y del gall. port. *esteira* (comp. *caldeira*, *leigo*, *beiso*, citados en el § 9).—Los sufijos *-AX* y *-ACIUS*, *-IX* y *-ICIUS* se trocaban desde antiguo; así hallamos juntos *forname*, ant. *forraz* (fem.) y el mod. *hornazo*, *hornaza*; *līmace*, ast. *līmas*, y el castellano *līmaza* (2); *rapas* y el ant. *rapago*; **spinace*, ant. *espinas*, y el mod. *espinazo*; *pelliciu* *pellisa* y *pellis* (fem.); *solatū* y *solas*; *struthio* y *avestrus*; **torquace* *torcas* y ant. *torcaso*; y en vez de otras terminaciones se halla **lūmbrice* *lombria* (fem.), por *lūmbricu*. En algunos casos pudo coadyuvar la influencia extranjera, acaso la del prov. *solata* o la del fr. *pelisse*, etc.—A confusión del sufijo clásico *-ANU* y del vulgar *-ANE* (§ 4, final) se debe el

(1) Las excepciones son cultas muchas veces: *escritor*, *pastor*, *redentor*, *revisor*, *conductor*, *colector*, *ruptura*; pero no siempre, sobre todo con el sufijo *-ura*, muy popular en la época de orígenes del idioma: *cochura*, *soltura*, *basura*, *juntura*, *rotura*, *estrechura*.

(2) Aun hubo una tercera forma: **līmacu*, **līmaccu*, alav. *līmaco*, santalanderino *lūmtaco*, ast. *līmtagu*.

que junto a derivados de -anu: *romanus romano*, *cercauo*, *lejano*, *anciano*, *temprano*, *ciudadano*, *villano*, y junto a derivados -ane, **sacrista sacristán*, **gabila gavildán*, se hallen vacilaciones como el ant. *sacristano*, *sagristano*, *capellanus*; ant. *capellano*, mod. *capellán*, ant. *holgazano*, mod. *holgazán*; *roano* § 20, ant. *rudn*; del árabe alazár *alazán* y luego *alazano*. Para *catalán*, *alemán*, frente a *valenciano*, *segoviano*, etc., pudo influir la terminación aguda de -onē *hretón*, ant. *españón*. Sin duda además entre las formas apocopadas hay varios extranjerismos, como *tleán* *decanu* (galicismo por la pérdida de la *c*), *galén* (fr. *galant*) que tomó también la forma *galano*; *guardián*, ital. *guardiano*, prov. *gardian*, *guardian*; *capitán* del ital. *capitano*.—Otra doble forma pároxitona y oxitona hay en -*INU* y -*INE*; así, junto a *molino*, *padrino*, *dañino*, *viscatno*, *rocino*, *Villarino*, tenemos *Villarín*, *rocin*, *mallorquín*, *mastrín* *mansuetinu*, *cojín* *coxinu*; algunas formas apocopadas son galicismos evidentes, como *jardín*, y pudieran serlo las correspondientes a las francesas *roussin*, *coussin*, *matin*; pero la tendencia a la apócope es tan indígena que hay regiones, como Asturias, el Bierzo y NO. de León, donde se desconoce enteramente -ino, diciéndose siempre *molín*, *padrín*, etc., aunque el plural es -inos; contrariamente, en el dialecto de Extremadura el diminutivo conserva la *o*: *pequeñino*, *discretino*.

5] Los sustantivos postverbiales que indican fundamentalmente acción (o luego, agente: *escucha*) y se derivan de verbos mediante la simple terminación de género -u, -a, eran en latín clásico muy raros: *lucta*, de *luctare*, *lucha*; *pugna*, de *pugnare*. Posteriormente abundan: *falla*, de *fallere*, por *fallacia*, ant. *falla*; *proba*, de *probare*, por *probatio*, *prueba*; *compūtus*, de *computare*, por *computatio*,

cuenta; **dubilita*, de *dubitare*, por *dubium*, *duda*. Casi todos son de verbos en -ar, como en romances: *esfuerzo*, *jerro*, *vuelo*, *huelga*, *friega*, *compra*..., salvo algunos de verbos -er, *ir*: *socorro*, *sorbo*, *contienda*, *reparto*.—Pero el español mira el tema verbal como indiferente, para tomar no sólo las dos terminaciones masc. y fem. -o y -a, sino también la -e (masc.); antiguamente coexistían *alcanço*, *alcança*, *alcançe*; *rebato*, -a, -e; *galopo*, -e; *toco*, *toque*, y hoy *descargo*, -ga, -gue; *costo*, -a, -e; *avanzo*, -ce; *gasto*, *desgaste*; *saca*, *saque*; *corta*, -e; *desciajo*, -e; *desembarco*, -que, etc.—Estos postverbiales en la lengua antigua podían apocopar su *e*: *alcanu*, *don* (al lado de los ant. *dono* y *dona* *donum* y plural *dona*); y aun hoy se ve apócope en *disfraz* y en algún extranjerismo como *desdén*, catalán *desdeny*, por el ant. *desdeño*; *sostén*, prov. *sostenh*; pero en general no se permitió la apócope, considerando la -e como la de las desinencias verbales (§ 107), diciéndose *desgrane*, *enlace*, *roce*. Además de la terminación verbal -e, contribuyeron a la formación y aumento de estos postverbiales los muchos de origen extranjero, como los anticuados *conorte*, *deporte* (en vez de los castizos anticuados *conuerto*, *depuerto*), *deleite*, *detalle*, *choque*, *acorde*, *escote*; etc.; contribuyó también la existencia de otras parejas de sustantivo y verbo derivado de él, como *achaque*, *achacar*; *disparate*, -tar; *ultraje*, -jar; *viaje*, -jar; *baldón*, -nar; *fin*, *finar*, y la vacilación de varios sustantivos por el estilo de *zafiro*, *zafira*, *zafir* (§§ 76 y 29, 2).

84. PROCEDENCIA DE LOS SUFIJOS.—La casi totalidad de los sufijos romances son procedentes del latín.

1] Pero algunos revisten doble forma por haberse introducido por el doble camino de la tradición oral y de la escrita. Así, al lado de *prim-ero*, *som-*, *saet-*, *moned-*, *tempor-*,

nsur-, *clav-*, se dicen también estas y otras muchas palabras con forma latina de sufijo: *monet-ario*, etc., *imagin-*, *domicili-*. El sufijo *-ARIU* tiene además de estas formas popular, *-ero* y culta *-ario*, otra tercera forma galicista: *-er* o *-el* (ésta disimilada cuando hay una *r* anterior); ant. *lebre-ro* y *lebrer*, mod. *lebrer* (fr. *lévrier*); ant. *mercadero*, moderno *mercader* (prov. *mercadier*); *locariu*, ant. *loguer* (provenzal *loguiers*); *bachiller*, *taller*, *vergel*, *cuartel*, *laurel*, *broquel* bucculariu (prov. *bloquier*). El sufijo *-ATICU* tiene también una forma popular: *port-asgo*, *mont-*, *almirant-*, *hall-*; otra culta, *acúdico*, *silu-*, y otra procedente del provenzal o fr.: *salv-aje*, *port-*, *ram-*, *vi-*.

2] El sufijo *-ICCU* del diminutivo no es de origen latino: se halla también en portugués y en valaco. Tampoco es latino *-ito*, usado en portugués y de origen oscuro. Se tiene por de origen ibérico el sufijo propio del español y el portugués *-AECU* o *-ĒCU*: *andar-iego*, *labr-*, *palac-*, *rap-*, *mujer-*, *veran-*, *cadañ-(i)ego*, *Manch-(i)ego*. Tampoco es latino (sin duda ibérico) el origen de nuestro sufijo patronímico que reviste múltiples formas: *García*, *Garceiz*; *Sánchez*, *Sanchiz*; *Muñés*, *Muñiz*; *Alvarés*, *Álvarez*; *Velasco*, *Velásquez*; *Gallindez*, *Gallindiz*; *Nuñoz*, *Núñez*. El sufijo germánico *-ING* pasó a las lenguas romances *abad-engo*, *frail-engo*, *real-engo* o *realenco*, *mestengo*, *mestenco* o *mostrenco* (1); en Aragón, *agrienco* acritud, *salobrenco* salobre; *friolenco*. De origen árabe es *-í*, que se halla formando adjetivos de algunos nom-

(1) En cuanto al uso del sufijo, la serie semántica: «bienos *realengos*, *abadengos* y *mestengos*» confirma la etimología de Nebrija que apoyó en *Romania*, XXIX, 1900, pág. 360. Las etimologías modernas (Brück, Spitzer, *Revista de Filología Española*, XIII, 1926, pág. 114) no saben del sentido y de la forma primitiva de esta palabra lo que sabía Nebrija. Volveré sobre esta etimología más ampliamente.

bres propios: *Alfonso*, *Ceuti*, *Marroquí*, *Tunecí*, y sin valor de sufijo en *carmesí*, *baladí*, *jabalí*.

85. PREFIJOS. — 1] Al contrario que los sufijos, los prefijos, en romance son átonos. Si en el período primitivo del romance se conservaba uno que otro tónico: *cōmpātre* *cuēmpadre*, *cōncūba* *cuēncoba*, se eliminaron luego, quedando sólo alguno, como *compūtu* *cuento*, que tiene apoyo en la conjugación (§ 63).

2] La acumulación de prefijos, que sobre todo veremos en el verbo, produce la conversión de *ex-* en *in-ex-*; así *exagiu* *ensayo*; *exemplu*, ant. *ensiemplo*; examen *enjambre* (comp. *ensalzar*, etc., § 126), y por confusión con éstos, *axungia* *enjundia*, *absinthiu* *enjenzo* (y *ajenjo*). Para otros casos de confusión con el prefijo *ex-*: *escuchar*, *esconder*, véase § 174.

3] Todos los prefijos son de origen latino. El artículo árabe *al-*, *a-* no es un verdadero elemento de composición en español, pues no tiene significación alguna: *alcantarilla*, *alcalde*, *alquería*, *adarga*, *acémila*, etc.; se halla en voces latinas o griegas arabizadas, como *alcazar* (castra), *azúcar* (saccharum), *albaricoque*, *albérrigo*, *ajedrea*, *altramuz*, *alambique*, *adarme* (§ 4); y en voces de origen puramente latino, como *mitulu* *al-meja*, **materi-neus* (por *materi-nus*) *al-madreña*; o sustituyendo a otra vocal inicial: *amidula* (§ 26), *almendra* (port. *amendoa*), *haemorrh(oides)* *almorr(anas)*.

86. CLASES DE PREFIJOS. — Pueden distinguirse compuestos de sólo prefijo, y de prefijo y sufijo a la vez.

1] En los de sólo prefijo han de distinguirse dos clases, según el oficio del prefijo. En los PREPOSICIONALES el prefijo hace veces de preposición que rige al nombre con que se

compone, formando ambos un simple complemento gramatical, pues el verdadero nombre no se expresa: *anteojo* '[lente para] ante el ojo'. En los ADVERBIALES el prefijo hace veces de adverbio, el nombre que forma parte del compuesto es sujeto cuyo sentido modifica el adverbio antepuesto, y se sobrentiende un complemento: *antebrazo* 'brazo o parte del brazo que está delante [del brazo propiamente dicho]'. La palabra *anteiglesia* es un compuesto preposicional cuando significa 'la lonja de delante de la iglesia', y es adverbial cuando significa 'iglesia principal o parroquial'; compárese en latín los compuestos de igual palabra, ora con la preposición *in*, ora con el adverbio prefijo privativo *in-* (ambos de origen independiente), como *inclinis* 'inclinado' (prep.), o 'sin inclinación' (adv.); e igual *immixtus*, *immutabilis*, etc.—Ejemplos de los principales prefijos. Preposición: *ex* *consul*, *ex diputado*, *pro* *consul*, *po* *meridianus*, *intervallum*, *cognatu* *cuñado*, cuya composición no es sentida en el romance; y en vulgar, *ante* *annu* *antaño*, *inodiu* *enojo* (a través del prov. cat. *enojar*), *post* *auriculu* *pestorejo* (§ 133), *ultra* *marem* *ultramar*; y en romance, *a* *diós*, *-plomo*; *ante* *pecho*, *-cama*, *-sala*, *-antifaz*; *contra* *veneno*, *-bando*, *-fuero*, *-pelo*; *entre* *cejo*, *-acto*, *-línea*; *en* *bobo*, *-salmo* 'curación por medio de palabras del salterio'; *sobre* *todo*, *-mesa*, *-cena*, *-natural*, *-humano*; *so* *capa*, *-panda* 'sostén debajo de un pándeo', *-lomo*. Adverbio: *prae* *coquus* o *prae* *cox*, *bis* *coctus* *bizcocho*, *bis* *accium* *bizasa*, *bifera* *breva*, y bajo latín, *contraproducentem*, vulgar *antenatus* *alnado*, *compater* *compadre*, *commater* *comadre*, y en romances, *ante* *portada*, *-foso*; *contra* *prueba*, *-orden*, *-peso*; *entre* *tiempo*, *-abierto*, *-cano*, *-fino*; *sobre* *diente*, *-pellis*, *-carga*, *-escrito*, *-juez*, *-abundante* (pá-

rrafo 793); *so* *caz*, *-chante*; *tras* *pie* 'pie vacilante que se coloca detrás', *-sudor* 'sudor que viene tras una congoja'; *re* *bueno* (§ 793); *bien* *amada*, *andante*; *mal* *parado*, *-hallado*. El prefijo privativo latino *in-* apenas dejó más derivado que *in* *imicus* *enemigo*, *in* *firmus* *enfermo*, e *in* *cincta* *mujer encinta*, en ninguno de los cuales siente el romance la composición (1); en el romance el sentido privativo de *in-* fué asumido por *dis-*: *dis* *hora*, *-honra*, *-amor*, *-honesto*, *-igual*, *-lenguado* 'malhablado'; *dis* *gusto*, *-conforme*, o por *sine-*: *sin* *razón*, *-fin*, *-sabor*, muy afecto al vulgo, que dice *sinfinidá*, *sinsustancial*, etc.

2] Los compuestos de prefijo y sufijo a la vez se llaman PARASINTÉTICOS, de παρά, que indica la yuxtaposición, y συνθετικός, la síntesis de varios elementos que forman un término nuevo, como *desalmado*, donde *sin* que exista un sustantivo **desalma*, ni un adjetivo **almado*, la reunión de los tres elementos forma un compuesto claro y expresivo. En latín *antesignanus* 'soldado que combate ante las banderas', *obvius* 'lo que se encuentra en el camino o al paso', *subterraneus* *soterrano*, y luego *companage*, *trasnochador*, *pardiosero*, *embolado*, etc.

87. COMPOSICIÓN PROPIAMENTE DICHA.—Dos o más palabras que conservan en la lengua su significado aparte, se unen formando una sola, que representa al espíritu una idea única. Además de esta primera condición esencial, el compuesto perfecto adopta para los dos componentes un acento único, el cual en latín podía recaer sobre el primer

(1) Los cultos conservan vivo el sentido negativo de *in-* y son abundantes: *indiscreto*, *imposible*, *indirecto*, *inaguantable*, etc.; alguno vulgarizado, como *indino*, tampoco siente la composición.

elemento: *flavioōmus*; pero en romance siempre va sobre el segundo; sólo en algún compuesto que carece en romance de carácter de tal hallamos el acento en la primera parte, como *tripēde trēbede, treude*. También en el compuesto perfecto el plural afecta sólo al segundo elemento (*padrenuestros, primavera, hilvanes*). Hay empero compuestos de dos nombres intactos, que aún no se han fundido por completo, y entonces el primer elemento conserva un acento débil o secundario: *espíritu-de-vino*, y se pluraliza a la vez que el segundo elemento: *ricos hombres, gentiles hombres, casas quintas, guardias civiles* junto a *guardiaciviles, hijosdalgo* junto a *hidalgo, hideperros*; y aunque ahora choca, se hallan a veces en los buenos autores plurales como *montespios, sordosmudos, bocasmangas, bocascalles, salvosconductos*.

88. TRES CLASES DE COMPUESTOS.—1] Compuesto por YUXTAPOSICIÓN. Varias palabras unidas conforme a las leyes sintácticas ordinarias, por usarse a menudo así unidas, vienen con el tiempo a soldarse: entonces se borra en el pensamiento la imagen particular de cada una de esas palabras, sustituyéndose con una imagen simple y única. Ora sustantivo y adjetivo: *musaraneus musaraña, vinagre, hilván, disanto, melcocha, murciego*, y viceversa: *bajamar, primavera, mediodía, vanagloria*. Como raros por su forma deben notarse: *avutarda*, de *av(e)tarda*, ant. *autarda* y *agutarda* (§ 68), y *pavipollo*, que no significa 'pollo (sust.) de pavo', lo cual lo colocaría en la clase siguiente, sino 'pavo pollo o joven' (comp. lat. *pullus* (adj.) *passer*), y en este caso la *i-* es inexplicable; comp. *pimpollo pinuspullus*.—Ora dos sustantivos, uno de ellos en genitivo: *agricultura, jurisconsultus*, de los que en su forma latina sobre-

viven *pezuña, orpimente, condestable* (§ 74), *aguamanus aguamanos*, y que en español se limitó muy poco: *hi-d algo, espíritu de vino*, o con pérdida de la *d* intervocálica (§ 41): *Aldealpozo, Majaeltrayo* esto es *Maja(d)a(d)eltrayo, Puente-larreina, Villagonzalo, Cardenadijo, Cardinea (d)e Atilio, Cardenajimeno*.—Ora dos adjetivos conjuntos: *sordomudo, tontiloco*, y sustantivados: *claroscuro, altibajo*.—Además hay otra yuxtaposición fecundísima en los romances e ignorada del latín (1); éste carecía de los compuestos de verbo y sustantivo que el griego posela (*ἀνέ-στυπε*), y usaba sólo los de adjetivo verbal en segundo término, como *caprimulgus, armígar(us)* (*ἰχθυοφάγος*); el romance abandonó éstos y creó aquéllos: *chotacabras, portaguión, saltatumbas, matamoros, perdonavidas, saltamontes, quitasol, cortaplumas, abrojo, hincapié, sacacorchos*; y con pronombre, *sabelotodo, bienmesabe* cierto dulce en Andalucía, Venezuela y Cuba. También verbo y adverbio: *bogavante, catalejo, si-es-no-es* 'un poco', y verbo con complemento: *saltambarca, saltam-banco* 'saltabanco', o afectando italianismo: *salimbanchi* (ital. *salimbanco*); verbo y vocativo: *andaniño, tentemozo*; sólo verbos: *tiramira, ciaboga, duermevela, ganapiérde, quitaipón, correveidile*; es evidente la forma de imperativo que tiene el verbo en estos dos últimos; pero la persona El de presente indicativo mezclada con imperativo aparece en

(1) Louis Francis MEXNIER, *Les composés qui contiennent un verbe a un mode personnel en lat., fr., ital., esp.*, Paris, 1875; reúne los escasos ejemplos del latín, nombres propios que aparecen en las inscripciones, tales como *Vincomalus, Speirandeo, Habetdeum*, y el apodo de un centurión del tiempo de Tiberio, llamado *Cedqalteram* 'trae otra', según testimonio de Tácito; los verbos están en indicativo o imperativo. Tiene esta obra varios yerros en la interpretación de ejemplos españoles.

vaiuén, que primitivamente sería **veiven* o **vaiuien* (francés *va-et-vient*). En general, debe reconocerse en estos verbos el indicativo, que es indudable cuando el compuesto equivale a una oración de relativo o a un participio de presente: *destripaterrones* 'el que destripa terrones'. El perfecto aparece en *cochitehervite*.

2] Compuesto ELÍPTICO. Otros compuestos no son, como los anteriores, una simple suma de dos términos, sino que expresan más ideas que las contenidas en sus dos elementos; la sola yuxtaposición de éstos no tiene sentido por sí, sino se sobrentiende una relación entre ambos. Se forman, pues, mediante la elipsis de una relación, y no son, como los anteriores, producto lento de la fusión de dos palabras y dos ideas que antes vivían juntas sin soldarse, sino que el compuesto nace de una vez, mediante una síntesis de concepción. Compárense con los de la clase anterior los compuestos de sustantivo y adjetivo. El de yuxtaposición *aguardiente* resulta un sustantivo, y no significa más que 'agua-ardiente', mientras el elíptico *boquirrasgado* es un adjetivo, y se sobrentiende un sentido posesivo 'que tiene la boca rasgada'. Además, hoy *boquirrasgado*, alterando la final del primer término, suelda más íntimamente sus partes que *aguardiente*; pero esto no es esencial (1), y hasta el siglo XIV, aunque se decía *rabigalgo*, *cabescorvo*, *manvacio*, etc., se pre-

(1) Véanse: A. WILSON MUNTZ, *Observations sur les composés espagnols du type «aliabierlo»*. (Recueil de mémoires philologiques présenté à M. Gaston Paris, págs. 31-36).—G. BAIST, «*Longimanus*» und «*manilargo*» (en *Romanische Forschungen*, X, 471). Comp. *Romania*, XXX, 605.—MUNTZ, *Bemerkungen zu Baists Schrift «Longimanus und manilargo»*. (Särtryck ur Uppsätser i Romansk Filologi tillägnade Prof. P. A. Geiger, Upsala, 1901). Véase *Romania*, XXXI, pág. 444.

fería, acaso por mantener la integridad de los dos términos, *bocarrasgado*, *bocabierto*, *barbapuniente*, «águilas que llaman *cuelloalbas*», «cigüeña *picoabierto*»; en el siglo XV se imponía ya *patitieso*, *zanquituerto*, *crestibermejo*, etc., única forma hoy conocida. Estos compuestos son muy raros en el período latino: *oridurlus boquiduro*, *oriputidus*, *nariputens*, y en bajo latín *barbirasus*; la lengua literaria usaba una forma opuesta, con el adjetivo antepuesto: *flavicomus pelirrubio*, *longimanus manilargo*.—Dos sustantivos. También raro en latín. Los soldados decían *arciballista* 'ballesta combinada con un arco', y los labradores *caprificus cabrahigo* 'higuera macho', y sin duda también **canafērula cañaherla*, cuyo segundo componente no se conserva aislado en español; además *casatienda*, *puercoespino*, *aguanieve*, *calofrito*, *coliflor*, *arquibanco*, *tripicallo*, *carri-coche*, *ajipuerro*, *ajiaceite*, que en la Llitera se dice *ajaceite*, como en todo Aragón *ajolio*, por absorción del hiato. Cuando el segundo sustantivo tiene valor de genitivo, como *bocacalle*, *bocamanga*, *telaraña*, *maestresala*, *puntapié*, es difícil decir si la elipsis de la relación de genitivo es propiamente sintáctica, o solo fonética: *tela(d)earaña*, como es evidente, por el artículo, en *Aldealpozo* y los casos citados en el punto anterior. El genitivo en primer lugar es muy raro: *sarzamora*, *sarzarrosa*, *casapuerta*, *ferrocarril*; en el latín *cordolium cordojo*.—Dos adjetivos, no asociados por copulación, sino de significado opuesto y cuya unión expresa una cualidad intermedia, como *agridulce*, *verdinegro*.

3] Los compuestos PARASINTÉTICOS son muy pocos: *cadañero*, sin necesidad de que existan aparte un sustantivo **cadaño* ni un adjetivo *añero*; *casquimuleño* 'caballo con casco pequeño como las mulas', *capigorrón* 'maleante que anda en

el traje estudiantil de capa y gorra', *sunjuanada*, *mampostería* 'labor de piedras mampuestas', *escolapio* 'hermano de las Escuelas Pías'.

NUMERAL

89. CARDINALES.—1] Los latinos de 1 a 16 persisten en español como en casi todos los romances: unum *uno, un* (§ 78₁) unam *una*; — dños **doos, dos*; *duas*, anticuado *duas* y con asimilación de la *a*, cerrada por la influencia de la *u*, *dues* (§ 27), forma usada aún en el comienzo del siglo XIII en los diplomas de San Fernando, pero a partir de los de Alfonso X se usa para ambos géneros el masculino *dos*, salvo en leonés occidental, donde aún hay diferencia de géneros: masc. *dous*, fem. *duas, dues* (comp. *ton, tua*, § 96₁); — *trēs tres*; — quattuor, vulgar quattor (§ 30₂) *quatro, cuatro* (§§ 39, y 62₁); — cinco (§ 66₂) *cinco*, con vocal final influida por *cuatro* (igual en portugués, pero en otros romances con *-e* final); — *sēx seis* (§ 50₂), ant. y ast. *seyes*, con adición de *y* (§ 69₁) y abertura de la *i* final, por analogía con los plurales *reis reyes, leis leyes, bueis bueyes* § 75₁; — *sēptem siete*; — *ōcto ocho*; — *nōvum nueve*, ant. también *nuef* (§ 63₁); — *dēcem diez*; — *ūndēcin*, vulgar *ūndecē* (portugués, fr. provenzal *onse*, cat. *onse* *onze*, mod. *once*; — *duōdēcim*, vulgar *dōdēce* (§ 30₂), ant. *dodze, done*, mod. *doce* (§ 71), leon. *dolce* (§ 60₂); — *trēdēcim tredze, trese, trece*, leon. *treize*; — quatt(u)ordecim *catorce* (§ 39₁); — quīndēcim *quīnze, quince* (1); — *sēdēcim*, ant. *sedze, seze*.

(1) Los Judíos españoles de Viena y Belgrado conservan aún la pronunciación de las consonantes antiguas en *ondzi, dodzi, tredzi, catordzi, quindzi*.

2] Este último numeral se perdió en la lengua moderna y se formó analíticamente *dieciséis*. Esa tendencia analítica invadió en lo antiguo hasta el número 12, y se dijo en algunas regiones *diez e dos, diezēdos, diezetrés*; pero en la lengua moderna sólo se usó desde el 16 al 19, y en vez de septendēcim se adoptó la forma analítica ya usual en el latín clásico decem et septem, y lo mismo, por octodēcim y novendēcim se dijo decem et octo, decem et novem. Únicamente falta advertir que en lo antiguo se reducía el díptongo de *diez*, diciendo *diesiete, diseocho*.

3] De 20 a 100 (1) se conservaron todas las decenas latinas: viginti, ant. *veinte* (§ 66₁), dialectal *veente, vente, veyente* (§ 69), mod. *veinte* (y lo mismo viginti unus, viginti duo, viginti tres, etc.); — *trēginta, ant. *treinta* (§ 68₁), mod. *treinta*; — quadraginta *cuarenta*, mod. *cuarenta* (§ 68₁); — cīnquaginta (§ 66₂) *cinquenta*, mod. *cincuenta*; — sexaginta *sesenta*, mod. *sesenta*, contra el § 50₂, por influencia de la *s* de *seis*; — sept(u)aginta (§ 30₂) *setenta, setenta*; — oct(u)aginta (no octōg-) *ochenta, ochenta*, arag. *otuenta*; — nonaginta, ant. *nonaenta*, y *novaginta *novaenta, noventa*; — cāntum *ciento, cient, cien* (y centum unus, centum duo, etc.). Para las decenas 40-90, además de las formas dobles *-adeta, -ēnta*, se halla *-ēnta* en ant. leonés y ant. portugués: *seteenta, noveenta*, etcétera. La reducción de *a* a *e* y su ulterior supresión se explica por el frecuente uso proclítico: *setaenta y dos, y tres*, etcétera. El español y el portugués remontan así a las formas clásicas latinas, mientras los otros romances remontan

(1) Jakob Juv, *Die Zehnerzahlen in den romanischen Sprachen* (en *Festschrift für Heinrich Morf*, Halle a. d. S., 1905).

a una contracción ya operada en el latín vulgar, con dislocación del acento a la sílaba anterior: -a(g)inta > -ainta > -diinta > -anta (en inscripciones se halla *quarranta*, *octanta*), formas que también se hallan por España no sólo en el catalán *seixanta*, *vuytanta*, etc., sino en el leonés *cinquanta*, *novanta*, etc. y en el aragonés *quaranta*, *xixanta*, etcétera. Esta retrotracción del acento, -á(g)inta, se extendía también a *trīginta*, de donde el leonés portugués *trinta*, y a *vīginti* port. *vinete*.—Berceo dice una vez *tres vent* por 'sesenta'; en San Ciprián de Sanabria se usa *dous veintes*, *cuatro veintes*; en Santander se llama *cuatro veintes* al ochentón: el Entremés de los Romances (hacia 1591) bromea diciendo: «que para sesenta leguas nos faltan *tres veces veinte*»; en Tras os Montes se cuenta también *tres veces vinte*, *quatro vezes vinte*; todos estos parecen restos de un sistema de numeración vigesimal, antes muy extendido, y como el vasco lo usa (*ogeitāmarr* 'veinte y diez', *berrogei* 'dos veintes', *irurogei* 'tres veintes', *larrogei* 'cuatro veintes') pudiéramos sospechar un influjo ibérico. El *tres vent* de Berceo se ha explicado por galicismo (deus vinz, treis vinz, quatre vinz, etc.); en todo caso también pudiera ser un vasquismo más del poeta riojano (1).

4] De 200 a 900 el español conservó cuatro compuestos latinos: *dūcēnti*, -ae, -a, *dosientos*, -as, rehecho en *doscientos*, as;—*trēcēnti*, -ae, -a, *tresientos*, *trescientos*, -as;

(1) MARGARETE RÜSLER, *Auf welchem Wege kam das Vigesimalssystem nach Frankreich?*, en *Zeit. f. rom. Philol.*, XLIX, 1929, págs. 273-286, combate la antigua hipótesis de que el sistema vigesimal francés provenga del galo, para sostener que proviene del nórdico: los vikingos lo transmiten a los anglosajones, éstos al latín monástico de Inglaterra y al anglonormando en el siglo XII, y de aquí al francés del norte.—L. SUTZEN, *Urtilmliches*

quingēnti, *quīnientos*, -as;—*sexcenti*, *seiscientos*. Pero formó nuevo compuesto para *quadringenti*, *septingenti*, *octingenti*, *nongenti*, diciendo *cuatrocientos*, *setecientos*, *ochocientos*, *novecientos*, todos en la lengua antigua con *ç* sorda, procedente de *C* inicial, a diferencia de *dosientos* y *trezientos*, que tenían *s* sonora, procedente de *C* intervocálica.—En la Litera hay formas nuevas para *cincocientos* 'quinientos' y *oncecientos* 'mil ciento'.

5] *Mille mill*, *mil*, junto al cual se usa sustantivado el adjetivo *milliarius*, ant. *millaria*, mod. *millar* (forma culta; la popular *mijero* designa la milla), y el vulgarismo *milenta* formado análogamente sobre las decenas. En vez de los compuestos *duo millia*, *tria millia*, *decem millia*, se usan otros en que el plural *millia* fué sustituido por el singular *mille*: *dos mil*, *seis mil*, porque antiguamente se usaba la perífrasis *dos veces mil*, *quarenta veces mil*. La voz *millón* es relativamente moderna y derivada del ital. *milione*; de ahí se sacaron *billón*, *trillón*; en la Edad Media se desconocía numeral superior a *mil*, según las Partidas II, 21, 2): «mil es el más honrado cuento que se puede seer, et de allí adelante non puede haber otro cuento nombre señalado por sí, et ha de tornarse por fuerza a seer nombrado por los otros que diximos que se encierran en el millar». No obstante, se usaba ya la voz *cuento* por «diez veces cien mil».

bei romanischen Zahlwörtern, en *Zeit. f. rom. Philol.*, XLV, 1925, páginas 1 y sigs., cree que los restos de numeración vigesimal en España y en Francia, como los que se hallan en Sicilia, en los Abruzzos y otras partes (también en copto se expresa 30 por 4 x 20), son formaciones espontáneas debidas a lo inexpresivos que son para el pueblo los números altos en forma sintéticos.

6] Respecto de la flexión, el romance restringe aún la ya restringida flexión del latín.—1 distingue género y número; en composición con decenas, centenas o millares, distingue el género, pero tiende a perderlo cuando precede al sustantivo: ant. «*veintiuna casa*», mod. «*veintiuna casas*» o «*veintidn casas*».—2 en lo antiguo distinguía el género; modernamente sólo lo distingue *ambos*—La flexión latina de 3, como distinguía sólo el masculino femenino träs del neutro tria, no pudo subsistir; así que de 3 a 99 no hay flexión.—Las centenas distinguen el género, como en latín. No se conservó el plural milia.

90. ORDINALES.—1] Primarius (no primus) *primero*, -er, era; secundus *segundo*, -a;—tertiarius (no tertius) *tercero*, -er, era;—quartus, *cuarto*;—quintus, *quinto*.—De 6.º en adelante la lengua moderna usa casi sólo las formas cultas, copladas del latín más o menos mecánicamente; v. gr.: *quincuagésimo* y el nuevo *cincuentésimo*. Las formas populares que existieron desde 6.º a 10.º se perdieron o se conservan sustantivadas: *sæxtus*, vulgar *sæstus* (§ 51₂) *siesta*;—*sæptimus*, ant. *sietmo*;—*octavus*, *ochavo*;—*nõnus*,—*dēcimus*, *diezmo*. De 11.º en adelante la lengua popular olvidó las formas latinas, salvo que antiguamente se conservaron dos, sólo como sustantivos: *quadragesimus* *quaragesma*, *cuaresma*, y *quingagesima* *cinquagesma*. En vez de *postremus* se dijo *postrero*, -er, -era (§ 68₁).

2] La lengua antigua poseía un sufijo ordinal que aplicaba a todos los números desde 2, especialmente desde 7 en adelante. Es el sufijo adjetivo -*õnus*, que el latín aplicaba a los distributivos (*seni*, *septeni*, *noveni*, *deni*, *viceni*, *centeni*). Sirvieron de punto de partida *seteno*, *noveno*, *centeno*, y

luego se hicieron *quatreno*, *cinqueno*, *sesseno*, *ocheno*, *den-*, *one*-, *dos*-, *tres*-, *catorce*-, *disesses*-, *disessel*-, *veynteno*, *veynt e dosseno*, *veynt e tresseno*. Todos se perdieron, salvo *noveno*, y sólo sobrevivieron algunos como sustantivos colectivos: *las setenas*, *decena*, *docena*, *cuarentena*.

3] Junto a estos ordinales se usaba el cardinal para los compuestos de uno: «la estrella *veynte e una*», y a veces para los otros: *la quaraenta*, *la quaraenta e dos*, etc. Modernamente, en números más altos de 20 se usa también el cardinal por el ordinal; en números más bajos lo tiene por galicismo Vargas Ponce en 1791; por ejemplo, decir *siglo trece*, *epistola doce*: «ya se ha impreso repetidas veces *Luis quince* y hasta *Alfonso diez*; se dirá en breve *Carlos tres* y *Pío seis*». Bello admite con razón, sin nota de extranjerismo, *la ley dos*, *el capítulo siete*, *el siglo diez y nueve*.

91. MÚLTIPLOS Y FRACCIONARIOS.—1] Como multiplicativos tenemos los populares *doble*, y ant. *treble*, con los cultos *duplo*, *triple*, *cudruplo*, etc., además de *múltiplo* y *simple*; para la -e final, v. § 78₁. Hay también formas perifrásticas: «le vuelvo *cuatro doblado*», «con cien *doblada alegría*». La perifrasis latina con el adverbio numeral «bis tantum, quinquies tantum», es la que da el múltiplo vulgar más usual: *dos tanto*, *cuatro tanto*, *ciento tanto*, que hoy va anticuándose.

2] Para los fraccionarios, salvo dimidia, que en vulgar se sustituyó por medietate *mitad*, el latín no tenía forma especial; usaba el ordinal, sobrentendiendo *pars*: *tertia*, *quarta*, de donde se tomaron *tercia* (culto por su -cia), *cuarta*. La lengua culta los usa más generalmente en terminación masculina (1).

(1) *Décimo* influyó para que se aceptara el sustantivo *céntimo* por *centésimo*, cambiando el acento del francés *centime*.

Además, la lengua reparó en el único sufijo ordinal tónico (§ 831), existente en latín, que es el de *octavus*, y tomó *-avo* como terminación fraccionaria: *dosavo*, *centavo*, anticuado *sextao*, *veinticuatrao*, *trentao* (1).

(1) El sufijo *-Imus* de *siétmo* y *diezmo* sirvió para formar *seísmo* o *sesmo* y algún otro usual en las revesadas particiones antiguas de propiedades y derechos. En un documento de 1211 se halla «uendemos ennas aceninas de fuera la *disaduesma* part del quarto del medio *sesmo*».

CAPÍTULO VI

EL PRONOMBRE

92. IDEA GENERAL (1).—El pronombre tenía en latín, por lo general, una flexión algo diferente que el nombre, y en romance ambas flexiones se diferencian bastante. El nombre perdió todos los casos latinos, salvo el acusativo, mientras el pronombre mantuvo, además del acusativo, el nominativo singular (en los pronombres personales, demostrativos y relativo), el genitivo de singular (en el relativo), el de plural (en el dialectal *lur*, § 972), el dativo singular (en los personales de primera y segunda persona) o el singular y plural (en el personal de tercera persona). Además, el pronombre conservó el género neutro singular (en el personal de tercera persona, en los demostrativos y en el relativo), que el adjetivo dejó perder. Para esta notable

(1) Véanse: J. CORNU, *Le possessif en ancien espagnol* (en *Romania*, XIII, 1884, 285, y *Zeitschrift*, XXI, 415).—E. GESSNER, *Das spanische Personalpronomen* (en *Zeit.*, XVII, 1893, p. 1). *Das spanische Possessiv- und Demonstrativpronomen* (en *Zeit.*, XVII, 329). *Das spanische Relativ- und Interrogativpronomen* (en *Zeit.*, XVIII, 449).—F. HANSEN, *Das Possessivpronomen in den altspanischen Dialekten*, Valparaíso, 1897. *Sobre los pronombres posesivos de los antiguos dialectos castellanos*, Santiago de Chile, 1898.—R. J. CUervo, *Los casos enclíticos y proclíticos del pronombre de tercera persona en castellano* (en *Romania*, XXIV, 1895, pág. 95).

diferencia que existe entre la flexión del nombre y del pronombre influyó en parte el haber mayor distinción entre ciertos casos en la flexión pronominal latina que en la mayor parte de la nominal; pero sobre todo el deseo de la lengua de buscar transparencia y facilidad en la expresión.

Fuera de esto, la flexión del pronombre muestra otra riqueza, distinguiendo en el caso régimen dos formas: una acentuada y otra inacentuada; distinción cómoda en que aventaja el romance al latín clásico. En éste se usaba sólo *mi* junto a *mihi*; Ennio empleó *sum*, *sos*, *sis* por *suam*, *suos*, *sua*, formas acortadas del posesivo, que sin duda tenían mucha extensión en el latín vulgar.

PRONOMBRE PERSONAL

93. FORMAS ACENTUADAS.—1] Primera y segunda persona.—El nominativo *ego* se abrevia en latín vulgar *eo* (**ieo* (prov. *ieu*), leon. occid. *you*, cast. *yo* (§ 10, final);—*tú*.—El aragonés antiguo usa el nominativo *tú* para el caso régimen con preposición: «tú el tod el pueblo *con tú*», «si a *tú* place», como el provenzal antiguo y el catalán; el aragonés moderno extendió este uso a la primera persona *con yo*, *pa yo*, como el provenzal moderno *per yeu*, catal. *per jo* a *jo*, valenc. a *jo*.

Dativo: *mihi* contraído en latín clásico *mi* *mihi*—*tibi* en español primitivo *tive* (1), contraído en latín vulgar *ti* (a *imi*-

(1) Véase *Orígenes del Español*, § 66, donde también se apunta la forma analógica de la primera persona, *miu*. Para la *i* acentuada véase arriba el § 11.

tación de *mi*) *ti*.—Ambos pronombres *mi*, *ti*, se usan siempre con preposición para todo caso régimen acentuado; las formas latinas *meum*, *tecum* (ant. port. *meo*, *tego*, *comego*) se ofrecen en documentos vulgares: *micum*, *ticum*, pues la forma *me* se reservó en España para usos átonos § 94, y *ti*, al revés que en Italia donde se emplea *mi* para los usos átonos y *me* para los acentuados, por lo cual se dice *meo*, *teco*. Anteponiendo otra vez la preposición que va pospuesta, resultan los pleonasmos *conmi*, *contigo* (italiano ant. *conmeo*, *conteco*).

En el plural no hay sino una forma de nominativo-acusativo: *nōs* *nos*, *vōs* *vos*, usuales en lo antiguo; pero que al fin de la Edad Media se reemplazaron por *nos-otros*, *vos-otros*, antes empleadōs sólo enfáticamente para poner la primera o segunda persona en contraste con otra, y luego usados en todo caso como formas únicas. *Nos* y *vos* quedan relegados al estilo elevado y cancilleresco. En vez de *nobiscum*, *vobiscum*, decía el vulgar *noscum*, *voscum* (con acusativo en vez de ablativo, § 74), en leonés y portugués antiguos *nosco*, *vosco*, y luego los pleonásticos antiecuados *con nusco*, *con vusco*, que aun subsisten en portugués: *connosco*, *convusco*; la *u* del esp. ant. es disimilación de las dos *o*, *o* *conli*guas, sugerida por la vocal cerrada de *-migo* *-tigo*.

2] El pronombre reflexivo carece de nominativo y tiene el plural igual al singular, quedando, pues, sólo el dativo: *sibi* contraído (como *mi*, *ti*) *si*, *si*, *consigo* (el ital. usa la forma de acusativo *seco*, ant. *conseco*); *consico* ya en las Glosas Silenes.

3] El latín no tenía pronombre especial para la tercera persona; cuando necesitaba de él, empleaba cualquiera de los demostrativos, pero el romance escogió *ille*.

En singular el nominativo sirve para el caso sujeto, y para el caso régimen con preposición. — Masculino: *ille elle*, forma usada en el Poema del Cid y en los textos de la primera mitad del siglo XIII (Berceo, Alexandre, Fuero Juzgo); esta forma tenía una variante: *elli*, usada por Berceo y por el antiguo leonés, subsistiendo aún en asturiano (1). Desde el siglo XIII se impuso como general la apócope *el* (§ 63₁). — Femenino: *illa ella*. — Neutro: *illud ello*.

En plural el acusativo sirve para el sujeto y el régimen. — Masculino: *illos ellos*. — Femenino: *illas ellas*.

94. FORMAS INACENTUADAS PARA EL CASO RÉGIMEN. — 1] Como queda dicho el español, al revés del italiano saca sus formas átonas del acusativo *me*, *te*, *se*. La primera y segunda persona: Singular: *mē me*, *tē te*. — Plural: *nōs nos*; *vōs vos*; ésta, a fines del siglo XV empezó a generalizarse en forma abreviada *os* (antes en unión del imperativo, § 115₁); Nebrija, en 1492 da como forma única la de *v-* inicial, *vos*; pero en el siglo XVI Juan de Valdés decía que «tal *v-* nunca la veréis usar a los que agora escriben bien en prosa». — Por influencia de la consonante inicial de *me* se halla *mos* en vez de *nos* en algunos diplomas antiguos, en el lenguaje villanesco de nuestro teatro y hoy en el habla vulgar general (arag. murc., andal., santand., ast., salm., mirandés, gall., port.). Además por influencia de *te* se dice en Ribagorza y parte de Somontano de Aragón *tes* por *vos* u *os*: «llegátos a casa», «tos lo dá», «tol dirán» «os lo dirán».

2] Acusativo reflexivo: *sē se*, para singular y plural.

(1) La *i* final de algunos pronombres puede explicarse por dialectalismo (§ 28₁); pero en *otri*, tratándose de una *-o* final, debe admitirse la influencia de la tónica de *qui* (§ 101₁). Las variantes del latín vulgar *illi*, *isti*, nada explicarían, pues hubieran dado **ille*, **iste* (§§ 11₂ y 28₁).

En el habla vulgar de Castilla, Aragón, América y de los judíos españoles se le añade la *-u*, signo del plural del verbo: «al marcharsen ellos, siéntensen ustodes, váyasen».

3] La tercera persona difiere en distinguir el dativo del acusativo.

Singular — Dativo masculino y femenino: *illi *ille, le*; dialectal *li*. — Acusativo masculino: *illum *ello, lo*; femenino: *illam la*.

Plural. — Dativo masculino y femenino: *illis les*, dialectal *lis*. — Acusativo masculino: *illos los*, femenino *illas las*.

Se notará que en todos los casos se pierde la vocal inicial, por efecto de la posición enclítica: cantarunt-(i)llu, non-(i)llu cantaut. La *-ll-* se redujo a *l* tanto por el uso átono (comp. el artículo § 100₁), como por influencia de la forma tónica *el* y porque el español no conoce en general *ll-* inicial de palabra o tras consonante y había de preferir *dizen-lo* a *dizen-llo*; el leonés, que usa mucho la *ll-* inicial o tras consonante, usa también bastante *respondiéronlle*, *arrendarllos*, *quello aya*, *sillo quesier*. — Cuando el dativo va unido al acusativo del mismo pronombre (*dedit illi illum*), el castellano antiguo usa la forma *gelo*, *-s*, *gela*, *-s*, que es el resultado regular del grupo *illi-illu > (i)lliello > gello* (compárese para *lly* intervocálico *collí(g)it > coge*) y con reducción analógica de la segunda *ll*, *> gelo*. El leonés usa las formas *gello* y *gelo* al lado de *yelo* y *llelo*, como al lado de *muger* usa *muyer* y *muller*. Este *gelo* se propagó por analogía al plural, y en vez de *dedit illis illum > dio-les-lo*, se dijo, como en singular, *dió-gelo*. Nótese que fuera de esta combinación de dos pronombres enclíticos, la unión del dativo con cualquier otra vocal siguiente no es tan íntima: en «*dedit-illi illa-cárta*» hay dos grupos tónicos, mientras en

«dédit-illi-illa» sólo hay uno; de ahí el diferente resultado en español: «dió-*le* la-cárta», frente a «dió-*ge*-la». Pero en el leonés (y en el portugués) se propendió a considerar como intervocálico el *lli* del dativo ante toda vocal inicial: «dio-*ge* ela-carta», «dio-*ge* otra», leon. mod. «dioyi otra» (port. «deu-*lhe* a carta», lo mismo que «deu-*lh'a*»), y en seguida se tomó la palatal inicial como característica de dativo enclítico, y se generalizó aun ante consonante: «dio-yi mucho», y al plural «dioyis», lo mismo que ant. «diolleslo», mod. «dioyislu» 'dióselo'.—El cast. *gelo* (sing. y plur.) en el siglo xiv empieza a dejar su puesto a la forma moderna *selo*, generalizada gracias a la influencia analógica ejercida por expresiones reflexivas como echóselo, atóselo (a sí mismo) sobre echógelo, atógelo (a otro). La analogía morfológica fue apoyada por la analogía fonética existente entre *g* y *s*, que se ve en formas como *tigeras*, *quijo*, *vijitar*, § 42, en vez de las etimológicas con *s* (1).—En el uso, las funciones del dativo y acusativo aparecen bastante confundidas; el *loísmo* domina en Castilla, atribuyendo a *le* funciones del acusativo masculino *lo*, y aun se extiende al plural diciendo *los* por *los*; aunque menos, se practica a la vez el *lismo*, que atribuye al acusativo *la*, *las* funciones de dativo femenino; y entre el vulgo se abusa también del *loísmo*, empleando *lo* con significado de dativo.

4.] Todas estas formas enclíticas podían perder en las antiguas lenguas romances su *-r* final del singular, cuando la palabra en que se apoyaban terminaba en vocal; y así,

(1) Una exposición de las opiniones distintas de la mía sobre el origen de *gelo* y *selo*, puede verse en la *Revue de Dialectologie Romane*, Bruxelles, 1910, II, 124-125.

no añadiendo sílaba, daban a la lengua brevedad y energía: «aqueste escaño *quem* diestes; *siempre* maldizré; *nos* detiene; *fué* veer»; y la *m* y la *t* podían sufrir los cambios propios de consonantes finales: «*tengon* por pagado; *fusted* meter tras la viga» (§ 63, a.), o de mediales: «vos ruego *quem*blo sagades»; *tóvelo* = túvetelo (§§ 59, y 57). Como las consonantes *m* y *t* dejaron pronto de ser finales en español y las formas *-n* y *-d*, arriba citadas, diferían demasiado de la forma plena *me* y *te*, la apócope del pronombre de primera y segunda persona fué cayendo en desuso, así como la de *se*, desde fines del siglo xiii. Subsistió hasta fines de la Edad Media la apócope del pronombre de tercera persona, aunque en circunstancias mucho más limitadas que en lo antiguo (1).

5.] Otra manifestación de la unión íntima de estos enclíticos con la palabra acentuada es su fusión fonética, ora mediante asimilación: *serville* = servirle, *tornase* = tornarse (§ 108), ora mediante metátesis: *dalde* = dadle, *dandos* = dadnos (§ 115).

6.] La tendencia opuesta a acentuar el pronombre es menos marcada; en poesías del siglo xvi, y hoy día, se dan ejemplos de *levántate*, *entiéndeme*, siempre con imperativos, para redoblar la fuerza de la expresión con el doble acento.

PRONOMBRE POSESIVO

95. GENERALIDADES.—El posesivo en español se deriva únicamente del acusativo latino. Tiene dobles formas, pero no tan radicalmente distinguidas en la lengua antigua como

(1) Véase E. STAAT, *Étude sur les pronoms abrégés en ancien espagnol*, Upsala, 1906; y *Cantar de Mio Cid*, 1908, págs. 251-256.

las del pronombre personal. Verdad es que la lengua moderna llegó a distinguirlas completamente, pero aun así, más bien que formas tónicas y átonas debemos llamarlas formas de pronombre sustantivo y formas de adjetivo antepuesto, pues si bien estas últimas en el lenguaje general de Castilla la Nueva, etc., son hoy proclíticas, *mi-pádre*, *nuestra-casa*, no lo eran en castellano antiguo, que decía *mió pádre*, ni lo son en la pronunciación de varias regiones, como Asturias, Santander y en general León y Castilla la Vieja, donde se dice *mi pádre*.—El pronombre adjetivo iba acompañado antiguamente del artículo, y este uso continúa dialectalmente en regiones arcaizantes como Asturias Santander, Zamora, Miranda, el Norte de Burgos, etc., y por arcaísmo se conserva aún en la traducción del Padrenuestro hoy en uso: *el tu nombre, el tu reino*; el español moderno, al hacer proclítico el posesivo, aligerando la expresión, suprimió también el artículo.

96. POSESIVO DE UN POSEEDOR.—1] Primera persona.—Como sustantivo, tenemos para el masculino *mēum mieo*, *mío*, § 10, (1), que en español antiguo era también *mió* (§ 6₂): *lo mió rima d en el Poema del Cid*; «mientras lo mió durare non vos faldrá aver» es un verso de 7 + 7 sílabas en el Apolonio; *mió* subsiste hoy en Asturias; — meos *mios*, ant. y ast. *miós*. Para el femenino: *mēam mea* (§ 66₁) *mío*, — meas *mías*.

Como adjetivo, se usaban antes para el masculino las mismas formas *mío*, -s, y *mió*, -s (subsistentes ambas en

(1) Esta explicación, que responde a la existencia de *mēu mieo*, no excluye el que también se llegase al mismo resultado partiendo de un *mēu* que diese *mío*, según el § 11₂; italiano *mio*, frente al plural *miei*.

Asturias); así, en hemistiquios de siete sílabas hallamos «*mios antecesores*», o bien, «*catando mió fijuelo*». Para el femenino habla *mía*, -s (raro); *mié*, -s; *mi*, -s; ese *mié* se explica por asimilación, cerrándose la -a para acercarse a la *i* precedente; el acento también se dislocó en seguida, *mié*, para reducir el hiato a diptongo, pero de la acentuación etimológica *mié* parece proceder la apócope *mi* (§ 27). En el posesivo adjetivo se distinguía, pues, diciendo «*mi madre* e *mió padre*»; pero las confusiones son antiguas, y a principio del siglo xii se podía decir ya en leonés «*mió muger*», prefiriendo el masculino para todos los usos, como hoy en Asturias, mientras en Castilla, prefiriendo el femenino, se mezclaba a veces «*mio hermano* e *mi padre*», y esta última forma al fin excluyó enteramente a *mio*. La causa de la confusión de géneros es principalmente que éstos no se distinguían mediante la -o y -a átonas habituales.

2] Segunda y tercera persona.—Sustantivo: la vocal tónica de *tūum tūam*, *sūum sūam*, hay que suponerla diferente según el género: *tūo tūa*, *sūo sūa* (§ 66₁), diferencia reflejada en el leon. occid. *tou*, *tua*, y en el castellano ant. masc. *to*, *so*, fem. *tua*, *sua*; de éstas parece haberse sacado un masculino analógico y raro: *tua*, *sua*. Las formas modernas *tuyo*, -a, *suyo*, -a, parecen rehechas sobre el posesivo relativo *cuyo*, habiendo podido empezar la imitación en *tua*, *sua*, con hiato deshecho mediante *y* (§ 69₁).

Adjetivo: las formas -uo, -a y -uyo, -a del sustantivo son raras en uso adjetivo: «*suo señor* e *suos amigos*»; más raro aún: «con las *suyas* cuerdas». El posesivo átono aparece contracto: *tum*, *sus*, en inscripciones españolas de los años 630 y 573; en romance la forma corriente del masculino era *to*, *so*, y la del femenino *tue*, *tu* y *sue*, *su*. Hay ma-

nuscritos castellanos de los siglos XIII y XIV que distinguen con regularidad los géneros; la cancillería de San Fernando tiende a la distinción; pero la de Alfonso X ya prefiere *tu*, *su* para ambos géneros, aunque no faltan ejemplos de lo contrario (en los Libros de Astronomía se dice *sus* o *sos estrellas*), y al fin prevalecieron por completo las formas femeninas como exclusivas para todos los usos. Por el contrario, en asturiano prevaleció *to*, *so* para el masculino y femenino; es decir, el castellano y el asturiano hacen aquí, contrariamente el uno al otro, lo mismo que en la primera persona.

97. POSESIVO DE VARIOS POSEEDORES. — 1] Primera y segunda persona. — El latín, junto a *vester* conocía ya *vöster*; y la analogía generalizó esta forma en el latín vulgar: *nöstru*, *vöstru* dieron *nuestro*, *vuestro*, con *-a* en femenino, con *-s* en plural. Se usan como sustantivo y adjetivo; como adjetivo, en la Edad Media existía, aunque raro, *nuestre*, femenino con final igual a la de *mie*, *sue*, etcétera (§ 27). La lengua antigua y vulgar conoce otra forma: *nuesso*, *vuesso* (§ 51), y con influencia de la inicial del posesivo de un poseedor, se dijo también *nuesso*, como se dice *nos* por *nos*.

2] Para la tercera persona, el español, el portugués y el rético, igual que el latín, usan el mismo *suus su* como posesivo de uno y de varios. Pero los demás romances crearon un derivado del genitivo *illorum* para el posesivo de varios; el navarro aragonés lo conocía también: *lure*, *lur*, plur. *lures*, usado algo en el castellano primitivo (*lures facces*, Glosas Silenses); la forma *lor* es escasa en los documentos aragoneses, y se halla en el asturiano del Fuero de Avilés, sin duda por extranjerismo (1).

(1) Véase *Orígenes del Español*, pág. 362 y sigs.

PRONOMBRE DEMOSTRATIVO Y ARTÍCULO

98. NOTICIA GENERAL. — 1] Los demostrativos y el artículo en español se derivan del nominativo latino de singular (salvo § 100₃) y del acusativo de plural. Conservan el neutro singular, siempre como sustantivo.

2] En vez de *hic*, *iste*, *ille*, el romance establece una gradación con *iste* en primer término, *ipse* en segundo (pronombre de identidad latino, que los romances tomaron como simple demostrativo) y un compuesto de *ille* en tercero. *Ille* por sí solo sirve de pronombre personal y de artículo. *Hic* se perdió, salvo en frases como *hoc anno*, *hac hora*, *agora*. *Ipse* conservó su significado clásico sólo en algunos compuestos arcaicos que se hallan en textos de los siglos XI al XIII: en *-ipse* *el ends*, *ellos enesos*; *sepe sese*, *sibi ipsi sise*, *suus ipse süyose*, *ille-ipsus eleiso* («uno con altro sese inquina; si él por sise fiziesse penitencia; las animalias se son vestidas de süyose; per sibi eleiso») (1); aún se puede añadir alguna frase moderna, por ejemplo, «como yo esté harto, *eso* me hace que sea de zanahorias que de perdices». El pronombre de la identidad fué en romance el reforzado con la partícula *met*, la cual no sólo se usaba tras los pronombres: *ego-met-ipse* 'yo mismo', sino que se anteponía simplemente a *ipse*, de donde *medipsu*, forma no propagada (sólo en la Crónica General aparece *misso* por **meisso*) sino en superlativo: *med-ipsi-(ssi)-mus* (§ 66, y comp. gr. *αὐτότατος*. *mismi-*

(1) Véase *Orígenes del Español*, § 68, y R. LAPESA, en la *Revista de Filología Española*, XXIII, 1936, pág. 402.

sino, ital. *nessunissimo*) mismo; éste tomó los dos sentidos de ipse y de idem. El determinativo definido *is* se perdió en todos los romances.

3] Los demostrativos se refuerzan en latín con el adverbio demostrativo *ecce*; por ejemplo: *eccillam* francés ant. *icele*, mod. *celle*; *eccistam* (fr. *iceste*, *cette*); y en latín vulgar, además, con el demostrativo ya reforzado *eccum* (en los cómicos latinos por *ecce eum*), de donde *eccu(m)-iste* *aqueste*, *aquese*. También se refuerzan con alter pospuesto: *estotro*, *esotro*, *quillotro*, etc.

99. LOS TRES PRONOMBRES EN PARTICULAR.—1] *Iste este*, ant. también *est* o *esti* (la -i final, § 93, n.); *Ista esta*;—*Istud esto*.—Plural: *istos estos*; *istas estas*.

2] *Ipse ese* (§ 49), ant. también *es* o *essi*;—*Ipsa esa*;—*ipsum eso*.—Plural: *ipsos esos*; *ipsas esas*.

3] *eccu(m)-ille* *aquel*, ant. *aquelli*;—*aquella*;—*aque-illo*. Comp. § 128.

100. EL ARTÍCULO no existía en la lengua latina; sólo en su última época el latín vulgar sintió la necesidad de hacerse con un artículo como el griego, y se lo creó de diversas maneras en los diversos territorios romances.

1] El artículo no es sino un demostrativo que determina un objeto más vagamente que los otros demostrativos, sin significación accesoria de cercanía ni alejamiento; sirve sólo para señalar un individuo particular entre todos los que abarca la especie designada por el sustantivo; así que cualquier demostrativo pudo haber debilitado su significación y quedar con la vaga determinación de artículo. En la lengua antigua se usan en este sentido vago todos los demostrativos: «mio Cid aguijó con *estos* caballeros quel sirven» (se refiere a los caballeros en general), «vayamos en

aquel día de cras» (*el* día de mañana); «*es* día es salido e *la* noch entrada *es*». Pero en general los romances se fijaron en el derivado de *ille*, salvo en Cerdeña, Gascuña, Ampurdán y Mallorca, donde prevaleció el de ipse (*sa casa* 'la casa') (1).

2] El artículo es átono desde su origen; eso causa la simplificación anormal de la *ll*, que ya es corriente en las formas primitivas del siglo x: «*elos* cuerpos, *ela* mandatione», si bien aun en el siglo xii subsiste como forma rara la *ll*: «*ellos* ifantes; ir *alla* corte» en el Poema del Cid (2). Por el mismo desgaste extraordinario de la partícula átona, se perdió la sílaba primera del pronombre, la que llevaba el acento cuando tenía su plena fuerza pronominal. Sólo el nominativo masculino *ille*, por su -e final caduca, mantuvo la inicial; en los demás casos se conservó la sílaba final por llevar vocal más resistente y por expresar la flexión.—Singular: *Ille el* (comp. § 93), y en lo antiguo *eil* ante vocal, mantenida la -ll- como medial de palabra (*ell* estudio, *ell* apostóligo);—*Ylla ela* (ela casa; levar ela meatad), forma perdida temprano en Castilla, pero usada en León aún en el siglo xiv), simplificada la -ll- por influencia del masculino *el*, y abreviado en *la* generalmente, salvo ante nombres que empiezan por vocal, especialmente a-, con los cuales se abreviaba en *el* o *ell* (*ell* alma, el alimosna, el otra, del estoria); Nebrija aún podía decir de tres modos: *la espada*, *el espada*, *ell espada*; pero luego se admitió *el* tan sólo en el caso de que siguiese *d*- acentuada;—*Illud elo* («elo que

(1) Véase *Cantar de Mio Cid*, 1908, pág. 329-330, y *Orígenes del Español*, § 65.

(2) Véase *Orígenes del Español*, pág. 344 y sigs.; *Cantar de Mio Cid*, pág. 232 y sigs.

ovier»; en León usado aún en el siglo xiv), *lo*.—Plural: Illos *elos, ellos* («quando elos de la Iglesia escomungarén elos vezinos; ellos condes»), *los*;—illas *elas* («envien elas naves»), *las*.

3] Contra el § 98, en vez del nominativo singular se conservó el acusativo en antiguo leonés y aragonés: *lo* («lo Egipto, por lo anno»); aún hoy en Sobrarbe se dice *lo fuego* y *o fuego*, perdida la *l*: «os machos, as navajas»; como en portugués.

4] El artículo es generalmente enclítico; hoy en la escritura sólo se suelda a la preposición precedente en *del* y *al*; pero antes, *el* se escribía unido a toda preposición terminada en vocal: «*fazal alba, contral monte, sol manto*»; como hoy en el habla corriente *contral, paral*, y vulgar *pal, pol* «por el». En el caso de encuentro de consonantes, hay fusión en leonés: «*pollas casas, enno palacio, conna otra*» (asl. moderno: «*pol mundo, pola casa; nel fuego, na vida, nos carros; col maderu, colas vigas*»); en Castilla se usó la fusión consonántica para las dos preposiciones *con* y *en*: *conna, ennos*, etcétera (no *polla*), pero desde comienzos del siglo xiii escasea este uso hasta desaparecer; después los manuscritos castellanos, aunque no verificaban esta soldadura, indicaban las enclisis escribiendo unida la preposición al artículo: «*enla parte dela huerta; conlos otros*».

La proclisis y apócope se hallan en aragonés y leonés con el masculino *lo*: «*l'uno et l'otro, l'espíritu*», y con el femenino *la*: «*l'agua, l'alteza*» (comp. el alma, el águila, punto 2 de este párrafo).

PRONOMBRE RELATIVO E INTERROGATIVO

101. Qui, cujus, qualis.—1] En latín vulgar de España la flexión del relativo se redujo al nominativo masculino *qui*, al acusativo masculino *quom* y al neutro *quid*; estas formas se emplearon lo mismo para el acusativo que para el nominativo, para el singular que para el plural, para el masculino que para el femenino, pues no se creyó necesario precisar el género y el número, que van o pueden ir determinados con claridad por el antecedente del relativo. Se reservaron para designar personas *qui* y *quien* (masc. y fem., sing. y plur.), generalmente sin artículo ni otro determinativo; en la época literaria es raro «aquel *qui*» o «aquel *quien*», etc. Pero *que* (masc. y fem., sing. y plur.) sirvió para personas y cosas, con o sin determinativos. En el siglo xiv caía ya en desuso *qui* (1), arrinconado por *quien*; éste en el siglo xvi se creó un plural, *quienes*, que aunque calificado todavía de inelegante por Ambrosio de Salazar en 1622, se generalizó, si bien aún hoy día se dice alguna vez «los pocos o muchos de *quien* ha tenido que valerse».

2] También se conservó en español, portugués y sardo *cūjus*, «a, -um: *cuyo, -a; -os, -as*.

3] *Qualis*, «e, además de expresar la cualidad, sirve

(1) Véase A. PAR, *Qui y que en la Peninsula Ibérica* (en la *Revista de Filología Española*, XIII, 1926, pág. 337; XVI, 1929, pág. 1 y 113 y siguientes; XVIII, 1931, págs. 225 y sigs.); estudia sólo el caso del relativo adjetivo, con antecedente en nominativo (los hombres *qui* esta carta verán, los *qui* este huerto tovieran).—Este adjetivo apenas se usa en la época literaria; en el Poema del Cid sólo una vez *el qui*. En cambio *qui* sin antecedente expreso abunda en la literatura de los siglos xii y xiii; véase *Cantar de Mio Cid*, págs. 332-333.

en todos los romances como simple relativo, precedido del artículo *el, la cual, los, las cuales*. Antiguamente podía ir sin artículo: «una ermita, *cual* dicen de San Simón» (1).

PRONOMBRE INDEFINIDO

102. SUS GRANDES CAMBIOS.—Si los pronombres anteriores conservan con bastante exactitud los tipos latinos, en los indefinidos se perdió casi todo el caudal latino y se suslituyó por otro de formación nueva.

1] Algunos del latín clásico se conservan en romance, como unus *uno*; el neutro arcaico alid (por aliud), anticuado *al*. De omnis y totus subsiste sólo el segundo, *todo*; de alius y alter, sólo *otro*; de quidam y certus, *cierto*; de nemo y nullus, sólo *nul, nulla*, anticuado.

2] En vez de este último entró una formación romance nueva; nec unus *ninguno* (§ 128), y también homo natus: «non lo debe fazer *omne nado*», y luego «non es *nado* que lo pueda fazer»; en vez de nihil se dijo res nata *nada*. En vez de quisque se dijo *cata*, usado en la Vulgata (gr. *xatá*), *cada, cada uno*. En vez de quilibet, qualis-libet, etc., se usaron los equivalentes *quienquiera* o ant. *qui-quier, qual-quier, qual-se-quiera*, etc.; el plural es *quienesquiera, cualesquiera*. Berceo, al lado de estos compuestos con quae-rere, usa otros con *völere (en vez de völle), únicos restos de este verbo en español: *sivuelqual* y *sivuelque* 'cualquiera' 'quequier', *sivuelquando* 'cuando quiera'.

(1) Véase *Cantar de Mio Cid*, pág. 333 sigs.; y pág. 337 para uso indefinido. También *Orígenes del Español*, pág. 365.

3] En cuanto a la flexión, vemos que en general los indefinidos la tienen igual a los adjetivos: *otro, -a; -os, -as*; pero hay una tendencia a dotarla de las particulares terminaciones de la flexión pronominal. Así, la *-i* final de *qui*, la *-e* de *este, ese* y el *-ien* de *quien*, se introdujeron en *otri* (aún usual en Navarra y Alava), y en *nadi* (1), o en *otre, misme*; o en *otrien, alguien* (no de aliquem, que daría **álguen*), acentuado también *alguien, ninguno*; y aun fundiendo las dos terminaciones de *-i* y *-e* se dijo *otrie, nadie*; esta última forma, con atracción de la *i*, es *naide* (en andaluz también *naidie*), escrito por Santa Teresa y vulgar en toda España y América, como en Galicia. De todas estas variantes, la lengua literaria moderna no usa sino *alguien* y *nadie*.

(1) Se quiere derivar *nadi* del nominativo plural *nati*; pero ésta hubiera dado **nade*.

CAPÍTULO VII

EL VERBO ⁽¹⁾

173. COMPARACIÓN GENERAL DE LA CONJUGACIÓN LATINA Y ESPAÑOLA.—La conjugación fue conservada por el romance en muy buen estado, contrastando con el olvido de la declinación. Mientras las desinencias casuales por su vaguedad (§ 74) resultaron instrumento inservible en romance, las desinencias verbales, completamente claras y terminantes, se mantuvieron vivas. Entre am-abas y am-emus hay una riqueza de diferencias precisas en las relaciones de modo, tiempo, número y persona, que no permite confusión alguna; las desinencias -abas y -emus encerraban en latín, y siguen encerrando para los pueblos neolatinos, una idea absolutamente clara, un sentido preciso, trasportable a cualquier otro verbo de invención nueva.

(1) Para el verbo en general: A. Gassner, *Das altspanische Verbum*, Halle, 1897 (comp. CORRU, *Litteraturblatt*, 1897).—F. HANSEN, *Sobre la conjugación de Gonzalo de Berceo*, Santiago de Chile, 1895, y *Suplemento a la conjugación de Berceo*, 1895.—*Estudios sobre la conjugación leonesa*, 1896.—*Estudios sobre la conjugación aragonesa*, 1896.—*Sobre la conjugación del Libro de Apolonio*, 1896.—EMILIANO ISAZA, *Diccionario de la conjugación castellana*, París, 1897.

La conservación de la conjugación no fué, sin embargo, perfecta. El verbo latino, que ya representa un estado, no digamos empobrecido, sino simplificado, del verbo indoeuropeo (pues carecía de la voz media, del modo optativo, del número dual), continuó simplificándose en latín vulgar, con la sustitución de varias formas sintéticas del latín clásico por otras analíticas. Dejó perderse la voz pasiva entera, salvo el participio *amatus* (con el cual, unido al verbo *esse*, expresó las formas personales de la pasiva: *soy amado*, etc.). De los tiempos perdió el futuro indicativo *amabo* (sustituyéndolo por la perífrasis *amar-he*, conservando con otro sentido la forma aislada *eres*, § 73); en el subjuntivo el imperfecto *amarem* (sustituido por el pluscuamperfecto) y el perfecto *amavērī* (sustituido por *haya amado*); el infinitivo pasado *amavisse* (sustituido por *haber amado*); el participio futuro *amaturus* y los dos supinos *amatum* y *amatu* (que no reemplazó por una forma especial).—Además se enriqueció el verbo con tiempos que en latín no existían, como *he amado*, *hubiese amado*, *amaría*, *habría amado*. Todas estas perífrasis son de dos clases: una muy numerosa, se forma con el participio pasivo del verbo y todos los tiempos de los auxiliares *haber* (activa) y *ser* (pasiva) (1), otra se forma con el infinitivo del verbo y sólo el presente e imperfecto de indicativo del auxiliar *haber*, produciendo el futuro y el condicional; estas dos últimas formas llegaron con el tiempo a constituir una síntesis gramatical: *amaré*, *amaría*, semejante a la del futuro latino *amabo*, cuya característica *-bō* es también de origen verbal.

(1) En la lengua antigua se usaba *ser* con intransitivos y reflexivos: *es ido*, *somos vengados*. Véase *Cantar de Mio Cid*, pág. 359.

Las personas latinas se conservaron todas, salvo las terceras de imperativo: *amāto*, *amanto* (sustituidas por el presente subjuntivo: *ame*, *amen*), y las segundas enfáticas: *amāto*, *amatōte*.

FONÉTICA VERBAL

104. LA FONÉTICA TURBADA POR LA ANALOGÍA.—El verbo se sujeta en general a las mismas leyes fonéticas que otra palabra cualquiera. Pero se comprende que las múltiples formas que reviste un mismo tema en la conjugación, estando unidas estrechamente entre sí por la unidad esencial de significado, no pueden dejar de influir unas sobre otras más a menudo que dos palabras extrañas en su origen; así que la fuerza de la analogía (§ 68₁) es mucho más activa en la conjugación que en ninguna otra parte del dominio gramatical, y continuamente veremos formas que tuercen su desarrollo fonético para seguir la analogía con otras del mismo paradigma conjugable. El hablante advierte en la conjugación un *TEMA* que encierra la idea verbal, y una *DESINENCIA* que modifica esa idea con circunstancias de modo, tiempo y persona; así que tiende a mirar el tema como invariable, pues invariable es la idea que expresa; y si unas veces la lengua conserva intactas las alteraciones fonéticas de un tema, como en *sient-es* (*sēntis*), *sint-amos* (*sāntiamus*), otras veces busca la uniformidad, como en *vist-es* (*vēstis*), *vist-amos* (*vēstiamus*). A menudo veremos casos por el estilo: el infinitivo anticuado *jantar* no viene de *jantare*, que hubiera dado **antur* (§ 38₂), sino que está rehecho sobre *janto* *janto*; véanse además los ca-

sos de *muitir* y *henchir* citados en el § 105; el de *honrar*, § 106; las variaciones del tema de presente, § 112, etc.; o las del tema verbal en general, § 105; las mudanzas de acento, § 106, o de desinencia, § 107, etc., etc. La acción analógica no se ejerce sólo entre las formas de un mismo paradigma latino; es frecuente el cambio de paradigma; ora total (§ 111), ora parcial, como en el cambio de forma de perfecto, creándose los perfectos débiles en vez de los fuertes latinos (§ 119), o asimilando unos perfectos fuertes a otros (§ 120), el gerundio al tema del perfecto (§ 115), etc.

105. LA VOCAL TEMÁTICA E U O DE LOS VERBOS -ER QUEDA INALTERABLE, MIENTRAS LA DE LOS VERBOS -IR SIGUE LOS CAMBIOS FONÉTICOS QUE IMPONE LA YOD EN LOS §§ 10, 11, 18, 13, 14, y 20. (1):—Esto constituye una diferencia radical entre el vocalismo de la conjugación -er y el de la -ir.

1) Salvo en parte el verbo *teneo* (que hace *tengo*, conforme al § 10, pero *teniendo* contra el § 18), los demás verbos -er no hacen caso alguno de la yod (§ 113); así, *ver*, *deber* hacen *veo* *video*, *debo* *débeo*, contra el § 11, mientras los verbos -ir, como *medir*, lo acatan, diciendo *mido* *métio*. De modo que los verbos en -er no mudan nunca su vocal, aunque el verbo en latín tenga yod, mientras los en -ir inflexionan su vocal siempre, lo mismo cuando el verbo tenía yod en latín, como en *vōnio*, etc., que cuando no la tenía, como en *compēto*, *quaero*, que tomaremos precisamente como ejemplos en el punto 2. La única excepción a esta doble regla la forman los perfectos

(1) Detalles acerca de varias asimilaciones incluidas en este párrafo, pueden verse en W. FÜRSTEN, *Beiträge zur romanischen Lautlehre* (en *Zeit.*, III, 507), y las observaciones a este trabajo hechas por H. SCHUCHARDT en *Zeit.*, IV, 121, y por J. CORNU, en *Romania*, XIII, 296-297.

fuertes (§ 120) y sus tiempos afines, que adoptan una vocal suya propia, independiente de la del resto del verbo; los de la conjugación -er no hacen caso de la invariabilidad de la vocal *e*, así *quaesit*, *quisiste*, *quisiese*; y los de la conjugación -ir no hacen caso de la variabilidad vocálica según siga o no *i* acentuada (que diremos en el punto 2 de este párrafo), así *viniste*, *vinimos*, *viniera*; esta excepción, en su comienzo era sólo de los verbos que en el perfecto tenían *i*, como *dixiste*, *misiste*, y luego se extendió a los que tenían otras vocales, como *quisiste*, *fiaiste* (§ 120, y 3).

2) Tomemos aparte los verbos con vocal temática *e*, los cuales tenían en latín *Ē* o *Ē*, *Ī*. La diferencia se notará mejor en verbos iguales con doble conjugación; los temas en ambas conjugaciones coinciden en las formas que carecen de yod (etimológica o analógica), y divergen bajo la influencia de la yod.

CONJUGACIÓN -er.

CONJUGACIÓN -ir.

Ejemplos de la vocal en formas sin yod.

competer, -petimos, -peti.
querer, verter.

competir, -petimos, -peti.
requerir, advertir.

Ejemplos en formas con yod latina.

competa, competamos.
queramos, vertamos.

compita, compitamos.
requiramos, advirtamos.

Con yod romance.

competió, compitiendo.
quiere, vertiera.

complitió, complitiendo.
requiriendo, advirtiera.

Según esto, *serviente*, por su *e* (aparte de por su *f*) es un

arcanismo, resto de la conjugación *ferver*, perdida; mientras *herviente* es la forma correspondiente a la conjugación *hervir*. Como regla práctica puede darse ésta: las formas débiles (§ 106) de los verbos en e...-ir tienen e ante una i acentuada, y en todos los demás casos la influencia de una yod les hace tomar vocal i, de resultas, esta vocal i se halla en la mayoría de las formas; pero no atrajo a sí las formas con e porque la disimilación ante i tónica lo impedía; comp. *sentir*, *senti*, *sintieron*, *sintiese*, con *vender*, *vendi*, *vendieron*, *vendiese*. Debe repetirse que los perfectos fuertes se sustraen a esta variabilidad de la vocal temática según siga o no i acentuada; así, *viniste*, *viní* nos, *viniera*. El imperfecto en la lengua antigua ofrecía yod y por lo tanto inflexión (§ 117₁).

Los verbos con i temática tenían en latín *ī*, la cual deben mantener en romance, ora tónica, ora átona (§§ 12 y 19), ora sigan la conjugación -er, ora la -ir; y así tenemos *vivo*, *vivimos*, *vivir*, *escribía*, *escribir*. Pero como estos verbos son tan pocos y los de e temática ofrecían tantas formas con i, tendían a confundirse, y algunos, como *dicere*, *frigere* y *ridere*, hicieron *decir*, *decimos*; *freir*, *frei*; *freir*, *freiste*; esto es, tomaron vocal e por disimilación ante toda i acentuada (§ 66, salvo en el perfecto fuerte *dijimos*, etc.), y conservaron su i en los demás casos: *algo*, *frío*, *rieron*, por lo que vinieron a coincidir con el paradigma de los verbos e...-ir. Antiguamente era más general esta confusión, y se decía también *frevir* y *tescrebir* (usado aún en 1606 por Juan de la Cueva); pero las formas analógicas en estos dos verbos no prosperaron sino entre el vulgo.—El caso contrario de verbos e...-ir asimilados a la poco numerosa clase de los i...-ir es, naturalmente, muy raro; no obstante, recípro, a pesar de su hermano *concedir*, hizo todas sus formas con

i: *recibir*, *recibimos*, *recibiste*; ant. también *recebir*, etcétera (1).

3] Diferencia semejante encontramos en los verbos con o temática, en latín con *Ō*, *Ō*, *Ū*, cuando siguen la conjugación -er o la -ir. Las formas verbales con yod citadas en el cuadro del punto anterior, pueden compararse en los verbos *recorrer* y *recurrir*; y en igual caso están *coger*, *coja* respecto del anticuado aragonés *cullir*, *culla*, o los arcaicos *cofunder*, *toller* respecto de *confundir*, *tullir*. Pero aquí se simplificó en extremo la diferencia: así como los verbos o...-er no alteran nunca su vocal temática (salvo el extraño *pudivo*, por influencia del perfecto fuerte *pude*, en vez del anticuado y popular *podiendo*), así tampoco los en o...-ir mudaron de vocal, adoptando para todas sus formas u...-ir, aunque no tuviesen yod latina ni romance, y lo mismo se dijo *thulmos* que *huyendo*. Dado que en estos verbos no había la razón de disimilación que hemos alegado respecto de los verbos e...-ir, se comprende que las pocas formas con o sintieran la atracción de las formas con u. Pero esta uniformidad es moderna, y el vulgo de muchas regiones conserva los arcaísmos *ordir*, *compliste*, *cobría*, etc. La lengua literaria conserva todavía tres verbos que mantienen la vocal o (o *ue*) en las formas sin yod, y son: *podrir* (en camino de convertirse en *tpudrir*), *dormir* y *morir* (§ 114₁ y 2); mayor excepción constituye *oir*, que, salvo en las formas muy arcaicas *udades*, *idi* (ajustadas al § 114₁), nunca altera su o.

Una vez que los verbos o...-ir uniformaron su vocal en u,

(1) Los verbos cultos *imprimimos*, *dirigir*, *dividís*, *admitir*, *remittir*, *redimiste*, aunque en latín tienen i, no son chocantes, según el § 111, n. El vulgo propende a la e: *decadimos*, *remetir*, y claro es que, tratándose de verbos cultos, esta e no es reflejo de la i latina.

coincidieron en su vocal temática con los verbos que tenían en latín *Ū*, los cuales en todas sus formas también habían de tener *u* (§§ 15 y 21), como *addūcēre* *aducir*; pero en la lengua antigua, cuando todavía los verbos *o...-ir* no habían generalizado la *u* como vocal temática, esto es, cuando aun se usaban *cobrir*, *sofrir*, *comprir*, los verbos con *ŭ* radical se asimilaban frecuentemente al paradigma *o...-ir*: *†adocir*, *†somir*, *†somī* (§ 114₁), paso análogo al de *decir*, *freir*, *reir*.

106. ACENTO DEL VERBO.—Para abreviar, aplicando caprichosamente dos términos de la gramática alemana, llamaremos formas verbales FUERTES las que tienen el acento en el tema (*dma*, *dije*), y DÉBILES las que lo tienen en la terminación (*amāmos*, *amāba*, *decia*).

1]. El acento latino se conserva en general; así, salvo la reformation de algunos verbos compuestos de prefijo (§ 6₂), los verbos que tienen esdrújulas las formas fuertes perdieron su postónica interna: *recūpĕro* *recobro*, *cōllōcas* *cuelgas*, *vīndīcant* *vengan*, *vīgīlat* *vela*, *cōlli(g)at* *coja*, *tempĕra* *templa* (1). Es de notar que estas formas fuertes tenían a veces en latín acento movable a causa de la yod de derivación, y el romance uniformó el lugar del acento; unas veces prescindió de la yod (§ 113₁): *apĕrio* *†dĕbro*, uniformándose con *apĕris* *dĕres*, *apĕrit* *dĕre*; e igual *copĕrĭo*,

(1) Como así quedan todas estas formas siempre llanas en el verbo español, los verbos cultos dislocaron el acento latino para hacer llanas las formas latinas esdrújulas; así *recupĕro*, *cōlĕco*, *vīgīla* y otros muchos; compárense las formas españolas de *sūpplico*, *imāgino*, *de-término*, *hábito*, *árrogo*, *ágrego*, *élevo*, *íntimo*, *fructi-*, *ampli-*, *noti-fico*.—El cambio de acento latino no lo hacían aun los cultismos del siglo xiii; Berceo pronunciaba *signífica*, *sacrífica*. El italiano conserva siempre la acentuación clásica: *sacrífico*, *vivífica*, *cōlloca*, *stĕrmino*; *considero*, etc.

copĕrĭs *†cĕbro*; -es, *repaenĭtĕo*, -paenĭtes *†arrepĭento*, -es; otras veces tomó por norma las formas con yod: *recĭpio* *recibo* sirvió de norma a *recĭpis* *†recibes*; *recūtio* *recudo* influyó sobre *recūtis* *†recudes*.

2] Algún verbo rehizo sus formas fuertes en vista del infinitivo y demás formas débiles; así, *honōrare* *honrar*, *honōrabant* *honraba*, etc., sirvieron para formar *†honro*, *†honren*, etc., que no salen de *honōro*, *honōrent*. El sustantivo *estĕrcol* impidió la pérdida de la protónica en *stercōrare* *estercolar* (§ 24₃), y sobre este infinitivo se rehicieron las formas fuertes *stercōro* *†esterco*, etc., anti-cuando *estercuero*.

3] Los verbos en -iar conservan el acento latino en el tema: *abbrĕvĭo* *abrĕvĭo*, *allevĭo* *alivio*, *cambĭo* *cambio*, *copĭo*, *envidĭo*, *cōdicĭo*, *ajustĭcio*, *aprecĭo*, *espacĭas*, *concĭlia*, *rabĭo*; *rumĭgo* *rūmio*, *litĭgo* *lĭdio*. Pero del infinitivo -iār se sacó una forma sin diptongo, acentuando -iō, a imitación de los verbos en -ear, que hacen *ēo*, y como *passar*, *passō*, se dijo de *vaciar*: *†vacĭo* junto a *vdĭo* (esta es la acentuación clásica), *†ausĭo* junto a *ausĭo* (ambas acentuaciones en Espronceda), *†vidĭa* (así Bécquer, etc.) junto a *vidĭa* (acentuación hoy corriente), con lo cual se hace resaltar más la derivación verbal, diferenciando fuertemente el verbo del nombre que le sirve de base: *yō* *†auxĭlio* *auxĭlio*, *†recomĭlĭo*; *el se* *†glorĭa* *glorĭor*; formas que en el lenguaje literario todavía admiten hoy el diptongo átono (*auxĭlias*, *reconcĭlian*), con otras que no admiten sino el acento en la *i*: *†varĭo* *varĭo*, *†templĭo* *amplĭo*, *†envĭa* *invĭat* (asturiano *āmbia*), *contrarĭo*, *el expatrĭa*, *historĭa*, *inventarĭo*, *enfria*, aunque coincida con el acento del nombre: *espĭa*. Los verbos en -ear tenían etimológicamente -ēo, -señorēo, *falsēo*

(§ 125, .), y a ellos se amoldaron otros de diferente origen, como *sumigo* *thuméo*, del *linéo* *tdelinéo*. Éste, sin embargo, a causa de *linea*, junto a *talincense* se dice también *delinea*, *aliniese* (aunque los gramáticos tachan esta acentuación como incorrecta). La vacilación entre *-ear* y *-iar* es vieja: el Cantar del Cid, en vez de *cambiar* dice *tcamear*, y el vulgo de todas partes continúa tal confusión, prefiriendo *-iar*: en Asturias, *trapiar*, *trápia*, *estrópia*; pero al contrario *cambea*; en Colombia, Chile, la Argentina, etc., *golpiar*, *galopiar*, *rastriar*; pero también abundan los casos contrarios: *copéas* (por *cópias*), *agruéu*, *apreéu*, *congruécian*, *rucear* = rociar; en Miranda, *baláncio*, pero *negocéio*, *copéio*.

4] En cuanto a la acentuación de las formas verbales en particular, hay que observar: — a) Las personas Nos, Vos tienen (salvo en el perfecto débil) acento diferente que las otras cuatro, y conservan la diferencia en romance el presente indicativo, subjuntivo e imperativo (el presente subjuntivo no, en dialectos, § 115). Pero en tres tiempos uniforman el acento, retrayéndolo. IMPERFECTO INDICATIVO: *amabāmus*, *amabātis*, *erāmus*, *erātis* se acentuaron donde *amabas*, *erant*, diciendo: *tamdbamos*, *tamdbais*; *téramos*, *térais*; y, claro es, lo mismo el condicional *amaríamos* (§ 117). PLUSCUAMPERFECTO INDICATIVO: *amaverāmus*, *-verātis*, *fuerāmus*, *fuerātis*, *tamdramos*, *tsuérais*. PLUSCUAMPERFECTO SUBJUNTIVO: *amavissēmus*, *-vissetis*, *vidissētis*, *tamdseis*, *tsiésemos*. En cuanto al FUTURO SUBJUNTIVO, *amaverimus*, *veneritis*, el latín vacilaba respecto a la cantidad de la *i*, y el romance, naturalmente, siguió la breve: *amaremos*, *vinireis*. — b) La mayoría de los PERFECTOS FUERTES se uniformaron con los débiles o normales (§ 119), sustituyendo la forma acentuada en el

tema por otra acentuada en la desinencia: *jácuit* se hizo *tyació*, a imitación de *partió*. Y aun los perfectos fuertes conservados, se conservaron sólo en el singular (Yo, Él); pero amoldaron el plural (Nos, Ellos) al de los perfectos débiles, así como los tiempos afines al perfecto (§ 120). — c) La conjugación -ERE se perdió en masa, uniformando su acento sobre el de la -ERE, tanto en el infinitivo (§ 110) como en Nos, Vos presente indicativo, y Vos imperativo; así *vendimus*, *venditis*, *vendite* se acentuaron, como *vidēmus*, *-ētis*, *-ēte*: *tvendemos*, *tvendeis*, *tvended*. El único resto de la conjugación -ēre lo ofrecen en español tres verbos: *fá(cē)re* *far*, a la vez que *fac(ē)re* *fer*, *fá(cī)mus* *femos*, *fác(ī)tis* *feches* (§ 60), *fác(ī)te* *fech* (1); *vá(dī)mus* *vamos*, *vá(dī)tis* *vddeis*, *tráhite* *tred* (2); pero todas estas formas están hoy anticuadas, menos *vamos*, *vais*. — d) Para el imperfecto indicativo, acentuando *poniēn*, *teniēn* en la Edad Media, véase § 117.

107. LAS DESINENCIAS.—El latín tiene tres clases de desinencias verbales: unas generales, otras propias del imperativo y otras del perfecto indicativo.

1] Desinencias generales. — Yo, -M, que se pierde (§ 62), o ninguna desinencia. — Tú, -S> -s, conservada (§ 62). — Él -T, perdida (§ 62), después de larga resistencia; una inscripción española de 546 da «reliquid eredes», y otra de 958 «despicia, corrigad»; todavía aparece a veces escri-

(1) No son extranjerismos por la evolución *et > ch*. Hay ejemplos muy antiguos en el idioma, aun en formas latinizantes: *ferc* en las Glosas Emilianenses y Silenses; *facnus* en un documento de Sahagún, año 996, *Orígenes del Español*, pág. 372.

(2) Véase *Cantar de Mio Cid*, 1908, pág. 264, y especialmente el párrafo 88, y 4, y la pág. 870.

ta la *-t* en los primeros monumentos romances hasta fines del siglo xiii: *sientet, facet* (1). Además de la *-t*, se puede perder la *e* que la precede en la conjugación *-er, -ir*, según el punto 4.—Nos, *-MUS>-mos*; en Ribagorza *-n, cantán, cantában, podén*; para el cambio de acento véase § 106_{1a}. La *-s* final de *-mos* se pierde al unirse el pronombre enclítico *nos*: *vdmonos, salimonos*, y lo mismo en el perfecto *hicimonos*.—Vos, *-TIS>ant. -des*, y mod. *-la* (§ 28₁) por pérdida de la *-d* entre vocales (§ 41₂), ocurrida en dos épocas diferentes. En virtud del § 106_{1a}, las formas esdrújulas de esta persona en la conjugación *-ere* (*venditis*) desaparecieron (*vendédes*); pero se crearon otras según el § 106_{1a} (*amábades, amárades, amásedes, amáredes*), y su suerte fué diversa: en el siglo xiii conservaban su *-d* lo mismo las formas llanas (*amades, faredes*) que las esdrújulas (*amábades, fariades*); en el siglo xv las formas llanas perdían la *-d*: *amdes, -dis, -ds; soes, -ois, -os; queréis, -ds; decís*; pero no las esdrújulas, que mantuvieron la *-d* hasta el siglo xvii, en que Cervantes, Lope, Quevedo y Tirso todavía prefieren *amdvades, hubiéssedes*, mientras Villegas en las Eróticas, 1618, olvida la dental; de tal pérdida hay naturalmente ejemplos sueltos anteriores, citándose los primeros de 1555, 1572, etc. (2). El mirandés y rio-norés siguen hoy regla análoga a la de la lengua escrita del siglo xvi: *pártades, partledes, partíssedes, partírdes*, frente a *partis, partiréis*; en otras regiones del leonés occidental, como

(1) Véase *Orígenes del Español*, § 70. La pérdida de la *-t* se inicia con más intensidad en el Noroeste, donde por esta más temprana pérdida fué después más antigua y más arraigada la pérdida de la *-e* final verbal; leonés *El sal, crea, tien*, § 107₁.

(2) R. J. CUEVRO, *Las segundas personas del plural en la conjugación castellana* (en *Romania*, XXII, 1893, p. 71), y *Gramática de Bello*, n. 90.

en el siglo xiii, se dice hoy *conozades, votedes* (Villapedre), *fuérades*, «cuando *cubrades* la mesa ya me llamaredes» (Astorga). En aragonés antiguo se perdió la *e*, tanto en las formas llanas como esdrújulas, y se hizo *podiaç=podíades*; forma conservada hoy en Sobrarbe y Ribagorza: *podess=podedes, cantábas=cantábades*.—Ellos, *-NT>-n*, sólo en muy antiguos manuscritos se halla *sabent, dant*, probablemente por resabio de ortografía latina, pues en la pronunciación se perdía la *t* desde tiempos latinos, acaso primeramente sólo ante consonante inicial; en una inscripción del año 238 se halla *consuerin, posuerun*, y en otras *posuerum, fecerum* (1); pero el cultismo restauraba la pronunciación clásica en labios de las personas más instruidas, durante muchos siglos de la Edad Media.

2] Desinencias del imperativo.—Tú, sin ninguna.—Vos, *-TE>-d* (véanse §§ 115, y 103, final), la *-d* antiguamente podía escribirse *-t*: *andat, sabet*. También se pierde en la pronunciación (arriba, pág. 101) y esa pérdida estuvo de moda entre nuestros clásicos: *andá, hazé, subí*; como hoy, por ejemplo, es corriente en la Argentina: *cantá, poné*, y en la lengua literaria ante el enclítico *-os*: *anddos, saltos*. El leonés aún hoy conserva la *-e*: *dade, fasede, salide*, forma que, naturalmente, existió también en el castellano primitivo, y de la cual derivan *dai, facei, sali*, vulgares en ciertas partes de Castilla y muy usadas en leonés, gallego y portugués.

3] Del perfecto.—Yo, *-I>-e*.—Tú, *-STI>-ste*. Como esta desinencia no lleva la *-s* que caracteriza a la desinencia general, vino a añadirsele, diciendo el vulgo de todas par-

(1) CARNOY, *Le latin d'Espagne*, 1906, pág. 176.

tes *†tomaste-s*, *†dijiste-s*; ya hay ejemplos de esta práctica vulgar en el siglo XVIII (Cañizares, 1676-1750), y debe ser más antigua, pues también dicen *cogites* 'cogiste' los judíos de Oriente salidos de España a principios de la Edad Moderna.—Él, -*T*, perdida; en manuscritos del siglo XI se halla *cadiot* 'cayó', *matod*, etc.—Nos, -*MUS* > -mos; para un cambio de acento véase § 106, 1.—Vos, -*STIS* > -stes; hasta el siglo XVII sólo se decía *amastes*; pero se quiso uniformar esta desinencia con la general, y o se la proveyó de la dental de *amdsedes*, etc., diciendo *†distedes*, tendencia que no arraigó, o se la proveyó del diptongo de *amdis*, diciendo *†amasteis*; esta forma se acepta ya en el paradigma de una Gramática de 1555, aunque en las Novelas Ejemplares de Cervantes (1613) aparece sólo una vez: *hizisteis*; Calderón todavía usa -stes, pero luego se generalizó -steis (1).—Ellos, -*RUNT* > -ron.

4) Apócope en las desinencias verbales. —a) La -e final latina debe perderse tras *T, D, N, L, R, S, C*, (§ 631), y se pierde en efecto cuando alguna de estas consonantes es propia, no del tema, sino de la desinencia, es decir, de todos los verbos, lo cual sucede en los infinitivos: *ama-re amar*, y Vos Imperativo: *ama-te amad*. Hay que citar aparte Yo, Él futuro subjuntivo, ant. *amar*, *vinier*, *quisier*, y Yo, Él pluscuamperfecto subjuntivo, ant. *amds*, *dixies*; en estos dos tiempos la pérdida de la -e, que parece debiera ser lo regular, no era en la Edad Media necesaria, sino potestativa, y la razón es en primer lugar el no ser etimológica la -e, sino una -o, en Yo *amare* (§ 1185), y la persistencia de la -T en Él *amare(t)* (§ 1071), la cual, coexis-

(1) Véase Cuervo, citado en la nota penúltima.

tiendo (aunque esporádicamente y en estado caduco) con los comienzos de la apócope, daba a la -e el carácter de vocal final romance y no latina; en segundo lugar hay que tener en cuenta que la doble *ss* de Yo y Él *amasse* hacía también a la -e persistir en muchos casos (comp. *miesse*, también con apócope, sólo potestativa, § 631, y 2); en fin, cuando la -t vino a olvidarse por completo, la apócope tampoco pudo generalizarse, porque se oponía la analogía, y así modernamente se mantuvo la -e siempre, por influencia de todos los demás tiempos de multitud de verbos que, efecto de la clase de consonantes finales de su tema, no podían sufrir apócope (por ejemplo, Yo perfecto y presente subjuntivo: dije, supe, cante, arrastre; Él presente indicativo y subjuntivo: parte, sabe, corre, ande, cargue); en asturiano subsisten las dos apócope *amar* y *amds*; en mirandés sólo *amar*, frente a *amasse*. —b) Cuando la consonante, que puede ser final en la lengua moderna o en la antigua (§ 631, y 2), aparece, no en la desinencia, sino en el tema, esto es, en unos pocos verbos sí y en todos los demás no, entonces la lengua antigua aplicaba la apócope potestativamente; pero luego la -e se conservó siempre para uniformar la terminación de unos verbos con otros, salvo seis excepciones, todas Tú imperativo, sin duda debidas a desecho de energía imperatoria. He aquí los diferentes casos: Tú imperativo de verbos -er, -ir; pierden la -e: *sal* *sal*, *val* o *vale*, *pon*, *ten*, *ven*, *haz*, restos modernos de las más abundantes formas arcaicas *pit* 'pide', *promed* 'promete', *descend* 'desciende', *fier* 'hiere', ast. *cues* 'cose', *ofrex*, los cuales conservan su e como la mayoría, que no podía o no solía perderla: *rompe*, *cumple*, *hinche*, *corre*, *come*. Yo perfecto fuerte y Tú perfecto fuerte o débil, que antiguamente podían

ser *pud, pus, quis, vin, fiz, dix, trox* 'traje'; *adux, of* 'ove' (§ 120), *pris* 'prise o prendí', *salvest* 'salvaste', *fust* 'fulste', *prometist, recebist*, etc.; esta segunda persona no era admisible en español moderno, que rechaza *-st* final, ni en la primera podían o solían admitir la apócope *cinxe, tanxe, visque, supe, cupe*, ni modernamente podía admitirla casi ninguno: *pude, hube*; así que la uniformación se impuso, conservando siempre la *-e*. El presente indicativo de verbos *-er, -ir*: *faz, plaz, dis, suel, sal, pon, tien, vien, quier, pued*; la apócope era más rara en casos en que las consonantes no eran necesariamente finales (§ 63), como *meres* por 'meresce o mereço', *parez* por 'paresce o parece', *sab, ex > exit*; nótese que, en todos estos casos, a la analogía de los verbos que no podían perder su *-e* (rompe, pudre, sigue, etc.) hay que sumar la persistencia de la *-t* latina, a que ya hemos aludido; estas apócopes arcaicas (salvo las de consonantes accidentalmente finales: *pued, ex, sab*, etc.) son usuales hoy en leonés (Asturias, Cabuérniga, Salamanca): *tien, parez, crez, güel, tos, cues* 'cosa', y en Miranda: *duol* 'duele', *quier, pô*; como en gall. port. *ten, pon, pares*. Yo, El presente subjuntivo de verbos *-ar*: *pech, pes, perdón* 'perdone'; esta apócope es muy rara a pesar de hallarse en iguales condiciones fonéticas que la del presente indicativo de verbos *-er, -ir* (*faz, plaz*, etc.); la razón de esta mayor rareza creo sea la siguiente: el trueque de la vocal del infinitivo en el presente subjuntivo: *-a* para los verbos *-er, -ir*, y *-e* para los verbos *-ar*, es un trueque chocante que hace resaltar cada una de esas dos vocales como una clara característica modal que debe hallarse en todas las personas; y como la *-a* de los verbos *-er, -ir*, se mantiene en todas (*tosa, tosas, tosa; para, paras, para*), así la *-e* de

los verbos *-ar* debía tender fuertemente a mantenerse también (*pose, poses, pose; pare, pares, pare*) (1).

EL INFINITIVO Y LAS CONJUGACIONES

108. FORMA DEL INFINITIVO:—La *-e* final se pierde (párrafo 63, a). La pérdida no se generaliza sino hacia fines del siglo xi; aun hoy perdura la *-e* en las montañas de León y Ribagorza. La *-r* final en algunos dialectos desaparece (andaluz, alto aragonés), y en otros se asimila a la inicial del enclítico pronombre personal *l-, s-*: *vedallo, marchasse*. Sólo merece notarse que la primera de estas asimilaciones (*cogella*, etc.), no muy abundante en la Edad Media, se puso de moda en la corte de Carlos V, siendo predilecta de Garcilaso, y aunque la desechaban los secretarios de Felipe II, continuaron usándola los poetas durante todo el siglo xvii.

109. CONJUGACIÓN ARE.—De las cuatro conjugaciones latinas *-are* era la más rica, y lo continúa siendo, con mucho, en romance. No se enriqueció con verbos de las otras conjugaciones latinas, de las cuales permanece aislada, salvo en raros casos comunes a los romances, como *torré-*

(1) Otra explicación da E. STAFF, *Dialecte Léonais*, pág. 284, suponiendo que el menor uso del subjuntivo le hizo más débil para resistir las influencias analógicas que tendían a reponer la *-e*. Este principio del menor uso lo emplea también Staaff, pág. 286, para explicar por qué *pertenece* aparece sin apócope generalmente, frente a *las, faz*, que generalmente aparecen con apócope; pero ya indicamos que aquí la diferencia depende, en realidad, de la diferente condición de las consonantes, de la *f* de *pertenecer* con apócope potestativa, y la *s* de *yacer, fazer*, con apócope necesaria.

re *turrar*, *minuere menguar*, *möllire mojar*, *mejere menar*, *fidere fiar*; comp. § 124 (1). Pero en ella ingresaron los verbos de origen germánico: *trotten trotar*, *witan guiar*, (salvo los terminados en -jan, que van a la conjugación en *ir*, alguno con duplicado en -*ecer*: *röstjan rostir*, *warjan guarir*, *guarecer*, **warnjan guarir*, *guarnercer*; véanse los verbos citados, § 48), y en -are se formaron y se siguen formando cuantos verbos nuevos crea la lengua; todos los sufijos derivativos son de esta conjugación, salvo uno: -*scere* (§ 125). Es la conjugación secunda por excelencia.

110. CONJUGACIONES -*ĒRE* Y -*ĒRE*.—Ya el latín vacilaba en algunos verbos: *fervere*, *olere*, *fulgere*, *stridere*, y varios romances ofrecen el paso de -*ere* a -*ere* en *sapere*, *cadere*, *capere*, *potere* (por *posse*); pero el latín vulgar de España (salvo en Cataluña) verificó la fusión completa de las dos conjugaciones, olvidando la -*ere*: *correr*, *leer*, *romper*, *verter*. Sobre algún resto de la conjugación -*ere*, el infinitivo *far*, etc., véase § 106. Esta conjugación no ha adquirido verbos de las otras (salvo un raro caso, como *tussire toser*), y sí ha perdido muchos que pasaron en corto número a la -are y en abundancia a la -ire; no se presta a ninguna formación nueva más que con el sufijo -*scere* (§ 125), por el cual únicamente podemos considerar a la conjugación -are como dotada de fecundidad, considerable en el período primitivo del idioma, aunque hoy casi ninguna.

111. LA CONJUGACIÓN -*IRE* es la segunda en riqueza.

(1) El culto *prosternar* está influido no sólo por *consternare*, forma accesoria de *consternere*, sino por *prostrare*, que a su vez está sacado del participio *prostratus*, de *prosternere*.

después de la -are. Como se distingue por llevar yod en Yo presente indicativo y en todo el imperfecto indicativo y presente subjuntivo, se atrajo aquellos verbos en -*ere* que llevaban esa misma yod; la identidad de fugio con sentio hizo que ya los autores latinos ofreciesen ejemplos de la confusión *fugire* en vez de *fugere*, *cupire* en vez de *cupere*, *parire* en vez de *parere*, *moriri* en vez de *mori*, por donde los romances dicen *huir*, *parir*, *morir*, y el español dice *sacudir* por *succutire*, -*ere*, *recibir* por *recipere*, *concebir* (otros, como *capió*, *sapio*, se conservan en -*er*). Además, pues la *e* en hiato sonaba en latín vulgar como yod, podían también confundirse con sentio los verbos en -*ere*; como ejemplos antiguos, comunes a varios romances, pueden citarse repaeniteo *arrepentir*, luceo *lucir*, putreo *podrir*, compleo *cumplir*, impleo *henchir*, y el español añade otros varios, como *rideo reir*, *moneo muñir*, etc. Sin la semejanza de la yod pasan otros verbos a la conjugación -ire, como *sufferre*, que ya en latín vulgar hacía **sufferio*, **sufferire sufrir* (-*ir* catalán, prov., fr., ital.; pero port. *soffrer*), *dicere decir*, *petere pedir*, *exconspuere escupir*, *sequi seguir*. En otros casos la lengua vaciló entre las formas -*er* e -*ir*, prevaleciendo con el tiempo las en -*ir*, más afectas al castellano que a los otros dialectos; por ejemplo, *recorere* y *recurrir*, *verter* y *convertir*, *hervere* (en el Diccionario de Nebrija, y vulgar en España y América) y *hervir* (literario), *decendere* y *decendir* (ambos en Nebrija); *cernere*, *verter* (literarios), y *cernir*, *vertir* (vulgares en América); *combater*, *toller*, *render*, *enader*, *cofounder* (anticuados), y *combatir*, *tullir*, *rendir*, *añadir*, *confundir* (modernos); *cogere*, *tener*, *querere*, *atrever* (literarios), y *cullir*, *tenir*, *querir*, *atrebi(r)* (aragonés anti-

guo y moderno) (1). Además, esta conjugación se apropió algunos verbos de origen germánico (§ 109). Pero todos estos aumentos los recibió en el período antiguo del idioma, y después quedó como conjugación enteramente estéril para la producción de nuevos verbos.

Sobre las particularidades de su vocalismo véase el § 105.

XI. PRESENTE (2)

112. TEMAS TERMINADOS EN CONSONANTE VELAR. — 1) En los verbos *-ar* el subjuntivo ofrece a la velar condiciones diversas que el indicativo, ya que éste la hace seguir de *a* y aquel de *e*. En el subjuntivo, pues, la velar *e* o *g* debiera asibilarse o palatalizarse y desaparecer ante *e*, § 34, pero no lo hace por influencia del indicativo: *†llague*, *†pague*, *†llague* y lo mismo en los verbos cultos: *aplague*, etc.

2) En los verbos *-er*, *-ir*, el subjuntivo ofrece en contacto con la velar una *a*, pero no todo el indicativo ofrece *e*, *i*, sino que la persona Yo. ofrece vocal posterior *o*, sirviendo de apoyo al subjuntivo; así que a causa de esto

(1) La preferencia del castellano por *-ir* se muestra en los verbos cultos que convierten generalmente la conjugación *-ero* en *-ir*, como *fla-gir*, *regir* (port. *regar*), *restringir*, *afligir*, *recurrir* (pop. *recorrir*), *restituir*; no obstante, tenemos *competer* (aunque junto a *competir*, *repetir*), *competer*, *ejercer*, anticuado también *exercir*; por su significado más vulgar parecen populares *ca-*, *co-*, *re-meter*, *stante* a *-de*, *ad-*, *vanitar*, cultos.

(2) Véase P. Fouquet, *Le Présent d'oir: la conjugaison castillane* (en las *Annales de l'Université de Grenoble*, tome XXXIV, 1923). Exposición de conjunto.

mayor equilibrio se mantuvo la variedad fonética: *digo*, *diga*, *dices*, *hagan*, *hacen*, *nazco*, *naces*, lo mismo *aducir* y semejantes (véase punto 3). No obstante, hay casos de uniformación en que también cede el subjuntivo: *edq(u)ó* hacia antiguamente *euego*, *eueces*, *euaga*, pero luego se uniformó: *teuezo*, *eueces*, *eueca*, y los verbos en *-ugo* que hacían antes *plaugo*, *plauces*, *plauga*, *lango*, *tañes*, *langu*, *cingo*, *cínes*, *costringo*, *frango*, *frañes*, etc. (§ 47, 1), hacen hoy *†plano*, *plaña*, *†lano*, *laña*, *†ciño*, *†costringo*, *†frño* (1).

3) Los incoativos (*floresco*, *floresco*) hacían etimológicamente: Yo *nas-co*, Tú *na-ces*, § 47 (sea por latinismo o por analogía de la *s* de Yo, se escribía también antiguamente Tú *-ices*, El *-ise*, etc.) y modernamente la *o* (o *e*) de Tú, El, etc., entró en lugar de la *s* de Yo, para asemejar la terminación de todas las personas, diciéndose *†nao*, *-ces* (2). Esta conjugación se extendió por analogía a otros verbos en *-cer* que en latín no llevaban sufijo incoativo, como *yacer*, *†yaco* (ant. *yago*), *yaces*, *†complaceo*, *†mecca* (así desde el Fuero Juzgo hasta Lope y Hermsilla; hoy se generaliza *mece*), y lo que es más raro, se extendió a verbos en *-uclir*, como *a-*, *con-*, *tra-*, *re-duceo* (ant. *adugo*); *re-*, *des-luceo*; que, sobre no tener sufijo incoativo, no siguen la conjugación *-ui*.

112 bis. VERBOS CUYO TEMA TIENE *E*, *O* Y OTROS ANALÓGICOS. — 1) El presente tiene nueve formas fuertes (Yo, Tú, El, Ellos, del presente de indicativo y subjuntivo, y Tú del

(1) Los verbos cultos no tienen *restringir*, *finjo* (pop. *añir*), *unjo*. El infinitivo sirve de base para todo el verbo, como en los verbos con velar no agrupada: *elijo*, *colijo*, *extijo*, *risaño*.

(2) Mayor asimilación sufrió en leonés Yo para igualarse a Tú, El, etcétera, pues hace *merizo*, *mereci*; también en ant. port. *pareseo*, moderno *parece*.

imperativo), mientras las siete restantes son débiles. Esta mudanza del acento no tiene importancia cuando la vocal del tema es a, e, i, u, i, u, pues estas igual sonido tienen cuando acentuadas (castigo; *cástigo*), que cuando protónicas (castigamus; *castigamos*); pero cuando el verbo lleva E u O habrá de tener ie o iu en las nueve formas fuertes (tiento; *tiento*, y lo mismo ténias, ténat, ténant, tén-tem, ténés, ténet, ténent, ténia), y tendrá e u o en las siete débiles (tentamus; *tentamos*, ténatis, ténemus, ténetis, ténate, ténantem, ténandum). En igual caso están trémulo *tiemblo*, re-paenites *arrepientes*, erépo, ant *cribo*, mod. *quiebro*; *quero*; *enciendo*; *querto*; cólloco; *cuelgo*, decóllo *deguello*, fólloco *huelgo*; *ruego*; *suelo*, *cuento*, y todos los demás verbos con e o con O. Al latín vulgar *nevem (por nivem), que suponen varios romances, remontan el sust. *nieve* y el presente *nueva*. No deben tener diptongo *torna* (comp. *torno*, § 44), ni *compran* ni *respondo* (§ 134).

2) Pero esta diptongación no se verifica siempre. Las siete formas débiles sin diptongo y todos los otros tiempos de la conjugación influyeron sobre las nuevas formas con diptongo para que lo perdieran: *expendo* se decía en la Edad Media *espiendo*, *espiendes*, *espiendé*, *espiendemos*, *espiendedes*, pero las últimas formas atrajeron las primeras, y hoy se dice *respendo*, *respendes*; lo mismo sucedió con *praesto* *priesto*, íntegro *entriego*, morat *muerat*, confortat *confuerta*. En el siglo xvi se decía todavía *viéda* *vótat*, *tiempla* *témperat*, *añiega* *nócat*, *arriédre* *adrétre*, *pretiéndre*, hoy desusados, y siempre se decía *aliesta*, *derruca*, que hoy tienden a suprimir el diptongo. En *aterrar* quieren los gramáticos hacer una distinción entre *atierra* en sentido de

'echar por tierra', y *aterro* en el metafórico de 'consternar', creyendo, sin duda, que en esta segunda acepción el verbo se deriva de *terror*. Sólo dialectalmente se halla *asuego* *offóco* en Asturias, *suerbo* en Asturias y América, *avientan* en Salamanca, siendo el literario *aventan* chocante contra el punto siguiente, por ser derivado de nombre.

3) El caso contrario de que las nueve formas con diptongo influyan sobre toda la conjugación, es, naturalmente, más raro. Sólo se pueden señalar ejemplos de verbos derivados de un nombre con diptongo, la forma del cual está presente a la memoria del que pronuncia el verbo; así el sustantivo *diezmo* o el adjetivo *grueso* influyen para que se diga *diesmar*, *engruesar*, y de igual modo *deshuesar*, *amueblar*, *adiestrar*, *entiesar*, cuyas formas sin diptongo se van desusando, y el vulgo añade otros muchos: *empuercar*, *regheldar*, *meriendar*, y nunca se dice sino *aviejar*, *ahuecar*, por ser de formación posterior a los antes citados. Fuera de este caso de verbos de origen nominal, el leonés y aragonés ofrecen bastantes ejemplos, como *emiendar*, *tiengades*, *ruengamos*, *apiertar*, *cierrar*, etc.; en la lengua literaria se puede señalar uno especial: *lêvare* en la Edad Media se conjugaba etimológicamente *lieva*, *lievas*, *lieva*, *levamos*, *levades*; *ly* se pronunció *ll* y se extendió a todo el verbo: *llevo*, *llevarnos*, *llevar*.

4) La abundancia de los verbos de doble forma con y sin diptongo atrajo a sí a otros que no tenían en su tema e ni o. En la Edad Media se usaban *sembran* *séminant*, *pensa* *pénsat*, al lado de *tsiembran*, *tpiensa*; en el siglo xvi era usual *frega* *fricat*, y hoy día se usa *pliega*, *rep*, *desp*, *plícat*, juntamente con *tfriega*, *tpliega*. Así se introdujeron también *triega*, y otros, que en latín tie-

non *y*; *thiede*, que tiene *oe* o *o*; *thiela*; *thiesta*; *tconsuela*; *thuestra*, que tienen *o*; *thuela*, que tiene *ü*. En los dialectos hay más ejemplos: *thueso* *oü(n)suo*, *thueses* se usa en Asturias y América; entre el pueblo bajo de Buenos Aires y Montevideo es general el diptongo para los verbos en *o*: *thuenipa*, *thueses*, *thuebla*.

113. PRESENTES CON YOD DERIVATIVA EN LOS VERBOS: -er, -ir. — 1.] Si algún verbo *are* tiene una yod, es en toda la conjugación y sigue el desarrollo fonético ordinario: *malleo majo*, *malleas majas*; *spollat despoja*, *calceamus calzamos*, *altiant alzan*. Pero en muchos verbos *-ere*, *-iré* se presenta una yod, no como parte del tema, sino como elemento flexional, sólo en siete personas: en Yo presente indicativo y en todo el presente subjuntivo; estas siete formas con yod fueron influidas por la gran mayoría que no tenía tal yod; ya en latín existían *servo*, *ölo* (de donde *hiervo*, *huelo*) de la conjugación *-äre*, junto a las formas con yod de la conjugación *-äre*. En español podemos decir en términos generales que la yod flexional desapareció en la mayoría de los casos sin dejar rastro de sí: *tím-e-o* se hizo *tím-o* *temo*, para igualarse con *tím-es* *tenies* (1). A veces esta yod, antes de desaparecer ejerció su influencia propia sobre la vocal precedente del verbo en la conjugación *-ir* (§ 114), y a veces sobre el acento verbal (§ 106); pero la analogía de las personas sin yod no le permitió ejercer influencia sobre la consonante. Sólo el cambio *DY*, *GY* = *y*, muy arraigado en latín vulgar (§ 53), ocurre en los verbos *-ere*, *-ire*, mientras otros cambios, por ejemplo, el más antiguo de todos (§ 8 bis.)

(1) Los verbos cultos prescinden también de la yod: *persuado*, *persuadeo*, *nuitro*, *nuitro*.

TY, *CY* = *y*, ya no se cumple en ellos, ora la yod influya en la vocal anterior: *mötior mido*, *recütio recudo*, *vöstio visto*, ora no influya: *foetio hido*, *partio parto*, *söntio siento*, *paeniteo arrepiento*, *möntio miento*; siendo notable que la desaparición de la yod no haya sido contenida siquiera en *fac(i)o*, *jac(e)o*, que hacen *hago*, *yago*, y no **hazo*, **yazo*, que conservarían analogía de consonante con *facis*, *jaces*; *haces*, *yaces*. En portugués, la yod influyó en la consonante: *meço mido*, *meles mides*, *saço hago*, *faces haces*, *peço* **petio pido*, *pedes pides*. Otros ejemplos de pérdida de la yod: *BY*, *däbeo debo*, *möveo muevo*; *RY*, *aperio abro*, *partio paro*, *feriam hiera*; comp. § 53, y 1.

2.] He aquí los únicos casos en que la yod flexional influyó sobre la consonante anterior o se conservó tras formada:

a) Ya dijimos que *DY*, *GY* y también *BY* dan *y*, como en el nombre, en el verbo aunque la yod sea flexional; esa *y* se pierde cuando la precede *e* o *i* (§ 53): **cadeo* (vulgar *cadere*, por *cadere*), ant. *cayo*, **cades*, *cadēs*, *cäes*; — *video*, ant. *ueyo*, mod. *veo*, vides *vedes*, *vees*, *ves*; — *sedeam*, *seya*, mod. *sea*; — *rideo* *riyo*, *ridēs* *ries*; — *audio* anti-cuado *oyo*; *audis*, ant. *odes*; — *habeam* *haya* (§ 116). Son analógicos: *vadam* *traya*; *nado* *trayo*, *radis* *raes*; *rodāt* *traya*, *rodīs* *raes*; *traho*, ant. *ttrayo*, *trahis* *trars*; *credo*, ant. *tcreyo*. — Este estado primitivo sufrió dos alteraciones analógicas (prescindimos de la etimológica, ya apuntada en *veo*, *sea*, *rian*): los verbos *olir* y *huir* propagaron la *y* a otras formas (véase punto 3); y otros verbos, que por no tener *e* o *i* ante la *y* no debían de perder ésta, tomaron la *g* que caracteriza a los del aparte siguiente: *toigo*, *ttraigo*, *tcaigo*.

b) En el caso de *NY* o *LY*, según lo dicho en el punto 1, la yod dejó intacta la consonante precedente, no resultando *n* o *j* como cuando la yod no es flexional, § 53, y 6; (exceptúase el aislado *mōneo mūno*, porque generalizó la yod, mirándola, no como flexional, sino como propia del tema, según se dice en el punto 3). Esto no obstante, hay unos cuantos verbos en que la yod desarrolló una *g* a imitación de los verbos en *-ngo* que vacilaban *plāno plāngo* (§ 412). El portugués representa el estado primitivo *tēneo tenho*, *tēnes tens tens*, vñlo *venho*, remaneat *remanha*; el esp. representa un estado posterior *tengo*, *tienes*, *vengo*, el ant. *remanga* (Poema del Cid); lo mismo que el ital., donde los ant. *teguo*, *vegno*, *rimagno* fueron sustituidos por *tengo*, *vengo*, *rimango*. A tantos verbos con *n* se asimiló en latín vulgar el solo con *n*, pono, tomando yod: port. *ponho pões*, esp. *pongo pones* (*poncat* ya en las Glosas Silenses), ital. *pongo poni*.—A imitación de los verbos con *n*, e influyendo acaso *cuelgo*, se hicieron los de *l. valgo*, *salga*, junto a los anticuados *valo*, *sala*, a los que primitivamente se añadió *sōleo* *suelgo*, soles *sueles*, *tuelgo* *tuelles*, *dōleatis* *dolgaides* (*duelga* hoy en Cisneros de Campos y en el mirandés de San Martinho), y uno en *r* *fario fiergo*, *fieres*.—Estos verbos con *g* en las siete formas con yod tuvieron fuerza para asimilarse otros del aparte *n*: en el siglo xvi aún se decía *cayo caes*, *trayo*, *oyo*, y luego se generalizó *traigo*, *caes* (*kaiganus* ya en las Glosas Emilianenses); *traigo*, *traes*, *toigo*, *oyes*, y junto a *trayo* se dice *raigo*. Aunque no son hoy usados, deben recordarse también otros presentes en *-ay* y los en *-uy*, que nuestros clásicos hacían alguna vez *thaiga*, *thaiga*, *thuga*, *thustraigo*, *thestruga*; el vulgo sigue aún usando los tres primeros y añade otros:

por ejemplo, en Bogotá: *treiga*, *tleiga*, *treiga* = *ría*. A este paradigma de continua + *g* vino a añadirse un verbo en *-asir* (probablemente del germánico *sazjan*), que hasta el siglo xvi era *asa*, *ases*, y hoy es *asgo*, *ases*. Además, varios verbos que etimológicamente hacían *Yo -go*, *Tú -ces*, agruparon la continua de *Tú* a la *g* de *Yo*, y así de *yago* + *yaces*, salió *yargo*, y lo mismo *plago*, *Coquo* da *cuigo*, *coquis* *cucies*; luego, nuestros clásicos dijeron a veces *cuesgo*, *cucies*. Igual *conduego*, *conduces*, *aduego*, *reduego*, usado por Cervantes y hasta no hace mucho.

c) En el caso de *APY*, la yod es atraída por la *A* como en el § 53: capio **cayō*, *quepo*, capis *cabes*, sapiat *sēpa*, sapit *sabe*; nótese que la oclusiva sorda se mantiene tras el diptongo *ay*, como tras el *au*. Parecido a estos dos verbos es *placeat plega*, *placet place*, anómalo porque no sigue la suerte ordinaria de *fac(e)at*, *fac(i)at* expuesta en el punto 1, sino que supone la metátesis **placat* en que la *i* no impide la sonorización de la *z*, como impide la de la *j* (§ 47). En portugués lo tardío de la metátesis ni inflexiona la *a* ni impide la sonorización de *p*: *caibo* *cabes*, *saiba* *sabemos*, comp. § 120. Usándose frecuentemente unidos los subjuntivos **que pese* o **que plega*, se dijo a veces **que plegue*, sin que nunca haya existido un infinitivo **plegar* con sentido de *placer* o *agradar*.

3) Hemos visto que, salvo raras reliquias de la yod flexional, ésta desapareció de las siete formas en que el latín la tenía. Por lo tanto, muy raro ha de ser el caso contrario: la propagación de la yod a todas las demás formas del paradigma; por ejemplo, *mōneamus mūnāmos*, *mūnō*, etc., sirven para formar todo el verbo *f. mūnir*. Dos verbos: *audio*, ant. *oyo*, *aya*, etc., y *fugio* *huya*, *huya*, propagaron

la *y* a las otras formas: **oyes* (en vez de *audis odes, *oes*), **oye*, **huyes* (en vez de *fūgis *hoes*, § 43), **thues*, § 114), **thuyen*, menos cuando sigue otra *i* (*olmōs, huls*); para esta *ty* había también el apoyo del gerundio *oyendo* y del perfecto *oyó, huyeron*. Siguen la analogía de *huir* todos los verbos cultos en *-uir*: *destrñere destruye*, *dō, re-stituere destituyes*, *dis-, con-, at-tribuere contribuyen*, *in-, ex-, re-con-ducere arguye*, *in-, re-fluere disminuye*.

114. INFLUENCIA DE LA YOD DERIVATIVA EN LA VOCAL DE LOS VERBOS EN -ir. — Según la fonética, varias clases de yod cierran la vocal precedente, sea tónica o átona; pero ya sabemos que esto sólo sucede en los verbos -ir, no en los -er (§ 105, con la excepción de *ofr*); y ya hemos anticipado que la yod flexional del verbo sigue normas especiales (§ 8 bis). Así, por ejemplo, inflexiona la vocal en los casos de *ty* (*mido, recudo*, etc.) en que la yod de los nombres no inflexiona (véase § 113, *poza* § 14), anomalía contraria a la de no palatalizar la *t* que dijimos en el § 113; la analogía de los demás verbos -ir impone la inflexión vocálica, a la vez que la analogía con las otras personas del mismo verbo excluye la palatalización de la consonante. — Veamos los pormenores de la influencia de la yod. Pero téngase en cuenta que aunque la yod se perdió generalmente en romance (§ 113), fué sin duda después de haber influido en la vocal temática. Aún más: el latín vulgar generalizaba forzosamente la yod y sus efectos al incorporar muchos verbos -ere a la conjugación -ire (§ 111); así convirtió *petere*, *petó* en **petire*, *petió* (port. *peço, pedes, pede*); pero en los ejemplos que a continuación se pondrán no escribiremos esta yod vulgar.

1] Según la fonética, *Ē Ī* y *Ō Ū* bajo la influencia de

la yod se hacen por lo común *i* y *u*, tanto cuando son tónicas (§§ 11, y 14), como cuando átonas (§§ 18, y 20). Pero las siete formas del presente con yod (Yo indicativo y todo el subjuntivo) atrajeron a sí en más o menos número las cinco formas sin yod, viniendo aquéllas a tomarse como características de la conjugación -ir, a diferencia de la -er.

a) En el caso de vocal temática *Ē Ī*, la atracción analógica fué sólo de las formas fuertes; que, pues en la conjugación -ar y -er eran todas iguales (*tiēto, -ās, -a, -an*, frente a *teutamos*), se igualaron también en la -ir, las formas débiles llevan una *i* tónica, que impidió por disimilación el cambio analógico de la *e* protónica en *i*. Así, tenemos en indicativo: *mēto mido*, *mōtis*, no **medes*, sino **mides*; *mētis*, no **miede*, sino **mide*; *mētimus medimos*, *mētītis medis*; **metent* (§ 115), no **meden*, sino **miden*; el subjuntivo todo con yod: *mētiām mida*, -as, -a, -amos, etcétera. En igual caso están *cīngere, cīno, cēnēs, cēnīmus*: *tingere, tiño*; *ringere, riño*; *ringere, rīno*; *concipere, concibo*. — A este paradigma se afiliaron analógicamente muchos verbos con *Ē* y algunos con *Ī*; los de *Ī* quizá a veces mediando un antiguo diptongo *ie* reducido a *i*, y en todo caso sugerida esa *i* por coincidir estos verbos en Nos y Vos con los de *Ē Ī* (*hiramos = midamos*, § 18, *herimos = medimos*), coincidencia que hubo de servir de base a la asimilación. Según ella, sirvió, que en leonés y aragonés se conjugaba como *herir* (punto 2 de este párrafo): *siervo, sirvas, servinas, sirva, sirvamos*, vino en castellano a asimilarse a *medir*, y lo mismo vestió **visto*, *pōto des-, ex- + pido* (dialectal antiguo *viesten, piēden*), investió **embisto*, *dēlōro, -ēre re + derro*; *sōquor con-, pro-, pē- + sigo*; **rēndo* (*rēddo*, influido por *prendo*) **rindo*, *ingredio*

tengría (1). Algunos verbos con *i*, que la debieran mantener tanto tónica como protónica, se igualaron a éstos por una disimilación de la *i* protónica ante *i* acentuada: *dico* *digo*, *dicimus* *decimos*; *frigo* *frelmos*, *rideo*, *ere*, *treimos*; véase § 105, para otros verbos arcaicos y vulgares: *tuevimos*, etc.; y para el caso contrario de *trecibimos* contra *concebimos*.

2) En el caso de *Ō Ū* sólo *pūtreō* guarda hoy entera analogía con los verbos de *ē ī*, haciendo *putre*, *putres*, *podrimos*; antes era general este paradigma (y se decía *foid*, *sobimos*, *complides*); pero ya desde los tiempos primeros del idioma viene marcándose la tendencia, que hoy triunfó completamente, de generalizar la limitación del vocalismo de las formas con yod, no sólo a las formas fuertes, sino a las débiles, uniformándolas en absoluto: *fugio* *huyo*, *fugis* *huyes*; *fugimus* *hulimos* (ant. *foimas*), *huidis* (ant. *foides*), etc. En igual caso están los demás: *ordio*, *turdimos*; *recitio* *re-sa*, *re-tudis*; *confundo*, *tconfundis*; *exced-ro*, *es-in*, *re-tcurrir*; *subeo*, *tsubimos*; **suffro* (por *suffero*), *tsufrimos*; *bullio*, *tbullis* (2). La uniformación completa de la vocal era de esperar: la *i* acentuada en *ordir*, *ordimos*, etc., no imponía, para los verbos con vocal temática *o*, una disimilación análoga a la que imponía para los verbos de vocal temática *e*, *medir*, *medimos*; ésta es la razón de la diferencia que advertimos en el desarrollo de los verbos *e-ir* y *o-ir* (comp. § 105).—Esta conjugación *o-ir*

(1) Y los verbos cultos *eligo* *elijo*, *coligo*, *corrijo*, y de *ē ī* *eligo* *elijo*, gémico *gimo*, *competo* *compito*, *repto*. El habla vulgar añadió a éstos también el verbo *heruir*, que hace *hirno*, *hirve*, *herelmos*.

(2) Y los verbos cultos, como *ingere*, *ingimus*; *resistūere*, *resistūis* (comp. § 14, n. 1).

(*o-ir*, *o-ir*), uniforme en sus vocales, atrajo a sí a los verbos con *Ō*, como *mollio*, *tmullimos*; *coperio*, *tcu-bris*; *moneo*, *tmuñis*; *excoñspuo*, *tescupis*; *cōmpleo*, *tcumplimas*; *abhōrreo*, *taburris*. Todos estos verbos tomando uniformemente la vocal *u*, se confundieron con los verbos que tenían *ū*, la cual había de permanecer inalterable siempre, como *addūco* *adugo*, *addūcimus* *aducimos*, *inūgio* *ingimōs*; la lengua antigua conocía también cambios entre la conjugación de los verbos con *ū* y con *ō ū*, por lo cual a semejanza de *cōmplimos* decía *fadocimos*; pero la lengua moderna desechó siempre la *o*, y aun la única excepción *podrir*, se va desusando, pues se generaliza mucho *tpudrir*, y más aún *treputrir*.

2) Bajo la influencia de la yod, *E* y *Ō* no se diptongan cuando tónicas (§§ 10, y 13), y se reducen a *i* y *u* cuando átonas (§§ 18, y 20). Pero de hecho, los verbos en *ē* y *ō* cumplen sólo muy parcialmente con estas leyes. En primer lugar hay que considerar aparte, como excepción singular, el verbo *vāno*, que cumple la primera de estas leyes y no la segunda, para amoldarse a su gemelo el verbo en *-er* *tāneo*, haciendo *vengo*, *vienes*, *venga*, *vengamos*. Después todos los demás verbos cumplen únicamente con la segunda ley, por ser común a los verbos del paradigma *mido*, y para, no cumpliendo la primera ley, conseguir la igualdad de las formas fuertes, que también había conseguido por otro medio: el paradigma *mido*.

Así tenemos, enteramente paralelos, *siento*, con alternancia *ā* tónica, *e* átona: *mido*, con alternancia *i* tónica, *e* átona, y ambos con *i* átona en Nos, Vos del subjuntivo.

Indic.	sēntio	†siento (por *sento)	mido
	sēntis	sientes	†mides
	sēntit	siente	†mide
	sēntimus	sentimos	medimos
	sēntitis	sentis	medis
	*sēntent	sienten	†miden
Subj.	sēntiam	†sienta, †sientas, †sienta	mida
	sēntiamus	sintamos, sintáis	midamos
	sēntiant	†sientan	midan

Siguen el paradigma *siento* otros verbos con *E* con. *re*, *pre*-sentir, *mēntio*, *mienta*, *mintamos*; *repaeniteo*, *arrepiento*; *fāto*, *hierro*, *ad*, *sa-hierro*, *re*, *pre*, *pro*, *trans*, *con*-ferir, *con*, *ad*, *contra*-vertir, *hervir*, *requerir*, pero muchos se pasaron en todo al tan semejante paradigma *mido*, según se dice en el punto 1 a de este párrafo, y los en *O* se pasaron todos al paradigma *huyo* (punto 1 d), salvo dos solos que permanecieron con diptongo, como *siento*, y son: *dormio*, †*duermo*, *duermas*, *dorminos*, †*duerma*, *durmamos*, †*duerman*, y *móro*, †*muero*, etc. Antiguamente había algún otro; en leonés y aragonés se decía *cuebre*, *des-cuebre*, *encuebre*, *cóperfre*, *nuecon*, *nóebre*.

3) La -i final de la persona Tú del Imperativo de los verbos -ir produce inflexión semejante a la de la yod (compárese § 112), y en los pormenores esa persona Tú tomó igual vocal que la Yo presente indicativo: *mēti* *mide*, *fūgi* *huye*, *sērvī* †*sirve*, †*siente*, *ven* *vēni*, †*duernie*; en casos como *sirve*, *huye* se ve una inflexión de la *e* y la *o* latinas, por efecto de la -i, que no hallamos comprobada fuera del verbo (§§ 10, 1 y 14). Como el verbo *ter*, *tener*, es en todo

igual a *venir* (según se advirtió ya en el punto 2), hizo un imperativo, *ten*, cual si derivase de **tēni*, en vez de *tēne*. En suma, la analogía explica prácticamente todo, y basta retener que el imperativo de los verbos -ir adopta la misma variabilidad o invariabilidad de la vocal temática que el indicativo: *mide* Tú, *medid*, lo mismo que *mides*, *medis*; *huye* Tú, *huid*, lo mismo que *huyes*, *húis*; *duerne* Tú, *dormid*, lo mismo que *duermes*, *dormís*, etc.

4) Como observación final advertimos que el vocalismo estudiado en este § 114 y en el § 105 no se fijó completamente sino en la época clásica del idioma. Todavía Nebrija en su Gramática usa *recebir*, *regieron*, *sentiendo*, *seguiendo*, *mollinos*, *mollis*, *mollir*, *sofrir*, *polir*, etc.

115. LOS PARADIGMAS. — 1) Presente indicativo (1) (no señalaremos aquí ya con † las formas analógicas en su tema; reservamos la † para la analogía en las desinencias):

canto	canto	tím(e)o	temo	dormio	duermo
-as	cantas	-es	temas	-is	duermes
-at	cantá	-et	teme	-it	duerne
-amus	cantamos	-amus	tememos	-imus	dormimos
-itis	cantades cantáis cantis	-itis	temades temáis temis	-itis	dormides dormís
-ant	cantan	-ent	temen	*dörment	duernien

Para tím(e)o véase § 113. La pérdida de la conjugación -dre hace que Nos y Vos de todos los verbos de la conju-

(1) En los cuadros de paradigmas marcacé con letra del tipo ordinario las formas modernas; en tipo chico las arcaicas, dialectales o vulgares.

gación -er se acentúan como en -ere (§ 106, 2). Además, en Ellos, vendunt es suplantado por *venden*, el latín vulgar de España, al contrario de la generalidad de los romances, que usan la terminación -unt olvidando -en, introdujo ésta también en la conjugación -ire en vez de -iunt. Para la dental de Vos recuérdese, el § 107, como contracciones vulgares de esta persona Vos pueden señalarse *presumís, acordás, sabés*, usadas en los siglos xv-xvi y hoy en la Argentina, y *vís, comís, querís*, de que se señalan ejemplos en Aragón y Chile; esta última no es una asimilación a la conjugación -ir, porque también se ofrece en el -eis de subjuntivo -ar: *jucitis*.

2] Presente subjuntivo:

cantem <i>cante</i>	timeam <i>tema</i>	dormiam <i>duerna</i>
-es. cantes	-ens. temas	-as. duernas
-et. cante	-eat. tema	-iat. duerna
-emus. cantemos	-eāmus. temamos	-iāmus. durmamos
-ētis <i>cantedis</i> <i>cantéis</i> <i>cantis</i>	-eātis <i>temed</i> <i>temáis</i>	-iātis <i>durnedis</i> <i>durmáis</i>
-ent. canten	-eant. teman	-iant. duerman

Las formas débiles Nos, Vos se uniforman con las fuertes en Andalucía y gran parte de América, diciendo en las conjugaciones -er, -ir, *téngais, téngais, véamos, véais, váyamos, váyais* (1).

3] Imperativo (véanse §§ 107, y 114, 2):

canta <i>canta</i>	time <i>teme</i>	dormi <i>duerne</i>
cantate <i>cantad</i> <i>cantad</i>	time <i>temed</i> <i>temed</i>	dormite <i>dormid</i> <i>dormid</i>

(1) Véase A. Azorero, en la *Biblioteca de Dialectología hispanoamericana*, I, Buenos Aires, 1930, págs. 345-349.

Para *vendite* igualado a *timete*, § 106, 1; para *sal, pon*, etc., véase § 107. Las formas *auda, corre, veni*, después de haberse usado en el período clásico, están hoy relegadas a los dialectos, especialmente a América. Es de notar que *haz* no deriva del literario *fac*, sino del arcaico *face*; de los imperativos latinos acabados en -e sólo se conserva *di dic* (pero *contradice, bendice*), y anticuado *adu, adduc* (mod. *aduce, conduce*). Antiguamente los pronombres enclíticos *nos* y *le* se fundían con Vos imperativo, mediante metátesis: *dandos, yndos idnos, daldas, desildes, valelde*, metátesis que con *nos* se desusó ya en el siglo xiv, pero con *le* se usaba aún en el período clásico. Con *(u)os* en la Edad Media se decía indistintamente *veniduos* o *venidos*; en la época clásica se usaba esta segunda forma juntamente con *venias*, que es la moderna.

4] El gerundio y participio presente tienen igual vocal tónica y protónica: *cantandum cantando, timendum temiendo, dormiendum durmiendo; cantante cantante, tímiente temiente, dormiente durmiente*.

La -e del participio se perdía en la Edad Media: *dormient, amaneient*, y después: *envolvién, andán, hacién*; formas estas muy usadas por los judíos españoles, y de las cuales admite el idioma literario *racien* como adverbio.

Para *supiendo*, etc., véase § 120.

116. PRESENTES IRREGULARES.—1] El verbo *ESSE* tomó algunas de sus formas de *SEDERE*. Indicativo: Yo, *sum, yo son*, rara (1), perdió su *n* extraña a toda primera persona, y que confundía la persona Yo con la persona Ellos; así

(1) Véase *Cantar de Mio Cid*, 1908, pág. 270. Para la *m* conservada véase arriba § 62.

quedó *so*, forma usada aún algo en el siglo xvi; entonces la reemplaza *soy*, conocida ya en antiguo leonés juntamente con *sus*, de origen oscuro (comp. *dox*, *estay*, *voy*). — Tú, *és*, fue en leonés y aragonés *yes*, pero el castellano tomó extraordinariamente el futuro *eris* (§ 73), mientras en leonés, occidental, judíos, Andalucía, Argentina, etc. se echó mano de Vos. **sutis*, diciéndose *tú sos*, por lo que se uniformó la inicial con la de Yo, Nos y Ellos. — El, *ést* *ye*, en leonés y aragonés, pérdida la *s* con la *e* para uniformar esta persona con las demás El y distinguirla de Tú *yes*, que acababa en *s* como en los demás verbos, pero en castellano no había esta necesidad de distinción y fue *es*, no diptongado como voz empleada átona. — Nos, *sūmus* *samos*. Según Suetonio, Augusto pronunciaba *simus*, de donde el vulgar *se-mos*. — Vos, *estis* desdice de Nos y Ellos y se uniformó haciendo **sutis*, ant. *sodes*, mod. *sais*. — Ellos, *sūnt* *son*. — El antiguo español poseía además un derivado completo de *sedeo*: *seo* o *seya*, *siedes* o *seyes*, *siède* o *seye*, *sedemos* *seemos* o *seyemos*, *seedes* o *seyedes*, *sieden* o *seen*, *seyen*, formas que se hallan en Alexandre, Berceo y Apolonio.

Subjuntivo. El clásico *sim*, *sis* y el arcaico *siem* *sies* se perdieron en todo el territorio romance, donde se dijo **alam*, éste en España sólo vivió en Aragón: *sia*, *sias*, *sia*, y en ant. leon. *sia* y *sie*, *sien*. En Castilla se empleó, *sēda-* *am*, ant. *seya*, mod. *sea*, *seas*, etc., como en Portugal *seja*, etc.

Imperativo. También *és*, éste dejaron su puesto a *sē-* *de*, *tse*, *sēdōte*, ant. *sed*, luego *sed*.

Gerundio. Faltó a *esse*, y se dijo *sēdēdum*, *seyendo*, luego *siendo*.

2] **HABERE** tenía antiguamente formas derivadas del clásico: Tú habes. (no de Yo habeo), El habet: *aves*.

(§ 43), *ave*, *avēmos*, *avēdes*, *avēn*. Pero prevalecieron otras formas derivadas de una contracción que en latín vulgar sufría este verbo, cuyo frecuente uso como auxiliar le daba carácter de átono. En esa contracción se conserva sólo la vocal acentuada y la desinencia: Yo, *hēlo* debería dar **haya*, pero da *heo*, forma rara anticuada (1), influida por la proclítica: *hai* *he* (§ 29, 2), que es la forma moderna, ant. *hey* (comp. *soy*, *dox*, etc.), usada aún en dialectos, por ejemplo, en Chile. — Tú, *has* *has*. — El, *hat* *ha*, y unido al adverbio i (§ 128), resulta el *hay* impersonal. — Nos, (hab)emus *hemos*. — Vos, (hab)etis: *hedes*, *heis*. — Ellos *hant* *han*. Estas formas son las que prevalecieron, duplicando Nos con *habemos* y reservando Vos para el empleo como auxiliar (*amar-es*, y clásico en las dos construcciones *heis de estar* y *eis estado*); en su lugar entró *habéis* para los demás casos.

Subjuntivo. El clásico *habeam* subsiste en el dialectal asturiano *eba*, *ebas*, etc. La contracción vulgar *hajam*, -s, -e es la que produjo la forma corriente *haya*, *hayas*, etcétera (§ 53).

Imperativo: *habē ave*, usado aún por nuestros clásicos; *habēte habed*, poco usado hoy.

3] **SAPERE** no debe citarse sino por Yo indicativo. Lo mismo que *capiam* *quepa*, *sapiam* *hace sepa* (para la *p*, § 113, 1), y como *quepo* *capio*, debería ser **sepo* de *sapio*, pero en los romances esta persona se hizo igual que la del verbo *haber*, y lo mismo que *he*, se dijo *se* (port. *hei*, *sei*; cat. *hé*, *sé*; ital. *so*, *ho*, fr. *ai*, *sais*). Dialectalmente se dice *sabo* por analogía con *sabes*, *saben*, etc.

(1) Un ejemplo del siglo xiv, véase en el *Cançon de Mio Cid*, página 271.

4) *DARE* y *STARE* hacían en vulgar *Yo* indicativo **dao*, **stao* (prov. *dau*, *estan*; latín leonés del siglo XI, *dau*), de donde el ast. *dáu*, *estáu*; cast. ant. *do*, *estó*, formas usadas aún en el siglo XVI, en que las reemplazan *doy*, *estoy* (comp. *soy*, *voy*).—Junto al subjuntivo latino *dēm*, *dēs*, *dēt* (esta arcaica por el clásico *dēt*), que produce *de*, *des*, *de*, *demos*, *esté*, etc.: existió en vulgar **dēam*, **stēam*, que produce el leonés *dia*, *estia*, con vocal *i* (comp. § 117, final), formas que viven en el asturiano occidental al lado de otras con diptongo: *dié*, *estie*, usuales estas también en Sanabria y otras regiones del leonés occidental.

5) *IRE* fué sustituido casi enteramente por *vadere*, salvo actualmente las tres formas *id*, *yendo*, *ir*. El presente indicativo *eo* no dejó más rastro que *imus*, *itis*, anticuado *imos*, *ides*, aún algo usados en el período clásico, pero hoy dialectales (ast. *yimus*, *yidis*; ribagorzano *in*, *is*, § 107, Chile *inias*). La flexión completa la posee *VADERE*, **vao*, leon. occid. *von*, cast. *vo*, sustituido en el siglo XVI por *voy* (comp. *soy*, *doy*).—Tú, **vas vas* (*vadis* *beis* en Villaoril de Cangas de Tineo;—El, **vāt vā* (*vadit vā*) Alex., *bai* mirandés, *ve* ast. siglo XIII, *hey* Villaoril;—Nos, **vamus* (§ 106, *vāmos*);—Vos, **vatis vades*, *vais*;—Ellos, **vant* (por *vadunt*) *vau*.

Subjuntivo: *eam* se perdió: *vadam* dió el analógico *tvayā* (§ 113, *vā*) o el etimológico arcaico y raro *vaa*, *vaas*, *vaamos*, etc., que en la lengua común se usó sólo en Nos y Vos: *ahacedino merced que os vais*, y aun hoy en frases imperativas y optativas: *vāmos!*

Imperativo: *I* se perdió, *Ita id* (§ 63, *id*).—*vade* reducido a **vae*, **val* (§ 28; Cornu supone **vadi* según § 114, pero véase Zeitl., IX, 234), mirandés *bai*, Villaoril *hey* (pues

allí todo *ai* hace *ei*); cast. *ve*, port., ital., prov. ant., fr. *vai*; hoy es vulgar *ves*, *veste*, forma usada ya en algún texto del siglo XV, derivada del indicativo *va(d)is* en funciones de imperativo (?). El plural *vadite*, perdido.

Gerundio: *eundum* trocó su arcaica terminación *-undum* (*repetundae*, *gerundae*, *oriundus*, ...) por la corriente *-endum*, *viendum* *yendo*. Se perdió *vadendum*.

EL IMPERFECTO

117. SU FORMACIÓN Y PARADIGMAS.—El subjuntivo *amārem* se sustituyó por el pluscuamperfecto (§ 103). Veamos sólo el indicativo.

1] En latín clásico los verbos *-are* tenían su imperfecto con la terminación *-āba*; los *-ere* y *-ere* con *-ēba*; y los *-ire* con *-ība*, que el latín arcaico y vulgar hacía *-iba*, hallándose hasta en Ovidio y Catulo *audibat*. El romance conservó la *-b-* de *-aba*, escribiendo hasta el siglo XVII *-aia* (§ 41), en las otras conjugaciones la *-b-* se pierde (para *-iba*, § 43, final), salvo en limitadas regiones: *podeba*, *teneba*, *dormiba* en Sobrarbe y Ribagorza; *venibān*, *traiba*, *caiba* en Salamanca y Nuevo Méjico (1); en consecuencia, *-ē(b)a*, *-ī(b)a* se confundieron en *-ia* (§ 118).

2] Este hiato *-ia* se conserva hasta hoy. Pero en la Edad Media se pronunciaba también *-ie* por una asimilación de la *-n* que se acercaba a la *i* precedente (§ 27); sólo

(1) Y en estas regiones la *-b-* no debe de ser etimológica, sino analógica de *-aba*, como lo es en los dialectos oriollo-portugueses de Africa: *chobēba*, *teneba*. (Lizt de VASCONCELLOS, *Philologia mirandesa*, I, 385 n.)

en la persona Yo, se mantuvo generalmente *-ia* (1), sin duda el énfasis propio de la primera persona se resistía a relajar la pronunciación, esto es, a asimilar la pronunciación de la *a* a la de la *i*. Ese *-ie-* medieval llevaba etimológicamente el acento en la *i* y aún perdía la *e* final, diciéndose *qui teni tral*, esto era raro, siendo medio más común deshacer el hiato el formar un diptongo que necesitaba trasposición de acento sobre la vocal más abierta (§ 6); *tenien comien vi nien*, consonante de *bien*. Estas formas dominaron en el siglo xiii, pero ya en el xiv perdían terreno, no obstante, se usaban algo aún en el siglo xvi, en que *hacien* era un defecto de pronunciación con que los toledanos ensucian y ofuscan la polidez y claridad de la lengua castellana, al decir del zamorano Dr. Villalobos. Pero no lejos de la patria de Villalobos, en las aldeas de Astorga, San Justo y San

(1) F. HANSEN, *Sobre la formación del imperfecto en las poesías de Gonzalo de Berceo*, Santiago de Chile, 1894; y *Sobre la pronunciación del diptongo ie en la época de Gonzalo de Berceo*, Santiago de Chile, 1895. — HANSEN, *Das Possessivpr.* (citado en el § 92), pág. 22, dilata una explicación de la chocante diferencia entre Yo *-ia* y Tú, El, etc., *-ie*, suponiendo que la consonante final *-s*, *-NT*, o la desaparecida *-T* (pero no la *M*, § 62), determinan el monosilabismo de las terminaciones *-ia*, *-is*, etc., etc.; esta suposición, le lleva a decir (arbitrariamente, al parecer) que en el posesivo el singular *mis* (§ 27) es análogo del plural *mies*. Una bibliografía crítica de lo escrito sobre el imperfecto español se hallará en J. D. FITZ-GERALD, *Verseification of the Cuadrón Vio de found in Berceo's Vida de Santo Domingo*, New-York, 1905, págs. 63-87, pero a mí vez yerra en no aceptar la diferencia Yo *-ia*, Tú, El, etc., *-ie*, que se halla asegurada en buenos textos medievales, sin que tampoco falten algunos ejemplos de Yo *-ie*. Véase R. MENÉNDEZ PIDAL, en la *Revista de Dialectología Románica*, II, Bruxelles, 1910, págs. 126-127, y en *Canal de Mio Cid*, 1903, págs. 273-275. G. MILLARDET, *Linguistique et dialectologie*, 1923, págs. 329-332, cita curiosos casos gascos y languedocianos de *-ia* que se hace *-yé* o *-yó*.

Román, se conserva aún hoy *you habie, tú habie, ellos habie, él facie* (hasta el sustantivo *die* 'día', miradés *die*, § 27, n.); la forma en *-i* vive en Asturias, y es regular en sendinés (Miranda de Duero) *tenis, tentin*; en gran parte de Asturias se usa también *-ie, -ies*. Igualmente la forma etimológica bisílaba *-ia* en la pronunciación rápida, admite monoptongación *-ia* o *-id*, § 31.

3] He aquí los paradigmas para el acento de Nos y Vos véase el § 106, c):

-ābam <i>cantaba</i>	-ē(b)am <i>temla</i> <i>temla</i>	-ī(b)am <i>dormia</i> <i>dormia</i>
-āhas <i>cantabas</i>	-ēbas <i>temlas</i> <i>temlas</i>	-ības <i>dormias</i> <i>dormias</i>
-ābat <i>cantaba</i>	-ēbat <i>temla</i> <i>temla, temit</i>	-ībat <i>dormia</i> <i>dormia</i>
-ābāmus <i>cantabamos</i>	-ēbāmus <i>temlos</i> <i>temlos</i>	-ībāmus <i>dormiamos</i> <i>dormiamos</i>
-ābātis <i>cantabais</i>	-ēbātis <i>temlais</i> <i>temlais</i>	-ībātis <i>dormiais</i> <i>dormiais</i>
-ābant <i>cantaban</i>	-ēbant <i>temlan</i> <i>temlan</i>	-ībant <i>dormían</i> <i>dormían</i>

Nótese que hoy el tema del imperfecto es igual al de las formas débiles del presente indicativo (pers. Nos y Vos); pero antiguamente en los verbos *-ir*, la vocal temática *o* o *e*, a causa de su diptongo *ie*, sufría inflexión, de modo que el tema era igual que el de las mismas formas débiles del presente subjuntivo: *sirvien, diciendos, murien*, y lo mismo con *-ia*: *requiría, sirvía* (§ 105). En el siglo xv predominaba la acentuación disílaba *-ia*. Pero ésta volvió a ser un monosí-

labo para los postas del siglo xvi, por influencia italiana (§ 31), como se ve en el endecasílabo de Garcilaso «que me haviades de ser en algún día», o en el de Francisco de Figuerola «quando en mi libertad vivia seguro», y más tarde aun en el octosílabo de Tirso «esto que havia de humillarme» (1).

4] Imperfectos irregulares. Un verbo en -ir conserva su *i* en el imperfecto: *IBAM*, *ibá*, -as, etc. El imperfecto *ERAM* tampoco diptonga su vocal (como en Tú, El del presente indicativo, § 116), *era*, -as, etc., salvo en leonés y aragonés: *perá*, *peras*; comp. ant. fr. *ere* junto a *iere*. *HABEBAM*, como auxiliar de un infinitivo para formar el condicional (§ 123), conserva sólo su vocal acentuada y la terminación: (hab)á(b)am (§ 116), *la*, *las*, *lá*, *lamos*, *lades* o *lais*, *lan*, ant. *la*, *les*, *le* o *l*, *lemos*, etc.

EL PERFECTO Y TIEMPOS AFINES

118. CONJUGACIONES -ARE, -IRE.—1] La forma latina ordinaria -āvi fue olvidada en latín vulgar, el cual contrajo en una las dos sílabas de esa terminación, como ya hacía a veces el latín literario. En éste era muy frecuente la contracción cuando -āv era protónica (Tú, Vos, Ellos), prefiriendo acentuar uniformemente la ā: *amāvi*, *amā(vi)sti*, *amāvit*, *amāvimus*, *amā(vi)stis*, *amā(vā)runt*. Pero aunque rara vez, también las formas Yo, El, Nos perdían su *v* (§ 43).—Yo, *probai*, en inscripciones; y aun en el siglo x, en las Glosas Emilianenses, *lebantai* (por

(1) Véase CERVÓ, en *Romanía*, XXII, 81.

levantavi o *levavi*).—El se contraía -ait o -aut en las inscripciones, prevaleciendo en latín vulgar -aut, que ya se halla en las inscripciones de Pompeya: *exmucaut*, y en las posteriores *triumphavi*, *pedicavd*.—Nos, *enarramus*, señalado en Terencio; *mutamus*, en Propertio.—En los tiempos análogos al perfecto las contracciones literarias son también vulgares.

2] Los perfectos en -ivi usaban más contracciones en el latín literario, ya que junto a -ivi había las dos formas Yo -ii, El -iit, en las cuales hay que advertir que aunque los poetas miraban como breve la primera i (§ 7), contando *audii*, *dormiit*, en prosa esa i seguía larga como antes de hacerse la contracción, pronunciándose *audii*, acentuando *audii*. Esta contracción siguió vigente en la Romaña, pero el latín vulgar español prefirió El *audiit*, de *audi-v(i)i*; ya en inscripciones españolas se escribe *posiut*. También, al lado de Ellos *audierunt*, se dijo **audirunt*; por lo demás, se conservan las formas literarias Yo *audii*, Tú *audisti*, Vos *audistis*, y se usó Nos *audimus* o *audimus*.—En Ellos del perfecto y en los tiempos análogos al perfecto las formas españolas reposan sobre las contracciones del latín literario *audieram*, *audissem*, *audiero*; mientras las leonesas antiguas reposan sobre la contracción vulgar *audiram*, que también era clásica en el pluscuamperfecto *audissem*: *feriron*, *bastiron*, *servira*, *oira*, *acreciramos*, *morise*, *sentiren*, *vencirer*; formas aún vivas en Miranda: *partira*, *temtramos*, *temisedes*, *partires*, *partirdes*.

3] Así tenemos los paradigmas del latín popular:

Perfecto Indicativo:

cantāi <i>cantē</i>	dormīi <i>dormī</i>
cantāstī <i>cantaste</i> f. <i>cantaste, -iste, -est</i> f. <i>cantastes</i>	dormīstī <i>dormiste</i> <i>dormist, -ist</i> f. <i>dormistes</i> f. <i>dormistes</i>
cantāūt <i>cantō</i>	*dormīūt <i>durmio</i>
cantāuim <i>cantamos</i> f. <i>cantamos</i>	dormīuim <i>dormimos</i> o dormīlīm <i>durmimos</i>
cantāstis <i>cantastis</i> f. <i>cantastis</i> f. <i>cantastis</i>	dormīstis <i>durmisteis</i> f. <i>dormistis</i> o dormīstis <i>durmisteis</i>
cantāruim <i>cantaron</i> f. <i>cantaron</i> f. <i>cantaron</i>	dormīruim <i>durmieron</i> o dormīruim <i>durmieron</i> f. <i>durmieron</i> f. <i>durmieron</i>

Pluscuamperfecto Indicativo:

cantāram <i>cantara</i>	dormīēram <i>durmiera</i> o *dormīram <i>durmiera</i>
cantāras <i>cantaras</i>	dormīēras <i>durmieras</i> o *dormīras <i>durmieras</i>

Pluscuamperfecto subjuntivo (imperfecto en romance):

cantāssem <i>cantase, -ase, -ase</i>	dormīssēm <i>durmiese, -iese, -iese</i> o dormīssēm <i>durmiese</i>
cantāsset <i>cantase, -ase, -ase</i>	dormīssēs <i>durmiese, -iese, -iese</i> o dormīssēs <i>durmiese</i>

Sobre el cambio de acento en Nos y Vos véase § 106.

Futuro subjuntivo:

cantāro <i>cantare</i> f. <i>cantare, -e</i>	dormlēro <i>durmiero</i> f. <i>durmiero, -e</i>
cantāris <i>cantares</i>	dormlēris <i>durmieres</i> f. <i>durmieres</i>

Para el cambio de acento en Nos y Vos véase § 106.

4] En el siglo xi coexistían dos formas del perfecto Yo, *levantai* arcaica latina vulgar, y *levantē* romance. Para Tú, *-stis*, Vos *-stis*, § 107. Tú *cantiste*, que domina en el siglo xiii, lo mismo en textos leoneses que castellanos que aragoneses, puede explicarse como analógico con la tónica tomada de la persona Yo, a imitación de *dormī*, *dormīste* (1). La forma *-este* se conserva aún en Asturias y Santander; luego prevaleció la etimológica *-aste*, como era natural, para uniformar la vocal con las demás personas del plural y tiempos afines al perfecto. En El, durante el siglo xi coexistían, para *-āre* la forma arcaica latina vulgar *mandāūt*, con las romances *mandot*, *mandōt*, *mandō*, y para *-ire* había *sufriot* y *sufriō*. Véase para la u de *durmio*, § 105; para el acento, § 6, advirtiendo que el acento etimológico subsistió en leónés occidental: *partū*, *rumplū*. En verbos *-ar*, la *-ā* de Yo se propagó al plural Nos *levantamos*, *alcontremos*, Vos *ba-*

(1) Corrae, en *Romantia*, XIII, 285, trata de explicar *-este* por *-estē*, con la tónica hecha a por inflexión causada por la *-i* final (semejantamente al § 112), pero no puede apoyarse en más ejemplos que en el hipotético *yadī *ae* (§ 116), y se halla contradicho por otras formas como el imperativo *salī salī*; véase también Zett, IX, 234-237. No se pueda pensar en una sincopa *-ā(y)stī* para ese *cantaste*, porque *-ni-* hubiera dado regularmente en leónés occidental *-el-*, *cantēstē*, que no aparece sino como una rareza.

jesteis, usadas ambas en leonés, y sólo *-emos* es general al vulgo de las dos Castillas. *Subiemos*, *-estes* se conserva aún en Asturias. Ellos aparece a veces con *é* (en -ar), *id* (en -ir, -er), haciendo su vocal tónica analógica de la persona *El*; se hallan estas formas en textos aragoneses: *plegoron, establecioren, y* leoneses (1): *guioron, cobrioron, pedioren, fizioion, prometioron*, y hoy en el Alto Aragón se dice *puvoren, contorion* (Ansó), *dioron, dicioren* (Bielsa), y lo mismo que en Asturias y Salamanca subsiste *echoren, mudoren, salioron*; la *-e* final es analógica de la desinencia general (*echen, salen, saliesen*, etc.), como en asturiano oriental de Ribadesella, que dice *echaren, gastaren, prendieren*. Para las apócopas *cantest, cantás, cantar*, § 107.

§] En el futuro subjuntivo, la persona *Yo* con *-o* final etimológica fué usada hasta el siglo xiv: *fallaro, tomaro, pudiero, sopiero* (2), junto a las formas en *-r* o *-re*, que luego prevalecieron completamente para uniformar con *-e* su terminación a las demás personas del tiempo y al pluscuamperfecto subjuntivo *Yo cantasse*. En leonés se sincopaban las formas esdrújulas *Nos, Vos: pecarmos, parades, destruirnos, comirdes, quisiermos, podierdes*; el castellano antes aceptaba la síncopa de *Vos*, como advierte Nebrija: «por *andredes, leíredes, oíredes*, decimos *amardes, leíredes, oíredes*». En algunas regiones esta síncopa debe remontarse a época

(1) J. Cornu, *La troisième personne du parfait en -ioron dans l'Alencadre* (en *Romania*, IX, 86). — G. Baist, *Noch einmal -ioron* (en *Zeitschrift*, IV, 586). — En aragonés antiguo y moderno hay una forma de perfecto con la *é* generalizada a todas las personas: *aduxémos, ndujimos, Yo canté, Tú cantás*, etc. (Véase *Orígenes del Español*, § 75).

(2) Véase *Cantar de Mio Cid*, 1908, pág. 277.

muy remota, pues se halla *obiertes, prisiertes, quisiertes, finiertes* en documentos medievales de Oña, Arguedas, etcétera, tratando *er* como grupo latino (§ 54).

119. PERDIDAS SUFIDAS POR EL PERFECTO FUERTE DE LAS DOS CONJUGACIONES -ERE.—CREACIÓN DE UN PERFECTO DÉBIL PARA LA CONJUGACIÓN -er.—[1] En el perfecto deben distinguirse dos clases: una que entre el tema y la desinencia pone la vocal *á* o *i* propia de los verbos derivados, esto es, de los verbos -ir, -re, que acabamos de examinar, los cuales, a causa de esa vocal derivativa, tienen acentuación débil en todas sus formas (*am-á-vi, am-á-vimus*); otra propia de los verbos primitivos de la conjugación -ere, que, careciendo de vocal derivativa, tienen en latín las personas *Yo, El, Nos*, Ellos con acentuación fuerte (*dix-i, dix-imus*). También los verbos -ere mantenían la primitiva forma fuerte del perfecto: *flor-ui, dól-ui, tén-ui, momordi, mōvi*, etc.; algunos, como *serb-ui*, conservaban, fuera del perfecto, al lado de la flexión débil -ere, una completa flexión -ere (§ 110). Los pocos perfectos de estas conjugaciones que adoptaron vocal de unión, como *compl-ē-vi, impl-ē-vi*, (éstos dos pasaron en romance de -ere a -ir), *su-ē-vi, qui-ē-vi*, no se conservaron en los idiomas modernos. Así, los verbos -ere, -ere no ofrecían a las lenguas romances un perfecto débil análogo a -ā-vi, -ī-vi, y los romances, en su tendencia a la uniformación de los paradigmas, dieron a los verbos -er el perfecto débil de los -ir (tendencia que ya apunta en latín: por ejemplo: *sapēre, sap-ē-vi*, junto a *sap-ūi*; *cupēre, cup-ē-vi*; *capessēre, capess-ē-vi*; comp. § 111), y por *ec-ē-di* dijo el español *cayó*; y por *val-ūi*, *val-ūi* dijo *temió, valió* (más ejemplos en el § 120, a.), e igualmente en los tiempos afines *temiera, valiera*, etc. En el § 120 se verá tam-

bién cómo la lengua antigua conservaba aún muchos perfectos fuertes que la tendencia uniformadora hizo perder en el español moderno.

2) El único rastro de un perfecto -*ēvit* lo ofrece el leonés en la persona El solamente: ant. *malfo*, *vendfo*, *escoyfo*, *conoscfo*, que subsiste hoy en asturiano: *meñu*, *rampgo*, *na-égo*; como en port. ant. *meico*, *vendeo*, moderno *meien*, *vendien* (en gallego hasta en verbos -*ir pedien*, port. *pediu*; ant. *sacu*, port. *sahiu*; *departiu*, port. *partiu*). En un texto aragonés se halla *tenniem*, 'lino', Romania, XVI, 381, del verbo *tenier* (catal. *tenyer*, prov. *tenher*).

120. PERFECTOS FUERTES CONSERVADOS EN ESPAÑOL.—1) El perfecto fuerte latino no sólo domina en las conjugaciones -*ēre*, -*ēre*, sino que se halla aún en varios verbos -*īre*, como *salui*, *aparui*, *cooperui*, *sensi*, *veni*, y en varios en -*are*, como *fricui*, *tonui*, *vetui*, etc. Está gran arraigo del perfecto fuerte hizo que se mantuviese aún en un romance como el español que perdió toda la flexión fuerte -*ēre* (§ 106, 1). Pero se mantuvo con mucha pérdida, pues la mayoría de los verbos rehicieron un perfecto débil, como ya dicho en el párrafo anterior, y en los pocos fuertes conservados, aunque el latín tenía débiles sólo Tú, Vos, los romances hicieron débil también Nos (*diximus*), y el español escogió la forma débil de Ellos, que en latín tenía doble acentuación (*dixerunt* y *dixerunt*), o mejor dicho, tomó esta forma de los perfectos débiles en -*ir* (*dormierunt*). Además, se perdió la acentuación fuerte de todos los tiempos afines al perfecto (*dixeram*, *dixero*, etc.)—En resumen, quedan como únicas formas fuerte Yo y El perfecto indicativo; El con -*o* final analógica de las débiles *dixit*, *dixit*, para evitar que **dixit* se confundiese con Yo (ex-

cepción única es *fue*, pág. 321, n.º); esta -*o* se halla también en gallego desde los tiempos más antiguos: *tevo*, *soubo*, *estevo*, *quiso*, *fezo*, pero no en portugués, que conserva la final latina: *teve*, *sonbe*, *quis*, *fez* (1). El plural del perfecto y todos los tiempos afines fueron uniformados al paradigma de los verbos -*ir*. Sólo en el habla vulgar se halla Ellos fuerte, sacada de El + *n* (a imitación de El *canta*, Ellos *cantan*); así *hizón*, *pidón*, *vinón*, *estuvón*, *dijón*, etc. *hubon* de matar, en Juan de la Encina, Salamanca, Piedrahíta, Cisneros de Campos, Alcuéscar, Burgos, Aragón, etc.

2) Ningún perfecto fuerte de la conjugación -*are* se conservó en español, que dice *fregué*, *vedé*, etc.; ya en latín la mayoría tenían, al lado de la forma fuerte, una débil: *crepui*, *inerepavi*; *secul*, *exsecavi*; *domui* *domavi*; *sonui*, *sonavi*; *implicui*, *implicavi*. No pertenecen a la conjugación -*are* los dos verbos *dare* y *stare*, cuya *a* es radical; y sus dos perfectos fuertes subsistieron:

dēdi *dēdi* (§ 106, 1), *dēdi*, *dēdi*, *dēdi*, *dēdi*.

dēdisti *dēdisti* (§ 106, 1), *dēdisti*.

dēdit *dēdit* (§ 106, 1), *dēdit*.

El plural y tiempos afines son, como en todos los perfectos fuertes, idénticos al paradigma débil de los verbos -*ir*, y en vez de *dēdimus*, **deemos*, **deestes*, **deeron*, se dijo *diemos* o *dimos*, *diestes* o *distes*, *disteis*, *dieron*; *diese*, *diera*.

(1) Al portugués le basta la inflexión producida por la -*t* para que en muchos perfectos fuertes se distinga Yo de El: *feci* *fiz*, *fecit* *fez*; *pōsi* *pus*, *pōsui* *pôs*; *pōtui* *pode*, *potuit* *pode*; o variación en la consonante: *dixi* *dixit*, *dixi* *dixit*. Otros perfectos confunden Yo y El: *habeo*, *quis*, etc. El español, como uniforme la vocal temática, distingue El con la -*o*. El gallego participa de los dos sistemas.

Stēti dió antiguamente un resultado semejante: *estide, estidise, estideo* o *festido, estidiemos*.—Como estos dos verbos hacen su infinitivo en *-ar*, atrajeron a unos cuantos acabados en *-dar* o *-tar*, como andar *andide*, demandar *demandit* (§ 107.1), catar *catido*, entrar *entridiere*.—Todos perdidos modernamente menos *did*.

Dedi y steti son los únicos perfectos con reduplicación que dejaron descendencia. Todos los demás *vendidi, mōmōrdi, tōtōndi, tētēndi, pēpendi, fēfelli, cūcūrrī, cēcīdi*, etc., rehicieron un perfecto débil.

3] Los perfectos en *-UI* son los ordinarios de los verbos *-āre*, y se perdieron en gran cantidad: *timui, salui, ferbul, cooperui, aperui*,... hasta los conservados en otros varios romances: *dolui, debui, valui, parui*, se hicieron débiles en español, lengua que con el portugués son particularmente refractarias a la flexión fuerte. Pero bastantes dejaron descendencia, como *habui, sapui* (a pesar que el latín tenía también el débil *sap(vi)*, etc. (1).—De estos verbos, los que tienen vocal temática *A* la hacen o por atracción de la *u* protónica (§ 9a): *ove habui, sope sapui, cape *capui* (por *cōpi*, de *cāpio*), *jogue jacui, plogue placui, troxe *traxui* (por *traxi*, de *traho*).—Los verbos con *O* al mezclarla con la *u*, la hacen *u*: *pude pōtui, puse pōsui, conovo *conovui* (por *cōvi*, de *cognosco*). Para la *p* de *sopo, copo* frente a la sonora en *plogō, pudo*, véase § 47a; el portugués tiene siempre sonora: *capui cōube, sapui sōube, jacui jōugue, placuit prōugue, pōtuit pōde*, comp. § 113. —Los verbos con *E* temática prescindieron de esta vocal para asimilarse ora a *ove*,

(1) F. HANSEN, *Über altspanischen Präterita von tempus cōde, pūden*, Valparaíso, 1898.

ora a *pude*, según su consonante final fuese *n* o *d*, y a veces prescindieron también de su consonante etimológica para adoptar cualquiera de las sílabas *-ov-*, *-nd-*; así, **crovui* (por *crevi*, de *cresco*) dió *crove, crovo*; *tribuit atroyo*; **cred(d)uit* (por *credidi*, de *credo*) *crovo, crovieron*; *sed(d)ui* (por *sēdi*, de *sedēre*) *sovo*; *te(n)ui tovo* o *tudiere*; **stetuit* (junto a *steti*), ora *estovo*, ora *estudo*, e igual *andovo* o *andudo*. La mezcla de las dos vocales *o* y *u* así como la preferencia de la lengua moderna por la *u* protónica (§§ 16 y 20), trajeron la uniformación en *u*, única vocal que conocen los perfectos que hoy se conservan: *hube, supiste, plugo, cupimos, trujiste* (sólo dialectal), *tevieron, estuviera, anduviera*, de igual modo que *pude* y *puse*. Los otros verbos abandonaron su tema fuerte, ateniéndose al débil *yaci, cognoscite, creció, atrevimos, creísteis*.

4] Los perfectos de *-SI* se perdieron también en gran número: *āre arsi, tōrsi*; *āre planxi, junxi, strinxi, sumpsit, rexi, erexi, direxi, finxi*, y los que se conservaron no resistieron mucho, olvidándose casi todos en la época moderna del idioma. Hasta ahora duran *dixi dixi, dixi, dixi, acon, reduje, traxi traje, quae si* (por *quae si*, de *quae ro*) *quise*. Pero hoy se sustituyen por débiles otros perfectos fuertes antiguos: *requisiemos*, hoy *requerimos*; *conquiso* (de *conquerir*) hoy *conquistar*; *miel mire, meti, risit riso, río*; *remansit remaso*, hoy *incoativo, remaneció*; *destruxit destruxo*, destruyó; *cinxit cinxo, ciñó*; *linxit linxo, liñó*; *scripsit escribo, escribió*; *cōxit coxo, coxiere, coció*; **tanxit* (por *telligit*) *tanzo, tañó*; **fūxit* (por *fūgi*) *fuzo, huyó*; **presit* (por *prēndit*) *priso, apriso, prendió*; **dispesit* (por *dispendit*) *despiso*, comp. *expendió*; **resposit* (por *respondit*) *respuso*, respondió, si bien éste se conservó hasta

hoy en la forma *repuse* (comp. repuesta por respuesta), que se creyó del verbo *reponer*; «podrá decirse eso, pero es fácil reponer que...».—Respecto a la vocal temática debe advertirse que como la mayoría de los verbos citados tenían si o i temática, se asimilaron a ellos los que no tenían ninguna de esas dos vocales (§ 105); *tiquise* y *trépuse*; además *tprisi*, *tpriso*, que ya hacia etimológicamente la pers. Yo *prise* *prisi* (§ 111). Aparte debe citarse *vixit*, que dió un perfecto fuerte culto, trastrocando la doble consonante en *sc* ant. *visque*, *visquistis*, *visco*, etc.; a semejanza de éste también se dijo antiguamente *nasco*, *nasquistis*, etc.

5] De los perfectos con inflexión vocálica se salvaron menos, pues *légi*, *vāti*, *frāgi*, *sēdi*, *vici*, *rāpi*, *recepī*, etc., se perdieron, y sólo cuatro se transmitieron a los romances, los cuales subsisten en el español moderno. El resultado fonético de *foci* es *fise* (§ 113), el de *focisti* *fesiste*, *fecit* *feso*, y en plural *fesimos* o *fisiemos* (§ 118), *fesiste* o *fisiestes*, *fisieron*; pero en el mismo siglo xii se practicaba ya la uniformación *fisisi*, *fizo* (§ 105), que rige hoy: *hice*, *hiciste*, *hiciese*, etc.; sin embargo, la generalización de esas formas analógicas no se consumó hasta bastante tarde, pues Nebrija aún usa en su Gramática las formas etimológicas *hezimos*, etc. En igual caso está *vāni*, que al lado del etimológico *vin*, *veniste*, *vení*, *veníamos*, tuvo ya desde los más antiguos tiempos las formas analógicas *viniste*, *tuvo*. Por su i no tuvo estas vacilaciones: *vidi* *vide* (conservado hoy en el habla vulgar), *vid*, mod. *vi*; *vidisti* *viste*, *vidit* *vido* (hoy vulgar), *vio* (en los textos antiguos consonante de río), moderno *vio* (§ 62); *vení* o *vinas*, etc. En fin, *fui* ofrece un desarrollo complicado porque supone dos etimologías; al lado de la forma literaria existía otra contructa vulgar, ambas

salvo en la persona Yo, llevaban vocal breve inexplicada:

<i>fui</i>	<i>fui</i> , <i>fui</i> , <i>fui</i> (vulgar en Asturias, Salamanca y Bogotá), <i>fui</i>	<i>fui</i>	<i>fui</i>
<i>fuisi</i>	<i>fuisse</i> (§ 113), <i>fuisse</i>	<i>fuisi</i>	<i>fuisse</i> , est. <i>fuisse</i>
<i>fuit</i>	<i>fui</i> , <i>fu</i> , <i>fu</i> , est. <i>fui</i> , <i>fui</i> (1)	<i>fuit</i>	<i>fu</i>
<i>fuiimus</i>	<i>fuiimus</i> , <i>fuiimus</i>	<i>fuiimus</i>	<i>fuiimus</i> , <i>fuiimus</i>
<i>fuisitis</i>	<i>fuiitis</i> , <i>fuisitis</i>	<i>fuisitis</i>	<i>fuiitis</i> , <i>fuisitis</i>
<i>fuerunt</i>	<i>fuerunt</i>	<i>fuerunt</i>	<i>fuerunt</i> , <i>fuerunt</i>

Todas estas formas existían en la lengua antigua y hoy se conservan dialectalmente; las formas analógicas buscan la uniformidad de la vocal, que la lengua literaria en tiempo de Nebrija lograba así: *fue*, *fuesse*, *fue*, *fuiemos*, *fuestes*, *fueron*; pero para el triunfo del paradigma moderno se tuvo en cuenta el perfecto ordinario: *temi*, *temimos*, *temisteis*, *temieron*. En los tiempos afines existían las tres formas: *fiera*, *fora*, *tfura*; *fuesse*, *fosse*, *tfusse*, etc.; pero prevalecieron las formas con *e* por contar con la analogía de los verbos *er*, *ir*, *temiera*, etc.

6] En el habla dialectal y vulgar se confunden a veces el tema del perfecto fuerte y del presente. El gerundio toma el tema del perfecto fuerte: *supiendo*, *hiciendo*, *dijendo*, *quisiendo*, *hubiendo*, *pusiendo*, *fuendo*, *yendo*, *trajiendo* se hallan en Aragón, Salamanca, Santander y hasta en el pueblo madrileño se dice *súpusiendo*, *hiciendo*; en el habla culta hay un solo caso *puendiendo*, § 105. También el tema débil invade el perfecto fuerte: *punierun*, *punieron*, *cabiera*, *escribida* (§ 122) en la montaña de León y otras comarcas.

(1) La razón de la *e* final, etimológica, pero excepcional (véase § 120), es que la *u* precedente hizo que *fui* o *fui* confundiera su diptongo con el de la *o* (§ 113). Para *fui* y *fui* véase § 143.

EL PARTICIPIO PASADO

121. EL PARTICIPIO DÉBIL.—[1] En el participio pasado, los verbos *-ARE*, *-IRE* siguen los tipos latinos:

cant-itu canta-do *dorm-itu dorm-ido*

Para la pronunciación usual *-no* frente a *-ida*, pág. 100. Estas dos terminaciones *-ado*, *-ido* se aplican hoy sin confusión alguna entre sí, pero en textos de los siglos xiii o xiv se hallan algunos verbos *-ar* con participio *-ido*: *robado*, *amodorrado*, *desmaido* (1), y en asturiano oriental subsiste *condentu* por *condenado*; comp. lat. *domare*, *domitus*, *crepitum*, y en Varrón *dolitus* por *dolatus*. También para los verbos *-ar* hay un participio sin sufixo, muy común en italiano y no desconocido en el español dialectal, si bien con uso preferentemente adjetivo: en el habla vulgar se dice «está *pago*»; en Aragón y los judíos de Oriente, «estoy *canso*»; en antiguo aragonés, «el día era *nublo*»; en Segorbá, «estar *abrigó*»; en Alba de Tormes, *siento* por *sentado*, dicho del tiempo tranquilo. En la Crónica General de España se halla «traye el pie *corto*» por *cortado*, y en Miranda se usa *corto* en igual sentido.

2) Los verbos *-ERE* carecían, como en el perfecto, de la correspondiente forma débil de participio pasado *-itum*; los pocos verbos que la tenían la perdieron en romance: *implitum* (impleo pasó a verbo *-ir*), *letum*, *deletum*, *quiesitum* (sólo vive adjetivado *quedo*); por esto el participio de

(1) Véase H. R. Lugo, *Cancionero gallego-castellano*, New York, 1902, tomo I, pág. 169.

-ere se tomó de la conjugación *-ir*, lo mismo que el perfecto; así, *metido* por *missum*, *corrido* por *cursum*, *vendido* por *venditum*, *habido* por *habitum*, *caído* por *captum*, etcétera; comp. en latín *quaesitum*, *capessitum*. La forma propia de la conjugación *-ere* es *-UTUM*, que correspondía en latín a algunos verbos *-ere* con perfecto *mi*: *statutus*, *consutus*, *minutus*, *actus*, *tributus* *atrevido*; *hactitus* *batido*; y análogos: *conoscudo*, *vencudo*, *esparcudo*, *arido*, *sabido*, *defendudo*, *ascondido*; esta forma *-udo*, muy común en el siglo xiii, y que en otros romances es la regular de los verbos *-er*, vino muy luego a ser desusada en español.

122. PARTICIPIOS FUERTES.—Pueden dividirse en dos clases:

1) Terminados en *-SU*, escasos en español. Antiguamente se usaban *prēnsu* *preso*, *expēnsu* *espeso*, *defēnsu* *defeso*, y análogo *repiso* junto a *repentido*, pero modernamente sólo se usa *preso*, y el culto *impreso* junto a *imprimido*. Como simples adjetivos viven *incēnsu* *enceso*, *rasu* *raso*, *tēnsu* *teso* y *tieso*, *confuso*, *circunciso*, y como sustantivos *dehesa*, *remesa*.

2) Terminados en *-TU*.—En *-STU* hay pos(1)tu *puesto*, **vistu* (por *visum*) *visto*, y análogicamente el participio débil *quaesitum* se convirtió en el adjetivo *guisto*.—En *-LTU* chocó también hallar dos participios débiles hechos fuertes: **volātu*, **volutu* (§ 25), *vuelto*, y **solūtū* *suelto* (lo mismo en los compuestos *ab-*, *re-*, *di-suelto*); además **fall(1)tu* (por *falsus*) *falto*, adjetivo; **toll(1)tu* (por *sublatum*) *tuerto*, anticuando.—En *-RTU*: *adūrtu*, *cubierto*, *muerto*; como simples adjetivos *expērgitu* *despierto*, *lortu* *tuerto*.—En *-PTU*: *scriptu* *inse-*, *prosc-*, *escrito*, *ruptu* *roto*.—En *-CTU*: *dictu* *dicho*, *factu* *re-*, *contra-hecho*, *sa-*

tisfecho; *infectu*, *frito*, y como simples adjetivos subsisten los participios antiguos *cocto* *coctū*, *trecho* *tractū* (junto a *maltraldo*), *ducho* *ductū*, *correcho* *correctū*. — En -NC:RU subsisten como adjetivos o sustantivos tres, que antes eran participios: *linto* *linctū*, *cinto* *cinctū*, *yunto* *junctū*. — En -nu:PU sólo hay *lū* *ido*, y el anticuado *natu* *nado*, usual antes junto al moderno *nacido*.

3]. En cuanto al tema, si bien *preso* se aparta del perfecto *priso*, se igualan con el *quisto*, *miso*, *dicho*, los cuales debieran llevar *e*; el último no deriva de *dictū*, que hubierit dado **difo* (§ 50, port. *dito*), sino de *dictu*, ital. *ditto*; leon. *decho*, forma que también debió existir en castellano prehistórico. La tendencia uniformadora se manifiesta en la creación de los participios débiles modernos, en vez de los fuertes arcaicos indicados, y en la admisión de duplicados, como *rompido*, *freído*, *proveído*, que probablemente acabaron por sustituir a los fuertes correspondientes. Los dialectos avanzan más en este camino, usando *décido*, *escribido*, *ponido*, *voluido*, *morido*. Mas rara es la uniformación prefiriendo el tema del perfecto: *dijido*, sistema que se extiende extrañamente a otros participios débiles en su origen, como *supido*, *luvido*; en la Celestina se halla *quesido*, forma que aún para Valdés era opínable frente a *quehido*.

EL FUTURO Y EL CONDICIONAL.

123. SU FORMACIÓN E HISTORIA. — 1]. Entre los tiempos de creación románica (§ 103) sólo merecen examen los compuestos de infinitivo + presente o imperfecto indicativo de *haber*, por haberse verificado entre sus dos elementos una

fusión más íntima que en los otros. El auxiliar *haber* reviste las formas contractas que hemos apuntado ya (§§ 116, y 117). El infinitivo se antepone proclítico al auxiliar, quedando así la vocal de la sílaba *yar*, *-er*, *-ir* en calidad de protónica; y como la *a* no se afecta por esta cualidad (§ 23), los verbos *-ar* unirán simplemente el infinitivo al auxiliar: *cantar-e*, *-as*, *-la*, *-las*, etc., pero la *e* o la *i* protónica debe perderse (§ 24).

a]. Y en efecto, la lengua de los siglos XII-XIV (1) perdía la *e* o *i* de los verbos *-er*, *-ir*: — a) cuando la consonante final del verbo podía unirse simplemente a la *r* del infinitivo: *b-r*, *conciñredes*, *recibrian*, *beveds*, *vivdrn*, *mouvién*; *r-r*, *conquerdr*, *ferreds*, *parrr*; *d-r*, *comidrdn* *añadr*, *cabrr*, *rd-r*, *ardrr*, *perdrás*, *ri-r*, *partriemos*, *nd-r*, *prendrle*, *rendriedes*, *entendremos*, *fendr*, *nt-r*, *repentremos*, *consintr*, *nintrien*. — b) cuando la unión de ambas consonantes exigía alguna epéntesis o metátesis que desfiguraba el tema: *m-r*, (§ 59), *com-b-ré*, *n-r*, (§ 59), *reman-d-rd*, *pon-d-rd* o *pornd*, *vernd*, *ternd*, también *porrr*, *verrr*, *terrr*, o simplemente *pornd*, *vernd*, *ternd*; *l-r*, *mol-d-rle*, *doldrd* (vulgar hoy en España y América); *faldrr*, de fallir, *toldrén*, de toller, o simplemente *salrr*, *valrr*. En el caso de *z-r*, o se usaba la simple unión: *yazremos*, *diaré*, *liard*; o la epéntesis de la dental sonora (como sonora era la *z*, § 35, bis): *yazdr*, *vendidre*, o la supresión de la fricativa: *dié*, *adur*, en el caso de *ç-r*, o simple unión: *creçrr*, *pareçredes*, *vençriemos*, o la epéntesis de la dental sorda (pues sorda era la *ç*, aunque ella luego se

(1). J. Conroy, *Recherches sur la conjugaison espagnole au XIII^e et au XIV^e siècle* (en la Miscellanea di filologia e linguistica in memoria di N. Caix e U. A. Canello, Firenze, 1886, pág. 217). Se añaden arriba algunos casos más. Véase también *Cantar de Mio Cid*, 1908, págs. 285-287.

hiciese sonora al quedar final de sílaba, § 63, a): *fallecér*, *conocér*. — Pero la tendencia a mantener entera la forma del infinitivo hizo ir olvidando todas estas contracciones a partir del siglo XIV. La lengua moderna sólo conserva estos casos esporádicos: *hab'ré*, *habrás*, *habría*, etc.; *cab'rá*, *sab'ré*, *quer'ré*, *pod'ré*, *ven'd'ré*, *pon'd'ré*, *ten'd'ré*, *val'd'ré*, *sal'd'ré* y *dí're*; con este último no es de comparar *haré*, porque no envuelve el infinitivo *hacer*, sino el contrato *far*, usual antes junto a *fer* (§ 106). La misma tendencia a mantener entero el infinitivo coexistía en el siglo XIII con la contracción, y no sólo se decía como hoy *morirá*, *temerás*, etc., sino *habere*, *saberás* (usual hoy en Salamanca), *poderá*, *saliré*.

3) La lengua no perdió el sentido de la composición de estos tiempos sino muy entrada la Edad Moderna. Hasta el siglo XVII se admitía la interposición de uno o más pronombres entre el infinitivo y el auxiliar: *venir vos edes por os vendréis*, *dar le has por le darás*, *desir nos lo he*, *traer nos lo ha*, *holgaros hades*; en port. mod. *dar-lhe-has*, *ver-mé-hia*.

DERIVACIÓN VERBAL

Podemos considerar la derivación inmediata o sin sufijo, la mediata, la prefijación y la composición.

124. LA DERIVACIÓN INMEDIATA se hacía en latín agregando inmediatamente las terminaciones de la flexión verbal al nombre de que se quería sacar un verbo: *color-are*, *autumn-are*, *pens-are* (del participio *pendo*); *alb-ēre*; *fid-ēre*; *fin-ire*. — Pero los romances no admitieron derivación en

-ere; sólo en -are; -ire, prefiriendo -are; así, que en vez de *fid-ēre*, el latín vulgar dijo *fidare* *fiar*; en vez de *stud-ēre*, *estudiar*, en vez de *invid-ēre*, *envidiar*. — Además, el español rechaza también muchos derivados en -ire, cuando advierte la derivación; así, que de *finire* dijo *finar*; de *custodire*, *custodiar*; de *gratire*, aunque en el siglo XIII se conservaba *gradir*, luego fué desterrado por *a-gradar*. Claro que cuando no se advierte la derivación subsiste -ir, como en *engullir* de *ingulio*; aunque otros romances derivan de **in-gūllare*: *atundir* de *turdus*; *ensutir* de *fortis*. El español concentra, pues, la actividad toda en -ar, para formar derivados lo mismo de sustantivos: *gran-ar*, *card-oci-*, *escud-*, *ocasion-*, *parlament-*, *sech-*, *dat-*, *fusil-*, *timbr-*, que de adjetivos: *igual-ar*, *grav-*, *extrem-*, *limpi-*, *vaci-*, *llen-*, *mejor*. Se asocia con la prefijación, § 126.

125. DERIVACIÓN MEDIATA. — El latín aplicaba a los sufijos todas las conjugaciones: *caec-utire*, *balb-utire*, *fac-essere*, *cap-essere*, *incip-issere*, *amat-utire*; pero ya la mayoría seguían la conjugación -are, única que el romance conoció, exceptuando sólo el caso del sufijo -scere.

1) -SCERE, de significación incoativa, *clar-esco*, *flor-*, es de gran vitalidad en romance. El español, a muchos verbos en -ir creó un doble en -ecer: *fallir* y *fallecer*, *seguir* y ant. *seguecer*, *adormir* y *adormecer*, *aburrir* y ant. *aburrecer*, *puerir* y *podreecer*, y en general la forma incoativa hizo olvidar la simple en -ir; así, *contecer* desterró al antiguo *cuntir*; *bastecer* hizo olvidar a *bastir*, *establecer* a *establar*, *endurtecer* a *endurir*, *embravecer* a *embravar*, *enflaquecer* a *enflaqueir*, *agradecer* a *gradir*, *padecer* a *padir*. Lo mismo en derivados de verbos germánicos: *escarnecer*, ant. *escarnir*, *guarecer*, ant. *guarir*, *guarnecer*, ant. *guarnir*. Este su-

fijo de las únicas formaciones nuevas de la conjugación *-er*, que son generalmente de adjetivos: *oscur-ecer*, *vérde-fortal* (adjetivo desconocido), *empobr-*, *emblanqu-*, *envej-*, *envil-*, *embell-*, *ensord-*, *amort-*; aunque también de sustantivos: *vell-*, *favor-*, *tard-*, *enmoh-*, *encall-*, *ensarn-*, *embosqu-*, *aman-* (ant. *man* por *mañana*). Un prefijo ayuda muchas veces la derivación en este sufijo (§ 126). Para la conjugación especial de este sufijo y verbos analógicos véase § 112.

2) Los sufijos *-are* son muchos. Los más importantes son: —a) *-ICARE*, **auotor*-*otorgar*, *masi*-*mascar*, **caball*-*cabalgar*, **matur*-*madrugar*; es sufijo muerto que no produjo nuevos verbos desde el período histórico de las lenguas romances. —b) También es muy antiguo *-NTARE*, tomado del participio presente para formar facilitivos; el latín clásico no admitía esta derivación sino en *praesentare*, pero el vulgar la practicaba mucho, de donde *expaventare*, *espantar*, *sedentare* *sentar*, *acrice*-*apace*-*quebra*-*cale*-*ahuy-*, etc. —c) Los dos sufijos propiamente activos de los romances eran desconocidos del latín clásico, y salen del griego *-λαν*, que designa una imitación (*ἁλλνίζω*). El latín vulgar, en la época imperial lo acogió en la forma *-IDIARE*, en español *-cari* (§ 53), que es el sufijo más comúnmente empleado, a veces junto al derivado inmediato y sin diferencia de significado: *colorar*, *colorear*, o con diferencia: *pasar*, *pasear*, *plantar*, *plantear*; estas formaciones son numerosísimas y siempre crecientes, para crear toda clase de verbos nuevos: *blanq-ear*, *amarill-*, *guerr-*, *cabec-*, *sapat-*, *señor-*, *victor-*, *cañon-*, *teléfon-*; para acentuaciones y confusiones, véase § 106. El mismo sufijo griego, interpretado por los autores eruditos de la decadencia, fue *-IZARE*; así, *baptizare* *bautisar* (pero *bapt-idiare* *ba-*

lear), *latinizare* *latinizar*, *barbar-*, *juda-*, *español-*, *colon-*, *autor-*, *sutil-*, *suav-*, etc.

126. **PREFIJACIÓN.** —1) El antiguo latín, al modificar un verbo con un prefijo, acentuaba ésta y debilitaba la vocal temática: *ā* en *e* o *i* (*ex-*, *con-* *spargere*, *per-ficere*); *ē*, *ā* en *i* (*com-* *primere*, *in-* *cidere*); *au* en *u* (*ex-* *cludere*); pero ya en latín mismo hubo en época posterior la tendencia a mantener la identidad del tema, y así llegó a decirse luego *con-sacrare* por *consecrare*, *conquarere* por *conquirere*, y nunca se dijo sino *prae-* *paro*, *com-* *placeo* (frente a *dis-pliceo*), *ex-* *pendo*. El romance siguió esta tendencia: *consagrar*, *conquerir*, *preparar*, etc., y muchos verbos con vocal reducida los compuso de nuevo, así por *reficere* dijo *rehacer*, por *attingere*, *atañer*, por *re-*, *de-* *cidere*, *re-*, *de-* *caer*, *retinere* *retener*. Sólo cuando la composición no fue sentida por la lengua, se mantuvo la reducción de la vocal, como en *re-*, *con-* *cipere* *re-*, *con-* *cebir*, *commenda-* *re* *encomendar*; los demás romances rehacen *comandare* como *demandare*. No es excepción el corriente *comparare* hecho en vulgar *comperare*, pues la *e* no obedece a la composición (§ 23). También en el acento del tema verbal con prefijo el romance busca la identidad con el mismo tema cuando no tiene prefijo (§ 63).

2) No sólo los prefijos latinos que han subsistido en romance como partículas independientes son aptos para la formación de verbos nuevos; alguno de los prefijos inseparables del latín ha persistido útil para la composición, como dos que merecen citarse entre los más fecundos: *RE-* señalando repetición: *re-novo*, *renego*, *redifico*, *respono*, *reluceo*, *recontar*, *recortar*, *retoñar*, *recomponer*; y *DIS-* indicando separación: *dis-puto*, *disfido*, *descon-*

fiar, descoser, deshonrar, deshacer: nótese que *dis-* conservó siempre en latín vulgar su *s*, cuando en latín clásico la perdía ante consonante sonora, y no conoce sino el sentido de separación, aunque antes tenía a veces el de refuerzo; así *dilucēre* fué sustituido por *deslucir*, y claramente se nota la antigüedad de ambos cambios en verbos cuyo simple no se conservó en romance, como en *diligere* 'escoger, preferir', que pasó a *dilūgere* 'disgregar' *desleir* (comp. abajo el ant. *esleir*); además, *dis-* suplantó a *de-* de *deylare* *desviar*, *dedignari* *desdeñar*.—De los prefijos separables latinos merecen citarse *AD-* *adduco*, *attendo*; *accurro*; **adbattēre*, *appareseo*, *acometer*, *asaltar*; *acoger*. *IN-* *implico*, *includo*, *impedio*, *inclino*, *involvo*, *emprestar*, *encubrir*. *EX-* *excoquo*, *exspiro*, *exsiccare*, *excurro*, *escoger*, *estirar*, conservando su forma intacta; así, en vez del clásico *elīgere*, el latín vulgar decía *exlegere*, de donde el ant. *esleir*, con el sentido del moderno culto *elegir*; *esforzar* prueba también que el latín vulgar no decía **effortiare*. *PER-* indica perfecto acabamiento de una acción, o insistencia en ella (comp. § 79), como en latín clásico *persēquor* *perseguir*, y en latín tardío *perdonare* *perdonar*; *persuadere* *persuadir*; *percatari* del anticuado *catari* 'mirar'; *pergeñar* 'ejecutar algo ingeniosamente', del ant. *(en)geño*, prefijo muy usado en leónés; *percegar*, *persaber*, *percanzar* 'alcanzar completamente', de donde el postverbal *percance* 'gaje, ventaja' que pasó a la lengua común con sentido irónico 'contratiempo'. *SUB-* tomó muy diversas formas en romance: *sa-*, *son-*, *sa-*, *san-*, *za-*, *zan-*, *chá-*; ejemplos: *succūrrō* *socorrer*, *sūmmittō* *someter*, *sojūngere*, etc. conservan la forma latina; pero además *sūb* se nasalizaba, influido por *cum*, *in*, *non* (§ 128), sobre todo

como prefijo: *sonsantar*, ant. *sosantar*; *sonpesar*, junto a *sopesar*, subideo: *sonreir*, *sonsacar*, ant. *sosacar*; por otra parte la *e* protónica se hace *a* (§ 20), *saicōchar*, en Avila *soncochar*, *suffumio* *sahumar*, ant. *sosumar*; y también la consonante se altera (§ 37), **subbūllire* *zahullir*, *zambullir*; **suffundāre* *zahondar*, *supplāre* *chapodar* (1).

3) El papel principal de los prefijos no es el de unirse a los verbos latinos para modificar su sentido; más secundos son para formar parasintéticos (§ 88). Estos son verbos nuevos de temas nominales logrados mediante la derivación inmediata acompañada de un prefijo: el *se-* *minare*, *in-carcerare*, *a-mujerar*, *a-barguillar*, *con-gnaciare*, *des-corazonar*, *en-*, *des-cabecar*, *en-*, *des-carrilar*, *em-barcar*, *re-trásar*, *re-patriar*, *en-si-mismar*, *son-rosar*, *son-rojar*, *cha-puzar*. Nótese los muchos verbos con prefijo y sin sufijo que tienen otro derivado sin prefijo y con sufijo *-ear*, como *em-plumar*, *plum-ear*, y lo mismo *em-bromar*, *en-cartar*, *a-puntar*, *a-cordar*, *a-rrastrar*, *a-ojar*, *a-sombrar*. A veces también la derivación mediate se acompaña de prefijo inexpressivo, como *a-pedr-ear*, *a-pal-ear* (frente a *em-pedrar*, *em-palar*), *acrecentar*, *animantar*, *amedrentar*, *agradecer*, añadiéndose el prefijo aun a muchos verbos ya derivados latinos: *a-nochecer* por *noctesco*, *a-dolecer* por *dolusco*,

(1). Las voces cultas conservan la forma latina del prefijo: *disputar*, *audēre*, *inhibir*, *explorar*, *succedere*, *suscipere*, *aspirar* (ant. *sospirar*), *subrayar*. No obstante, *diminuere* es *disminuir*, como *deformis* *disforme*.—H. SCHUCHARDT, en *Zell. für rom. Philol.* XXV, pág. 89, explica *son* por cruce de *sub* + *cum*.—A. THOMAS, en *Romania*, XXXV, página 377, cree *son* derivado de *son* < *summu* usado adverbialmente (pero *sonreir* es menos que *reir*, y el pref. *sondormir* es 'dormir ligeramente', 'dormitar').—M. de UNAMUNO, en *Homenaje a Menéndez Pidal*, II, pág. 39, cree *son* derivado de *so* + *en*, *sa* de *so* + *ad*, y *zan* de *son* + *za*.

a-, es-clarecer, en-calvecer, en-canecer, en-sordecer, en-terne-
cer, en-vilecer; no obstante, la derivación mediate tiende a
prescindir del prefijo cuando no es claramente expresivo,
así han perdido su prefijo en-cabal-gar incaballicare,
es-calentar, en-préstas, etc., que se usaban antes.

4]. Además de la falsa suposición de prefijo o de la equi-
vocación del mismo (escuchar, esconder, § 17; enmiendar,
suponiendo en emendare prefijo in- en vez de ex- o
e-) y además del trueque (convuldar invitare), debe tenerse
muy en cuenta la acumulación de prefijos, pues a menudo
los compuestos latinos ofrecían al romance aspecto de sím-
ples, que se prestaban a nueva composición. Así, com-
-edūre pudo agregar de nuevo el mismo prefijo haciendo
con-comer, apareció como un simple con-sūre-coser, y en
vez de disūre se dijo des-coser, des-consolar; sumando
dos prefijos contrarios, como en vez de dis-fidūre se dijo
desconfiar (más anómalamente, ya que existe el simple fiar).
Son frequentísimos los casos de acumulación, como *de-
ex-pergitare despertar por ex-pergere, *in-com-, *ex-
com-initiare encomensar, escomensar, etc.; ya en latín se
decla in-com-mēdare encomendar. Sobre todo es de
considerar el caso de in-ex-; se comprende que ex ante
se buscara su salvación trocándose en en- exsicare ense-
car, exsūcare enjugar (§ 37, 1); pero también sin- si-
guiente hallamos *exaltiare (por exaltare) ensalar, exa-
minare enjambiar, *exaquare (por exaquescere) en-juar-
gar, *ex-albicare (por exalbare) en-jalbegar. Véase el
§ 85.

127. COMPOSICIÓN PROPIAMENTE DICHA.—Es muy pobre.
El latín componía verbos con facere de segundo elemento,
procedimiento no imitado en los romances, salvo casos

aislados: calefacere, *calefare escalfar, y muchos en-
ficare que dan derivado en -iguar (§ 18); sant-iguar,
apac-, amort-, aver-, atest-, y ant. much-, abon-, fruch-, viv-
-iguar, etc. Con un tema nominal: manumittere, mand-
tēre mantener, manifestare, ant. manifestar (inod. culto
manifestar, ambos sin valor de compuestos, como tampoco
salierir, § 67, 1), maniatar, allicortar, perniquebrar. Con dos
temas nominales: mancornar, machihembrar, justipreciar.
Con preposición y nombre: compangar, que debe ser del
latín vulgar *compan-icare, forma muy antigua a juzgar
por el sufijo (§ 125, 1).

CAPÍTULO VIII

PARTICULAS

129. Adverbio.—i] Los adverbios latinos se conservan en gran número: adhuc *aun*, arag. *adú*; ante, ant. *ante*, mod. *antes*; circa *cerca*, hodie *hoy*, jam *ya*, non, anti-
cuado *non*, inod. *no*; quando *cuando*, quomodo *cuomo*,
cuomo *como* (§ 39), sic *si*, tantum *tanto*, en fin, magis,
que tenía una forma acentuada, ant. *mais*, (según el § 43),
mais y *mes* (según los §§ 28, y 9), *mayes* (para la *y*, v. § 69),
ninguna de las cuales ha sobrevivido, perdurando sólo otra
forma: álona por proclipsis **más mas*, cuyo primer ejemplo
ocurre ya en el primer texto romance, las *Glosas Emilianen-*
ses del siglo x. Además debemos mencionar importantes
adverbios latinos, vivos aún en el romance antiguo, pero
hoy olvidados: aliquando *alguandre* (sólo en frases ne-
gativas: «nunquas alguandre» ninguna vez, jamás), cras
cras, ubi i (que debió tener una forma **ive*, comp. abajo
ove y *o*), inde *ende*, *end*, *en*, post *pues* («nin pues nin
ante non ovo compañera»), prope *prob* («Sanct. Per. de
Cardenya prob. de Burgos»), ubi en el período primitivo
ive, junto a la forma contracta *o* (como *tive* junto a *ti*, § 93i);
undo *ende*, *en*; súrsim, vulgar *súsum*, *ruso*, y la vocal
acentuada de éste influyó para que deórsim, vulgar *deó*-

sum, dejase de decirse *yoso*, como se dijo etimológicamente, para hacerse *yuso*.

2] En el latín antiguo o imperial aparecen las combinaciones de preposición y adverbio: *abante*, *deintus*, *deforis*, *demagis*, *extunc*, *inante*, *insursum*, *perinde*, y los gramáticos del imperio censuran algunas de estas combinaciones y otras por el estilo, como «de post illud». El romance continuó practicando esta unión: *afuera*, *de fuera*, *dentro*, *dentra*, *adentro*, *de dentro*, *demas*, *además*, *extunc*, ant. *eston*, *extunce*, ant. *estonce*, *intunce* *entonces*, ant. y vulgar *enantes*, *deinante* *denantes* (ital. *dinanzi*, prov. *dénan*), *delante*, *adelante*, *porende* *de post*, ant. *depués*, *de-ex-post* *después*, *de trans* *detrás*, *atrás*, *ad illuc* *allí*, *ad illac* *allá*, *ad huc* *ahí*, y los antiquados *ad vix* *ahés*, *acerca*, *ayuso*, *desuso*, *dende*, *rétro* *arrietro*, etc.—Otras combinaciones: la conjunción *dum* con el adverbio *interim* da *domiente*, que, confundido con los compuestos con *de*, fue *demiente*, *demientes*, y como hay tantas dobles formas, como *dénas*, *más*, *dende*, *ende*, *de fuera*, *fuera*, etc., se creó una *miente* o mod. *mientras*, fruto de falso análisis de prefijo (§ 85). Dos adverbios: *jam magis* *jamás*, *ecce eum* (arcaico y vulgar por *ecce eum*) + *hic* o *hac* o *inde* o *illac* *aquí*, *acá*, *aquende*, *acullá*, y analógicamente *ellum* (arcaico por *en illud*) + *inde* *allende*, si no viene de *ad illuc* + *inde*, la *a* de todos estos compuestos quizá es la conjunción *ac* o la preposición *ad* antepuesta. Preposición y nombre: *ad satiem* *asas*, *áprisa*, *de prisa*. Con un verbo: *qui sabet*, *qui sab*, mod. *quién*.

3]. Lo que apenas conservó el romance fueron los modos de formación adverbial que usaba el latín. Las termina-

ciones: *-ter* (*firmiter*, *turbulenter*), *-e* del antiguo caso instrumental (*certe*, *firme*, *turbulente*), *-im* de antiguos acusativos (*certim*, *conjunctim*, *partim*, *passim*), *-tus* (*caellus*, *radici-tus*), se han perdido en romance; sólo hay derivados aislados del adverbio en *E*: *bene bien*, *male mal*, *longe lejos*, *tarde tarde*, siendo también notables dos acabados en *-ICE* para indicar idiomas: romance *románice*, vasconice *vascénice*.—El romance formó sus adverbios nuevos mediante la combinación del sustantivo *mentem*, ant. *mente*, *mentre*, mod. *mente*, y un adjetivo antepuesto: *buenamente*, *fieramente*, que de expresiones en que *mente* tiene su sentido propio, pasó a toda clase de usos: «corría *velozmente*», etc. La lengua antigua se servía también de *guisa* (germ. *Wisa*): «lloráronle muy fiero *guisa*», como en alemán *gleicherweise*, *folgenderweise*, y en inglés *otherwise*, *anywise*. Como el latín hacía adverbios de adjetivos: ablativo *certo*, *cito*, *directo*, *multo*, acusativo-neutro *multum*, *tantum*, *minus*, *secundum*, *commodum*, etc., así el romance no sólo conservó *certo*, *mucho*, *tanto*, *menos*, *segundo*, etc., sino que formó otros de cualquier adjetivo: *fuerte*, *poco*, *algo*, «ella hablaba *recio*», etcétera. Participio: *durante*, *mediante*, *recien* (§ 115). El sustantivo ablativo *loco* en lugar oportuno, a tiempo, inmediatamente: *luego*. Numerosas frases de sustantivo o adjetivo con preposición: *a menudo*, *de pronto*, *de frente*, ant. *de so-uno*, *de con-so-uno*, mod. *de consuno*. Sustantivo y adjetivo: además del latino *quomodo*, hay los ablativos *hac* *hora* *agora* (pero con preposición: *ad horam*, ant. *aora*, mod. *ahora*), *ipsa hora*, ant. *essora*, *hoc anno* *agosto*, *tota via* *todavía*, y los romances *este año*, *aquella noche*, *otro día*.

4) La analogía fonética se deja sentir en los adverbios. La -s de *menos, más, jamás, después, atrás*, y de los anticuados *fuéras* foras, *amidos* invitus, *avés* (§ 62), *crás*, *aprés* appresum, se propaga a *antes, entonces, mientras, quicás*, al árabe *marrás*, a los anticuados *ninguás, certás, sínés* (por *sin*, usado a veces como adverbio: «sines de licencia») y a las frases *a ciegas, a lontan, de veras, a hurtadillas, a pie juntillas*, ant. *aosadas*, arag. *de noches, de baliles*, en el Somontano *segúntes*, de *segunt* por *segund* (§ 63). La -n de los adverbios *non* ant. por *no, bien*, y de las preposiciones *en, con, sin* se extiende a *aun* por *adū* arag., y a los anticuados *allbi, assin* (port. *assim*, prov. *aissim*, mod. *ausin*), *otrosin*, así como a la conjunción *nūn* por *nī* (con *ninguno*) y a la preposición anticuada *son*, en vez de *so* sūb: «son el Carrascal» bajo el Carrascal, documento de Toledo, año 1258.—La -a de *contra, nunca, fuera*, etc., influyó en *mientras*, mod. *mientras* por *domientras*; en el anticuado y dialectal, *ansina, asina*; en el mirandés, *allina, agulina*, estas dos últimas formas usadas también en Astorga además de *ahina, alif*.

129. Preposición.—Las principales latinas se conservan: *ad a*, arag. *ad* (§ 62); *ante ante*, *circa cerca*; *contra contra*, ant. *eschentra, escontra*; *cum con*, *de de*, *in en*; *inter entre* post *pues*, *pro por*, *pro ad*, ant. *pōra*, moderno *para*, que en la pronunciación descuidada es *pa*, como *por el* se hace *pa'el* o *pa'l* (en la época clásica se escribía a veces en poesía *quies* por *quieres*); *secundum*, ant. *segundo, segund*, mod. *según*; *sine sin*, con vocal inexplicada como en port. *sin*, frente al ant. leon. *sep* (comp. *nōc nū* § 130); sūb, ant. *so* (mod. *bajo, debajo*); *super sobre*, *trans tras*. Las perdidas son *ab, ex*, reemplazadas por *de*

y *desde* (de-ex-de); *apud*, sustituida por *caput cabo* o *en cas de* (§ 27, vulgar *cu-ca'?*); *en, junto*; *eis* por el adverbio *adē* o *de la parte de adē*, erga poi *contra* ant. («piadoso contra sus padres»), mod. *hacia*, etc.; *extra* (ant. *vestra*) por *fuera*; *intus* por el adverbio *dentro*; *juxta* y *prope* (ant. *prope*, § 128) por *junto*; *ob*, *propter* y *per* por *por*, *por causa de*; *praeter* por *salvo*, *Jueva*; *supra* por *sobre*; *tenus* por el árabe *fatta, hatā*, mod. *hasta*, aragonés *entro, tro* a de *intro*; *ultra* por *además, más allá*; *versus*, por *hacia*, ant. *faza* («vinle faz a él»), que también se decía «miró cara al cielo», luego *carra*, y con la inserción de la misma i de *hacia*, dialectal *carria* (i).

130. Conjunción.—La copulativa *et* era en castellano mirada generalmente como atona, y por lo tanto resultaba *e*; pero en leonés era tónica: *ye*, y lo mismo en castellano primitivo cuando se la consideraba acentuada por estar junto a un enclítico («los cuendes ye los res»); el diptongo se podía reducir a *i* (§ 10: «quel guardasse y sirviessse... is acorvnn»), especialmente cuando precedía a una *e* («el uno y el otro»); luego cuando *et* era intrado como atono, también ante vocal se hacía *i* para evitar el hiato: «uno e otro» pasa a «uno y otro»; en suma, la *y* se generalizó, y hoy doniñna, salvo por disimilación, cuando sigue palabra que empieze con *i*. Las otras conjunciones conservadas son *nōc*, ant. *nien, nūn* (su -n, § 128), mod. *ni* (ant. fr. y prov. *nē*, mod. *ni*) con i inexplicada, debida acaso a cruce con el ad-

(1) W. Meyer-Löwe, *Gramm.* III, § 126, nota, explica *fazā* de «faz a», como *pesta de pesta*; pero esta explicación no tiene en cuenta la forma anticuada *faza*, y me parece difícil suponer en una forma secundaria como *fazā* la conservación de la -e final latina, muy distinta de la -e verbal de *pesta* (§ 107). Véase *Canar de Mto Cld*, 1908, págs. 296, y 389.

verbo *ni* (1); *aut* *o*; *si* *si*; *quare*, arg. ant. *car*; *qu(i)a* (§ 30), ant. *ca*. Entre las conjunciones perdidas están *atsi* *aunque*, ant. *maguer* (del gr. *μαγὰρ* 2); *etiam* *también*; *ut* *que* (del pronombre neutro *quid*); *sed* *mas*; *pero*, *empero*; *nain* y *quia* *pues*; *igitur* y *ergo* *luego*; *quum* *cuando*. El romance forma conjunciones de adverbios y preposiciones, ora sólo (*como*, *pues*), ora asociados a *que* (*aunque*, *antes que*, *porque*, *ya que*, etc.).

(1). Véase GARCÍA DE DÍAZ, en la *Rev. de Filol. Esp.*, V, 1918, p. 133.

INDICE ETIMOLOGICO

Los números se refieren a los párrafos del texto.

- a(d) 62
 a- (nombr.) 86, (verb.) 126
 ahate 38
 ahilega (ant.) 22
 ahedul(o) 29
 ahaja 40
 ahés (ant.) 128
 ahrego 48
 ahrevadero 14
 ahridor 83
 ahrlr: ahro 106, ahlerlo 122
 ahrolano 22
 ahuelo, vu (ant.) 43, v(l) 33
 ahur, agur 72
 ahurir 114
 acá 128
 acebo 42
 acechar 72, acechar 10
 acedo 11 (adj.) 81
 acendrar 39
 acero 2, 53
 acetreo 22
 acidia 4
 acontecer, (e(n)) 66
 aculla 128
 adarme 4
 aderezar 53
 adiestrar 12 bis
 ado 35
 Adra 6
 adral 56
 aducir: aduzco, adugo, 112, aduz-
 go 13, ada (imp. ant.) 115
 aduje 50, adux (ant.) 63
 afición 13
 agalle 83
 Agapo(-ilo) 83
 agora (ant.) 128
 agorero 66
 agosto 41, a-66
 agradar 124
 agrado 9
 agridulce 88
 agro 78, E 48
 agua 53
 aguadicho 14
 aguananios 88
 agüero, ol 14, 53, E 41, A 66
 agulla 34, u 52
 aguilón (ant.) 52
 aguzar 2, 53
 ahí 128, ahí 6, ahina 128
 ahogar, ahogo 12 bis
 ahora 128
 aire 63
 aje 84, 29
 ajedrea 4
 ajeno 85
 ajeno 11
 al (ant.) 102
 al- 85
 aludiera 76
 Alagón 72
 alambiquo 4
 alambre 18
 alazan(o) 83
 albañar, albañal 72
 albarcoque 4
 albérchigo 4, al 85
 albillo 83
 albóndiga, alμόnd, 72
 alborzo 14, 53

alium(0) 75, n.
alcancó, ngo 83.
alcantar 68.
alcázar 41, 85.
Alconchel 47.
Aldeapozo, (de) 138.
Alechipe 42.
aladado 17.
alegre 78.
alemano 83.
alfaque 18, -les 73.
Alfonso 4, 17, 18.
alga 47.
algo(d) 61, (u) 52.
alguandru (ant.) 128.
alguat 62, 102.
alguato 78, 85.
alguatru 83.
alimadru 67.
alimadruas 85.
alma 54, 59, (u) 15, n.
alimadru, alimadru 72.
almeja 57, al 85, (e) 11.
almendra 35, d(u) 26, (g) d 61.
n 69.
almorranas 85.
almosna (ant.) 22.
almodo 17, (e) 24, 161.
almodra 69.
Alto 9.
altozano 70.
altramuz 4.
altar, p 53, 113.
alón (dial.) = alumbre 63.
alla(c) 62, 128.
allende 128.
alli 128, allin, allipa 128.
alluista 76.
ambos, amos 47, 62.
amenaza 53.
amidos (ant.) 128.
amistad 54, 60.
amizal (ant.) 54.
amodorrado (ant.) 121.
Ampudia (d) 41.
amueblar 112 bis.
an 83.
an (án) 6, n.
anade 26.
analema (masc., fem.) 71, n.

ancla 61, c(0) 25, n.
ancho 51.
andar, anduvo, andovo, andudo 126, andido 120.
andas 75, nd 55.
ande (adonde) 31.
andolina, andolina 72.
anegar, aniego, anego 112 bis.
aneldo (planta) 57, n.
aneldo, (ant.) aliento 55.
angel 36, (0) 29, 47, 48.
anillo 83.
-ano 83.
anar 47.
ansar, ansar 106.
ante 86.
antiglesia (signif.) 86.
Antequera 3.
antea 128, ante 128, 129.
antiguo, gna 51.
Antioquia 6.
antojo, (e) d 17.
antuzano 70, 53.
añadir 11, añade 45.
añal 46, n.
añojo 17.
apostar 54.
apóstol 26, (0) 29.
apremio 10.
apren(he)dor (ant.) 66.
aprelar 67, 78.
aqueí 99.
aqueudo 128.
aquese, aqueste 95.
aqui 128, aquina 128.
arado, d(r) 66, aladio 66.
Araduey 4.
arafia 53.
Arbol 26, 166.
arce 67.
arcilla, r 47, 1.
arcipreste 61.
ario 8.
arisco 4.
arma 77.
armonium, -ins 75, n.
aroma (masc., fem.) 77, n.
aricjo 3.
arveja 18.
arxón, 9 53.

arragar, (d) 41, n.
arrebalar 4.
arredrar, arriedra, arredra 112 bis.
arrepentir 54, arrepicito 112 bis.
106, ato 113, rúpiso (ant.) 121.
arriba 40.
arriedro (ant.) 118.
Aroche 47.
arrojar 57.
asa 47.
asa 128.
asuciar (ant.) 66.
astochanza 72.
asestar 54.
asi, asin, asina 128.
asir, asgo 113.
asma (fem.) 77.
asno 55.
asontar 46.
astil 12.
astilla 83.
atañer 126.
atar 49.
aterar, aterra, aterra 112 bis.
atestar, atesta 112 bis.
atesguar, (h) 24.
atril, (e) 61.
atreyer, atreyo (ant.) 120.
aturdle 72.
aut 128, y, an 6, n.
auxillas 106.
avanco 83.
avellana (sust.) 80.
avénlar, aventa 112 bis.
avés (ant.) 62.
avesiruz (nominat.) 74, 2(0) 83.
avezar 18, n.
Avila 3.
avispa 10, 82, 47.
-avo 91.
avularda 88.
axuyar (ant.) 69.
ayunar 43.
ayuno, (l) a 38.
azabache 72.
azada 53.
-azgo 84.
azor, azlor 61, 67.
azra 56, 67.
azúcar 85.

axiela, 9 53.
azufre 77, 114, 14.
badojo 9.
bcalvo, bcalada 71.
balanza 18.
banibolen, oñeo 72.
baño 37.
barbecho 9, a 18, bary 37.
barbipolente 47.
Barcelona 66.
barret 18, b 37.
basura 18, b 37, 47.
batalla 53, n.
bateo 41.
baulismo 47.
Bavia, (d) v 41.
bayo 53.
Baza 4.
bazo, 9 53.
biber, baver (ant.) 43.
buhelra, (e) 61.
beddo 6, 64 60, (d) 81.
Berberana 24.
bermejo 37, 157, (d) 81.
besar 17.
bezo 9, 30, 1.
berza, 9 53, 8 11.
Berzo 47.
biello, bielgo 72.
bien (adv.), n(0) 128, (sus.) 80.
bien 86.
Bierzo 47.
billón 89.
bimbre 77.
bizaza (signif.) 86.
bizcocho 13, 72, bl (signifi-
cación) 86.
bizma 58, (e) 23, (fem.) 77.
biznaga 4.
biznielo 72.
blago (ant.) 57, n 1.
blando 39.
biado 39.
boca 45.
bochorno 47.
boda 37, 77.
bodega 4, (A) b 22, g 40.
bodigo 37, 87, 72, vodivo (ant.)
40, n.

ho] 63.
 bola 14, n. 1, 46, n.
 botallo 83.
 bohiga, mofiga 72.
 borregul, -ls, -les 75.
 borras, ol 63.
 bostar 2.
 botica 4.
 braga 4.
 Braga 4, 83.
 bravo 72.
 brava 77.
 bravo, 53.
 breva, berva 56, r. 567, (sig. nificado) 86.
 Briviesca 67.
 broquel 84.
 brócano, (a) br 22.
 buen(o) 78.
 Russo 14.
 buey 28, (V) 43, -eyes, -la 75.
 bulio (nominal) 74.
 buliro 14, ult 47, 61, 1, 1, 1.
 burdegano 83.
 Bureba 13, y.
 Burgos 4.
 burg(u)da 83.
 burzas (ant.) 47.
 ca (ant.) 30, (la) 30.
 cabalgar 125.
 cabo, cabó 29.
 cabello (ant.) 29, 53.
 capen, quepa 9, quepa 113.
 cope, cupe 120, cabre 123.
 cabeastro 51.
 cabeza de boba 70.
 cabexo, p 33, e 11.
 cabrahigo 88.
 cabillo 57, n. 0 29.
 cabo(t) 62, (masc.) 77, 2, 08 77.
 (prep. ant.) 129.
 cachas 57, ad 77.
 cacho (sust.) 61.
 Cacho (adj.) 39, n. 2.
 cada 102.
 cadañero 88.
 cadera 6, d 40 n. e (d) 48.
 cadillo (ant.) 83.
 caer, caigo 113, cayo (antónoma- do) 113.
 cal (nominal) 74.
 calabrina 72.
 calaña 39.
 calcañar 2.
 caldo, l(d) 25, 1d 47.
 calidad 39, n. 1.
 calza 20.
 calma (fem.) 77.
 calostro 20.
 calza 9, 2, 53.
 calzar, 53, 113.
 calze (ant.) 33, 63.
 calle, cal 63.
 camarón 47.
 canbiar, canlar 47.
 camisa 11.
 camuesa 14.
 canchado 58, 52, 1(c) n. 2.
 canilla 83.
 canou 14.
 canón 31, canón (ad) 121.
 canlueso 14.
 canaheria 88, 11 38.
 canajelga 4, 38.
 canamo 72.
 canpa 43.
 capacho, capapo 53.
 capellan(o) 83.
 capicua 26.
 capigorrón 88.
 capitán 83.
 capucho 53.
 car (ant.) 130.
 Carabanchel 47.
 caramillo 23.
 carcañal 67.
 carcel 66.
 Cardenado, (ade) ad 88.
 cargareme 80.
 Carlos 74.
 carrá (ant.) 46, carrja 129.
 casc(a) 27.
 cascar 20, 80, 54, (lle) 29.
 cáscara 83.
 casi 39.
 casquimoleño 88.
 Castellones 83.
 castil (ant.) 63.

Castil Anzú 47.
 Cataluña 4, neña 13.
 catar 49, catido (partic. ant.) 120.
 catorce 89, CA 39, rze 54, rdz 89, n.
 cauce, uz, calza 55, au 9.
 caudal, cabd 60, au 9.
 caudillo, cabd 60, au 9.
 caz 63, 55.
 cazar 53.
 caz(CO)corvo (ant.) 60.
 Cazorla 4, u(l)lo 83.
 cebilla (anland) 72.
 ceba 8.
 cebolla 5, 40.
 Cecilia 37.
 Cedazo 37, 53.
 cedo (ant.) 20, 38.
 cedia (ant.) (e) 38.
 cedrino 83.
 cefa 11, 27, 53.
 cejar 72.
 cel(l)unle (ant.) 66.
 cema (ant.) (e) 39, n.
 cendra 39, a 77.
 ceniza 65.
 cénitmo 91, n.
 centro 10.
 cenir, cingo, cifo 47, 12, cl. nes 14, cinxo (ant.) 120.
 ceño 61.
 cepo 11, p 44.
 cer (verbos incoativos) 125, 120.
 cerca 128, 129.
 Cercedilla 83.
 cercen 20, cer, 5 bis.
 cercillo 18.
 cercha 61.
 cereza 9.
 cerniada 59.
 cerner, cernil 11.
 cernicalo 83.
 cerraja 2.
 Cerrar 37, rr 46.
 Cerrojo, berr, ferr 70, 72, rr 46.
 cervaza 11, 4.
 cervillera, r(e) 74.
 cespod 26.
 cetrero, (a) ce 22.
 cicercha 61.
 ciclópe 6, n.
 cicuta 40, n. 1.
 ciego 10.
 cielo 10.
 cienaga 83.
 cien(to) 78, 89.
 cierzo 10, 2 53.
 cierto (pron.) 102.
 Cifuentes 10.
 cigüeña 14, 46.
 cillo 83.
 cima 4.
 cimiento 16.
 cinco 66, 9 89.
 cincuenta 66, euena 89.
 cincuentésimo 90.
 cincho 61.
 cinto 31, (sust.) 122.
 círculo 3.
 ciriduena (ant.) 72.
 clis 30, 10, 30, (sust.) 80, 83.
 clisla 18.
 clisla 37, 39, 11.
 clis 83.
 ciudad, cibd 60, 119.
 clera (ant.) 36.
 clamar 39.
 claro 39.
 clarsuro 88.
 clausuro 9, tra 77, n.
 clavija 39.
 club, plur. -bs 75, n.
 Clueca 39.
 cobertera 14.
 cobra, cubre 4.
 Coca 47.
 cocedra 47, 11 616.
 cocer, (a) 52, cuexo 112, cuexo, cuexo (ant.) 112, coxo (ant.) 120, cocho 122.
 cochina, (u) 52.
 Cochurero 37.
 codeso 4.
 codicia 3, (h) d 60.
 codo, (h) d 60.
 coveza 11, 4.
 cofrad(r)ja 66.
 cofrade 63.
 coger, (g) 43, cojo 53, 6 13.
 cogulla 40.

bol 63.
bolla 14, n. 1, 46, n.
bomitalo 83.
bohiga, moñiga 72.
borcegui, -la, -les 75.
bórre, aj 63.
hostar 2.
bolica 4.
braga 4.
Braga 4, 83.
bravo 72.
brava 77.
brazo, 9 53.
brega, brega 54, r. 1, 7, 67, (sig. nificado) 86.
Briviesca 67.
broquel 84.
brótano, (abr) 27.
bueh(o) 78.
Bueso 14.
buey 28, (V) 43, -eyes, -elo 75.
huho (nominal) 74.
buitro 14, ult 47, n. 61, 80.
burdegano 83.
Bureba 13, 3.
Burgos 4.
burg(u)da 83.
burzús (ant.) 47.
ca (ant.) 130, (la) 30.
cabaigar 123.
cabo, cabo 29, 2.
cabel(lo) (ant.) 29, 63.
caber, quepa 9, quepo 17, 28.
cope, cupe 120, cabre 123.
cabestro 51.
cabeza de boba 70.
cabezó, 9 53, 11.
cabraigo 88.
cábrido 57, n. 0 29, 2.
cabo(t) 62, (nase) 77, 00 77;
(prep. ant.) 129.
cachas 57, n. 77.
cachlo (ant.) 61.
cacho (adj.) 39, n. 2.
cada 102.
cadañero 88.
cadera 6, d 40, n. 2 (d) 48.
cadlello (ant.) 83.

caer, caigo 113, 2, ceyo (antónoma)
do) 113.
cal (nominal) 74.
calabrino 72.
calaña 39.
calcañar 2.
caldo, (ld) 23, Id 47.
calidad 39, n. 7.
calliz 20.
calma (fem) 17.
calostro 20.
calza 9, 2, 5 53.
calzar, 9 53, 10.
calzo (ant.) 53, 63.
calle, cal 63.
camarón 47.
cambiar, camilar 47.
camisa 11.
camuesa 14.
candado 56, 54, (cn) 74.
canilla 83.
canina 43.
cansar 51, canso (adj.) 121.
cantueso 14.
cañaherla 88, 11 38.
cañajiga 4, 38.
cañano 72.
capa 43.
capacho, capago 53.
capellan(o) 83.
capicúa 4.
capigorrón 88.
capitán 83.
capucho 53.
car (ant.) 130.
Carabanchel 47.
ceramillo 23.
carcañal 67.
cárcel 66.
Cardenado, (ade) 88.
cargaremo 80.
Carlos 74.
carra (ant.) 46, carria 129.
casc(a) 27.
cascar, 29, 80, 54, n. (lle) 25, 40.
cáscara 83.
casl 39.
casquimuleño 88.
Castellones 83.
castil (ant.) 63.

Castil Anzul 47.
Cataluña 4, 2, neña 13.
catar 49, catido (partic. ant.) 120.
caures 89, Ca 39, rze 54, rdzi 89.
cauce, uz, calze 55, au 9.
caudal, cabd 60, au 9.
caudillo, cabd 60, au 9.
caz 63, 2, 55.
cazar 53.
caz(co)carso (ant.) 66.
Cazlona 4, u(llo) 83.
cebiña (antónoma) 72.
cebo 8.
cebolla 3, 5 40.
cecina 37.
cedazo 37, 2, 5 53.
cedo (ant.) 20, 128.
cedra (ant.), (er) 26.
cedrino 83.
ceja 10, 2, 77, 133.
cejar 72.
cejljuntio (ant.) 66.
cena (ant.) (se) 39.
cendra 59, 2 17.
ceniza 65.
cénimo 91.
centro 10.
ceñir, cingo, cño 47, 11, 12, cl.
nes 114, cino (ant.) 120.
ceño 61.
cepo 11, p 46.
cer (verbos incoativos) 125, 200
112.
cerca 128, 129.
Cercedilla 83.
cercen 26, cer 5 bis.
cercillo 18.
cercha 61.
cereza 9.
cernada 59.
cérner, cernil 11.
cernicalo 83.
cerra 2.
cerrar 37, 2, rr 46.
cerrojo, cerr, terr 70, 72, rr 46.
cerveza 11, 2, 4.
cervillera, (e) 24.
céspe 26.
cetrero, (a) 22.

cheercha 61.
chelope 6, n.
cicuta 40, n.
ciego 10.
cielo 10.
ciénaga 83.
cien(to) 78, 1, 89.
cierzo 10, 2 53.
cierto (prón.) 102.
Chientes 10.
cigüeña 14, 2, 40.
cillo 83.
cima 4.
cimienlo 18.
cinco 60, 0 80.
cinquenta 66, -cuenta 89.
cincuentésimo 90.
cincho 61.
cinto 51, (ant.) 122.
círculo 3.
ciridueña (ant.) 72.
cirio 11, 10 10, (ant.) 80, 83.
citrula 18.
ciza 37, 39.
Cito 83.
ciudad, cibd 60, 1 19.
cizra (ant.) 36.
clamor 39.
claro 39.
claroscuro 88.
clausiro 9, n. 17, 77, n.
clavija 39.
club, plur. 75, n.
clueca 39.
cobertera 14.
cobra, cobre 4.
Coça 47.
cocedra 47, 2, 6.
cocer, (u) 52, cuezco 112, cuezgo,
cuezgo (ant.) 113, coxo (ant.)
120, cocho 122.
cocina, (u) 52.
Cochurero 37.
codo 4.
codicia 3, (h) d 60.
codo, (h) d 60.
cofrad(x)la 66.
cofrado 63.
coger, (g) 43, cojo 53, 0 13.
cogulla 40.

Cohibido 42, 47, 57.
 cohombre 59, RO 75.
 cohonler 47, 2.
 cojo 13.
 col 9.
 colar, cucula 112 bis.
 colgar, cucigo 6, 13, 113 bis.
 (o) 24, 10.
 colino 59.
 columbrar 59.
 collarzo 53.
 Colloto 9.
 Comadre (signif.) 86.
 comadreja, pag. 81.
 combalir, ver 11.
 comenzar, n(l) 24.
 comp. como, cuerno 39.
 Compadre (signif.) 86.
 compañar 127.
 compañía, -ón 74.
 compra 13.
 comprar 61, p(c) 23, 126, com.
 pro 112 bis.
 cumplir 55, (l) 24.
 con 61.
 concilio 126, 105.
 concelo 53, 11.
 conciliabulo 6, 11.
 concomer 126.
 concha 54, 5, ch 61.
 Conchut 47, 4.
 conñado, (l) 24.
 condo 13, nd 54, 4, 55.
 condestable 74.
 conducir, duzgo (ant.) 113.
 confortar, fueria (ant.) 112 bis.
 confundir, fonder 111, -andis
 114.
 conuigo 93.
 conuusco (ant.) 93.
 conorte (ant.) 83.
 conover, conuvo (ant.) 126.
 conquiso (perf.) 120.
 consejo 11, sejeño 53, n.
 consigo 93.
 consolar, -ucula 112 bis.
 consumo 128.
 contar 54, cuén 6, 13, 6.
 contén(ue)dor 66.
 contienda (postverb.) 83.

contigo 93.
 contra, cuenta 13, 129.
 contra 86.
 Convidar 126.
 conuerto (ant.) 83.
 convusco (ant.) 93.
 copa 13, p 45.
 copia 57, n.
 corambre 20, r(l) 30.
 coraza, r(l) 30, 53, -apa 53.
 corcho 81.
 Córdoba 3, 26.
 curdojo 38, 0, 13.
 corlar 24, 11, 39.
 coronado 24.
 corta, te 83, corto (adj.) 121.
 corteza 53, 0, 11.
 correa 11, 2, e(g) 53.
 correcho (adj.) 122.
 cosa 9, 8, 47.
 coscojo 14, 1, 53.
 coser 47.
 coso, 88, 47, 2, n.
 coslar, 51, culesa 112 bis.
 cosio, te 83.
 costreñir, nigo, flo 112.
 costumbre 54.
 costura 24, 54.
 coto 47.
 Covarrubias 14.
 Covaña 42.
 cox, coco 63, 0, 9.
 cras (ant.) 128.
 cráter 74.
 crecor, crovo (ant.) 120.
 creor 31, cre(d)le 41, crovo (anti-
 cuado) 120.
 cresta 47.
 crisma (masc. fem.) 77.
 cristallino 83, n.
 Cristóbal 83, b 42.
 cruz 14, n.
 Cuaderno 39, n.
 cuadro 39, dr 48.
 cuajo 30, cu 39, f 57, 2, 9.
 cual 39, (flexión) 101, Cuata
 72, 4.
 cualidad 39, n.
 cualquier 102.
 cuan 62.

cuando 19.
 cuanto 74, n.
 cuarenta, quaranta 39, (dr) 48, u
 68.
 cuasi 39.
 cuarema 90.
 Cuatro 39, t 56, r 63, (u) 89.
 cuba 15, b 45.
 cubrir, cubro 06, 11, cublerio
 122.
 cuchara 20, ch 53, rd 78, 77.
 cuchillo 47.
 cucho (astur) 47, u 14.
 cuello 13.
 Cuémpadre (ant.) 83.
 cuén(ue)ba (ant.) 6, cuen 83.
 cuénd(e) 28, n.
 cuenta 6, 13, nt 61, (post-
 verb.) 83.
 cuénio 13, n, 85.
 cuerda 4, rd 47.
 cuerno (masc.) 77.
 cuero 13.
 cueva 2.
 cuévano 26, v 42.
 culdar 24, e(g) 43, d 60, u
 14, 4.
 culantro 20, (l) 30, nt 12.
 culobra 13, u 20, h 48.
 cumbre 77, u 42, 14.
 cumplir 114.
 cunite, l(u) 66.
 cuña 14.
 cuando 20, (signif.) 86.
 curcha 13.
 custodiar 124.
 cuyo 101.
 chu (verbal) 126.
 chamarra 37.
 chancela 37.
 Chapodar 37.
 Chapuzar 37.
 chico 37, (adj.) 81.
 Chicharo 37, ch 42, 26.
 chillar 57.
 Chillar 37, ll 57.
 Chinchle 37, 55.
 chiquirritito 79.
 chiquitito 79.

chisme, cisma 37, 39, n.
 chisme, chinche 37.
 Chistera 37.
 chocio 37.
 chopo 4.
 Chotacabras 88.
 chubasco 4.
 chus (ant.) 79, n.
 chusma (fem.) 77.
 dafin 47.
 dar, Pres. 116, Perf. 120.
 Dario 6, n.
 deán 83.
 decidor 83.
 decir 11, de, di 05, 114, 66.
 digo, dices 113, 2, 42, di(e)
 115, 62, dije 28, 1, 50, 120.
 dicho 122, y 3, 1, 50, diré 123.
 dechado 18, n, (aut.) 89.
 dedo 60, (g) 43.
 degollar, gile 112 bis.
 dehesa, dev. 42, 8, 47.
 delante 66, 128.
 deleite 83.
 delgado 40, n, 55.
 delito 3.
 demandar 126, demandado (perf.)
 ant.) 120.
 demenire (ant.) 28.
 dentro 128.
 deporto, depuerto (ant.) 83.
 derecho 65.
 duro, con. tero 14.
 derriengar, n(l) 24.
 derrellir, derlito 14.
 derrocar, -ueca 112 bis.
 des. (nomb.) 86, (verb.) 126, y.
 desahucia 6, (d) 41.
 desalmado 86.
 descargo, gue 83.
 descender, -ir 111.
 desconfiar, 126.
 desconsolar 126.
 descoser 126.
 descaño, jo 83.
 desde 129.
 desdeñ 63, y 2, desio 83.
 desdeñar 50, 8, 126.
 desembarco, que 83.

cohílo 42, 47, 48
 cohombre 59, 70, 75
 cohondor 47
 cojo 13
 col 9
 colar; cuela 112 bis
 colgar; cuelgo 6, 13, 112 bis
 (o) 24, n.
 colmo 59
 columbrar 39
 collar 53
 Colloto 9
 comadre (signif.) 86
 comadreja, pag. 8
 comballir 46, 111
 comenar, n(l) 24
 como; cuomo; cuomo 39
 compadre (signif.) 86
 compangar 127
 compañero; on 74
 compra 13
 comprar 51, p(c) 23, 126, com-
 pro, 112 bis
 cumulgar 53, (l) 24
 con 63
 conchehir 126, 105
 conchejo 53, n.
 conchaya 6, n.
 concomer 126
 concha 54, 4, Ch 61
 Conchal 47
 condado, (l) 24
 conde 13, nd 54, 4, 55
 condesable 74
 conducir; duxgo (ant.) 113
 confortar; suerta (ant.) 112 bis
 confundir; fander 111, andis
 114, 86
 coningo 93
 conusco (ant.) 93
 conorie (ant.) 83
 conocer; conuyo (ant.) 120
 conquiso (perf.) 120
 consejo 11, sejero 53, n.
 conslgo 93
 consolar; uela 112 bis
 consumo 128
 contar 54, cuen 6, 13, 11
 contén (de) dor 66
 contienda (postverb.) 83

conlgo 93
 contra; cuentra 11, 129
 contru 86
 convidar 126
 conuerto (ant.) 83
 conusco (ant.) 93
 copa 15, p 45
 copia 57
 corambre 20, r(l) 30
 coraza, r(l) 30, 53, n(p) 53
 corcho 8
 Córdoba 3, 20
 cordojo 88, n 13
 corlar 24, 30
 corinado 24
 corta, te 83, corto (adj.) 121
 cortada 53, 111
 correa 11, 2, e(8) 13
 correcho (adj.) 122
 cosa 9, 8, 47
 coscojo 14, 15
 coser 47
 coto 88, 47, n.
 coslar 51, cuesu 112 bis
 coto 10, 83
 costarlier; ngo, no 112
 costumbre 54
 costura 24, 54
 coto 47
 Covarrubias 14
 Coveña 42
 cox, coce 63, 3, 4, 9
 cras (ant.) 128
 craler 74
 crecer; crovo (ant.) 120
 creor 31, ere(d) 41, crovo (ant.)
 cuado 120
 cresta 47
 crisma (musc.; fem.) 77
 cristalino 83, n.
 Cristóbal 83, 42
 cruz 14, n.
 cuaderno 39, n.
 cuadro 39, dr 48
 cuajo 30, cu 39, 157, 2, 9
 cual 39, (flexión) 101, cuala
 72
 cualquier 39, n.
 cualquier 102
 cuan 62

cuando 39
 cunilo 74, n.
 cuarenta; quaranta 89, (d)r 48, 11
 68
 quasi 39
 cuarema 96
 cuatro 39, 156, r 62, (u) 89
 cuba 15, b 45
 cubrir; cühro 96, 11, cubierto
 122
 cuchara 20, ch 33, x 35, 77
 cuchillo 47
 cucho (amur.) 47, 14
 cuello 13
 cuémpadre (ant.) 83
 cuénchba (ant.) 6, cuen 83
 cuendo 28, n.
 cuenta 6, 11, n. 6, (post-
 verb.) 83
 cuento 13, n. 85
 cuerno 4, 11, 47
 cuerno (musc.) 77
 cuero 13
 cuova 2
 cuévano 26, 42
 culdar 24, (g) 43, d 60, u
 14
 culantro 20, (l) 30, nt 72
 culbra 13, u 26, br 46
 cumbre 17, 47, 14
 cumplir 14
 cunle, (n) 66
 quña 14
 cuñadn 20, (signif.) 86
 cureña 13
 custodiar 124
 cuyu 101
 cha (verbal) 126
 chamarra 37
 chacheleta 37
 chapodas 37
 chapuzar 37
 chico 37, (adj.) 81
 chicharo 37, ich 42, 26
 chillar 57
 chillar 37, 11 57
 chinche 37, 55
 chiquirritito 79
 chiquillito 79

chismo, cisma 37, 39, n.
 chismo, chinche 37
 chistera 37
 choclo 37
 chopo 4
 chotacobra 88
 chubasco 4
 chus (ant.) 79, n.
 chusmo (fem.) 77
 daflo 47
 dar; Pres. 116, Perf. 120
 Dario 6, n.
 deán 83
 decidlor 83
 deir 11, de, di 105, 114, 66
 digo; dicas 112, 42, di(c)
 115, 62, dije 26, 150, 120
 dicho 122, y 150, dire 123
 dechado 18, n. (usk.) 80
 dedo 60, (g) 43
 degollar; ghe 112 bis
 dehesa; dev 42, 47
 delanta 66, 128
 delolla 83
 delgado 30, n. 55
 delito 3
 demandar 126, demandado (perf.)
 ant.) 120
 demiente (ant.) 28
 dentro 128
 deporte; depuerta (ant.) 83
 derecho 65
 dero, ~~erro~~ lero 14
 derrangar, n(l) 24
 derrellar; derello 114
 derrocar; ucca 112 bis
 des (hom.) 86, (verb.) 126, y
 desahucia 6, (d) 41
 desalmado 86
 descargo, gue 83
 descender; ir 111
 desconfiar 126
 desconsolar 126
 descoser 126
 descuafo, le 83
 desde 129
 desdeñ 63, y 1, deño 83
 desdeñar 50, 8 126
 desembarco, que 83

desgaste 83.
desgrane 83.
desguasar 112 bis.
desleir 126.
destacar 126.
desmaldo (ant.) 121.
desmenazar 53.
desuado 41.
despachurar 61.
despanzurar 61.
desportar 126.
despecho 47.
despierto (adj.) 123.
despojar 113.
despojo 113.
después 128.
destruir, ulgo 113, n. destruxo (ant.) 120.
desviar 126.
detalle 83.
detrás 128.
deuda 60.
doveña (ant.) 42.
dixmar (l)m 24.
día 75, 76.
diadema (fem.) 77.
diestro 71, 78.
dilex 10.
dixmar (v. dezmar) 68, 112 bis.
dixmar 38, 90, (l)m 25, n.
Dio (dial.) 75.
Dios 6, 1, 10, n. 74, 62, (plu-
ral) 75.
diforme 126, n.
difraz (c) 83.
dieminuh 122, n.
dizados (ant.) 89.
doblar 48.
doble 78, 91.
dohlegar 20, n. 1, b 48 n.
doce, doze 60, dodze 89, y n.
(u) 89, e 68, do(e) (anti-
cuado) 28.
doler, dolgades (ant.) 113.
doloroso 24.
dolze (dial.) 89.
domeñar 20, n. 53.
domingo 55.
don (dōnu) 83.
don (dōnnu) 63, y, n(o) 29.

donda 11, n. 28.
-dor 82.
dormir, durm 120, 105, duer.
114.
dos 89.
dnacientos 89.
ducho (adj.) 123, n. 14.
duda (postverb.) 83, u. 20.
dudar 20, dudas 27.
duelo (postverb.) 83.
duendo, duendo 29, n. 55.
(Adj.) 81.
dueño, m(l)n 25, n. 47, 59.
Duero, Dolro 14.
dués (ant.) 27, 89.
dulce, dula, ducó, duz 63, y, 30.
47.
dura 82.
durante (adv.) 128.
durazno 38.
dureza 21.

-ear 125, n.
Ebro 6.
echar 17, (l)ec 38, ch 50.
edrar 36, (o)r 24.
eje 9.
ejemplo 50, 83.
el, 11, 28, 100.
el, elle 93, (le) 63, y, 30.
-el, 84, 29.
Elche 55.
Elvira (liberia) 4.
Elvira (Q)el 38.
embesir, embisto 112.
emellizo (ant.), (g)em 38.
emer (ant.), (g)em 38, n. 12.
empecer, eoc 31.
empella, empena 72.
empeño 50, nos 77, 61.
emplear 51.
empujar 47, 14.
en- (nombr.) 86, (verb.) 126, y.
en 62.
enaciado (ant.) 4.
encalzar (ant.) 68.
enceso (adj.) 122.
encia 47, (g)en 38, l (v) 43.
encina 54, (ina) 2.
-enco 84.

encomendar 126, enco 126.
encomenar 126.
enconar 70.
encontrar 51.
enda (ant.) 128.
endibia 4.
enebro, (l)en 38.
eneldo (planta) 17, ldo 2, 57.
eneto, (l)en 38.
enfutir 124.
engendrar 59, (e)r 24.
-engo 84.
engreir, engrio 114.
engruesar 112 bis.
engullir 124.
enjalar 126.
enjambra 126.
enjambre 77, n. 85.
enjeto 83.
enjugar 126.
enjugar 126.
enjullo 57.
enjundia 85.
enlace 83.
enmendar 126.
-eno 90.
enjojo 86.
ensalzar 126.
ensayo 53, n. 85.
ensecar 126.
ensamble (ant.) 62.
enschar 50, n.
ensiemplo (ant.) 85.
enienado 24.
enten(de)dor 86.
entero 3, 10, (r) 48.
entonces 128, y.
entraña 77.
entrar, entrado (part. ant.) 120.
entre 62.
entre 86.
entregar 67, entrego, entiego.
112 bis.
enviar, envia 106.
envidia 47, dl 51, n. diar 124.
epigrama 6, n.
-er 84.
era 9.
erizo 53, 112.
ero (ant.) e 48.

-ero 84.
-es, fem. -eva 78, y.
es (verb.) 126.
escalfar 127.
escamujar 57.
escanda 72, n.
escaña, escalla 72.
escaño 39, n. 47.
(es)ecna, (es)cónico 39, n.
escocmenar 126.
esconder, asc. 17, 6, 13, (b) 51.
escondrijo 69.
escoplo 9.
escribir 39, eserebir (ant.) 105.
escriso (ant.) 120, escrito 122.
escritura 49.
escuchar 47, n. 14, es, as 17.
66, ch 47.
escudilla 10, n. 2, 68.
escuela 4.
escuerzo 53, n. 13.
escupir, cuspir 66, lr 111, up.
114.
escuro 39.
escurrir (ant.) (g) 43.
ese (signif.) 98, 99, 88, 49.
esmeralda 39, n. 76.
esmuclir (dial.) 47.
esotro 68.
espacio 39.
espanto 125.
especie, eia 75.
espaldia 57, n.
España 53.
español, on 66, fem. -es, as 78, n.
esparcir, rzer 47.
espárrago 26, esp. 39, rr 46.
espasmo 39, n.
espejo 10, esp. 39.
espendir, espendo, esplendo, 112.
bis, espeso (ant.) 122.
esperanza 2.
esperleyo (ant.) pag. 7, (nombrat.)
74.
espinazo 83.
espiritu 29, n.
espiritual, espirital 30, n.
esposo 42.
espuela 4.
espurir, (g)lr 43.

establo 37.
 estal; -ais, -uyes 75.
 estameña 51, 6, 11.
 Estanislao, Estanislado 7.
 estanigua 13.
 estar 39; **Pres.** 176; **estovo**; **estuvo**; **estado** 120; **estado** 120.
 este 99.
 Esteban 43.
 estera 83.
 estercolar 77; **n.** 2, 0, 100.
 estérco(l) 77.
 esto, (v) 43; **(sust.)** 80.
 estonce, eston (ant.) 128.
 estopa 45.
 estora (ant.) 39.
 estornudo 65.
 estro (ant.) 81.
 estrella 69.
 estropajo 69.
 estruendo 67.
 estrujar 67.
 estudiar 124.
 -ez (patronímicos) 34.
 eza 11; **n.** 53.
 facerir (ant.) 67.
 fugoso (arag.) 14.
 faja 4.
 falso 9.
 falso 38; **n.** 5, 1.
 falso 123.
 falla (postverb. ant.) 83.
 fallo 80.
 fantasma (maso, fem.) 77.
 far (ant.) 106.
 farfala 73.
 farra 6; **n.**
 fauce 9.
 fe 11; **n.** 38; **fed** 63; **n.** 10 (de)
 63; **n.** 100; **fec** 73.
 febrero 48.
 feches (ant.) 60; **n.** 100; **n.** 48.
 felto (arag.) 30.
 feligrés(e) 74.
 femos (ant.) 106.
 feo 11; **n.** 38; **(dijo)** 41.
 fer (ant.) 106.
 Fernando 38.
 ferviente 105.

fiar 124, 109.
 ficha 50.
 fidelidad, fiedad 24; **n.**
 fiel 63.
 fiesta 77.
 filtro 51.
 finar 124.
 finestra (ant.) 18.
 firme 78.
 flaqueza 83.
 fleco 13; **n.** 39.
 flema (fem.) 77.
 flor 39.
 fondo 38.
 Pontibre 11.
 fraco; -es, -ques 75; **n.**
 fralle 63.
 fraher, francor (ant.) 47; **n.** 112; **frañe** 9.
 fronte, fruento 13; **n.** 7.
 fregar, frega 112; **bis** 1.
 friar, frien 105; **n.** 122; **n.** 50.
 Fresno 9; **n.** 39; **(c)** 61; **(maso)** 76.
 fño, (d) 41; **(g)** 43.
 Frollán, Fruela 4.
 frontera 39.
 fruta 77; **n.** 3.
 fuego 38.
 fuela (arag.) 4; **n.** 13.
 fuelar 4.
 fuelle 38.
 fuente 13; **n.** 38.
 fuer(o) 29.
 Fuerojuzgo 74.
 fuerte 38.
 fuerza 13.
 fuy (dial.) 63.
 gachu 39; **n.** 72.
 galan(o) 73.
 galgo 37; **n.** 54.
 Galicia 4; **n.** 53.
 galope 30; **n.** 83; **n.** 84.
 gallana 83.
 Gallego 3.
 gambaro 47.
 gamo 72.
 gamuza 72.
 gañole 72.

García 11.
 Gasconia 4; **n.** 13.
 gato 45; **n.** 72.
 gavia 53.
 gavilán 83.
 gayota 4.
 gentilo 39; **n.** 1.
 genir 38; **n.** 2.
 gente 10; **n.** 38; **n.** 1.
 gentil 38; **n.** 2.
 gesta 77.
 giba 38; **n.** 2.
 gigante 38; **n.** 2.
 glori 9; **n.** 39.
 golfo 6; **n.** 54; **n.** 60.
 golfin, dellin 72.
 golfo 4.
 golpe 4; **n.** 24; **(d)** 24; **n.** 54.
 gonfalon, conf. 72.
 gorgijo (nomnt.) 74; **n.** 13; **n.** 13.
 gota 35.
 koro 37; **n.** 53.
 gozque 60; **n.**
 gracia 53.
 gragea 72.
 grajo 39.
 gran(de) 63; **n.** 3; **n.** 78.
 graso 39; **n.** 88; **n.** 46.
 grada 39; **n.** 72.
 gray 10; **n.** 28.
 griego 10.
 Grisalba 42.
 grumo, aa 40.
 grullir 46.
 grulla 4; **n.** 7.
 gudeharo 53.
 Guadiana 31.
 Guadix 10.
 guardián 83.
 guarrir 109.
 guarin 109.
 guljarro 4.
 gulis(a) 27; **n.** 128.
 guitarra 4.
 haber; **Pres.** 116; **n.** 113.
 haiga 113; **n.** 117.
 Perf. 120; **n.** 17; **n.** 30; **n.** 117.
 hablar 38; **n.** 57.

haca 38.
 hacedor 83.
 hacer 38; **n.** 2; **n.** 42; **n.** 112.
 113; **n.** 107; **n.** 115; **n.** 115.
 115; **n.** 120; **n.** 120; **n.** 120.
 50; **n.** 122; **n.** 122; **n.** 122.
 (ant.) 106.
 hacerir (ant.) 67.
 hacha 129.
 halagüeño 14.
 hallar 31.
 harapo 40.
 harro 31; **n.** 81.
 hasta 124.
 hastial, (gl) 53.
 hastio 11; **(dl)** 53.
 haya 53.
 haz, hace 63; **n.** 7.
 hebilla 66; **n.** 81.
 heder; hiede 112; **n.** 112.
 helar (gl) 38.
 heribrio 59.
 herchir 31.
 heridria 69.
 herir 3; **n.** 114.
 heredad 54.
 herir; hergo 113; **n.** 110; **n.** 110.
 114.
 hermano, (gl) 38.
 hermoso 20.
 herramienta 77.
 herido 9; **n.** 17.
 herin 83.
 hervir, er 111; **n.** 111.
 vo 114; **n.** 114; **n.** 114.
 hospital (vulg.) 39.
 hidalgo 88.
 hiedra 56.
 hiel 38; **n.** 162; **(fem.)** 77.
 hielo, yelo 38.
 hierro 38.
 hígado (acento) 68.
 higo (maso) 76.
 hijuelo 6.
 hincar 69.
 hinchar 51.
 hiniesta 18; **(gl)** 38.
 hinojos 37; **n.** 14; **(gl)** 38; **n.** 123.
 j(o) (ant.) 28; **n.** 2.
 hinojo (planta) 57.

hipógrifo 6, n.
 herviente 19, n. 105.
 hito 59, (adj.) 81.
 hogaza 40, (sust.) 80.
 hoja 13, n. 38, 39, a 77.
 hojalde, hojalde 37, r 69.
 hojar 38, huelgo 112 bis.
 holgazán 83.
 holgorio 3.
 hollar, huella 112 bis.
 hollín 83.
 hombre 13, r 54, b 59, n.
 (ast.) 28, n. 63.
 hombre 59.
 hondo 47, (adj.) 87.
 hongo 47.
 honor 34.
 honrar 59, n(ó) 24, honr 106.
 hopo, jopo 38.
 Horcheta 61.
 hormazo 2, or 20.
 hormiga 47.
 hornazo, hornacho 53, zo 53.
 hospedado 24.
 hospital 54.
 hostigar 41.
 hoto 47.
 hoy 13, 7 28.
 hoy 13, 7 53.
 hoz (de segar) 9, 2, focce, jocc,
 hoco 63, 3.
 hoz (de un río) 14, n. 2.
 huelga 38.
 Huelva 54.
 huérfano 4, a 26.
 hueso 77.
 huésped 26.
 huevo 77.
 hucy (arag.) 13.
 huir 11; huyes 113, u 114.
 húmido 105, huiga 113, fuxo
 (nrl.) 120.
 humear 24, (g) 41, humeo 106.
 humera, hu 38.
 humildad, (ll) 34.
 humillar 53.
 hueso 42.
 i (adv. ant.) 128.
 i 84.

ico 84.
 idola (ant.) 77, n.
 iego 84.
 iglesia 45.
 igual 18, u 12.
 -iguar 18, (ll) 23, 24, 27, 28, 29.
 -ilo 10, (por. -ilu) 83.
 imprimir, impreu 122.
 -in 83.
 inchar 38.
 indino 11, n, n 50, n.
 infanta 75, n. 47.
 ingle 54, 1, 61, 10, 77.
 incuo, inche 10, n.
 -ino 83.
 intervalo 6, n.
 (n)vierno 43, (sust.) 80.
 Inigo 10.
 ir, vaya 113, a, vaiga 113, a.
 Pres. 116, vays 109, a, lma-
 perf. 117, ido 122, id 63.
 isidoro 6.
 isla 61, a, (u) 25, n.
 -ito 84.
 -vierno 9, 7 45.
 -izar 125.
 -izquierdo 43.
 jabalí (sust.) 80, lla, lles 75.
 jabega, jabeba 72, 4.
 jabón 37.
 -aca 4, y 38.
 -acinto 38, n. 2.
 -alde, aldre 69.
 -alear 4, 38.
 -alón 31, 4.
 -amán 38, n. 2.
 -amelgo 4, 38, 2, 55, 1(1) 25.
 -amugas 72.
 -arcia, sarcia 72.
 -atiba 37, 3.
 -aula 16.
 -ayler, 1.
 -era 30.
 -erga (sust.) 80, serga, seiga 72.
 -eringa 37.
 -Jesucristo (unt.) 74.
 -Jesus 74.
 -ibia 11, 37, 1, 18 53.
 -liguero, aliguero 72, 1, 72.

locoserio 88.
 loco 4.
 -lornada 20.
 -lornal 20.
 -loven 26, 1, 38.
 -luarez 72.
 -lucar 37.
 -ludio 10, 1, 38.
 -luego 38.
 -luerga 38.
 -lueves 38, a, (gen.) 74.
 -luz 38, 2, 14.
 -lugar 20.
 -luglar 57, n. 1.
 -lugo 37.
 -lucio 21, 1, 38, 210 53, ul 31, 1.
 -lulio 38.
 -lucila (sust.) 83.
 -lunco 38.
 -lunto 38, (adj.) 122.
 -lura 38.
 -lusto 38.
 -luzio (ant.) 69.
 -luzgar 60, (ll) 24, n.
 labio 53.
 -labrar, b(ó) 24, n.
 -Laciana 39, y n.
 -lacto 26, (ll) 39, (d) 41, 53.
 -ladlerio 76.
 -ladral 56.
 -Lalino 39.
 -Lambra 39.
 -lambrija 20.
 -lampara 47, 1, 72, 4, 83.
 -lante (ant.) 39.
 -lantro 39, de 61.
 -langosta 69.
 -larido, (ll) 25.
 -latir 39.
 -laude 26, u 60, 66, 3, au 9.
 -laurel 66, el 84.
 -Laviana 39, y n.
 -lazo, (u) 52.
 -lcal 31, 2, (g) 41.
 -lealtad 54.
 -lehel 66, lehrer(ó) 84.
 -lecinia (arag.) 148, 7.
 -lecho 9, ch 50, (lem.) 77.
 -lecho 10, ch 50.

lechuga 17, 2 40.
 ledeama 26.
 leedor 83.
 leer 31, y, leo 29, lee 28.
 lego 9.
 -legra 57, n. 2.
 -legumbre 41, 2, 71, 1.
 -leiba 30.
 -legia, (v) 41.
 -lengua 11, 2, 50, 3.
 -lenteja 57.
 -leña 77, 8, 11, 50.
 -león 14.
 -lera 39.
 -letra 56.
 -letrado, (e) 24, 1.
 -ley 28, lele, leyen 75.
 -leyenda 43, n. 2.
 -liar 31, (g) 41.
 -librar 56.
 -libre 75.
 -lid 63.
 -lidlar 26, (g) 41.
 -liebre, b(ó) 25.
 -liendre 61.
 -lienzo 10, 2, 54.
 -limaco (dial.) 83, n.
 -limaza 83.
 -limosna 55, 66, (e) 122.
 -limpio 26, (d) 41, 11.
 -lindar 19, m(l) 24, n.
 -linde, limbda 54, d 55.
 -liron 39.
 -lisboa 4.
 -lisiado 18, n.
 -lizo 53.
 -lo (art. dial.) 100.
 -lon, (d) 41.
 -lolo 40.
 -lobrego 26.
 -lodo 14.
 -lograr 20, n.
 -logro 14, n.
 -lombriz(ó) 83.
 -lomo 47.
 -longaniza 2.
 -Longinon 74.
 -lord, plur. lores 75, n.
 -loza 53.
 -lua, (v) 42.

luciernaga 83.
lucir, luzca 112.
lucillo 20.
lucio 26, (d) 46.
lucha 14.
luego 128.
luengo 47.
luene 128, ue 13.
lugar 20, r 66.
lugo 15.
lumbre 62, 59, re 77.
lumbreira 59, m(l)n 24.
lunas 68.
lur (amg) 97.
luto 3.
llaga 39, g 41.
llama 39, m 46.
llamar 39.
llano 39.
llanía 39, nt 47.
llanén 9, ll 39.
llave 39.
llegar 39, e 18.
lleno 39, o 11.
llera 39.
llevar, llevo, 12 bis.
llorar 39.
llosa 39.
lloca 39.
lluvia 14, ll 39, vl 53.
macho (suxo) 61, 51, mallo 3.
macho (mulo) 4.
macho (martillo) 61, 51.
madeja 9.
madera 10.
madroño 14, n.
madrugar 125.
macae 51.
maestro 74.
maestro, ay 43, de 6, n.
magra 48.
maquer 130.
maheir 47, a.
maiz 4, al 6, n.
majada, ma(g) 41.
Majaelrayo, (d) el 84.
majar 113.
mal 86.

mal (adv.) 116, 128.
mal(o) (adj.) 78.
malencónia (ant.) 70.
maleza 53, e 11.
maleo (ant.) 3.
Mallorca 71.
mancabo 11.
mancilla 83.
manco 47.
mancha 61, 51, 83, n 69.
manga 55.
manifestar 127.
manilargo 88.
mano 91, (sem.) 76.
manojo 57.
mansedumbre 47.
manoso 47.
mantener 127.
manzana 77, n 69, z. p 55.
(sust.) 80.
mar 61, (masc. o fem.) 77.
maravilla 51, e 6.
Marcos 74.
marchilar 47, t 54.
Márgara (lla) 82.
margen 16.
mármol 66.
martes (genl.) 74.
martillo 83.
marras 128.
mas (comparat.) 39, (adv.) 128.
masa 88, 46.
mascar 34, (lle) 24, n. car 125.
masera 4.
mastronzo 61.
mayo 43.
mayor 41, or 79.
maza, o 53.
mear, e(l) 43, ar 109.
mece 47, meza, meza 112.
Medellín 3.
mediante (adv.) 128.
medias (sust., ant., adj.) 80.
medio, meyo 53, n, e 10.
medir, mido 105, d 113, mides.
114.
medula 5.
megano, medano 72, 4.
mogo 9.
mejilla 17, n 50.

mejor 79.
mellizo, (ge)m 38.
membrar 14, 59.
menester 24, n, (o) 29.
mengua, ming 11.
menguar, ming 18, or 109.
menor 79.
menos 62, (neut.) 78, comparat.
vo) 79, 128.
mensaje 69.
mente (adv.) 128.
mentir, miento 113, mte, me.
mi 114.
menudo 18, n.
meollo 5, e(d) 41, ll 46.
mercader(o) 84.
Mérida 3, (Bm) 22.
merino 17, 24, n.
mermar 59.
mesa 63.
mesana 53.
mescolanza, meze 73.
mesón 17, 47.
mesía 18, at 51.
meslenco, mestengo 18.
mesler (ant.), e(o) 24, n, (o) 29.
mesurar 18.
meter 45, miso (perf. ant.) 120.
metido 121, miso (partic. ant.)
122.
mezana (snt.) 53.
mezclar 2, zcl 3, 61, n.
mezquino 72.
mi (para) 93.
mi (poses.) 95, 96.
miel 62, (sem.) 77.
miega 10, 72.
mienta 82.
mientras, (de)m 128, s 126.
miércoles 68, 166, 72.
mico, mao 63, 71.
mijero (ant.) 89.
mijo 53, l 11.
mil 89, (lc) 63, 71.
milagro 57, n 1, 67.
milenta 89.
milgrana, miltgr 72.
Millán 3, (Ae)m 22.
millar 89.
millón 4, 89.

mimbre 59, re 77, mlt 72.
info 10, 96, mla 11, 66, mlo.
(ant.) 27.
miria, miera 10.
mismo 98, (scl)m 66.
mitad, meitad 60, 47, 54.
(signif.) 93.
mizcalo, niscalo 72.
mocho 37.
mojar 109, f 54, o 13.
mojiganga, bojig 72.
molde 57, n, e 29.
monago (-guillo) 82.
mondo 14, n, nd 47.
monle 13.
monlés(o) 63.
Montoto 9.
morar, muera, mori 112 bis.
morir 105, lr 111, mirala 20.
mue 114, muerto 122, (u) o
30.
mosca 47.
mosollilla (leon), pig 71.
mostrar, muestra 112 bis.
mostrenco 18, r 69, cuco 84.
mozo (ant.) 53, o 13.
mucho 14, uch 47, ch(o) 78.
muchacho 69.
muella 37.
muexo, mueto 72.
mujer 6, muglor 10, u 20.
muñir 114.
mundo 14, n.
muñir 113, y 9, lr 111, u 14, 4.
muralla 53, n.
muralego, murcléago 2, ago 8.
musarafa 88.
muato 3.
muatrela (arag.) pag. 8.
mustulilla (ast.) pag. 8.
muy 47, muy(o) 27.
nacer, nasco (ant.) 120, nado
(ant.) 122.
nada (sust.) 80, 122.
nadi (ant.) 102.
nadio 10, y 6.
nadio 53.
nalg 4, 60.
nao (fem.) 76, n. 2.

narigón, gudo 83.
narizón 83.
nallo 3.
nava 4.
navaja 20, 57, 49.
Navalquejido 70.
navegar, navegar 41.
navio 11.
negar 41.
negro 48.
nervio 10.
nevar, nieva 112 bis.
ni(C) 62, nin 130.
nidio 11, (d) 41.
nido 41.
niebla 10, 11, 57.
niel, (g) 43.
nieve 112 bis.
nigromancia 70.
ningún(o) 78, 103.
hispero 10, m 72.
no(n) 62.
noche 13.
nombrar 20.
nombre 59, re 77, 62.
nombre (ant.), in(o) 14, n. 1.
Noreña 13.
nosotros 93.
noventa, nonaginta, novanta 89.
noviembre 51.
novillo (sust., ant. adj.) 80.
nlar 125.
nublo 51, (adj.) 121.
nudo 2.
nuella (arag.) 13.
nuera 68, a 76.
nuevo 51.
nuestro 97, at 51.
puera 43.
nueva 43, ve(m) 62, nuef (ant.) 63.
null(o) (ant.) 78, 102.
nunca, (u) 52, nunquas (ant.) 128.
o (adv., ant.) 128.
o(t) 62.
obispo 18, 8p 54.
oblada, olada 48.

obra 77.
oca 47, 82.
octubre 2.
ochavo 90, 91.
ochenta 89.
Ocho 13.
ogano 98, 128.
oir 31, (d) 42, oyo (ant.) 113, oigo 113, oyes 113.
oye, udi (ant.) 103.
ojo 13, 37.
oler, huelo 113.
olmo 47.
omne (ant.) 54, on (ant.) 28.
once, 2 54, nde 89, n. 0 89.
onde (ant.) 128.
Ontigola 3.
ópimo 6, n.
or, fem. ora 78.
oración 53.
orden 26.
orebo (ant.) 55.
oreja 20, oricla 25, 0 11.
orgia 6, n.
Orin 18, 183.
orofra, ofra 74.
orondo 20, 66.
orza, 9 53.
orzuelo, 9 53.
os, vos 94.
osar 47.
Osmá, (o) in 26.
oso 47.
-oso 82.
osira, (e) 30.
otero 17, 47.
otoño 14, 47, 66.
otorgar 125, 66.
otro 9, 61, otrí, otien 102.
ova 47, 14.
pátillo 5 bis.
padriarca (fem. ant.) 76, n. 1.
pacilla 4.
pagado 40, pago 121.
puls, Al 6, n.
paja 53.
pájaro 26, 75.
palabra 6, 1, 67.
palacio 53.

palafren 4, 70.
palomo 47.
pámpano 26.
Pamplona 20, npl 61.
panadizo 72.
pancho 61.
panera 17.
panza, 54, 75.
pañuelo 53.
pañlo 46.
pañuelo 17, pañuelito 83.
papél 6.
para, pa 129.
paraiso 23.
páramo 4.
pardo 54.
pared 6, pader (vulg.) 67.
parcejo 44.
parienta 15.
parir 111.
parir, pario 113.
pasmo, (8) 39, n.
paso, 88 46.
pavipollo (signif.) 88.
pavón 43.
payés 43, n. 2.
payo 4.
pebrada, (e) 24.
pebre 56, re 62, 77, 6(e) 25.
pecado 45.
pece (ant.) 63, y 3.
pecho 10, 08 77.
pedigüño 14.
pedir, pido 114.
pedregoso 24.
pedrusco 83.
pogul 53.
Peldro (ant.) 48.
peinar 61.
peine 10, ine 63.
pelliguera 72.
peldano 68.
peligro 57, n. 1, 67.
pellirrubio 88.
pelo 44.
pelliz, 2(a) 83, 12.
pelliza 53, e 83, a 83.
pellizar, (l) 24.
pensar, pienso, penso 122 bis.
Peñaroya 4, 53.

peñera 4.
peños (ant.) 77.
peor 79, 2(1) 43.
pépila 65.
per 79.
Peralla 48, n.
perance 126.
percalar 126.
perdigón 83.
perdonar 126.
perera, (g) 48, 33.
perfumar 126.
pergeñar 126.
peri 79.
Perseguir 126.
pesar 47.
pescuezo 53, ud 13.
pesebre 67.
pestillo 83.
pestorejo 13, 20, 41 (signif.) 86.
peña 74, peña 72.
peñal, (o) 24, n. 54, (o) 61.
pez 63, 7.
perpillo 83.
pie(d) 41, 63, 2, pieces 31, 1.
41, 75.
piecillo 83.
pléda 30.
plédracilla 83.
piel 63, y 3.
plérega (ant.) 13.
piezgo 37, 2g 60.
plinpollo (signif.) 88.
pingo 10.
pino (masc.) 76.
piorno 72.
placer 42, plega 47, 113.
plazgo 113, pingo, plogo 120.
planta 39.
plahir 39, plango, plañlo 112.
plaza 6, pl 39, plaça 53.
plazo 60, 67.
plegar 39, plegas, plegas 123 bis.
pleta 4.
plelto 60, 54.
plomo 39.
pluma 39.
pobo (-putus) 82.
pobre 47.

poco 47 a.
 poder, pude 120 a. pudiendo 105 a.
 podrá 23 a.
 poder, pudrir, 105 a. pudres, po-
 dría 114 a.
 Pola, Población 57 a.
 poleo, e(gi) 53 a. 10 a.
 poliglota 6 a. n.
 polvo 47 a.
 pollo 46 a.
 poma 77 a.
 pomez 74 a.
 poner, pongo, 113 a. pón(e) 107 a.
 puso 110 a. pondre 123 a. puse-
 to 122 a. 54 a.
 posoña 69 a. poco, poz 53 a.
 popa 45 a. 75 a.
 poquillo 79 a.
 por, (F) 119 a.
 portolero 86 a.
 portón, (di) 53 a.
 pórculo (ant.) 4 a. 14 a. n.
 portagón 88 a.
 portango 84 a. 26 60 a.
 portugés 4 a.
 posar 20 a. 47 a.
 poso (sedimento) 47 a. 14 a.
 poslema (fem.) 77 a.
 postilla 83 a.
 posar(er) 90 a. 78 a. ero 68 a.
 poiro 47 a.
 Poyada 82 a.
 poyo 13 a. 53 a.
 pózal (masc.) 77 a.
 pozo 14 a. 2. 53 a.
 pozuco 6 a.
 Prádanos 40 a. n.
 prado 77 a. 77 a.
 preclar 53 a.
 preclavo (nominat.) 74 a.
 premia 10 a.
 pronda 77 a. (G) 61 a.
 prendedor 83 a.
 prender, priso (ant.) 120 a. preso-
 122 a. 3 a.
 preñar 39 a.
 preseña (di) 53 a.
 prestar, presto, presto 112 bis a.
 presté 74 a. arcipreste 61 a.
 prota 67 a.

pretender, pretendiendo, ten 112 bis a.
 pretina 67 a.
 prez 63 a.
 príscico, príscico 10 a. (masc.) 77 a.
 (sust.) 80 a.
 primer(o) 29 a. 78 a. 99 a.
 prisa 10 a.
 prisión 18 a.
 próh (ant.) 128 a.
 probar, provar (ant.) 43 a.
 proba(bi)lidad (vulg.) 66 a.
 profeta (fem. ant.) 76 a. 16 a.
 provecho 42 a. 10 a.
 proveer 31 a. 41 a.
 prueba (postverb.) 83 a.
 pruna 77 a.
 puches 14 a. ch 47 a. n.
 púden 6 a. n.
 pueblo 57 a.
 puente 13 a.
 puercos (adj.) 8 a.
 puercos, puercos 77 a.
 puerta 13 a. 47 a.
 puus 128 a. 130 a. 62 a.
 pulga 55 a. (l) 25 a. 75 a.
 pulgar 20 a.
 pulpo 4 a. n. (l) 25 a. 56 a.
 punto 51 a.
 punzón, p 33 a.
 puñar (ant.) 50 a. n.
 puño 14 a.

que (relat.) 101 a.
 que (conj.) 130 a.
 quebrar, quebrar 39 a. 67 a. quie-
 bro, quebro 112 bis a.
 quédo 12 a. (l) 60 a.
 quomar, cremar 4 a.
 quera (dial.) 75 a.
 querer, quier 10 a. 39 a. quier-
 (ant.) 129 a. quier 120 a. quier-
 123 a. quier 122 a. 3 a.
 queso 9 a.
 quillero 98 a.
 quien 39 a. n. 62 a. quieros 73 a.
 101 a. qui 101 a.
 quijada 72 a.
 quince 39 a. 66 a. (m) 62 a. n.
 ndz 89 a. n.
 quinientos 39 a. 66 a. n. 47 a.

Quintánilla de Morocista 70 a.
 quinto, n(cit) 51 a.
 quíñon 39 a.
 quisto 122 a. 3 a.
 quizás 128 a. 3 a. 2. 3 a. quiza(bes)
 67 a. 3 a.

rabano 26 a. b 42 a.
 rabia 53 a. la 75 a.
 racimo 24 a.
 racer, rayo 113 a. raigo 113 a. a.
 Raigada 41 a. n.
 raigal 41 a. n.
 raigón 83 a. al 41 a. n.
 raíz 37 a. di 6 a. n. (d) 41 a.
 fama 77 a.
 Ramiro 4 a. m 59 a.
 rancio, (d) 41 a.
 rapoz 83 a.
 rasgar 54 a.
 Rasgado 41 a. n.
 rasgar 18 a. 54 a.
 raso (adj.) 122 a.
 rastrole 18 a. 69 a.
 rastrole 69 a.
 raudo 26 a. u. 60 a. (l) 25 a. n.
 raya, rayar 53 a.
 raza 6 53 a.
 rázago 83 a.
 razón 53 a.
 ro (nómb.) 79 a. ro, requate-
 79 a. (verb.) 120 a. 3 a.
 real 31 a. e(g) 41 a.
 rebano 17 a.
 robato, la 83 a. 4 a.
 recoger 126 a.
 recibir 126 a. 105 a. 114 a. b 35 a.
 recibes 106 a.
 recién 115 a.
 recobrar 56 a. (e) 24 a. recobro 14 a.
 reconcilian 106 a.
 recortar, recortar 105 a.
 recudir, recudir 106 a.
 red 63 a. y a. (fem.) 77 a.
 redondo 20 a. d 40 a. n.
 reduci, reduza (ant.) 113 a.
 regar, riega 112 bis a.
 regir 111 a. n.
 registro 69 a.
 regla 57 a. n.

reglado 72 a. a.
 rehacer 126 a.
 reina 6 a. 31 a.
 relin 50 a. n.
 rein, rien 105 a. rio, r(y) 113 a. n.
 riso (ant.) 120 a.
 reja 10 a. y n.
 relámpago 83 a.
 relinchar 69 a.
 rbln 20 a. (l) 27 a. 63 a.
 renaso (perf.) 120 a.
 renesa (sust.) 122 a.
 remilgo 10 a.
 rehacualo 17 a.
 rencilla, n 47 a.
 rencor 17 a.
 rendija 69 a.
 rendir, rindo 114 a.
 renegar, reniego 6 a.
 renovar, renuevo 6 a.
 renta 51 a.
 refir 47 a. 114 a.
 reparto (postverb.) 83 a.
 repiso (ant.) 122 a.
 repoyo (ant.) 53 a. n. 6 14 a.
 Repudio, (d) 41 a.
 ropiso (perf.) 120 a.
 res, ren (ant.) 74 a.
 resollar 31 a.
 raspato 3 a.
 responder, ond 13 a. 122 bis a. res-
 puso (ant.) 120 a.
 reslañar 50 a.
 refar 54 a.
 retener, retiene 6 a. 126 a.
 retrucano 83 a.
 réuma (masc. fem.) 77 a.
 revés 63 a.
 revear 47 a.
 Revilla 66 a.
 rey 28 a. e(g) 43 a. reis, reyes 75 a.
 rezar 60 a. rézo b.
 rezno 58 a.
 Riado 61 a.
 ribera 19 a.
 ricacho 53 a.
 rienda 56 a.
 rincón 17 a.
 rihón 18 a.
 río, (v) 43 a.

salce, véase sauce
salir, salgo 113 2; sal(c) 107 3;
saldré 123 1;
salmuera, 01 14, 2, 30 2;
sallo 9 2;
salvaje 18 2;
san- (sáb) 126 4;
san; sant 63 2, 9 3, 98 3;
San Cloyo 53 2;
sancochar 126 2;
sangre 54 2; ngr 61 3;
Sanguirre 74 6;
Sansueña 13 3;
Santander 55 1, (l) 74 2;
Santilago 31 2; Santil Yague 74 2;
Sanluisie 74 2;
sara 75 1;
sarao 4 6;
sarién 9 1; n 63 1;
Sasamón 24 2;
sastre 62 2, (nominal) 74 2;
sauce: -utiz, -aliz 55 1, 9 3; -e
63 1; -y 3;
sauce 40, n (b)u 43 2;
saz 55 1; 63 2; -y 3;
sazón 53 1;
-ser, -aco, -zo 112 2;
se (reflex) 94 2;
seco 45 2;
segar, siega 40 2;
seguir 11 1, (u) 24 1, n, gl 57 1, n 2;
seguir 11 1, (u) 52 2; siga 11 2;
según (do) 63 2; seguntes
(dial) 38 2;
seis 10 2, 15 50 2; 62 2;
sele, sela, etc 94 2;
selva 47 3;
sello, se(y)ello 43 2;
semana (l)m 24 1, (pt)m 61 2;
seembrar 59 1; sembrar 112 bis 2;
semejar 57 2;
sencillo, nz 47 2; llló 83 1;
senda, md 54 2; 55 1;
sendos 61 2;
sentar 125 2; senio (adj) 121 2;
sentir, siento 113 2; sien-, sen-
sin 114 2;
seña 114 2; ñ 50 2;
señarda (sal), seherdat (ant), 24 2;
61 2; n.

soñor 18, n. 53, señor 75, a.
séo 76, n. 2.
sequedad 83.
ser, ser 31, Pres. 116, son
62, sea; soy 113, n. 53, e
10, Imperf. 117, Perf. 120,
fue 14, 2, é 120, n. 1, soy
(ant.) 120, j.
serba 13, A 77.
serondo 58.
serpiente 47, j. 74, n.
servicio 53.
servir, sirvo, sirvo 114.
herrin 55.
señala, señala 89, a. (E) 43.
señala 61.
seño 47, n.
señeta, señaeta 89.
setiembre 49.
seto 60.
seyas (ant.) 89.
seze (ant.) 89.
si (pron.) 11, 93.
si(c) 62, j.
si (conj.) 136.
sidra 56.
siempre 62.
sierte (nominal) 74.
sierra 2, final.
sirvo 47.
sieso; SS 46.
siesta 51, 90.
siete 49.
sietmo (ant.) 10, n. 90.
siglo 3, 57, n. 1, 10.
silbar 57.
silla, stella 10.
Simancas 10, a. (ptm) 61.
simiente 18.
simio, jímio 72.
singularidad 24.
sin 86.
sin 120, sinca (ant.) 128.
sinestro 18, n. 68.
sino 3, 50, n.
Sisamón 24.
sise (ant.) 98.
so (prepos.) 120, son 128.
so (nombr.) 86, (verb.) 126, y.
soberbia 10, o 20, -cervia 43.

sobre 79 s. 86.
 socorro (pos.verb.) 83 s.
 solaz 63 s. 120. 83 s.
 soldado, l) d 24 s.
 soldar 55 s.
 soler: suelgo (ant.) 113 s. 4.
 soltar 54 s. suelto, soltado 122 s.
 soltero 54 s.
 sollar 51 s.
 sollamar 51 s.
 sollozar 61 s.
 somero 37 s.
 someter 126 s.
 Somolinos 18 s.
 somorgujo 65 s. 122 u. 65 s.
 son, n(O) 29 s.
 sonda, o(b) 43 s.
 sonácar 126 s.
 sonsañar 126 s.
 sorber: sorbo 112 bis s.
 sorbo (pos.verb.) 83 s.
 sorco, z 55 s.
 sorra 43 s.
 sosgar 126 s.
 soso 47 s. 14 s.
 sospecha 20 s.
 sostén 83 s.
 sótano 83 s.
 soterrano 86 s.
 soto 91 s.
 soyo (ant.) 120 s.
 suco 26 s. (d) 4 s.
 suco, (l) 47 s.
 sue (poses. ant.) 27 s.
 suegra 76 s.
 suegro 47 s.
 sueto 54 s. 147 s.
 sufrir 111 s. 114 s. sufrimos 114 s.
 sueno 13 s.
 surco, sulco 47 s. 72 s.
 suso (ant.) 47 s. 122 s.
 sutil 49 s.
 suyo 96 s.
 súyose (ant.) 98 s.
 tablado 37 s.
 tajar 53 s. n.
 tajuela 6 s. 133 s.
 taladro 66 s.
 taller 53 s. n.

risa 10.
risueño 14.
roano, rodano 20.
rohido (ant.) 121.
robin 83.
roblar b(o) 24.
roble 54.
robrar b(o) 24.
robredo 56.
roce 83.
rocío, rociar 41.
roer, roya 113.
roide 57.
rollo 13.
romadizo 23.
romance 128.
romero (planta), r(l)no 82.
romper, roto 122.
Roncesvalles 74.
ronda 4.
rosa 42.
rostar 109.
rozo 53.
rubio 53.
ruelo 26.
ruello, ruejo (arag.) 13.
ruido 20.
rumiar, r(l)g 41.
Ruy, Ro(d)r(l)go 20.

sa- (s(b)) 126.
sabana 4.
sabana 20.
saber, se 116.
sabr 123.
Sabánigo 3.
sabuco, sabugo 40.
sábico 14.
sacristán 4.
sacudir 111.
sacho, r(l)ch 61.
saeta 5.
saetero, a(l)g 43.
sagrado 11.
Sahagún (d) 63.
Sabelices 47.
sahumar 20.
sal 63.

salco, véase sauce
salir, salgo 113.
salidro 123.
salmuera, ol 14.
sallo 9.
salva 18.
san- (s(b)) 126.
san, sant 63.
San Cloyo 53.
sancochar 126.
sangre 54.
Sanquirce 74.
Sansueña 13.
Santander 53.
Santiago 31.
Santuste 74.
saña 73.
sario 4.
sartén 9.
Sasamón 24.
sasire 62.
saute, -uiz, -alz 55.
sauc 40.
sazón 53.
sacer, -sco, -sco 112.
sa (reflex) 94.
saco 45.
segur, siega 40.
seglar 18.
seguir 113.
según(d) 63.
seis 10.
selo, sela, etc. 94.
selva 47.
sello, se(y)ello 43.
semana (l)m 24.
sembrar 59.
semelar 57.
sencillo, nz 47.
senda, md 54.
sendos 61.
sentar 125.
sentir, sienta 113.
sin- 114.
soña 11.
soñarda (ant.), seherdat (ant.) 24.
61.

soñor 18.
so 76.
soquedad 83.
ser, seer 31.
sea, se(y)a 113.
Imperf. 117.
tué 14.
sovo (ant.) 120.
serba 13.
serondo 58.
serpiente 47.
servicio 53.
servir, sirvo, siervo 114.
serin 55.
sesenia, santa 89.
sesma 61.
seso 47.
setenta, setaenia 89.
setiembre 49.
seto 60.
seyas (ant.) 89.
seze (ant.) 89.
si (pron.) 11.
si(c) 62.
si (conj.) 130.
sidra 56.
siempre 62.
sierpe (nominal) 74.
sierra 2 final.
siervo 47.
sielo, se 46.
siesta 51.
sieta 49.
sietmo (ant.) 10.
siglo 3.
silbar 57.
silla, stella 10.
Simancas 10.
simiente 18.
simio, Jimio 72.
singularidad 24.
sin- 86.
sin 129.
sinestro 18.
sino 3.
Sisamón 24.
sise (ant.) 98.
so (prepos.) 129.
so (nombr.) 86.
soberbia 10.

sobre- 79.
socorro (posiverb.) 83.
solaz 63.
soldada, lid 24.
soldar 53.
soler, suelgo (ant.) 113.
soltar 54.
soltero 54.
sollar 51.
sollamar 51.
sollozar 61.
somero 37.
someter 126.
Somolinos 12.
somorgujo 65.
son, n(o) 20.
sondar, o(b) 43.
sonsacar 126.
sonsañar 126.
sorber, sorbo 112.
sorbo (posiverb.) 83.
sorca 55.
sorra 43.
sorracar 126.
soso 47.
sospecha 20.
sosten 83.
sotano 83.
soterrano 36.
soto 9.
sovo (ant.) 120.
sucio 36.
sucro, (l) 47.
sue (poses. ant.) 27.
suegra 76.
suegro 47.
suelto 54.
sufir 111.
sueño 13.
surco, sulco 47.
suso (ant.) 47.
util 49.
suyo 96.
suyose (ant.) 98.
tablado 57.
tajar 53.
tajuela 6.
taladro 66.
tallar 53.

lallo 6
lamaño 50
lan 60
langano 83
lanto 74 n. 128
laner, lango, lano 47 128 132
lanxo (ant.) 120
lapiz 4
Tarazona 72
larde 123
lea 17 n. e(d) 41
Teba 41
techo 50
teja 57
tejo 9 n. 150 n. (masc.) 70
tejon 17
tema (masc. fem.) 77
temblar 59 n. (r) 60 n. temblo
112 bis
temer, temo 123
tempano 26
tempesta (nominal) 74
templar, pie 24 n. templa, tiem-
pla 112 bis
temprano, n(9) 34 n. mpr 61
tener, tengo 103 n. 113 n. tuyo
tovo, tudo 120 n. tendré 123
teniendo 105 n. ten 114 n. n(c)
107
tenir, tiento 112 bis
tenir, tino 114 n. teneu (ant.) 119
tinxo (ant.) 120
tercer(o) 78 n. 90
tercia 91
terruño 14
terzer (ant.) 47
teso 51
tesoro 42
testudo (fem. o masc.) 76 n. 2
tibo 26 n. (d) 41
tiempo (ant.) 10 n.
tiempo 29 n. pos 77
tierno 59 n. tiernello 83
Tierzo 54
tiesto (adj.) 81 n. 121
tiesto 47
tijera 83 n. 142
tilde 3 n. 57 n. e 29 n. 2
tiniebla 6 n. tin 15
tinto (adj.) 122

tina 11
todavía 128
lod(n) (ant.) 78
toller 111 tolidades 113 n. tuel-
lo 122
tomillo 4
tolondro 72
tonga 55
topo 9 n. 47
toque, loco 83
torcaz, torcazo, (u) 52 n. 2(o) 61
torce, (ti) 52
torcer, (u) 52
Tordadizo, Tormadizo 70
tormo 59
toruar 47, toruan 112 bis
torno 4
toro 9
Toro 74
torzal, (u) 52
toser 110
Toya la Vieja 53
traer, trayo (ant.) 113 n. traigo
113 n. troxe, truje 120 n. traje
120 n. trecho 122 n. tred (ant.)
106
tralla 83
trapo 72
tras 129
tras 86
trasnochador 86
tratar 17 n.
traves(e) 63
travieso 47
trebede 26 n. b 40 n. eh 87
treble (ant.) 91
trebol 42 n. 168 n. (o) 29 n. 2
trece, tredze 60 n. 89 n. ce 68
trechar (prov.) 17 n. 70
trecheo 17 n.
trecho 9 n. (adj.) 122
treinta 68 n. e 31 n. trinta 89
treize (dial.) 89
Tremor 70
trépano 4
tres 89
trescientos 89
treuda 87
treudo 18 n. (b) 41
TreViño 42

trigo 63
trillo 39 n. 1157
trillón 89
tristeza 53
tronco 47
troncho 61
trucha 14
truchuela 70
trueno, tueno 69
trujal 20 n. r. 167
Trujillo 3
tu (poses. adj.) 96
tu (pron. pers.) 93 n. 11
tuc (poses. ant.) 27
uerto 51 n. (adj.) 122
tullir 101
turbio 26 n. i(d) 41 n. u 14 n. 2
turrar 109
Turruchel 42
tusión 20
Tuy 63
tuyo 66
ubre 77
Uceda 55
ucir (verbos en) uzo 112
uco (ant.) 53
uco (partic. ant.) 121
uebos (ant.) 77
uebra (ant.) 77
uelo 83
ueño 14
uérgano 26
uesu (ant.) 4
Ujo 53
ultra 86
umbre 83
uncir, (i)u 38 n. uc, uñir 47
un(o) 78 n. 89
uña 61
ures 54 n. u(l) 35
Urucha, reña 13
usia 5 bis
usted 5 bis
urdir, ur 14 n. urdimos 114
uir (verbos en) uyes, uya 113
uz 55
vaca 45
vaciar, vacío 106

vacio, i(y) 43
vado 41
vagamundo 70
vaina 6 n. a(g) 43
vaiven 88
valer, valgo 113 n. val(e) 107
valdré 123
Valera, rija 70
valle, val 62
vprhuco 18 n. bary 37
Vpree, e(l) 43
varraco 18
vascuenco 128
vaso 77
vasiugo 83
Vauiganos (ant.) 4
Vázquez 72
vecindad 14 n. n(l) 24
vecino, z 42
vedar, vieda, veda 112 bis
veedor 83
vega 4 n. e 9
veinte 11 n. vel 60
veiga 40 n. 122
vela 77
velar, (gl) 43 n.
vendimia 11 n. ml 53
vengar 54 n. (g) 24 n.
venir, vengo, vienes 114 n. 10
ng 113 n. ven 10 n. 114 n. n(e)
107 n. vine 11 n. viniste 120
vendre 123
ver, eer 31 n. veu, ve(y)o 53
113 n. veld(e) 41 n. vin, vido
120 n. visto 122
vegano (aust.) 86
veras 89 n. 128
Verbasco 18
verdad 51
verde, r(l) 25
verdulera 66
verga 47
vergel 66 n. r(l) 24 n. el 84
vergüenza 14 n. r(c) 24 n. enca-
53
verja 53
verraco 18
vestimenta 77
vestir, visto 114 n. 81 113
vela 11

veyente (ant.) 83.
 vezo 11, 23.
 via 11.
 viaje 83.
 vibora 20, b. v. 17.
 vidlar, vidlar 100.
 vldro 11, (sust.) 80, 83.
 vidrino, vidrino 14.
 viejo 10, 15.
 viernes 59, (gentil.) 74.
 viesso (ant.) 47, 11.
 viéspora (ant.) 10.
 viga 4.
 villaloro 74.
 villa 51, (sust.) 83.
 virto(n) (ant.) 74.
 virtud 6, 30, 17, 18.
 vispera 10.
 visque, visco (ant.) 120.
 vito (ant.) 50.
 vitalla 53.
 vüda 6, 11, ud 67.
 vivar, bivar 37.
 vivir, bivar (ant.) 37, vir 43.
 vevir (ant.) 105, visque 120.
 vodivo (ant.) 40 n. 1.
 vodo (ant.) 40 n. 1.
 voltereta, voltereta 74.
 volver, vuelto 122, 147.
 voshros 93.
 vuestro 97.
 vulpeja 47, 20.
 y 130.
 ya 38, n. 2, (nt) 61.

yacer, yaco 38, yaco 112, yago 113, Jazgo 113, 2, yagua 120.
 yantar (ant.) 101.
 yegua 10, gu 52.
 yeguariso 83.
 yelo 38.
 yema 38, m 46.
 yemdo (ant.) 38.
 yente (ant.) 10, 11.
 yermo 6, (e) 25.
 yerbo 10, ru, nr 59.
 yoso 4, y 38, 88, 49.
 yo 93.
 yugo 38.
 yuso 47, 118.
 za- (sdb) 126.
 zabullir 10, 37.
 zafiro, zafira 76, zafir 29.
 zaherir 67.
 zahondar 10, 37.
 zahorra 37, 43.
 zamarra 37.
 zambullir 126.
 zampón 6.
 zan- zam 126.
 zancocho 74.
 zapuzar 37.
 Zaragoza 4, ag 61.
 zarcillo 18.
 zco, (incógnito), 113.
 zoló 37.
 zozobrar 37.
 zueco 37.
 zueto 83.

ÍNDICE DE MATERIAS

FONÉTICA

I. IDEA DE LOS ELEMENTOS QUE FORMAN LA LENGUA ESPAÑOLA

Las lenguas romances, p. 1.
 Latín vulgar, p. 3.
 Voces cultas, p. 9.
 semicultas, p. 12.
 Voces celtas, p. 13.
 Voces ibéricas, p. 15.
 ilirio-ligures, p. 17.
 griegas, p. 17.
 germánicas, p. 19.
 árabs, p. 22.
 galicismos, p. 24.
 italianismos, p. 25.
 gallego-portugués, p. 26.
 catalanismos, p. 26.
 leonesismos, p. 27.
 aragonesismos, p. 27.
 andalucismos, p. 28.
 americanismos, p. 28.

II. VOCALES

Clasificación de las vocales españolas, p. 31.
 Acento, p. 36.
 Vocales del latín clásico y su evolución en latín vulgar y en español, p. 41.
 La yod y el wau, su influjo, p. 44.

Vocales acentuadas:

A, p. 51.
 AI, p. 51.
 AU, p. 53.
 E, AE, p. 54.
 E, I, OE, p. 58.
 I, p. 60.
 O, p. 60.
 O, U, p. 64.
 U, p. 66.

Vocales tónicas en general,

p. 66.
 Inicial, p. 68.
 protónica interna, p. 73.
 postónica interna, p. 73.
 final, p. 78.
 Hiato, p. 82.

III. CONSONANTES

Clasificación general, p. 87.
 Consonantes latinas, p. 91.
 Cuadro de las consonantes españolas, p. 95-96.
 Descripción de las consonantes españolas modernas, p. 97.
 Pronunciación del español antiguo, p. 112.
 Idea general de la evolución de las consonantes, p. 116.

Consonantes iniciales:

simples, p. 118.

agrupadas, p. 125.

Consonantes interiores:

simples, p. 128.

dobles, p. 134.

agrupadas en grupo latino,
p. 135.

en grupo romance, p. 153.

*Consonantes finales, p. 165.***IV. CAMBIOS FONÉTICOS RECOR-
DICOS.**

Idea general, p. 173.

*Procesos de inducción entre
los varios elementos acústicos
del lenguaje, p. 178.*

asimilación, p. 178.

disimilación, p. 180.

metátesis, p. 184.

influencia de una palabra
sobre otra, p. 185.*Refuerzo de la articulación:*

epéntesis, p. 188.

Error lingüístico:

etimología popular, p. 190.

ultracorrección, p. 193.

equivalencia acústica, p. 194.

MORFOLOGÍA.

Definición, p. 203.

V. NOMBRE.*Sustantivo:*

pérdida de las desinencias

casuales, p. 203.

las tres declinaciones ro-
mances, p. 209.

el género, p. 212.

Adjetivo:

género, p. 218.

gradación, p. 220.

Formación nominal:

habilitación de voces como

nombres, p. 222.

sufijos, p. 225.

prefijos, p. 235.

composición, p. 237.

*Numeral, p. 242.***VI. PRONOMBRE.**

Su flexión en general, p. 249.

Pronombre personal:

acentuado, p. 250.

átono, p. 252.

*Poseutivo, p. 255.**Demostrativo y artículo, pá-
gina 259.**Relativo e interrogativo, pá-
gina 263.**Indefinido, p. 264.***VII. VERBO.**Idea general de su evolución,
p. 267.*Fonética verbal:*la fonética y la analogía,
p. 269.vocalismo *tr* y *er*, p. 270.

acento verbal, p. 274.

desinencias, p. 277.

apócope verbal, p. 280.

*Infinitivo, p. 283.*las tres conjugaciones, pá-
gina 283.*Presente:*

temas en volar, p. 286.

temas con *E*, *O*, p. 287.

la yod derivativa, p. 290.

los paradigmas, p. 290.

presentes irregulares, pági-
na 301.*Imperfecto, p. 305.**Perfecto y tiempos afines:*perfecto débil, *-ARE*, *-IRE*,
p. 308.

perfecto fuerte, p. 313.

Participio pasado:

débil, p. 320.

fuerte, p. 321.

*Futuro y condicional, p. 322.**Formación verbal:*

Inmediata, p. 324.

mediata, p. 325.

sufijos: *-SCERE*, p. 325.*-ICARE*, *-NTARE*.*-IDIARE*, *-IZARE*, pá-
gina 326.

prefijos, p. 327.

composición, p. 330.

VIII. PARTICULAS.*Adverbio, p. 335.*

analogía fonética, p. 336.

*Preposición, p. 336.**Conjunción, p. 337.*

Índice etimológico, p. 341.